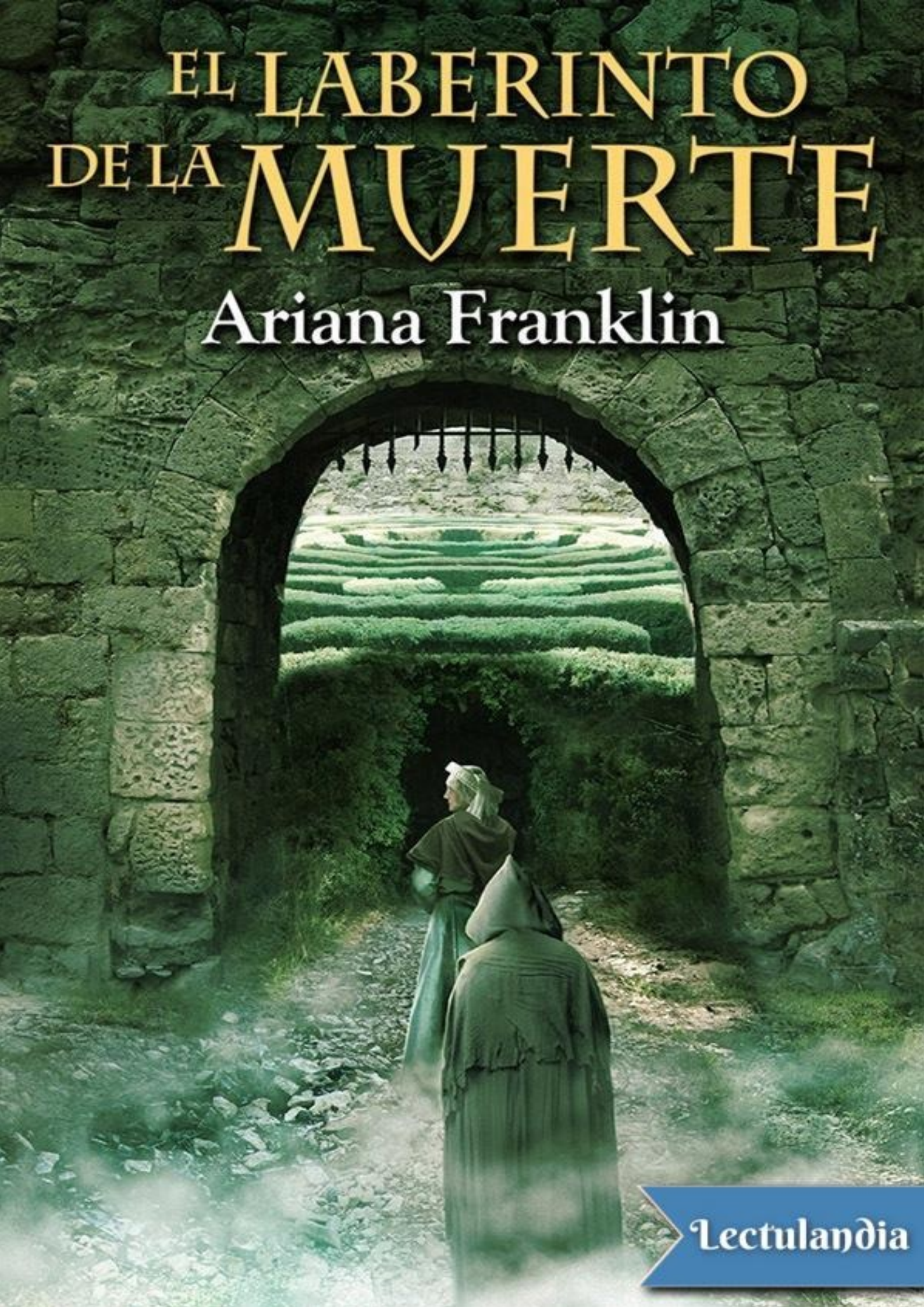


EL LABERINTO DE LA MUERTE

Ariana Franklin



Lectulandia

Lectulandia

Ariana Franklin

EL LABERINTO DE LA MUERTE

Maestra en el arte de la muerte - 2 (de 4)

ePUB v1.0

Dirdam 28.06.12

más libros en lectulandia.com

La amante del rey Enrique II, Rosamunda Clifford, ha sido asesinada y la principal sospechosa resulta ser la propia reina Leonor de Aquitania, esposa del monarca. Ante la posibilidad de que el incidente provoque una guerra civil, el rey requiere los servicios de Adelia Aguilar, maestra en el arte de la muerte, para resolver el caso.

Adelia y el obispo Rowley, hombre de confianza del rey y padre de la hija de Adelia, se enfrentan a una gran aventura en la que tendrán que viajar al castillo de Rosamunda en busca de la verdad sobre el asesinato. Allí se encontrarán con la mismísima reina, que no les pondrá las cosas fáciles.

En este laberinto de poder, intriga y asesinatos, Adelia será la única capaz de salvar al país de una tragedia y a sus amigos de la muerte a manos de un truculento asesino.

Título original: *The Death Maze*
(Publicado como *The Serpent's Tale* en Estados Unidos).
Diana Norman (Ariana Franklin), 2008
Traducción: Luisa Borovsky
Edición: Suma de Letras, 2012
Diseño de cubierta: Epica Prima
ISBN: 9788483653678

Editor original: Dirdam (v1.0)
ePub base v2.0

A la doctora Mary Lynch, cardióloga,
miembro del Royal College of Physicians,
y del Royal College of Physicians of Ireland.

Literalmente, con el mas sincero
agradecimiento de mi corazón

Agradecimientos

Como siempre, mi gratitud a mi agente, Hellen Heller, por su sabio juicio de la trama y el ritmo. Y a Rachel Kahan, mi editora en Penguin Group (EE.UU.), por lo mismo. También a la Biblioteca de Londres, que contiene todo lo que un autor curioso necesita saber, y a su personal.

Y por último, pero no menos importante, a mi marido, Barry, y a la familia, por su paciencia, especialmente a mi hija Emma, que acarrea muy bien a sus hombros las cargas de secretaria y me deja libre para escribir.

Gracias.

PRÓLOGO

Las voces de los dos hombres se propagaban por los túneles con una reverberación que las tornaba indistinguibles. Aun así, se podía inferir que aquello era una reunión de negocios. Y lo era, de alguna manera.

Un asesino recibía órdenes de su cliente, quien —según creía el delincuente— se creaba dificultades sin necesidad; así solía actuar esa clase de cliente.

Siempre sucedía lo mismo: querían ocultar su identidad y se presentaban tan enmascarados o envueltos en sus capotes que apenas era posible oír sus instrucciones. No querían ser vistos con esa compañía, lo cual los inducía a concertar citas en páramos abominables o en lugares como aquel sótano maloliente. Estaban nerviosos porque llevaban consigo el dinero para pagar el adelanto; podían apuñalarlos y huir con el botín.

No comprendían que un asesino respetable como él debía ser confiable. De eso dependía su carrera. Si bien le había demandado tiempo, *Sicarius* —el seudónimo en latín que él mismo había elegido— estaba logrando fama gracias a su excelencia. El mote, que podía traducirse como «asesino», indicaba que era posible librarse fácilmente de un adversario político, una esposa o un acreedor sin que pudiera probarse la culpabilidad del interesado.

Los clientes satisfechos, aun cuando simulaban hacerlo en broma, lo recomendaban a otras personas afligidas: «Podríais utilizar al hombre al que llaman *Sicarius*. Él resuelve problemas similares al vuestro», decían. Y si los presionaban para obtener más información, agregaban: «Yo no lo sé, por supuesto, pero según los rumores se lo puede encontrar en *The Bear*, en *Southwark*». O en *Fillola*, en Roma. O en *La Boule*, en París. O en cualquier taberna de la zona donde ejerciera su oficio durante cierta temporada.

Aquel mes, en Oxford, en un sótano que un largo túnel comunicaba con la bóveda subterránea de una posada, un sirviente enmascarado y encapuchado —en realidad, sin ninguna necesidad— lo había llevado hasta allí y lo había conducido hacia un rincón donde se veía una suntuosa cortina de terciopelo rojo —detrás de la cual se escondía el cliente—, que contrastaba claramente con el moho de las paredes y el fango bajo los pies. «Maldición», pensó. Sus botas quedarían arruinadas.

—¿Será una... tarea difícil para usted? —preguntó la cortina. La voz que salía de ella había dado instrucciones muy específicas.

—Las circunstancias son poco comunes, señoría —dijo el asesino. Siempre utilizaba la palabra «señoría» cuando se dirigía a sus clientes—. No me agrada dejar evidencias, pero si eso es lo que pedís...

—Así es, pero me refería a la dificultad espiritual —dijo la cortina—. ¿Pesará

esto en vuestra conciencia? ¿Teméis que vuestra alma sea condenada?

Habían llegado a ese punto, al momento en que los clientes ponían distancia entre su moral y la del asesino. Él era el sucio canalla de humilde cuna que empuñaba el cuchillo. Y ellos, tan solo los canallas ricos que le encargaban que lo hiciera.

Sicarius habría podido responder:

—Es una manera de ganarse la vida, y con holgura. Aunque sea reprobable, es mejor que morir de hambre.

O bien:

—No tengo conciencia. Tengo reglas, a las que me atengo.

E incluso:

—¿Teméis que vuestra alma sea condenada?

Pero ellos pagaban por su pizca de superioridad, de modo que él desistía.

—Mi señor: nobles o plebeyos, papas, campesinos, reyes, sirvientes, damas, niños; a todos los despacho —dijo en cambio, alegremente—. Y por el mismo precio: setenta y cinco marcos por adelantado y cien cuando el trabajo está hecho.

Mantener la misma tarifa era parte de su éxito.

—¿Niños? —preguntó la cortina, impresionada.

Oh, por supuesto, niños. Los niños heredaban. Eran un obstáculo para el padrastro, la tía, el hermano o el primo, que tomarían posesión de su patrimonio en cuanto la criaturita les dejara el camino libre. Los niños eran la fuente de ingresos más segura. Aunque despacharlos era más difícil de lo que parecía.

—¿Deseáis repasar las instrucciones una vez más, señoría? —dijo simplemente el asesino.

Debía hacer que el cliente hablara, descubrir quién era, previendo la posibilidad de que tratara de eludir el pago final. Era preciso eliminar a aquellos que no cumplían el acuerdo, es decir, rastrearlos y procurarles una muerte que fuera ingeniosamente dolorosa y sirviera de advertencia a futuros clientes.

Detrás de la cortina, la voz repitió lo que ya había dicho. Debía hacerse en tal fecha, en tal lugar, de tal manera, dejar esto y llevarse lo otro...

Ellos siempre querían precisión, pensó, aburrido, el asesino: hacedlo de esta o aquella manera. Como si matar fuera una ciencia en lugar de ser un arte. Sin embargo, en esa ocasión el cliente había planeado el asesinato con extraordinario detalle y conocía de cerca los movimientos de su víctima. Solo se trataba de obedecer.

Por lo tanto, Sicarius escuchó atentamente, aunque no las instrucciones —las había memorizado al oírlas por primera vez—, sino el timbre de voz del cliente. Prestó atención a los modismos que luego podría reconocer, esperó oír una tos o un tartamudeo que más tarde pudiera identificar a su interlocutor en medio de una multitud.

Mientras escuchaba, miraba a su alrededor. Nada digno de atención había en el sirviente, de pie en las sombras, cuidadosamente envuelto en una capa vulgar, con la mano temblorosa en la empuñadura de una espada que llevaba en el cinto. Al advertirlo, el delincuente se compadeció de él: habría podido morir veinte veces antes de desenvainarla. Un custodio lamentable, pero tal vez era la única criatura en la cual el cliente confiaba.

La ubicación del sótano le dijo algo al asesino. El cliente había demostrado astucia al elegirlo. Tenía tres salidas; una de ellas era el largo túnel a través del cual había sido guiado desde la posada. Las otras dos podían conducir a cualquier lugar, tal vez al castillo, o al río, según le indicaba su olfato. Solo sabía con certeza que se encontraban en algún lugar de los túneles subterráneos de Oxford. Y los túneles — tenía razones para saberlo, había descubierto algunos— eran extensos y tortuosos.

Por supuesto, habían sido contruidos durante la guerra entre Esteban y Matilda. El asesino, inquieto, pensó en los túneles que literalmente habían socavado Inglaterra durante los trece años de aquella desafortunada y sangrienta pelea. Oxford, la joya estratégica que custodiaba las principales rutas —las que iban de norte a sur y de este a oeste, y por allí cruzaban el Támesis—, había sufrido sobremanera. Sitiada más de una vez, sus habitantes habían cavado como topos para entrar y salir de ella. La ciudad podía derrumbarse en cualquier momento a causa de los agujeros que habían abierto en sus cimientos.

«Oxford. Una ciudad que apoyó mayoritariamente al rey Esteban, es decir, al bando equivocado», pensó. Habían transcurrido veinte años y los perdedores aún expresaban su rencor contra el hijo de Matilda, Enrique Plantagenet, finalmente victorioso y convertido en rey.

El asesino había obtenido gran cantidad de información durante el tiempo que había pasado en el lugar —siempre era bueno saber quién se encontraba en posición ventajosa, y con respecto a quién— y le parecía posible que su cliente se contara entre aquellos que seguían resentidos a causa de la guerra y que, en consecuencia, el encargo fuera político.

En ese caso, podía ser peligroso. Codicia, lujuria, venganza: esos motivos eran indiferentes para él. Pero los clientes políticos habitualmente ocupaban una posición muy encumbrada, y tenían tendencia a ocultar su participación contratando a otro asesino para matar al primero, es decir, a él. Algo siempre tedioso, que solo producía más derramamiento de sangre, aunque nunca la suya.

Bien. El cliente oculto se había movido, y por un segundo, no más, la punta de una bota había quedado a la vista debajo de la cortina. Una bota de fino cuero de gamuza, similar a la suya, y nueva. Tal vez fabricada poco tiempo antes en Oxford, al igual que la suya. Era ineludible hacer un recorrido para visitar a los fabricantes de botas de la zona.

—¿Estamos de acuerdo? —preguntó la cortina.

—Estamos de acuerdo, mi señor.

—¿Habéis dicho setenta y cinco marcos?

—En oro, si sois tan amable, mi señor —dijo el asesino, con su tono alegre—. Y lo mismo vale para los otros cien, cuando el trabajo se haya terminado.

—Muy bien —dijo el cliente, y ordenó a su criado que entregara la bolsa con el dinero.

Y al hacerlo cometió un error que pasó inadvertido tanto para él como para su sirviente, pero constituyó un dato útil para el asesino:

—Entregad la bolsa al señor Sicarius, hijo mío —dijo.

El tintineo del oro mientras la bolsa cambiaba de manos le causó al asesino casi tanta satisfacción como el hecho de saber cuál era la ocupación de su cliente.

Y le sorprendió.

CAPÍTULO 1

La mujer que estaba en la cama había perdido la capacidad de gritar. Salvo por el golpeteo de sus pies y los puñetazos en las sábanas, sus giros eran silenciosos, parecían una representación mímica de la agonía.

Las tres monjas arrodilladas a su alrededor también parecían estar remedando un rezo. Sus bocas se movían sin emitir sonidos, porque cualquier ruido, aun el rumor de una oración susurrada, provocaba en la paciente una nueva convulsión. Tenían los ojos cerrados para no verla sufrir. Solo la mujer que permanecía al pie de la cama la observaba, impávida.

En los tapices que se veían en las paredes, Adán y Eva brincaban inocentes y saludables entre la flora y la fauna del Jardín del Edén, mientras la serpiente, en un árbol, y Dios, en una nube, los contemplaban con gesto afable. La habitación era circular. Su belleza se mofaba del horrendo aspecto de su moradora: de su cabello, antes rubio y ahora oscuro, desgredado y sudoroso; de las venas fibrosas en el cuello, alguna vez blanco; de los labios estirados en una horrible sonrisa.

Todo lo que era posible hacer ya se había hecho. Las velas y el incienso ardiendo iluminaban una habitación donde las rejas y los postigos permanecían firmemente cerrados para evitar que hicieran ruido.

La madre Edyve había despojado de sus reliquias a Godstow, su convento, para que los santos ayudaran a la mujer que padecía. Muy anciana para ir en persona, había dado instrucciones a la hermana Havis, la priora de Godstow, que había acudido en su nombre. De acuerdo con esas instrucciones, la tibia de santa Escolástica había sido amarrada al brazo que se sacudía; del frasco que contenía la leche de santa María se habían echado unas gotas sobre la cabeza enferma, y en su mano habían depositado una astilla de la Santa Cruz, que un espasmo había arrojado al otro lado de la habitación.

Con cuidado, para no hacer ruido, la priora Havis se levantó y salió de la alcoba. La mujer que había permanecido al pie de la cama la siguió.

—¿Adónde vais?

—A buscar al padre Pol. He pedido que venga, está esperando en la cocina.

—No.

La priora Havis había dado prueba de que era una cristiana estricta, pero bien nacida; había sido paciente con la enferma. No obstante, el ama de llaves le provocaba escalofríos.

—Ya es hora, Dakers. Debe recibir la extremaunción.

—Os mataré. Ella no va a morir. Mataré al cura si sube la escalera.

Esas palabras fueron pronunciadas sin énfasis, sin emoción evidente, pero la

priora creía que aquella mujer era capaz de cumplirlas. Todos los sirvientes de la casa ya habían huido por temor a lo que ella era capaz de hacer si su ama no lograba sobrevivir.

—Dakers, Dakers —dijo la priora, atenta a la regla de que al hablar con un loco siempre había que pronunciar su nombre, para recordarle quién era—, no podemos negar el consuelo que brinda el rito del santo viático a un alma que está pronta a comenzar su viaje. Mira —indicó mientras agarraba el brazo del ama de llaves para hacerla girar de modo tal que las dos mujeres miraron hacia la habitación. A causa de sus murmullos, el cuerpo tendido en la cama se había arqueado otra vez, formando un atormentado puente. Solo los talones y la coronilla seguían apoyados en el lecho—. Ningún cuerpo humano puede tolerar ese sufrimiento. Ella se está muriendo —afirmó la priora Havis, y comenzó a bajar la escalera.

Al oír pasos que la seguían, la religiosa se aferró al pasamano, contemplando la posibilidad de que la empujaran desde atrás. Se sintió aliviada al llegar a la planta baja y salir al aire claro y frío para ir hacia la cocina, que había copiado el diseño de sus chimeneas de la cocina de la abadía de Fontevrault, una especie de faro cónico gigante situado a pocas yardas de la torre.

La llama de uno de los hogares constituía la única iluminación del lugar. Sus reflejos rojos ondulaban sobre las sábanas que, colgadas de ganchos habitualmente reservados para hierbas o lonchas de tocino, se secaban cerca del fuego.

El padre Pol, un hombre pequeño y apocado, en especial esa noche, estaba acurrucado en un banco, acunando a un gordo gato negro, como si en aquel lugar esa compañía le sirviera de consuelo. Su mirada se dirigió a la priora y luego giró inquisitivamente hacia la figura del ama de llaves.

—Ya estamos en condiciones de recibiros, padre —dijo la priora.

El sacerdote asintió con alivio. Se puso de pie, dejó cuidadosamente al gato en el banco, le dio una última palmada, tomó el recipiente con los sagrados óleos que tenía a sus pies y salió presuroso. La priora Havis esperó un momento; tal vez el ama de llaves se decidiera a acompañarlos. Después de comprobar que no lo haría, siguió al padre Pol.

En cuanto se encontró a solas, Dakers miró el fuego. El obispo había estado allí dos días antes. Al igual que las chucherías del convento, la bendición que había dado a su ama de nada había servido. El dios cristiano había fracasado.

«Muy bien», se dijo el ama de llaves, y comenzó a moverse bruscamente. Ya en su territorio, una minúscula habitación contigua a la cocina, sacó unos objetos del armario. Regresó a la cocina murmurando. Sobre la tabla de picar colocó un libro que tenía un cerrojo y las cubiertas forradas con cuero. Allí puso un cristal poliédrico cuyas caras, a la luz de las llamas, emitían pequeños destellos verdes que titilaban en la oscuridad de la cocina. Encendió, una por una, siete velas. Hizo que la cera de cada

una de ellas chorreara sobre la tabla de picar para luego fijarlas, formando un círculo alrededor del libro y el cristal. La intensidad de la luz era similar a la que emitían las velas de la alcoba, aunque el olor era menos agradable porque no estaban hechas con cera de abeja.

De un soporte de hierro colocado sobre el fuego, pendía un caldero que el ama de llaves mantenía siempre lleno de agua hirviente; la necesitaba para lavar las sábanas de la enferma. Dakers se inclinó sobre él para asegurarse de que burbujeara. Miró a su alrededor buscando la tapa —un gran círculo de madera con muchos orificios y un asa de hierro arqueada en el centro—, la encontró y la depositó cuidadosamente en el suelo, a sus pies. De los utensilios de hierro que se encontraban junto al hogar —el receptáculo para la leña, los asadores, etcétera— eligió un gran atizador y también lo dejó en el suelo, junto a la tapa.

—Igzy-bidzy —murmuró—, sishnu shishnu, adony-manooey, eelam-peelam...

Los ignorantes habrían podido creer que repetía una de aquellas rimas que los niños recitaban al saltar la cuerda. Otros habrían reconocido las versiones, deliberadamente distorsionadas, de los sagrados nombres de Dios utilizados por distintas religiones.

Esquivando las sábanas, la señora Dakers se dirigió al lugar donde se había sentado el padre Pol. Levantó el gato y, al igual que él, lo acunó y lo acarició. Era un buen gato, famoso cazador de ratones, el único al que ella permitía entrar en la cocina. Mientras lo llevaba hacia el hogar, lo acarició por última vez con una mano, y con la otra tomó la tapa del caldero.

Sin dejar de murmurar, lo echó en el agua hirviente, rápidamente colocó la tapa en su lugar y presionó hacia abajo. Deslizó el atizador a través del asa para que sobresaliera de los bordes. Durante unos segundos la tapa golpeó contra el atizador y un chillido atravesó sus orificios. La señora Dakers se arrodilló junto al hogar y encomendó el sacrificio al Amo.

Si Dios había fracasado, era hora de elevar peticiones al Demonio.

• • •

A unas ochenta millas de allí —siguiendo una línea recta hacia el este—, Vesuvia Adelia Rachel Ortese Aguilar asistía un parto por primera vez. O, al menos, trataba de hacerlo.

—Empuja —dijo servicialmente la hermana mayor del niño por nacer, situada a un costado.

—No le digas eso —dijo Adelia en la lengua de East Anglia—. No puede empujar hasta que llegue el momento.

En aquella fase la pobre mujer tenía escaso control sobre el asunto, se dijo la comadrona.

«Y tampoco lo tengo yo. No sé qué hacer», reconoció para sí Adelia, desesperada.

El parto no iba bien. Se había prolongado hasta el punto en que la madre, una mujer de los pantanos que lo toleraba sin una queja, estaba exhausta.

Fuera, sentado en la hierba, custodiado por el perro de Adelia, Mansur entonaba canciones infantiles de su tierra natal para entretener a los otros niños, todos ellos nacidos sin complicaciones con la ayuda de una vecina y un cuchillo para cortar el pan. Y el hecho de que en aquel momento Adelia no disfrutara de su voz, o de aquella ocasión singular —el angelical registro de soprano de un casi castrato (le habían privado de la posibilidad de procrear, pero no de mantener relaciones sexuales) propagaba por el pantano inglés escalas menores en árabe—, permitía medir su desesperación. Solo podía maravillarse por la resistencia de la mujer que sufría en la cama y, aun así, lograba decir, jadeante: «Estoy bien».

El esposo ocultaba su preocupación por su mujer, y permanecía impasible en el sótano de la choza, junto a su vaca. A través de la escalera de madera, su voz llegaba hasta el nivel superior —una parte del espacio se utilizaba como vivienda y otra, para almacenar heno—, donde la mujer se esforzaba por dar a luz.

—Ella nunca estaba tan agitada cuando la señora Baines los traía al mundo —dijo, y le oyeron.

«Felicidades a la buena señora Baines», pensó Adelia. Esos bebés habían nacido sin problemas, pero habían sido demasiados. Más tarde tendría que explicarle al señor Reed que su esposa había dado a luz a nueve hijos en doce años, y si bien este no le había causado la muerte, uno más podía hacerlo.

Sin embargo, no era el momento oportuno para hacerle tales consideraciones. Era necesario conservar la confianza, en especial, por parte de la parturienta, por lo cual gritó alegremente:

—Debes agradecer que yo esté aquí ahora, chico. Tú solo ocúpate de mantener el agua hirviendo.

Adelia era una anatomista y, por añadidura, extranjera. Su especialidad, los cadáveres. Pensó que el señor Reed tenía razones para preocuparse. Si hubiera sabido que su experiencia en materia de partos —con excepción del propio— era prácticamente nula, se habría puesto frenético.

La desconocida señora Baines habría sabido qué hacer, y también Gyltha, la amiga de Adelia y niñera de su hija. Pero las dos mujeres, cada una por su lado, habían decidido visitar la feria de Cambridge. Estarían de regreso en un par de días. Su partida había coincidido con el inicio del parto de la señora Reed. En aquella región aislada y pantanosa Adelia era la única persona reconocida por sus conocimientos médicos, por lo cual la habían llamado para ocuparse de la emergencia.

Si la mujer que estaba en el lecho se hubiera roto los huesos o hubiera contraído

cualquier tipo de enfermedad, en efecto, Adelia la habría auxiliado, porque era médica, no solo una persona que utilizaba sabiamente las hierbas y poseía el conocimiento práctico transmitido de una mujer a otra a lo largo de generaciones. Tampoco era —como tantos hombres que presumían de médicos— una charlatana que engatusaba a los pacientes con medicamentos repulsivos que costaban mucho dinero. No, Adelia se había graduado en la magnífica, liberal, progresista e internacionalmente admirada Escuela de Medicina de Salerno, que desafiaba a la Iglesia aceptando entre sus estudiantes a las mujeres que demostraran poseer inteligencia suficiente.

Los profesores habían descubierto que Adelia se equiparaba o incluso superaba al más inteligente de los estudiantes varones. Le habían proporcionado una educación habitualmente destinada a los hombres, que ella más tarde había completado trabajando con su padrastro judío, especializado en autopsias.

En consecuencia, había recibido una educación singular que no le servía en aquel momento, porque, dando muestra de su sabiduría —sabía era, en efecto—, la Escuela de Medicina había considerado que era mejor dejar que las comadronas se ocuparan de los partos. Adelia habría sabido curar al bebé de la señora Reed. Si hubiera muerto, habría podido realizar una autopsia y habría revelado el motivo de su muerte, pero no sabía traerlo al mundo.

Entregó a la hija de la mujer el recipiente con agua y la sábana, cruzó la habitación y levantó a su propio bebé, que estaba en su cesta de mimbre. Se sentó en un fardo de heno, desató los lazos de su vestido y comenzó a amamantarlo.

Con respecto al acto de amamantar, y con respecto a casi todas las cosas, Adelia tenía una teoría. Debía ir acompañado de serenidad y pensamientos alegres. Habitualmente, cuando daba de comer al bebé, se sentaba en la entrada de la pequeña casa con techo de paja donde vivía, en Waterbeach, y dejaba que sus ojos y su mente vagaran por los pantanos del Cam. Al principio esa verde llanura no había resultado favorecida en la comparación con el recuerdo del paisaje del Mediterráneo, donde había nacido, con su relieve accidentado recortado en un mar turquesa. Pero la llanura también poseía su belleza, y poco a poco había aprendido a apreciar los inmensos cielos que coronaban aquella infinita espesura de sauces y alisos a la cual los nativos del lugar llamaban pantano, y la riqueza de la vida salvaje que abundaba en los ríos ocultos.

—¿Montañas? —había dicho Gyltha en una ocasión—. No me entiendo con las montañas.

Por otra parte, aquella era ahora la tierra natal de la niña que tenía en sus brazos, y eso la convertía en un lugar infinitamente amado. Pero aquel día Adelia no se atrevía a permitir que sus ojos o su pensamiento vagaran libremente, para bien de su hija. Debía salvar a otro niño y se maldeciría si él, o su madre, morían a causa de su

ignorancia. Disculpándose silenciosamente con el pequeño ser que tenía en brazos, se dedicó a recordar las imágenes de ciertos cadáveres que había diseccionado: los de mujeres que habían muerto antes de parir a sus hijos.

Eran verdaderamente penosos. Pero cuando yacían sobre la mesa de mármol de la gran sala de autopsias de Salerno había aprendido a no sentir compasión por ellos, al igual que le ocurría con cualquier otro muerto, para prestarles mejor servicio. En el arte de la disección no había lugar para la emoción, tan solo para el razonamiento claro, experto, inquisitivo.

En aquel momento, en una choza pequeña y pajiza, en el confín del mundo civilizado, lo hizo una vez más, borró de su mente el sufrimiento de la mujer que estaba en la cama y lo reemplazó por un mapa de órganos, posiciones, presiones, desplazamientos.

—Veamos... —Casi sin darse cuenta, Adelia apartó al bebé de su pecho izquierdo, ya vacío, y lo pasó al otro, mientras seguía meditando acerca de la presión sobre el cerebro y el cordón umbilical, las causas y la manera en que se producía la asfixia, la pérdida de sangre, la putrefacción—. Hmm...

—Señora, está saliendo algo —alertó la hija de la parturienta, mientras guiaba las manos de su madre hacia la brida amarrada a la cabecera de la cama.

Adelia dejó a su hija en la cesta, se cubrió y fue hacia la cama. En efecto, algo estaba saliendo del cuerpo de la madre, pero no era la cabeza de un bebé, eran sus nalgas.

Maldición. Un parto de nalgas. Lo había sospechado, pero habían pedido su intervención cuando el alumbramiento ya estaba en marcha. Demasiado tarde para introducir la mano y girar el feto, aun cuando hubiera sabido y se hubiera atrevido a hacerlo.

—¿No vas a sacarlo? —preguntó, angustiada, la hija.

—No, todavía no. —Adelia comprendía el daño irreparable que causaría si tiraba del bebé en ese momento, y se dirigió a la madre—. Ahora, empuja, aunque creas que no puedes, aunque no quieras, hazlo.

La señora Reed asintió, puso una parte de la brida en su boca, clavó los dientes en ella y comenzó a empujar. Adelia hizo un gesto pidiendo a la hija que arrastrara el cuerpo de la mujer hacia abajo, para que sus glúteos quedaran por debajo del nivel de la cama y la gravedad hiciera su parte.

—Mantén las piernas firmes. Sujétalas por los tobillos, detrás de mí, eso es. —Tomó aire, y dirigiéndose a la madre, dijo—: Muy bien, señora, a seguir empujando.

Adelia, entretanto, estaba de rodillas, una buena posición para parir y para rezar.

«Dios, ayúdanos».

Adelia esperó que apareciera el ombligo con su cordón y lo tocó suavemente: el pulso era vigoroso. Bien.

Era el momento.

Moviéndose con rapidez, pero con cuidado, introdujo su mano en la cavidad y, doblando las diminutas rodillas, soltó una pierna y luego la otra.

—Empuja, sigue empujando.

Oh, qué hermoso, deslizándose por sí mismo, sin necesidad de tirar, se vieron dos brazos y un torso, hasta la nuca. Mientras sostenía el cuerpo con una mano, Adelia apoyó la otra en la espalda y sintió un temblor. Estaba vivo. Era un momento crucial, solo faltaban unos minutos para que se asfixiara.

«Dios, dondequiera que estés, acompáñanos ahora».

No lo hizo. La señora Reed ya no tenía fuerzas y la cabeza del bebé aún estaba dentro.

—¡Dame esa caja, esa caja! —gritó Adelia. En segundos, extrajo su cuchillo de disección, que siempre tenía preparado y limpio—. Ahora aprieta —dijo, colocando la mano de la hija en el pubis de la señora Reed—, aprieta. —Sin dejar de sostener el pequeño torso, hizo un corte en el perineo de la madre. Se produjo un deslizamiento. Como aún tenía el cuchillo entre sus dedos, Adelia tuvo que atajar al bebé en el hueco que formaba su brazo a la altura del codo.

La hija gritó:

—¡Ya salió, papá!

El señor Reed apareció al instante en lo alto de la escalera, trayendo consigo olor a estiércol de vaca.

—¡Por Dios! ¿Qué es?

—Es un bebé —dijo Adelia, atontada después de tanta tensión.

Feo, ensangrentado, untuoso, parecido a una rana, con los pies apuntando a la cabeza, como los tenía en el útero, pero sano. Y, al palmearle las nalgas, expresó sonoramente sus objeciones ante la vida en general y su nacimiento en particular. Para Adelia era la imagen y el sonido más hermosos que el mundo era capaz de producir.

—Eso me imaginaba —dijo el padre—, pero ¿qué es?

—¡Oh! —Adelia dejó el cuchillo y dio la vuelta a la milagrosa criatura: sin duda, era un varón. Y recuperando la compostura, agregó—: Creo que el escroto está hinchado a causa de alguna contusión, pero mejorará.

—Y si no mejora, se hará famoso —opinó, bromeando aliviado, el señor Reed.

El cordón fue cortado. La señora Reed fue suturada y acicalada para recibir a las visitas. El bebé fue envuelto en una manta y depositado en brazos de su madre.

—Señora, ¿tiene un nombre por el que podamos llamarla? —preguntó el esposo.

—Vesuvia Adelia Rachel Ortese Aguilar —dijo Adelia con tono recatado, casi de disculpa.

Se hizo el silencio.

—¿Y él? —agregó el señor Reed señalando la alta figura de Mansur, que había llegado con los hermanos del recién nacido para ver el milagro.

—Mansur bin Fayî bin Nasab Al Masaari Khayoum de Al Amarah.

Más silencio.

Mansur —a quien su relación con Gyltha le permitía comprender el inglés, aunque tenía escasas posibilidades de hablarlo— dijo en árabe:

—El prior está llegando. Vi su barca. El niño podría llamarse Geoffrey.

—¿El prior Geoffrey está aquí?

Adelia bajó la escalera en un instante y fue corriendo a la minúscula plataforma que hacía las veces de muelle. Todas las casas del pantano tenían acceso a alguno de los innumerables ríos de la zona y los niños aprendían a manejar botes livianos en cuanto comenzaban a caminar.

Quien salía torpemente de su barca con la ayuda de un remero de librea era una de las personas preferidas de Adelia.

—¿Cómo estáis? —preguntó, y le dio un abrazo—. ¿Para qué habéis venido? ¿Cómo está Ulf?

—Díscolo, pero inteligente. Está progresando.

El nieto de Gyltha, y por lo tanto —según se decía— también del prior, había sido conminado a estudiar seriamente en la escuela del priorato, y no obtendría autorización para salir hasta la siembra de primavera.

—Me alegra mucho veros.

—También a mí. En Waterbeach me dijeron que habíais salido. Tal parece que la montaña debe ir hacia Mahoma.

—Aún se os ve demasiado montañoso —dijo Adelia, retrocediendo para observarlo. El prior de la gran orden de San Agustín de Cambridge había sido su primer paciente y, en consecuencia, su primer amigo en Inglaterra. Le preocupaba su salud—. No habéis cumplido con mi dieta.

—*Dum vivimus, vivamus* —respondió el prior—. Mientras vivimos, vivamos. Me adhiero a los epicúreos.

—¿Sabéis cuán alta era la mortalidad entre los epicúreos?

Adelia y el prior hablaban rápidamente en latín, era natural en ellos. Los hombres que iban a bordo de la barca del prior se preguntaron por qué su amo les ocultaba lo que decía a una mujer y —lo que era aún más sorprendente— cómo era posible que una mujer lo comprendiera.

—De todos modos sois bienvenido —afirmó Adelia—. Llegáis justo a tiempo para bautizar al primer bebé que he ayudado a nacer. Es un niño saludable, glorioso. Sus padres se alegrarán.

Adelia no se adhería al principio cristiano de bautizar a los bebés, así como no se adhería —por considerarlos bárbaros— a ninguno de los principios de las tres

religiones principales. No deseaba relacionarse con un dios que no autorizaría a un bebé a ascender al Reino de los Cielos si antes no había sido rociado con agua, y con determinadas palabras. No obstante, los padres del niño juzgaban que esa ceremonia era fundamental, al menos para garantizar una cristiana sepultura en el caso de que sucediera lo peor. El señor Reed estaba a punto de mandar a buscar al modesto sacerdote que servía en la zona.

La familia Reed observó en silencio mientras los dedos enjoyados humedecían la frente del niño y una voz tan aterciopelada como la vestimenta de su dueño le daba la bienvenida a la fe, prometiéndole vida eterna y declarándolo «Geoffrey, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén».

—La gente del pantano nunca dice «Gracias» —se disculpó Adelia mientras, cargando a su propia hija, subía a la barca del prior. El perro, al que llamaban Guardián, trepó junto a ellos, de modo que solo Mansur los siguió en su bote de remos—. Pero tampoco olvidan. Están agradecidos, pero sorprendidos. Sois demasiado para ellos, se sienten como si el arcángel Gabriel hubiera bajado hasta aquí en un haz de luz dorada.

—Me temo que *non angeli, sed angli* —dijo el prior Geoffrey. Pero era tal su afecto por Adelia que él, un hombre que había vivido en Cambridgeshire durante treinta años, aceptó complaciente que esa mujer oriunda del sur de Italia lo instruyera acerca de los usos y costumbres de los pantanos.

«Hela aquí, vestida como un espantapájaros, acompañada por un perro que me obligará a fumigar el lugar donde se ha sentado. La mente más brillante de su generación abraza a su hija bastarda porque se siente feliz de haber traído al mundo a un niño en una choza», pensó.

No fue la primera vez que el prior se preguntó quiénes habrían sido sus progenitores, algo que la propia Adelia ignoraba tanto como él. Había sido criada por una pareja de salernitanos —un judío y su esposa cristiana— que la había encontrado abandonada entre las rocas del Vesubio. Su cabello era del color castaño claro que suele verse entre los griegos o los florentinos. Aunque nadie podía saberlo en aquel momento, oculto como estaba debajo de un sombrero indescriptible.

«Aún es el ser extraño que era cuando nos conocimos en el camino a Cambridge. Yo regresaba de la peregrinación a Canterbury. Ella viajaba en un carro, en compañía de un árabe y un judío. Supuse que era una prostituta, no reconocí la virginidad de una erudita. Sin embargo, cuando comencé a dar alaridos de dolor —Dios, cuánto grité y cuán grande fue mi dolor—, a pesar de que me hallaba rodeado de cristianos, solo ella fue mi samaritana. Aquel día, cuando me salvó la vida, me redujo, a mí, a la condición de un adolescente titubeante, manipulando mis partes más íntimas como si fueran meras vísceras para cocinar. Y pese a todo, la encuentro bella», reflexionó el prior Geoffrey.

En aquel momento ella había sido convocada —a causa de su trabajo con los muertos de Salerno— para formar parte del grupo secreto que lideraba un investigador judío, Simón de Nápoles, con el fin de descubrir quién estaba matando a los niños de Cambridge, un asunto que molestaba verdaderamente al rey de Inglaterra porque estaba a punto de provocar una revuelta y, en consecuencia, una disminución en la recaudación de impuestos.

No obstante, dado que no se encontraban en la librepensadora Salerno, sino en Inglaterra, fue necesario que, durante la investigación, Mansur, el sirviente de Adelia, fingiera ser médico y ella simulara ser su asistente. El pobre y buen Simón —aunque se trataba de un judío, el prior lo recordaba en sus oraciones— había sido asesinado mientras buscaba al culpable y la propia Adelia había estado a punto de perder la vida. Pero el caso había sido resuelto, se había hecho justicia y los impuestos habían regresado a las arcas del rey.

De hecho, el conocimiento de Adelia en materia forense había sido tan valioso que el rey Enrique —previendo que podría necesitarla otra vez— se había negado a permitirle que regresara a Italia. Una ingratitud mezquina y avara, típica de los reyes, pensó el prior Geoffrey, aun cuando se regocijaba porque había sido la causa de que aquella mujer se convirtiera en su vecina.

¿Cómo se sentía Adelia? No se sentía recompensada por su exilio. El rey nada había hecho —en realidad, no se hallaba en el país— cuando los médicos de Cambridge, celosos de la exitosa intrusa, la habían obligado a salir de la ciudad, junto a Mansur, hacia los inhóspitos pantanos.

Hombres y mujeres enfermos y doloridos los habían seguido esperanzados hasta allí, y aún lo hacían. No les preocupaba que el tratamiento estuviera en manos de extranjeros infieles, lo único importante era sentirse bien.

«Señor, temo por ella —rezaba en silencio el prior Geoffrey—. Sus enemigos la condenarán por sus conocimientos, utilizarán a su hija ilegítima como prueba de que es inmoral, la llevarán ante el tribunal del archidiácono para que la declaren pecadora. ¿Y qué puedo hacer? —El prior Geoffrey se lamentaba de su propia culpa—. ¿Qué clase de amigo he sido para ella o para el árabe o para Gyltha?».

Antes de haber estado al borde de la muerte, el prior había seguido las enseñanzas de la Iglesia: el cuerpo no era importante, solo el alma. ¿El dolor físico? Es decisión de Dios, debemos aceptarlo. ¿Investigación? ¿Dissección? ¿Experimentos? *Sic vos ardebitis in Gehenna*: arderéis en el infierno.

Pero Adelia tenía la ética de Salerno, según la cual las mentes de los árabes, los judíos e incluso los cristianos se negaban a establecer barreras en su búsqueda de conocimiento. Ella lo había sermoneado: «¿Es posible que Dios tenga la intención de observar cómo se ahoga un hombre cuando bastaría con que alguien tendiera su mano para salvarlo? Vos os estabais ahogando en vuestra propia orina. ¿Debía cruzarme de

brazos en lugar de aliviar la vejiga? No. Yo sabía cómo hacerlo y lo hice. Y lo sabía porque había estudiado esa molesta glándula en hombres que habían muerto a causa de ella».

Por entonces Adelia era una criaturita extrañamente mojigata, desprovista de sofisticación, curiosamente parecida a una monja, excepto por su honestidad casi salvaje, su inteligencia y su odio por la superstición. Al menos había obtenido algo de su estancia en Inglaterra: más feminidad, más suavidad y, por supuesto, el bebé, resultado de un romance tan apasionado e inconveniente como el de Eloísa y Abelardo.

El prior Geoffrey suspiró y esperó que Adelia le preguntara por qué, siendo como era un hombre importante y ocupado, había navegado hasta allí para encontrarla.

La llegada del viento había privado a los pantanos de follaje, lo cual permitía que el sol llegara al río y las ramas desnudas de los sauces y alisos que bordeaban la ribera reflejaran sus contornos irregulares en el agua. Adelia, locuaz a causa del alivio y el triunfo, señalaba los pájaros que volaban sobre ellos —desde la proa de la barca hacia el imperturbable bebé que tenía en el regazo—, repetía sus nombres en inglés, en latín y en francés, y llamaba a Mansur a través del río cuando olvidaba la palabra en árabe.

«¿Qué edad tiene ahora mi ahijada? ¿Ocho, nueve meses?», se preguntó, divertido, el prior.

—Es un poco joven para convertirse en políglota —dijo.

—Cuanto antes, mejor —replicó Adelia. Por fin decidió hablar con seriedad—. ¿Adónde nos dirigimos? Supongo que no habéis llegado hasta aquí previendo la posibilidad de bautizar a un bebé.

—Fue un privilegio, médica —dijo el prior Geoffrey—. Fui guiado hasta un bendito establo en Belén. Pero no, no he venido para eso. Este mensajero —explicó haciendo señas en dirección a una figura que, encapotada e inmóvil, permanecía de pie en la proa— llegó al priorato con una citación para vos, y dado que sería difícil para él encontraros en estas aguas, me ofrecí a traerlo.

En realidad el prior sabía que debía estar cerca cuando la citación fuera entregada: ella no estaría dispuesta a obedecer.

—Maldito cabrón —dijo Adelia en la más pura lengua de East Anglia. Su vocabulario inglés, al igual que el de Mansur, se había enriquecido gracias a Gyltha—. ¿De qué se trata?

El mensajero era un joven enjuto, y la mirada de Adelia casi lo hizo retroceder. Miró boquiabierto al prior pidiendo confirmación.

—¿Esta es lady Adelia, señoría?

Aquel nombre indicaba alcurnia. Había esperado encontrar dignidad, belleza, incluso rumor de faldas sobre un piso de mármol, no aquel ser carente de elegancia,

con un perro y un bebé.

El prior Geoffrey sonrió.

—Lady Adelia, en efecto.

—Oh, bien. —El joven hizo una reverencia y echó su capa hacia atrás dejando ver el bordado que adornaba las mangas de su tabardo: dos ciervos rampantes y una cruz dorada en forma de equis. Desplegó un pergamino.

—De mi reverendísimo señor, el obispo de Saint Albans.

Adelia no lo escuchó. La dramatización la había petrificado.

—¿Qué desea? —preguntó con un tono gélido, desacostumbrado para el mensajero que en consecuencia miró al prior pidiendo ayuda.

El religioso intervino. Él había recibido un bando similar. En latín, dijo:

—Adelia, tal parece que nuestro señor obispo necesita de vuestro conocimiento. Os convoca a Cambridge por un intento de asesinato en Oxfordshire. Entiendo que es algo importante, con implicaciones políticas.

El mensajero siguió leyendo su bando en voz alta. Adelia siguió sin escucharlo; apeló a su amigo.

—No iré, Geoffrey. No quiero ir.

—Lo sé, querida, pero he aquí el motivo por el cual he venido. Me temo que debéis ir.

—No quiero verlo. Soy feliz aquí. Gyltha, Mansur, Ulf y ella... —La médica acunó a la niña ante él—. Me gustan los pantanos, me gusta su gente. No me obliguéis a ir.

Aunque el ruego lo conmovió, el prior endureció su corazón.

—Mi querida amiga, no tengo opción. Nuestro señor obispo dice que es un asunto de interés del rey. ¡El rey! Por lo tanto, tampoco vos tenéis opción. Sois el arma secreta del rey.

CAPÍTULO 2

Cambridge no esperaba ver nuevamente a su obispo en tan corto tiempo. En ocasión de su nombramiento, dieciocho meses antes, la ciudad —que formaba parte de la enorme diócesis de Saint Albans— se había congregado en su honor, con toda la pompa que merecía un hombre cuya palabra valía poco menos que la de Dios, el Papa y el arzobispo de Canterbury, y lo había visto iniciar el recorrido inaugural de su nueva diócesis. A causa de su enorme tamaño, como todas las diócesis de Inglaterra, le llevó más de dos años completar la singladura.

No obstante, allí estaba, de regreso antes de lo previsto, sin la pesada caravana con equipaje que lo había escoltado cuando partió, acompañado, en cambio, por jinetes que se adelantaron solo algunas horas para anunciar su llegada.

Y aun así, Cambridge salió a rendirle honores. Con fervor. Algunas personas caían de rodillas frente a él o alzaban a sus hijos para que recibieran la bendición del gran hombre. Otros se acercaban corriendo a su caballo, comentando sus pesares, para que les diera la solución. La mayoría sencillamente disfrutaba del espectáculo.

Un hombre popular, el obispo Rowley Picot. Un hijo de la propia Cambridge. Había participado en las Cruzadas, y no era el Papa, sino el rey, quien lo había designado, lo cual era bueno, dado que el rey Enrique II estaba más cerca y ejercía su poder con más inmediatez que el Vaticano.

El obispo no era uno de esos religiosos adustos al uso. Se sabía que le gustaban la caza, la comida y la bebida y también las mujeres —eso decían—, pero que había abandonado todo aquello desde el momento en que Dios lo eligió. ¿Y quién, si no él, había hecho justicia con los asesinatos de los niños que habían aterrorizado a la ciudad tiempo atrás?

Mansur y Adelia, seguidos por el desanimado mensajero, habían insistido en visitar la Feria de Cambridge para buscar a Gyltha. Después de hallarla, Mansur la había sostenido en alto para que pudiera ver al obispo por encima de las cabezas de la muchedumbre.

—Adornado como una mesa de gala, bendito sea —informó Gyltha a Adelia, que estaba de pie junto a Mansur—. ¿No vas a echarle un vistazo al obispo?

—No —respondió Adelia, aferrando con más fuerza a su bebé.

En su imaginación se dibujó una figura imponente, profética, mitrada, que representaba la hipocresía y la opresión de una Iglesia que no solo se oponía a ella, sino también a cualquier avance necesario para la salud física y mental de la humanidad.

Alguien le tocó el hombro.

—Por favor, seguidme, señora. Su Ilustrísima os concederá una audiencia en su

casa, pero antes debe recibir al alguacil y celebrar misa.

—Nos concede una audiencia —dijo burlonamente Gyltha cuando Mansur la dejó en el suelo—. Cuánta bondad. Eso sí que es divertido.

—Hmm... —El mensajero del obispo, cuyo nombre resultó ser Jacques, seguía desorientado. Los sarracenos y las vendedoras de pescado no eran la clase de personas con quienes estaba acostumbrado a tratar. Con cierto grado de desesperación, dijo—: Señora, creo que mi amo tiene previsto entrevistarse solo con vos.

—Esta dama y este caballero vienen conmigo. De lo contrario, no iré —afirmó Adelia.

Le angustiaba estar otra vez en Cambridge. Los peores momentos de su vida —y los mejores— habían transcurrido en aquella ciudad: la rondaban espíritus cuyos huesos descansaban en paz, en tanto que otros aún clamaban a un Dios que no los había escuchado.

—El perro también. —Advirtió que el pobre mensajero ponía los ojos en blanco. No le importó. El mero hecho de acudir a esa llamada había sido una concesión. Al pasar por su casa para recoger la ropa de invierno que todos ellos necesitarían, se había avenido a lavarse el pelo y ponerse su mejor vestido, aunque ya estaba raído. Con eso era suficiente. No haría más concesiones.

La residencia episcopal —el obispo disponía de una residencia en cada una de las ciudades importantes de la diócesis— se encontraba en la parroquia de Santa María. En ese momento era un alboroto de sirvientes que la preparaban para habitantes inesperados.

Los invitados —escortados por Guardián, el perro— fueron conducidos a una gran cámara en la planta alta. Cuando llegaron, los sirvientes quitaron las sábanas polvorientas que cubrían los muebles macizos y ornamentados. En el extremo opuesto, una puerta abierta dejó a la vista las molduras y los dorados de un dormitorio donde los lacayos colgaban cortinas de brocado en el dosel de una espléndida cama.

Uno de los lacayos advirtió que Mansur los observaba y atravesó la habitación para cerrar la puerta en su cara. Guardián levantó la pata y orinó en el vano tallado en forma de arco.

—Eso es lo que yo llamo un buen perro —dijo Gyltha.

Adelia alzó urgentemente la cesta donde estaba su bebé y la colocó sobre un baúl revestido de bronce. Buscó un banco, desató los lazos de su vestido y comenzó a alimentarla. Al mirarla, pensó: «Qué niña notable, pese a estar acostumbrada a la quietud de los pantanos, no demuestra temor en medio del tumulto de Cambridge, solo interés».

—Bien —le dijo Gyltha. Hasta ese momento, las dos mujeres no habían tenido un

momento para hablar en privado.

—Os escucho.

—¿Qué es lo que su señoría desea de ti?

Adelia se encogió de hombros.

—Que investigue un intento de asesinato en Oxford, eso dijo el prior Geoffrey.

—No creí que vendrías por eso.

—No habría venido, pero aparentemente son órdenes del rey.

—Qué cabrón —opinó Gyltha.

—Así es.

Enrique Plantagenet era la autoridad suprema. Adelia podía tratar de eludirla, pero era peligroso desobedecerla. En algunas ocasiones se sentía profundamente disgustada con Enrique II, quien, después de descubrir su talento para desvelar los secretos de los muertos, la había dejado aislada en Britania para poder utilizarlos otra vez. Sin embargo, en ciertas ocasiones eso no le sucedía.

Inicialmente el rey inglés le había escrito a su pariente, Guillermo de Sicilia, pidiendo ayuda —solo podía proporcionarla la tradición investigadora de Salerno— para un problema que tenía en Cambridge. Todos se habían sorprendido cuando Salerno respondió enviando a una señora experta en el arte de la muerte, en lugar de un señor, pero las cosas habían salido bien —al menos para Enrique II—; tanto que él y el rey Guillermo intercambiaron otras cartas en las que se pedía y se concedía que, durante algún tiempo más, Adelia permaneciera donde estaba.

Todo se había convenido sin que ella lo solicitara y sin su autorización, en un acto manifiesto de piratería, típico del soberano.

—No soy un objeto —le había gritado inútilmente Adelia—, no podéis pedirme en préstamo, soy un ser humano.

—Y yo soy un rey —le había respondido Enrique—. Si yo digo que os quedáis, os quedaréis.

Maldito déspota, ni siquiera le había pagado por todo lo que había hecho, por el peligro que había corrido, por la pérdida de amigos queridos. Hasta el fin de sus días lloraría a Simón de Nápoles, aquel hombre sabio y afable cuya compañía había sido semejante a la de un segundo padre. Y a su perro, una pérdida mucho menor, pero de todos modos penosa.

Por otra parte, para equilibrar la balanza, había conservado a su querido Mansur, se había encariñado con Inglaterra y su gente, había sido premiada con la amistad del prior Geoffrey, de Gyltha y de su nieto y, por encima de todo, había tenido a su hija.

Y aunque Enrique Plantagenet era un cerdo artero y tacaño, era no obstante un buen rey, un gran rey, y no solo porque gobernaba un imperio que se extendía desde los límites de Escocia hasta los Pirineos. La disputa entre él y Tomás Becket, su arzobispo de Canterbury —que había terminado con el asesinato del arzobispo—, lo

había condenado para siempre. Pero, en opinión de Adelia, Enrique tenía razón. Para el mundo había sido desastroso que Becket —un hombre ególatra, retrógrado, que odiaba a los judíos— se negara a permitir reforma alguna en la igualmente retrógrada Iglesia de Inglaterra, lo cual había llevado a su rey a proferir el horrendo grito de «¿Quién me librará de este cura insubordinado?», al cual sus caballeros respondieron de inmediato porque tenían sus propias razones para desear la muerte de Becket. Los hombres del rey habían cruzado sigilosamente el Canal en dirección a Canterbury y habían cometido un acto cuyo resultado fue la transformación de un hombre valiente pero estúpido, de mente estrecha, en un santo y un mártir. Al mismo tiempo, habían dado a la Iglesia todo tipo de excusas para castigar a un rey que deseaba restringir el poder del clero y conceder más justicia a su pueblo por medio de leyes benignas y humanitarias, únicas en el mundo.

Sí, la Iglesia dijo que Enrique Plantagenet era un demonio, y en algunas ocasiones Adelia pensaba que probablemente lo fuera, pero sabía también que sus crueles ojos azules veían el futuro mejor que los de cualquier otro hombre. Enrique II había ascendido al trono en una Inglaterra devastada y empobrecida por la guerra civil y le había dado una sólida prosperidad que era la envidia de otros países.

Se decía que su esposa y sus hijos se sentían agraviados y conspiraban en su contra. Una vez más, Adelia comprendía el motivo: el rey aventajaba a cualquier persona, era muy rápido y relacionarse con él podía parecerse a ir colgado de su estribo mientras cabalgaba. Sin embargo, cuando la Iglesia juzgó a Adelia mientras trataba de descubrir quién era el asesino de los niños de Cambridge, fue ese atareado rey quien encontró tiempo para detenerse y conseguir su absolución.

«Hizo lo que debía —pensaba Adelia—. ¿Acaso no le ahorré problemas y dinero? No soy uno de sus súbditos. Soy siciliana, no tiene el poder de obligarme a servirlo».

Lo cual habría sido sin duda razonable si en ciertas oportunidades Adelia no hubiera sentido que estar al servicio de Enrique II de Inglaterra era un privilegio.

No obstante, por el bien de la digestión de su hija, trató de borrarlo de su mente. Era difícil, la amplia habitación que la rodeaba era el reflejo de una Iglesia que la enfurecía más de lo que el propio Enrique habría podido imaginar. No había allí algo que no fuera rígida y opulentamente religioso: la enorme silla del obispo; el reclinatorio acolchado con incrustaciones de oro donde Su Ilustrísima podía arrodillarse cómodamente ante el Cristo que había muerto en la pobreza; el aire viciado con olor a incienso. Adelia la comparó con la habitación que ocupaba el prior Geoffrey, un ejemplo de santidad a pesar de los numerosos objetos que recordaban lo profano: cañas de pescar en un rincón; olor a buena comida; un pequeño y exquisito bronce de Afrodita traído de Roma; en la pared, la carta enmarcada de un alumno del cual se sentía orgulloso.

Adelia terminó de amamantar al bebé. Gyltha tomó a la niña para que eructase,

una tarea que ambas mujeres se disputaban, porque no había sonido más satisfactorio que aquel diminuto regüeldo. El brasero recién encendido aún no había comenzado a entibiar la habitación, por lo cual Gyltha agregó otra manta a la cesta antes de dejarla en un lugar oscuro para que la niña durmiera. Luego fue hacia el brasero, se quedó de pie frente a él y miró complacida a su alrededor.

—Asesinato, ¿eh? El viejo grupo y los viejos tiempos están de vuelta.

—Intento de asesinato —le recordó Adelia—. Y no, no están de vuelta.

—Pero de todas formas hemos venido —dijo Gyltha—. Es mejor que pasar un invierno helado en los malditos pantanos.

—A ti te gusta el invierno en los pantanos. Y también a mí —dijo Adelia, muy consciente de que allí había aprendido a patinar y disfrutaba enormemente con aquel ejercicio.

—Pero eso no quiere decir que no me gusten más otras cosas —replicó Gyltha. Aunque era vieja, tenía un espíritu aventurero. Se frotó el trasero y señaló la cesta con la cabeza—. ¿Qué dirá su señoría de nuestro pequeño tesoro?

—Solo espero que no pregunte quién es el padre —dijo Adelia.

Gyltha parpadeó.

—Oh, no lo hará. Eso es feo. ¿Por qué lo atacas?

—No quiero que estemos aquí, Gyltha. Obispos y reyes no tienen derecho a pedirme nada. No lo haré.

—¿Puedes elegir, muchacha?

Se oyeron pasos en el rellano de la escalera. Adelia apretó los dientes, pero solo era un sacerdote insignificante que entraba con una vela en una mano y una libreta de pizarra en la otra. Sostuvo la luz en alto y, lentamente, describió un arco con ella mientras observaba cada rostro con ojos miopes.

—Soy el padre Paton, secretario de Su Ilustrísima —dijo—. ¿Y vosotros sois...? Sí, sí. —Para asegurarse, dejó la pizarra en una mesa, la abrió y sostuvo la vela junto a ella—. Un hombre árabe y dos mujeres, sí —afirmó, y levantó la vista—. Se os proporcionará transporte, sirvientes y provisiones para ir a Oxford y para regresar. Una capa de invierno para cada uno, leña y un estipendio de un chelín diario hasta el momento en que Su Ilustrísima esté satisfecho con el trabajo realizado. No pueden reclamar más que esto. —El sacerdote miró una vez más la pizarra—. Oh, sí, Su Ilustrísima ha sido informado sobre la presencia de un niño y expresó su deseo de darle la bendición —agregó, y esperó oír palabras de agradecimiento. Al no recibirlas, dijo—: Podemos llevarlo ante él, ¿está aquí?

Gyltha se movió para colocarse entre el sacerdote y la cesta. Él no comprendió que estaba en peligro. En cambio, miró su pizarra una vez más y, poco habituado a tratar con mujeres, se dirigió a Mansur.

—Aquí dice que sois una especie de médico.

De nuevo, no hubo respuesta. Salvo por el sacerdote, la habitación estaba muy silenciosa.

—Estas son vuestras instrucciones: descubrir a la persona que, tres días atrás... —comenzó, y confirmó la fecha—, sí, era la celebración de santa Leocadia..., tres días atrás atentó contra la vida de Rosamunda Clifford, en Wormhold Tower, cerca de Oxford. Necesitaréis la ayuda de las monjas de Godstow en esta empresa —comentó golpeteando la pizarra con un dedo huesudo—. Debo señalaros que, si las monjas antes mencionadas os ofrecieran alojamiento en el convento, vuestra paga se reducirá en la proporción correspondiente —aclaró y, después de mirarlos, volvió al tema central—. Cualquier dato debe ser enviado a Su Ilustrísima tan pronto como sea obtenido. A tal fin, dispondréis de un mensajero y no le diréis a ninguna otra persona cuáles han sido vuestros descubrimientos, los cuales deberéis lograr con discreción.

El sacerdote repasó su libreta de pizarra en busca de más detalles, no los encontró y la cerró ruidosamente.

—Los caballos y el transporte estarán en la puerta en una hora. Entretanto se preparará la comida, que será ofrecida sin cargo —explicó, frunciendo la nariz al mencionar esa muestra de generosidad.

¿Eso era todo? No, había algo más.

—Supongo que el bebé será un estorbo para la investigación, por lo cual he encargado a una niñera que cuide de él en vuestra ausencia. —Parecía orgulloso de haber reparado en ello—. Estoy al tanto de que el precio habitual es un penique por día, que será descontado... Oh, oh, bajadme.

La mano de Mansur aferraba la parte posterior del alba del sacerdote, que pendía a cierta distancia del suelo con el aspecto de un gato desconcertado.

«Es muy joven. Pero no habrá cambiado cuando tenga cuarenta años. Sentiría pena por él si no me hubiera asustado: iba a llevarse a mi bebé sin ninguna consideración», pensó Adelia.

Entretanto, Gyltha hablaba con el gato, que trataba de liberarse:

—No entiendes, muchacho —dijo, inclinándose para que sus rostros estuvieran cerca—, vinimos a ver al obispo Rowley.

—No, eso es imposible. Su Ilustrísima parte mañana hacia Normandía y antes tiene muchas cosas que atender. —El pequeño sacerdote logró hablar con aplomo—. Yo me ocupo de sus asuntos...

La puerta se abrió y a la luz de las velas entró una procesión, flanqueando a una figura que parecía extraída de un manuscrito ilustrado, majestuosamente vestida de púrpura y dorado.

«Gyltha tiene razón, la mitra no es apropiada para él —pensó Adelia en cuanto lo vio. Después observó la mandíbula caída, los ojos apagados. Aquel hombre era muy distinto del que recordaba, y se dijo—: Nos hemos equivocado, sí lo es».

Su Ilustrísima evaluó la situación.

—Soltadlo, Mansur —dijo en árabe.

Mansur abrió su mano.

Los dos pajes que llevaban la cola de la túnica obispal se asomaron hacia los costados para mirar atentamente al extraño personaje que había dejado en el suelo al padre Paton. Un funcionario de cabello cano comenzó a golpear las baldosas con su bastón de mando.

Solo el obispo permaneció inmóvil.

—Bien, Steward —dijo—. Buenas noches, señora Adelia. Buenas noches, Gyltha, se os ve bien.

—También a ti, chico.

—¿Cómo está Ulf?

—En la escuela. El prior dice que lo está haciendo muy bien.

El administrador parpadeó. Aquello era lesa majestad. Luego miró a su obispo, que se dirigió al árabe.

—Doctor Mansur, *as-salaam alaikum*.

—*Wa alaikum as-salaam*.

Eso fue peor.

—Ilustrísima...

—La cena debe servirse tan pronto como sea posible, Steward, tenemos poco tiempo.

«Tenemos —pensó Adelia—. El “nosotros” típico de los obispos».

—Vuestras vestiduras, Ilustrísima... ¿Busco a vuestro sirviente? —preguntó Steward.

—Paton me desvestirá —replicó el obispo, mientras olfateaba el rastro de un olor. Al descubrir su origen, agregó—: Traed también un hueso para el perro.

—Sí, Ilustrísima.

Con desdén, el administrador expulsó de la habitación a los demás sirvientes.

El obispo fue hacia la cama. Su secretario lo siguió, explicándole qué había hecho él y qué habían hecho ellos.

—No logro comprender el motivo de su hostilidad, Ilustrísima. Sencillamente dispuse lo necesario fundándome en los datos que llegaron desde Oxford.

—Aparentemente sufrieron algún trastorno durante el viaje —señaló el obispo Rowley.

—Sin embargo, hice todo lo posible por ajustarme a lo que decía la carta, Ilustrísima. No puedo comprender...

La retahíla de palabras de aquel hombre injustamente culpado llegaba a oídos de los demás, a través de la puerta abierta, mientras el padre Paton quitaba a su amo la sotana, la dalmática, el alba, el palio, los guantes y la mitra —una capa tras otra de

ornamentos en los que habían trabajado muchas costureras durante varios años—, y luego las levantaba y las plegaba con sumo cuidado. El procedimiento llevaba su tiempo.

—¿Rosamunda Clifford? —preguntó Mansur a Gyltha.

—Tú, pagano, sabes quién es. La Bella Rosamunda, como cantan por allí, la preferida del rey. Hay muchas canciones sobre ella.

Claro, esa Rosamunda. Adelia recordó a los juglares que, a cambio de algunas monedas, entonaban en el mercado sus canciones: algunas, románticas; la mayoría de ellas, subidas de tono.

«Si me ha arrastrado hasta aquí para involucrarme en los asuntos de una mujer de vida ligera...», pensó. Luego recordó que también ella podía ser incluida en esa categoría.

—Y estuvo a punto de ser asesinada, ¿no es así? —dijo alegremente Gyltha—. Tal vez la reina Leonor lo hizo, trató de apartarla de su camino. Está celosa de Rosamunda.

—Eso dicen también las canciones, ¿verdad? —preguntó Adelia.

—Eso dicen, pero —reflexionó Gyltha— ahora que lo pienso, no pudo haber sido la reina. Hace poco oí que el rey la mandó a la cárcel.

Los poderosos —y sus actividades— constituían un mundo diferente, vivían en un país diferente. Cuando los relatos sobre lo que hacían llegaban a los pantanos, ya habían adquirido el matiz fantástico y lejano del mito, no tenían relación con personas reales, y eran insignificantes al compararlos con la inundación provocada por un río que se salía de su cauce, vacas que morían a causa de alguna peste o, en el caso de Adelia, el nacimiento de un niño.

En alguna época había sido distinto. Durante la guerra de Esteban y Matilda las noticias que iban y venían eran vitales para saber por anticipado —con la esperanza de escapar— qué ejército del rey, la reina o alguno de sus vasallos podía llegar a hollar los cultivos. Y, dado que buena parte de la destrucción había tenido lugar en los pantanos, Gyltha había estado al tanto de todo lo concerniente a la política.

Pero de aquel terrible periodo había surgido —como un rey de cuento de hadas— un gobernante Plantagenet que había instaurado la paz y la ley y había llevado prosperidad a Inglaterra. Las guerras —si las había— se llevaban a cabo en el extranjero, bendita sea la Madre de Dios.

La esposa que Enrique había llevado consigo al trono también había surgido de un cuento de hadas especialmente colorido. No se trataba de una tímida princesa virgen. Leonor era la heredera más importante de Europa, una personalidad brillante que había gobernado por sí misma el Ducado de Aquitania antes de casarse con el sumiso y devoto rey Luis de Francia. Un hombre aburrido, tanto que el matrimonio había terminado en divorcio. En aquel momento, Enrique Plantagenet —un joven de

diecinueve años— había entrado en escena para cortejar a la bella Leonor —que tenía entonces treinta— y casarse con ella, con lo cual se había apoderado de sus vastos feudos y se había convertido en gobernante de una parte del territorio de Francia más grande que aquella que pertenecía al ofendido rey Luis.

Las historias sobre Leonor eran innumerables y escandalosas: había marchado con Luis a la Cruzada, con una compañía de amazonas que cabalgaban con los senos desnudos. Había sido amante de su tío Raymond, príncipe de Antioquía. Había hecho muchas cosas... Pero si sus nuevos súbditos ingleses esperaban entretenerse con anécdotas indecorosas, se decepcionaron. A lo largo de una década, Leonor desapareció silenciosamente del primer plano y cumplió sus deberes de reina y esposa, dándole a Enrique cinco hijos y tres hijas.

Tal como se esperaba de un rey saludable, Enrique tuvo otros hijos con otras mujeres. ¿Existía acaso algún gobernante que no lo hiciera? Leonor, aparentemente, los había tomado con naturalidad, e incluso había educado al joven Geoffrey —uno de los hijos que su esposo había tenido con una prostituta— junto con los hijos legítimos, en la corte del rey.

Por lo tanto, fue un matrimonio feliz... a la manera en que suele serlo un matrimonio.

Hasta que...

¿Qué había causado la fractura? ¿La llegada de la joven y hermosa Rosamunda, la «favorita» entre las mujeres de Enrique? Sin duda su relación con ella se había convertido en una leyenda, había inspirado una canción. Él la adoraba, la llamaba *Rosa mundi*, la Rosa del Mundo, la había ocultado en una torre cercana a su coto de caza en Woodstock, en medio de un laberinto, para que ningún otro hombre pudiera encontrar el camino hacia ella.

La pobre Leonor tenía más de cincuenta años, ya no podía concebir más hijos. ¿Los celos producto de la menopausia habían sido la causa de su furia? Porque, sin duda había sentido rabia suficiente para incitar a su hijo mayor, el joven Enrique, a rebelarse contra su padre. Más de una reina había muerto por mucho menos. En realidad, era asombroso que su esposo no hubiera ordenado su ejecución en lugar de condenarla a un incómodo encierro.

En fin, si bien era agradable especular acerca de estos asuntos, habían sucedido mucho tiempo antes. Los pecados que habían motivado el encarcelamiento de la reina Leonor habían tenido lugar en Aquitania o en Anjou, o en Vexin, uno de aquellos países extranjeros que también gobernaba la casa real de los Plantagenet. La mayoría de los ingleses no podía asegurar de qué manera la reina había ofendido a su esposo. Gyltha, ciertamente, no lo sabía. No le importaba demasiado. Tampoco a Adelia.

Súbitamente se oyó un grito desde la alcoba.

—¿Está aquí? ¿Ella lo ha traído aquí?

Ya despojado de su túnica, el obispo tenía un aspecto más joven y delgado. Se detuvo en el arco de la puerta, miró a su alrededor y luego, a grandes zancadas, fue hacia la cesta que estaba sobre la mesa.

—¡Dios, Dios mío! —exclamó.

«Atreveos. Atreveos a preguntar quién es el padre», pensó Adelia.

Pero el obispo miraba hacia abajo con el mismo asombro con que la hija del faraón había mirado a Moisés entre los juncos.

—¿Es él? Por Dios, es igual a mí.

—Ella —dijo Gyltha—. Ella es igual a vos.

Adelia advirtió que, como sucedía habitualmente con los chismes de la Iglesia, le habían dicho sin demora que ella había dado a luz a su hijo, pero no habían mencionado su sexo.

—Una hija. —Rowley la sacó de la cesta y la sostuvo en alto. La niña se despertó parpadeando y emitió un grito de alegría—. Cualquiera tonto puede tener un hijo —afirmó—, pero se necesita un hombre para concebir una hija.

He aquí por qué Adelia lo había amado.

—¿Quién es la niñita de su papá? La que tiene los ojos como el aciano. Así son, sí, como los de su papá. Y los dedos del pie muy pequeñitos. Yum, yum, yum. ¿Le gusta esto? Claro que sí.

Adelia nada podía hacer, pero no pasaba por alto que el padre Paton observaba la escena. Habría querido decirle a Rowley que estaba dando rienda suelta a sus emociones: ese deleite no era propio de un obispo. No obstante, era razonable suponer que un secretario tenía acceso a todos los secretos de su amo y, de todos modos, ya era demasiado tarde.

El obispo levantó la vista.

—¿Será calva? ¿La pelusa que tiene en la cabeza crecerá? ¿Cómo se llama?

—Allie —dijo Gyltha.

—Un nombre árabe.

—¿Por qué no? —preguntó Adelia a la defensiva, pero lista para atacar—. Los árabes enseñaron astronomía a todo el mundo. Es un hermoso nombre, significa «La Radiante».

—No estoy diciendo que no sea hermoso. Es solo que yo la habría llamado Ariadna.

—Pero no estabais cuando nació —dijo Adelia con dolorida crueldad.

Ariadna, así la llamaba él en la intimidad.

Se habían conocido en el mismo camino, en el mismo momento en que ella conoció al prior Geoffrey. Aunque entonces no lo sabían, perseguían el mismo objetivo. Rowley Picot era, en apariencia, uno de los recaudadores de impuestos de Enrique. Pero secretamente cumplía un encargo del rey: descubrir a la bestia que

estaba matando a los niños de Cambridgeshire y, por lo tanto, perjudicando las rentas de la corona. Más allá de su voluntad, ambos se encontraron siguiendo las mismas pistas. Como Ariadna, ella lo había conducido a la guarida de la bestia. Como Teseo, él la había rescatado.

Y luego, como Teseo mismo, la había abandonado.

Adelia sabía que era injusta. Sir Rowley le había pedido, le había rogado que se casara con él, pero por aquella época el rey, a modo de premio, lo había designado para ocupar un cargo que necesitaba de una esposa dedicada a él, sus hijos, sus propiedades: la convencional señora de la casa en lugar de una mujer que no quería ni podía abandonar sus deberes para con los vivos y los muertos.

Pero no podía perdonar que Rowley hubiera hecho lo que ella le pidió: que la abandonara, se alejara, la olvidara, aceptara el próspero obispado que el rey le ofrecía.

«Merece el castigo divino. Al menos, habría podido escribirme», se dijo.

—Bien, ya la habéis visto. Ahora nos marchamos.

—¿Nos marchamos? —preguntó Gyltha—. ¿No vamos a cenar?

—No. —Desde el primer momento, Adelia había buscado la oportunidad de atacar, y la había encontrado—. Si alguien ha tratado de dañar a la tal Rosamunda Clifford, lo siento, pero no es asunto mío.

Dicho lo cual, atravesó la habitación para recuperar a su bebé. Al hacerlo se acercó a Rowley lo suficiente para percibir que de él emanaba olor a incienso —había celebrado misa— y que estaba impregnando a su hija. Los ojos de ese hombre ya no eran los de Rowley, sino los de un obispo: muy cansados por haber viajado desde Oxford, y muy serios.

—¿Ni siquiera sería asunto tuyo si eso causara una guerra civil?

• • •

El cerdo fue devuelto para que su aroma no ofendiera la nariz y las normas alimentarias del doctor Mansur, pero había lampreas y lucios en gelatina, cuatro clases diferentes de pato, fricasé de ternera, pan crujiente y dorado. Una cena que podía alimentar a veinte personas y, aunque no fuera agradable para el olfato de los mahometanos, vino suficiente para veinte más, servido en preciosos cuencos de cristal tallado en relieve.

Una vez que todo aquello estuvo sobre la mesa, se ordenó a los sirvientes que se retiraran de la habitación. El padre Paton fue autorizado a permanecer. Sobre la paja, debajo de la mesa, el perro mordisqueaba ruidosamente un hueso.

—Él tenía que encarcelarla —dijo Rowley, refiriéndose a su rey y a la reina Leonor—. Ella estaba alentando al joven rey a rebelarse contra su padre.

—Nunca entendí eso —comentó Gyltha masticando un muslo de pato—. Quiero

decir, ¿por qué Enrique coronó a su hijo? El rey viejo y el rey joven gobernando al mismo tiempo tenían que causar problemas.

—Enrique había estado muy enfermo —explicó Rowley—. Quiso asegurarse de que, si moría, la sucesión sería pacífica. No deseaba que se produjera otra guerra como la de Esteban y Matilda.

Gyltha se estremeció.

—Tampoco nosotros.

Era una cena extraña. El obispo Rowley se veía obligado a explicar lo que sucedía a un ama de llaves de Cambridgeshire y a un árabe, porque la mujer que necesitaba para resolverlo no lo miraba. Adelia permanecía en silencio, indiferente, y comía muy poco.

Pensaba que él era un ser diferente. No encontraba nada del hombre que había conocido. «Maldición, ¿fue tan fácil para él dejar de amarme?», se preguntaba.

El secretario, ignorado por todos, comía sin medida. Pero sus ojos miraban siempre a su amo, previendo más actitudes poco episcopales.

El obispo explicó cuáles eran las circunstancias que lo habían obligado a viajar rápidamente desde Oxford —la ciudad formaba parte de su diócesis— y que al día siguiente lo llevarían hasta Normandía en busca del rey: debía decirle, antes que ninguna otra persona, que Rosamunda Clifford, la más querida de todas sus amantes, había comido setas venenosas.

—¿Setas? —preguntó Gyltha—. Tal vez fue mala suerte. Son traicioneras las setas, hay que tener cuidado.

—Fue deliberado —dijo el obispo—. Creedme, Gyltha, esto no fue un accidente. Ella estaba grave. Por ese motivo me pidieron que fuera a Wormhold, a verla en su lecho de enferma. Sobrevivió gracias a la misericordia de Cristo, pero el rey deseará conocer la identidad de quien la envenenó y yo quiero, debo, garantizarle que su investigador favorito se está ocupando del asunto... —Rowley recordó que debía hacer una reverencia a Mansur, que le retribuyó el gesto— junto con su ayudante —agregó, y se inclinó en dirección a Adelia.

Ella se tranquilizó al comprobar que, en presencia del padre Paton, Rowley guardaba las apariencias y se refería a Mansur como la persona que poseía el conocimiento necesario para realizar la investigación. Él se había expuesto a que lo acusaran de inmoralidad diciendo que Allie era su hija, pero de esa manera protegía a Adelia de una acusación mucho más grave: brujería.

Gyltha, que disfrutaba de su papel de interrogadora, dijo:

—¿Es posible que la reina le haya enviado las setas, presa y todo como está?

—Desearía que verdaderamente estuviera presa. —En ese instante Rowley era, otra vez, aquel hombre que había sido. Estaba furioso. Su secretario parpadeó al verlo—. La maldita escapó hace dos semanas.

—Un encanto —dijo Gyltha.

—Así es. La vieron por última vez cuando se dirigía a Inglaterra, de modo que, salvo yo, todos opinan que habría tenido tiempo suficiente para envenenar a una docena de las prostitutas de Enrique.

Rowley se inclinó sobre la mesa en dirección a Adelia y despejó el espacio que había entre ellos, derramando su cuenco de vino y el de ella.

—Vos lo conocéis, sabéis cómo es su carácter. Vos lo habéis visto fuera de sí. Él ama a Rosamunda, la ama verdaderamente. Supongamos que pidiera a gritos la muerte de Leonor, tal como lo hizo con Becket. Aunque no fuera esa su intención, siempre habría algún cabrón con valor para decir que actuó cumpliendo órdenes del rey, como ocurrió en el caso del arzobispo. Y si su madre fuera ejecutada, todos los hijos se alzarían contra su padre como una ola de mierda. —Furioso, se apoyó en el respaldo de su silla—. ¿Guerra civil? La veremos aquí y en todas partes. En comparación, la guerra de Esteban y Matilda será insignificante.

En un gesto protector, Mansur puso su mano en el hombro de Gyltha. El silencio era tenso, parecía producto de una silenciosa batalla, de los mudos lamentos de los moribundos. El fantasma de un arzobispo asesinado surgía de las piedras de Canterbury y acechaba la habitación.

El padre Paton observaba cada uno de los rostros, perplejo al ver que su obispo hablaba con tanta vehemencia a la ayudante, en lugar de dirigirse al médico.

—¿Ella lo hizo? —preguntó por fin Adelia.

—No. —Con una servilleta, Rowley se limpió la manga, que tenía un poco de grasa, y volvió a llenar su cuenco.

—¿Estáis seguro?

—No fue Leonor, la conozco.

¿La conocía? Sin duda había un tierno afecto entre la reina y el obispo. El primogénito de Leonor y Enrique había muerto a los tres años. Leonor quiso que la espada del niño fuera llevada a Jerusalén para que el pequeño William fuera considerado un cruzado. Fue Rowley quien hizo la terrible travesía y depositó la minúscula espada en el altar, de modo que, por supuesto, Leonor era bondadosa con él.

Sin embargo, como sucedía con todos los asuntos de la corona, era el rey Enrique quien lo había decidido, quien había impartido las órdenes a Rowley, quien, a su regreso, había recibido las noticias secretas de lo que sucedía en Tierra Santa. Oh, sí, Rowley Picot había sido más un agente del rey que el portador de la espada encomendada por la reina.

Para confirmar que conocía muy especialmente el carácter de Leonor, el obispo agregó:

—Si se encontraran frente a frente, podría cortar el cuello a Rosamunda..., pero

no la envenenaría. No es su estilo.

Adelia asintió, y dijo en árabe:

—Aún no comprendo qué esperáis de mí. Soy una médica de los muertos...

—Tenéis una mente clara y lógica —dijo el obispo, también en árabe—. Podéis ver cosas que otros no ven. ¿Quién salvó a los judíos de la acusación de ser asesinos de niños el año pasado? ¿Quién descubrió al verdadero asesino?

—Tuve ayuda.

Adelia se refería a aquel hombrecito, Simón de Nápoles, el verdadero investigador, que había llegado con ella desde Salerno con ese propósito y que había muerto por él.

Aunque no era habitual en él, Mansur intervino, señalando a Adelia.

—Ella no debe correr peligro ahora. Solo la voluntad de Alá la salvó del abismo la última vez.

Adelia le sonrió cariñosamente. Mansur podía atribuirlo a Alá si así lo deseaba. En realidad, ella había sobrevivido a la guarida del asesino de niños solo porque un perro había guiado a tiempo a Rowley hasta allí. Pero ni él, ni Dios ni Alá habían podido librarla del recuerdo de una pesadilla que aún se hacía presente a diario, tan nítidamente como si estuviera sucediendo otra vez y, a menudo, como si la protagonista fuera la pequeña Allie.

—Por supuesto, no correrá peligro otra vez —respondió enérgicamente el obispo—. Este caso es completamente distinto. No se ha cometido un asesinato, fue solo un torpe intento. Quien haya tratado de matar, se marchó hace tiempo. ¿Es que no comprendéis? —Rowley dio otro golpe en la mesa, con lo cual otro cuenco se volcó—. Todos creerán que Leonor fue la envenenadora. Ella odia a Rosamunda y es posible que estuviera en las cercanías. ¿No fue esa la conclusión inmediata de Gyltha? ¿No llegará a esa misma conclusión el mundo entero? —El obispo dejó de mirar a Mansur y observó a la mujer que estaba frente a él—. En el nombre de Dios, Adelia, os pido vuestra ayuda.

Gyltha apuntó con el mentón hacia la puerta, se puso de pie y dio un codazo a Mansur, que asintió, se levantó y se llevó del pescuezo al poco dispuesto padre Paton. Los dos que permanecieron sentados a la mesa no advirtieron su partida. La mirada del obispo estaba fijamente clavada en Adelia. La de ella, en sus propias manos cruzadas.

Pensaba que debía dejar de alimentar su rencor hacia él. No había sido un abandono, ella se había negado a casarse, había insistido en que no debían volver a verse. Era ilógico culparlo por haber cumplido con lo acordado.

Pero, maldito sea, habría debido hacer algo en todos esos meses. Al menos, reconocer al bebé.

—¿Cómo os lleváis con Dios? —preguntó de pronto Adelia.

—Soy su servidor, o eso espero.

Ella percibió algo de humor en su tono.

—¿Hacéis buenas obras?

—Cuando puedo.

Adelia pensó que, como ambos sabían, él sacrificaría a Dios y a Sus obras, a ella y a su hija, a todos, si de esa manera pudiera servir a Enrique Plantagenet.

Rowley habló serenamente.

—Os pido disculpas por esto, Adelia. No habría faltado a nuestro acuerdo de no volver a encontrarnos por ningún asunto de menor importancia que este.

—Si se prueba que Leonor es culpable, no mentiré. Lo diré —aclaró Adelia.

—¡Claro! ¡Así debe ser!

Aquel sí era Rowley. Tal era su energía: el grito había hecho temblar el vino en la jarra. Allí, por un instante, estaba de regreso su eufórico amante.

—¿No podéis resistiros, verdad? ¿Llevaréis con vos a la niña? Sí, por supuesto, aún estáis dándole el pecho. Es muy extraño imaginaros como una vaca lechera.

El obispo se puso de pie y abrió la puerta para llamar a Paton.

—En mi equipaje hay una bolsa con setas. Buscadla y traedla aquí. —Luego miró a Adelia, sonriendo—. Pensé que desearíais ver alguna prueba.

—Sois un demonio.

—Tal vez, pero este demonio salvará a su rey y a su país o morirá en el intento.

—O me matará mientras lo intenta.

«Ya basta, deja de parecer una mujer ofendida. Fue tu decisión», se dijo Adelia.

Él se encogió de hombros.

—Estaréis a salvo, nadie quiere envenenaros. Os acompañarán Gyltha y Mansur. Que Dios se apiade de quien intente tocaros mientras ellos estén cerca. Y además yo enviaré sirvientes. Supongo que el adefesio canino también irá con vos.

—Sí. Se llama Guardián.

—¿Un nuevo hallazgo del prior para cuidaros? Recuerdo al anterior, Salvaguarda.

Otra criatura que había muerto para proteger a Adelia. La habitación estaba llena de recuerdos que hacían daño y que tenían la peligrosa cualidad de ser compartidos.

—Paton es mi perro guardián —dijo él, en tono informal—. Custodia mi virtud como un maldito cinturón de castidad. A propósito, ya veréis el laberinto de la Bella Rosamunda, el más grande de la cristiandad. Y, atención, esperad a ver a Rosamunda en persona, no es lo que imagináis. En realidad...

—¿Está en peligro?

—¿El laberinto?

—No, vuestra virtud.

De pronto, él comenzó a hablar suavemente.

—Por extraño que parezca, no. Cuando me rechazasteis pensé que..., pero Dios

es bondadoso, no impone más sufrimientos de los que podemos tolerar.

—Y cuando Enrique necesitaba un obispo complaciente...

«Oh, basta, basta», pensó otra vez Adelia.

—Y cuando el mundo necesitaba un médico en lugar de una esposa más —replicó Rowley, aún con serenidad—. Ahora lo comprendo; he rezado para lograrlo. El matrimonio os habría arruinado.

Sí, sí. Si ella hubiera aceptado casarse, él habría rechazado el obispado que el rey lo alentaba a ocupar porque era políticamente conveniente. Pero para ella la prioridad había sido su vocación. Y habría debido abandonarla, porque él necesitaba una esposa, no una médica, especialmente no una doctora de los muertos.

Adelia comprendió que, finalmente, ninguno de los dos había aceptado sacrificarse por el otro.

Rowley se puso de pie y fue hacia el bebé. Con el pulgar, hizo la señal de la cruz en su frente.

—Bendita seáis, hija mía —dijo, y dio media vuelta—. Bendita seáis también vos, señora. Que Dios os proteja y que la paz de Jesucristo se imponga a los Jinetes del Apocalipsis —agregó, y suspiró—. Porque puedo oír el ruido de los cascos de sus monturas.

El padre Paton entró trayendo una cesta que entregó a Su Ilustrísima. Con un gesto, el obispo le indicó que se retirara.

Adelia seguía observando a Rowley. En medio del lujo superfluo de esa habitación, y de la agitación que había experimentado mientras las sombras del pasado iban y venían, ella había advertido una sola cosa, que debía ser propia de ese recinto, y más aún, su verdadero objetivo. Acababa de sentir el aroma limpio y frío de aquel hombre: olor a santidad, el último atributo que habría esperado encontrar en él. Su amante se había convertido en un hombre de Dios.

Él tomó asiento en la silla que estaba junto a Adelia, para darle detalles del atentado contra la vida de Rosamunda. Puso la cesta frente a ella de modo que pudiera examinar su contenido. En otra época no habría podido sentarse junto a esa mujer sin tocarla: ahora parecía sentado junto a una anacoreta. Dijo que a Rosamunda le gustaban las setas guisadas, todos lo sabían. Una sirvienta perezosa había salido a recogerlas para su ama y una mujer desconocida, una vieja bruja, le había dado algunas, con lo cual no había tenido que molestarse en conseguir más.

—Rosamunda no comió todas las setas, una parte se reservó para otra ocasión. Cuando fui a verla, me llevé las restantes. Pensé que podríais identificar la región de donde provienen o que os serían útiles para algo. ¿Sabéis algo sobre hongos, verdad?

Sí, ella sabía bastante sobre hongos. Obedientemente, Adelia comenzó a hacerlos girar con su cuchillo mientras él hablaba.

Era una buena selección de setas, aunque ya marchita: boletus, de la especie que

los ingleses llaman *Slippery Jack*, ostra de invierno, seta coliflor, hongo cabeza de fraile, hongo hedgehog. Todos muy sabrosos, y extraordinariamente variados. Algunas de esas especies crecían exclusivamente en terrenos de caliza; otros, debajo de los pinos; otros, en las llanuras, y otros, en bosques de follaje caduco.

Deliberadamente o no, la persona que los recogiera había recorrido un radio amplio, y había evitado incluir gran cantidad de una misma variedad, cuyo lugar de origen específico pudiera ser identificado.

—Diría que fue deliberado —decía el obispo—. La vieja, quienquiera que fuese, subrayó que eran para Rosamunda y solo para ella. Desde entonces, no la han vuelto a ver. Desapareció. Entre las setas incluyó algunas venenosas con la esperanza de que envenenaran a la pobre mujer, ¿comprendéis?, y solo gracias a la misericordia de Dios...

—Ella ha muerto, Rowley —le interrumpió Adelia.

—¿Qué?

—Si esta muestra de hongos es similar a la que comió Rosamunda, ella está muerta.

—No, os lo dije: se recuperó. Estaba mucho mejor cuando me marché.

—Lo sé —respondió Adelia, súbitamente apenada por él. Si hubiera podido modificar lo que iba a decir, lo habría hecho—, pero me temo que es así como sucede —explicó, ensartando al hongo homicida con el cuchillo para levantarlo de la mesa—. Es característico de esta seta, la persona que la ha comido experimenta una aparente mejoría durante un tiempo.

Su apariencia era inocua: el pie era blanco, el sombrero, ya marchito, había adquirido un vulgar color castaño. Pero aún conservaba un aroma bastante agradable.

—La llaman «el sombrero de la muerte». Crece en todas partes, la he visto en Italia, en Sicilia, en Francia, aquí en Inglaterra. He visto su efecto. He trabajado con los cadáveres de quienes las comieron, que han sido muchos. Siempre, siempre es fatal.

—No —dijo él—, no es posible.

—Lo lamento. En verdad lo lamento, pero si ella comió uno de estos hongos, aunque fuera una porción minúscula... Primero, vómitos y diarrea, dolor abdominal. Después, durante un día o dos, hay una aparente recuperación. Pero, entretanto, el veneno ataca el hígado y los riñones. No hay cura, Rowley. Me temo que ella ha muerto.

CAPÍTULO 3

No tenía sentido que el obispo viajara de Inglaterra a Normandía para calmar a un rey desasosegado. La amada del rey estaba muerta y el mismo rey regresaría a Inglaterra, volando, como un demonio con una furia capaz de arrasarlo e incendiar, de matar a su propia esposa si lograba encontrarla.

Por lo cual, al amanecer, también el obispo salió volando —otro demonio suelto en el mundo—, para adelantarse al rey, encontrar a la reina y ayudarla a huir, para estar en el lugar, para encontrar al verdadero culpable, para poder decir: señor, deteneos, este es el asesino de Rosamunda. Para evitar el Armagedón.

Junto con el obispo partieron las personas adecuadas para lograr ese propósito. Muy pocas en comparación con su habitual séquito: dos hombres armados, un mozo de cuadra, un secretario, un mensajero, un carruaje, caballos y remontas. También un médico árabe, un perro, dos mujeres y un bebé, sin que importara que no estuvieran en condiciones de seguirlo.

No obstante, lo hicieron a duras penas. Su carruaje, el «transporte» que había mencionado el padre Paton —ornamentado con espléndidas tallas, protegido del viento con un paño encerado de color púrpura y almohadones del mismo tono colocados sobre la paja—, no era apto para viajar a gran velocidad. Después de pasar tres horas en aquel vehículo, Gyltha dijo que si permanecía mucho más tiempo en el maldito carro, perdería los dientes a causa del traqueteo y el pobre bebé enloquecería. En consecuencia, montaron a caballo. La pequeña Allie fue colocada en una cesta acolchada que pendía a un costado del lomo, como una alforja; la niña parecía una larva en un capullo. Guardián, el perro, fue colocado con menos suavidad en la cesta que se encontraba al otro lado. El cambio se hizo rápidamente para poder seguir al obispo, que no los esperaba.

Jacques, el mensajero, recibió órdenes de adelantarse para preparar la residencia del obispo en Saint Albans, donde los viajeros pasarían la noche. Luego debería hacer lo mismo en el Barleycorn de Aylesbury, donde se alojarían al día siguiente.

El frío aumentaba a medida que avanzaban hacia el oeste, como si tuvieran el aliento gélido de Enrique Plantagenet cada vez más cerca de la nuca.

No llegaron a Barleycorn, porque ese día comenzó a nevar. Decidieron salir del camino para dirigirse al despeñadero de Icknielldway, donde los árboles que crecían a ambos lados y el suelo de caliza facilitaron el avance de los caballos y, en consecuencia, permitieron acelerar la marcha. Pero en aquellos caminos de altura no había posadas y el obispo se negó a que bajaran para buscar alojamiento, porque perderían tiempo.

—Podemos montar un campamento —dijo.

Por fin dio autorización para que su séquito se apeara. Los músculos de Adelia protestaron cuando trató de bajar del caballo. Miró con ansiedad a Gyltha, que trabajosamente se abría paso hacia ella.

—¿Aún vives?

La mujer de los pantanos era resistente como el cuero, pero, aun así, era una abuela y tenía derecho a recibir un trato mejor.

—Prefiero no decir qué parte del cuerpo me duele —declaró.

—Yo también —repuso Adelia. A juzgar por el escozor que sentía, parecía haberse quemado con ácido.

El que tenía un aspecto peor era el padre Paton. Durante la mayor parte del trayecto había vomitado, entre quejidos, el abundante desayuno que había tomado en Saint Albans.

—No deberíais haber comido tanto —le dijo Gyltha.

La pequeña Allie, en cambio, había resultado ilesa. En efecto, estaba acurrucada en su alforja acolchada y aparentemente había disfrutado, a pesar de que su madre la había alimentado apresuradamente durante las pausas en el viaje que el obispo autorizaba para cambiar los caballos.

Llevando consigo a la niña, las dos mujeres se retiraron al carro y atendieron sus heridas con ungüentos que Adelia llevaba en su cofre.

—No permitiré que el cura torpe los use —dijo vengativamente Gyltha, refiriéndose al padre Paton. Se había malquistado con él.

—¿Y Mansur? Tampoco está acostumbrado a esto.

—Ese tonto... —comentó Gyltha. Le gustaba ocultar el deleite y el amor que le inspiraba el árabe—. Aunque le ardiera el trasero, no diría una palabra.

Era cierto. Mansur cultivaba el estoicismo hasta el límite de la impasibilidad. En la niñez había sido vendido a unos monjes bizantinos, que lo habían dejado estéril para preservar la belleza de su voz canora, lo cual le había enseñado que era inútil lamentarse.

Habían pasado años desde que encontrara refugio junto a los padres adoptivos de Adelia y se convirtiera en su custodio y amigo. Ella jamás lo había oído pronunciar una queja. En realidad, casi no hablaba en presencia de extraños. Los ingleses no tenían necesidad de oír su voz aguda e infantil para considerarlo un ser extraño. Era suficiente con su aspecto —Mansur era un hombre de dos metros de estatura y rostro de águila— y su vestimenta. A Oswald y Aelwyn —los soldados— y al mozo de cuadra les incomodaba tratar con él. Aparentemente le atribuían poderes ocultos. Adelia recibía de ellos un trato desconsiderado, aunque nunca en presencia de Rowley. Al principio ella había restado importancia a sus descortesías, por considerarlas consecuencia de los rigores del viaje, pero poco a poco fueron tornándose demasiado evidentes para ignorarlas. Si el obispo o Mansur no estaban

cerca, nunca la ayudaban a subir o bajar del caballo, y cuando se alejaba hacia los árboles para hacer sus necesidades, la acompañaban ofensivos silbidos. Y alguna vez oyó que Guardián gemía como si le hubieran dado un puntapié.

Ella y Gyltha no tuvieron monturas con aparejos aptos para cabalgar con las piernas hacia un lado. Rowley los había encargado, pero por algún motivo, con la prisa, alguien se había olvidado de ellos, obligándolas a cabalgar a horcajadas, una postura impropia de una dama. Y si bien Adelia prefería montar de esa manera, porque opinaba que las monturas laterales dañaban la columna vertebral, de todos modos la omisión había sido desconsiderada y, según creía, intencionada.

Para esa clase de sirvientes de la Iglesia ella era una prostituta al servicio del obispo, del sarraceno o tal vez de ambos. Estaban molestos porque debían viajar a toda velocidad, bajo un clima inhóspito, para asistir al funeral de una amante del rey, y la compañía de esa otra mujerzuela no hacía más que aumentar su malestar.

—¿Para qué está con nosotros?

—Solo Dios lo sabe. Dicen que es rápida con la cabeza.

—Tal vez sea más rápida con otra parte del cuerpo. ¿Esa es la hija bastarda del obispo?

—Podría ser hija de cualquiera.

Adelia había oído ese diálogo. Pensó que podía perjudicar a Rowley. Enrique II lo había designado contrariando los deseos de la Iglesia, que habría preferido elegir a uno de sus miembros para ocupar el cargo en Saint Albans y seguía buscando un motivo para destituir al candidato del rey. Si sus enemigos se enteraban de que tenía una hija ilegítima, habrían encontrado la justificación que necesitaban.

«Maldita Iglesia», pensó Adelia. El romance entre ella y Rowley había terminado antes de que él se convirtiera en obispo.

Maldijo a la Iglesia por imponer a sus hombres un celibato imposible. Por su hipocresía: la cristiandad estaba repleta de sacerdotes que se deleitaban con diversos pecados. ¿Cuántos de ellos eran castigados? Y la maldijo por su odio hacia las mujeres —un insulto a la mitad de las personas que habitaban el mundo—, por condenar a aquellas que se negaban a formar parte de su redil, denominándolas prostitutas, herejes o brujas.

Maldijo también a los soldados que custodiaban al obispo. ¿De verdad eran tan inocentes como pretendían? ¿Todos sus hijos habían nacido dentro del matrimonio? ¿Ninguno de ellos se había amancebado con una mujer en lugar de casarse con ella?

Por último maldijo al obispo Rowley, por haberla puesto en aquella situación.

Y como estaba amamantando a Allie, los maldijo a todos otra vez porque le habían provocado un enfado suficiente para lograr que los maldijera.

El padre Paton se había librado de sus maldiciones. A pesar de que era imposible sentir afecto por él, al menos la trataba como a todos los demás: como un gasto

desafortunado y carente de sexo.

Jacques, el mensajero —un joven desgarrado, orejudo, algo impaciente—, parecía mejor predispuesto hacia ella, pero lo veía poco: el obispo lo mantenía siempre ocupado, llevando mensajes y haciendo los preparativos para el próximo tramo del camino.

Casi imperceptiblemente, Icknielldway se transformó en Ridgeway. El frío se intensificó y debilitó a las personas y los caballos por igual. Por fortuna ya estaban cerca del Támesis y de la abadía de Godstow, que se erigía en una de sus islas.

Jacques surgió del bosque que tenían delante y se reunió con el grupo. Parecía un oso polar a caballo. Se sacudió la nieve y se inclinó ante Rowley.

—La madre Edyve envía saludos a Su Ilustrísima y asegura que se sentirá dichosa de albergaros a vos y a vuestros acompañantes cuando así lo deseéis. También debo deciros que, según está previsto, el cuerpo de lady Rosamunda será transportado por el río hasta el convento en el día de hoy.

—Eso significa que está muerta —dijo gravemente Rowley.

—Eso creo, Ilustrísima, porque las monjas piensan sepultarla.

El obispo le lanzó una mirada feroz.

—Regresad al convento. Decidles que llegaremos esta noche y que llevo a un médico sarraceno para examinar el cadáver de lady Rosamunda y determinar la causa de su muerte —dijo Rowley. Luego se volvió hacia Adelia y habló en latín—. Seguramente desearéis ver el cuerpo.

—Supongo que sí —respondió ella, aunque no sabía qué secretos podía revelar.

El mensajero se detuvo el tiempo suficiente para llenar su alforja con pan, queso y un frasco de cerveza. Luego montó otra vez su caballo.

—¿No deberíais descansar un poco antes de volver a partir? —preguntó Adelia.

—No os preocupéis por mí, señora. Duermo sobre la montura.

Adelia deseó poder hacerlo. Se necesitaba temple para seguir cabalgando. Las capas de lana que el padre Paton les había proporcionado eran de las más baratas. Gyltha, Mansur y ella se habrían muerto de frío si no hubieran llevado consigo sus ásperas mantas de piel de castor. El pantano estaba lleno de castores y esas mantas eran un regalo de un cazador agradecido a quien Adelia había cuidado cuando tuvo neumonía.

Aquella tarde los viajeros bajaron de las colinas hacia la aldea de Thame y siguieron por el camino que llevaba a Oxford. Oscureció. La nieve seguía cayendo. No obstante, el obispo dijo:

—No estamos lejos. Seguiremos adelante, nos alumbraremos con faroles.

El viaje fue terrible. Fue necesario cubrir con mantas a los caballos, aun cuando estaban en movimiento. Más tarde les colocaron también una cinta alrededor de la cabeza —habitualmente se utilizaba para protegerlos de las moscas—, porque de otro

modo los grandes copos de nieve que se arremolinaban y se pegaban a sus pestañas les habrían impedido ver.

Era imposible distinguir el camino a más de una yarda de distancia. Si no hubiera estado flanqueado por setos, habrían perdido el rumbo a pesar de los faroles y habrían terminado en medio de un campo o en el río. En una encrucijada, donde los setos desaparecieron, Rowley ordenó que hicieran un alto hasta encontrar otra vez la senda correcta. Eso significaba que los hombres tenían que buscarla, llamándose constantemente para evitar que alguno de ellos se desorientara, un error que con ese clima le costaría la vida.

Las mujeres entraron de nuevo en el carruaje y permanecieron allí, por el bien del bebé y el suyo propio. El padre Paton lo hizo antes que ellas: el secretario dijo que, si permanecía en el frío, la mano con que escribía quedaría inutilizada.

Las mujeres colgaron uno de los faroles en el arco que estaba sobre sus cabezas y comenzaron a amontonar paja para hacer una cama, donde pusieron a Allie. Luego se situaron a ambos lados de ella, de modo tal que recibiera el calor de sus cuerpos. El frío punzante penetraba a través de las aberturas que dejaba la capota en los lugares donde se sujetaba a la estructura del carruaje. El viento era tan gélido que neutralizaba el olor de la paja e incluso el que emanaba del perro echado a sus pies.

Avanzaban a paso de hombre. Mansur guiaba a los caballos, pero los profundos baches del camino, ocultos bajo la nieve, hacían que el carruaje se hundiera y se inclinara súbitamente, por lo cual descansar era imposible. De todos modos, la angustia que causaba pensar en los padecimientos de los que estaban fuera impedía dormir.

Gyltha dijo con admiración, refiriéndose a Rowley:

—No va a parar, ¿verdad?

—No.

Ese hombre había perseguido a un asesino a través de los desiertos del Levante. Una tormenta de nieve en Inglaterra no iba a derrotarlo.

No obstante, Adelia pensó que en aquella época era más joven.

—No te preocupes por Rowley; él no parece preocupado por ninguno de... —El carruaje se sacudió. Con la mano derecha Adelia se aferró a la estructura y con la izquierda sostuvo a su bebé para evitar que la sacudida las arrojara de un lado a otro. El farol dio un giro de ciento ochenta grados. Gyltha saltó para apagar la vela y evitar que se prendiera la capota—... nosotros —terminó su frase Adelia.

En la oscuridad, oyeron al padre Paton: desde un rincón rezaba pidiendo que lo rescataran de allí. Entretanto, fuera, sonoras maldiciones en árabe llovían sobre los caballos que se negaban a tirar del carruaje. La plegaria o los exabruptos dieron resultado. Después de otra sacudida chirriante, el coche siguió su camino.

—Rowley recuerda la guerra entre Matilda y Esteban —dijo Gyltha, continuando

con la conversación—. Es un jovencito comparado conmigo, pero nació en la época de la guerra y sus padres seguramente la vivieron, igual que yo. El rey Esteban murió tranquilamente en su cama. Y la reina Matilda todavía está saludable. Pero la guerra... no fue así para nosotros, los plebeyos. Moríamos sin parar. Era como..., como si nos hubieran lanzado al aire y estuviéramos allí suspendidos, sin tener a qué agarrarnos. No había leyes, nada. A mi padre un día lo arrancaron de sus tierras para construir el castillo de Hugh Bigod. Nunca regresó. Pasaron tres años hasta que supimos que una piedra lo había aplastado al caer. Casi morimos de hambre sin él.

Adelia oyó un profundo suspiro, que más parecía un infinito lamento. Pensó cuánto decían las frases simples de Gyltha.

—Perdimos a nuestra Em. Era mayor que yo, tenía casi once años. Llegaron unos mercenarios y mamá salió a toda prisa con mis hermanos y conmigo, para ocultarnos en el pantano, pero atraparon a Em. Gritaba mientras se alejaban al galope con ella, todavía puedo oírla. Nunca supimos qué sucedió. Em tampoco regresó.

Adelia ya la había oído hablar sobre la guerra que había durado trece años, pero solo en términos generales, nunca de esa manera. Esa mujer, ya anciana, que había sido testigo de aquel caos, evocaba fantasmas que aún le causaban dolor. El feudalismo era cruel con aquellos que ocupaban el lugar más bajo en la escala social, pero al menos les brindaba protección. Adelia, que había crecido rodeada de protección y privilegios, supo entonces qué ocurría cuando el orden se desintegra y la civilización desaparece junto con él.

—Rogar a Dios tampoco servía. Él no escuchaba.

Gyltha dijo que los hombres habían dado rienda suelta a sus más bajos instintos. Los muchachos de los pueblos, razonablemente decentes cuando estaban bajo control, vieron que ese control desaparecía y se transformaron en ladrones y violadores.

—Pueden decir muchas cosas de Enrique Plantagenet, pero cuando él se convirtió en rey, todo aquello terminó, tú misma puedes verlo. Terminó, volvimos a pisar tierra firme. Los cultivos crecieron como antes, el sol volvió a salir por la mañana y a ponerse por la noche, como debe ser.

—Entiendo —dijo Adelia.

—Pero no puedes saber lo que era aquello verdaderamente —respondió Gyltha—. Rowley sí puede. Su padre y su madre eran plebeyos y vivieron lo mismo que yo. Él moverá montañas para que no suceda otra vez. Para que mi Ulf, bendito sea, pueda ir a la escuela con la barriga llena, y para que nadie lo destripe. ¿Viajar un poco? ¿Unos copos de nieve? ¿Qué es eso en comparación con lo que pasamos?

—He estado pensando solo en mí, ¿verdad? —dijo Adelia.

—Y en la niña —agregó Gyltha, acercándose para darle una palmadita—. Y diría que muy poco en el obispo. Yo lo seguiré a donde vaya y me sentiré feliz de poder

ayudarlo.

Gyltha elevaba su empresa a un nivel que avergonzaba a Adelia y la enfrentaba con su propio resentimiento. Aun así, ella no podía dar crédito al razonamiento que los había llevado a hacer lo que estaban haciendo. No obstante, si el obispo —que sí podía— estaba en lo cierto y de ese modo ellos lograban evitar la guerra civil, también ella debía sentirse feliz de dar lo mejor de sí.

«Y me siento feliz —pensó, haciendo un mohín—. Ulf está a salvo, en la escuela. Gyltha, Mansur y mi hija están conmigo. Me alegra que el obispo Rowley sea feliz con un Dios que lo ha librado de la lujuria. ¿En qué otro lugar debería estar?».

Adelia cerró los ojos y se dispuso a afrontar su destino pacientemente.

La despertó otra gran sacudida. Se habían detenido. Levantaron la capota, que dejó entrar una horrible ráfaga de viento, y pudieron ver un rostro azul con una barba de hielo. Reconoció al mensajero, lo habían alcanzado.

—¿Hemos llegado?

—Casi, señora —dijo Jacques, que parecía emocionado—. Su Ilustrísima pregunta si puede venir a ver una cosa.

La nevada había cesado. La luna brillaba en un cielo lleno de estrellas, sobre un paisaje igualmente bello. El obispo y el resto de su séquito estaban de pie junto a Mansur, al borde de un puente de piedra angosto y giboso. Sus parapetos se delineaban perfectamente en medio de la nieve. A la izquierda, el ruido de agua, oculta por la pendiente, indicaba la cercanía de un dique o un canal que hacía funcionar una noria. A la derecha se veían destellos en la superficie lisa de un río. Los árboles parecían centinelas blancos.

Cuando Adelia se acercó, Rowley le señaló algo que estaba detrás. Ella miró hacia allí y vio algunas casas.

—Es la aldea de Wolvercote —dijo el obispo. Luego hizo que diera media vuelta y la invitó a mirar al otro lado del puente, el lugar donde un conjunto de tejados impedía ver las estrellas.

—La abadía de Godstow.

Pese a que todas las ventanas que se distinguían desde allí estaban a oscuras, una luz parecía surgir de algún lugar del edificio.

Sin embargo, lo que debía observar estaba en el centro del puente. Lo primero que vio fue un caballo con montura: no se movía, la cabeza y las riendas caían hacia abajo, tenía una pata flexionada. Walt, el mozo de cuadra, estaba junto a él, palmeándole el cuello. En medio de aquella calma se oyó su voz aguda y quejumbrosa.

—¿Quién ha hecho esto? Es un buen animal. ¿Quién sería capaz de hacerlo?

Al mozo le preocupaba más el caballo que el hombre muerto que estaba tendido junto a él, con la cara contra la nieve.

—Robo y asesinato en los caminos del rey —dijo lentamente Rowley. Su aliento, como el humo, dibujó volutas en el aire—. Es mera coincidencia, no tiene relación con nuestro propósito, pero supongo que será mejor que echéis un vistazo, los cadáveres son vuestra especialidad. Tan solo os pido que sea rápido, es todo.

Tal y como Adelia le indicó, el obispo mantuvo al resto de la comitiva lejos del lugar. Solo las huellas que él mismo y el mozo de cuadra habían dejado en la nieve iban hacia el puente. Y solo las del obispo regresaban desde allí.

—Tenía que asegurarme de que el tipo estuviera muerto —explicó Rowley—. Llevad con vos a Mansur. —Luego alzó la voz—. El señor Mansur sabe reconocer las huellas que han quedado en el suelo. Dado que no sabe hablar inglés, la señora Adelia será su intérprete.

Adelia permaneció un instante en su lugar, con Mansur a su lado.

—¿Sabéis qué hora es? —preguntó ella, en árabe.

—Escuchad.

Ella se quitó la bufanda que le envolvía la cabeza. Desde el otro lado del puente surgía una dulce voz femenina, monótona, solitaria y lejana, que se distinguía con claridad del ruido de la corriente de agua. La voz hizo una pausa y se oyó la disciplinada respuesta de otras voces.

Lo que se oía era una antífona, así lo disponía el reloj de la liturgia. Las monjas de Godstow se habían levantado de la cama y estaban cantando vigiliat.

Eran aproximadamente las cuatro de la mañana.

—¿El mensajero llegó aquí antes? —preguntó Mansur—. Si fue así, tal vez vio algo.

—¿A qué hora llegasteis aquí, Jacques? El doctor desea saberlo.

—Aún era de día, señora. Ese pobre hombre todavía no estaba allí tendido —dijo el joven, ofendido y molesto—. Entregué el mensaje de Su Ilustrísima a las hermanas y regresé directamente por el puente para reunirme otra vez con vosotros. Cuando llegué, la luna aún no había salido, ¿no es así, Ilustrísima?

Rowley asintió.

—¿Cuándo dejó de nevar? —preguntó Adelia. Solo se veían algunos copos de nieve sobre el cadáver.

—Hace tres horas.

—Quedaos aquí.

Mansur tomó una linterna. En compañía de Adelia, fue hacia el hombre muerto y se arrodilló a su lado.

—Qué Alá sea bondadoso con él —dijo.

Tal como su padre adoptivo le había enseñado, Adelia dedicó un momento a hablar con el espíritu del muerto que ahora estaba en sus manos.

—Permitid que vuestra carne y vuestros huesos me digan lo que vuestra voz no

puede decir.

El hombre yacía boca abajo, en una posición demasiado discreta para alguien que ha caído de un caballo: las piernas rectas, los brazos extendidos por encima de la cabeza, la capa y la túnica le cubrían los glúteos. A unos pasos del cuerpo estaba el sombrero. Al igual que la ropa, era de lana de buena calidad, aunque algo gastado; la gallarda pluma de faisán se había quebrado.

Adelia hizo un gesto a Mansur. Él levantó suavemente el ondulado pelo castaño que cubría la nuca para palpar la piel. Meneó la cabeza. La había ayudado a trabajar con una cantidad de cadáveres suficiente para saber que sería imposible estimar la hora de la muerte. El cuerpo estaba congelado: había comenzado a helarse en el mismo instante en que la vida lo había abandonado, y seguiría helado durante largo tiempo, retrasando los procesos naturales.

—Hmm...

Adelia y Mansur dieron la vuelta diestramente al cadáver. Dos ojos castaños, entreabiertos, miraron al cielo con indiferencia. Mansur presionó los párpados helados para cerrarlos.

Era un joven de veinte o veintiún años, tal vez menos. La gruesa flecha de ballesta había penetrado profundamente en su pecho, probablemente se había hundido más debido a la caída. Mansur sostuvo el farol para que Adelia pudiera examinar la herida. Se veía sangre a su alrededor y solo unas pocas manchas sobre la nieve en el espacio que había quedado vacío al girar el cuerpo.

Ella guio la mano de Mansur para que el farol iluminara el cuello del cadáver.

—Bueno...

Aún conservaba una espada envainada sujeta a un cinto. En la hebilla de plata pulida se veía grabado un emblema, el mismo que había sido bordado en el monedero abierto y vacío.

—Venid aquí, doctor. Podréis ocuparos de esto cuando lo llevemos al convento —gritó Rowley.

—Silencio —le respondió Adelia, en árabe. El obispo no les había dado respiro durante todo el trayecto desde Cambridge. Ahora podía esperar. Allí había algo raro. Tal vez por ese motivo Rowley le había pedido que investigara. Si bien una parte de su mente estaba por completo concentrada en otro crimen, otra parte había advertido las anomalías que había allí mismo.

Se oyó la angustiada súplica de Walt, el mozo de cuadra.

—Este pobre animal está sufriendo mucho, Ilustrísima. No podemos hacer nada por él. Es hora de terminar con esto.

—¿Doctor?

—¿No podéis esperar?

Con irritación, Adelia se puso de pie y se dirigió al lugar donde estaban el caballo

y el mozo, observando el suelo mientras caminaba.

—¿Qué le ocurre?

—El tendón de la corva está cortado. Algún cerdo impío lo cortó —afirmó Walt, señalando un corte en la pata del caballo, arriba de la articulación del tarso—. ¿Lo veis? Es deliberado.

Allí la nieve estaba ensangrentada y negra, lo que indicaba que el animal se había revolcado en ella tratando de incorporarse con sus tres patas sanas.

—¿Es posible curarlo? —preguntó Adelia. Todo lo que sabía acerca de caballos se limitaba a distinguir la cabeza de la cola.

—Se ha lisiado. —La ira de Walt aumentaba por verse en la obligación de responder a una mujerzuela como ella.

Adelia regresó junto a Mansur.

—Es necesario matar al animal.

—Aquí no —dijo el árabe—. El cuerpo no permitiría pasar por el puente.

Los puentes eran vitales. Todo el peso de la ley caía sobre aquellos que no los reparaban o causaban daños que impedían utilizarlos, se consideraba una actitud hostil que causaba grandes daños a la economía local.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —preguntó Rowley, acercándose al médico y su ayudante.

—Aquí algo está mal —respondió Adelia.

—Sí, alguien robó y mató a este pobre hombre. Lo sé. Debemos llevarlo con nosotros y seguir nuestro camino.

—No, es más que eso.

—¿Qué es entonces?

—¡Necesito tiempo! —gritó ella. Luego, comprendiendo la situación, agregó—: El doctor necesita tiempo.

El obispo resopló.

—¿Por qué le pedí que viniera? Señor, dadme una respuesta. En fin, al menos podemos ocuparnos del caballo.

• • •

Adelia insistió en ir delante, guiando lentamente a Walt y al animal lisiado hacia el otro lado del puente. Junto a ella, Mansur sostenía el farol para que la luz iluminara el terreno mientras avanzaban.

Todo lo que no era blanco, era negro: huellas de botas, de cascos, demasiado mezcladas para distinguirlas. Donde el puente volvía a unirse con el camino, cerca de la gran fortificación del convento, se había desarrollado una gran actividad. Se veía mucha sangre.

Mansur señaló algo.

—Oh, bien hecho —dijo Adelia. A la sombra de las frondosas ramas de roble que caían sobre el muro del convento se distinguían huellas claras que conducían a otras, escribiendo una historia para aquellos que sabían leerla.

—Bien, bien... Interesante.

Detrás de ella, el obispo y el mozo de cuadra tranquilizaban al caballo, que cojeaba torpemente mientras ellos decidían en qué lugar debían dejarlo. Tal vez a las monjas les interesara el animal, podrían comerlo. Pero sería arduo descuartizar y desollar con ese clima. Era mejor ir hasta el lugar donde el muro del convento se internaba en un bosque, cortarle la garganta y dejarlo entre los árboles.

—Si lo quieren, pueden ir a buscarlo allí más tarde.

—Dudo que para entonces quede algo, Ilustrísima. No solo los seres humanos aprecian la carne de caballo.

Walt le quitó el lazo. Había un hato sujeto a la montura, protegido por una tela encerada.

—Hop, vamos, hermosura, hop. —Murmurando suaves onomatopeyas equinas, el mozo guio al caballo hacia la espesura.

—¿Podemos esconder también el cuerpo? —preguntó Adelia.

—Si lo hacemos, tampoco quedará mucho de él —respondió Mansur.

Rowley se reunió con ellos.

—Daos prisa, vosotros dos. En un minuto nos convertiremos en carámbanos.

Adelia, que durante todo el trayecto desde Cambridge había temblado a causa del frío, ya no lo sentía.

—No queremos que descubran el cuerpo, Ilustrísima.

El obispo trató de ser paciente.

—Ya ha sido descubierto, señora. Nosotros lo hemos hecho.

—No queremos que el asesino lo encuentre.

Rowley se aclaró la garganta.

—¿Os referís a que no sepa qué ha ocurrido? Lo sabe, Adelia. Disparó una flecha al pecho del muchacho. No regresará para asegurarse del resultado.

—Sí, lo hará. Si no hubiera tenido prisa, habría deseado cerciorarse —afirmó Adelia, y dando un codazo a Mansur, le indicó—: Debéis simular que sois el que da las instrucciones.

Mansur se situó a un lado de Rowley para confiarle sus descubrimientos en árabe, y Adelia, en el flanco opuesto, simuló ser su traductora. Así le dijeron cuál era la historia que las huellas en la nieve les habían contado.

—No podemos saber con seguridad a qué hora lo mataron. Todo lo que podemos aventurar es que sucedió después de que cesara la nevada. En cualquier caso, era de noche, lo suficientemente tarde para que no hubiera gente en los alrededores. Ellos lo esperaban aquí, cerca de la entrada del convento.

—¿Ellos?

—Dos hombres.

Adelia condujo a Rowley hacia el roble. Las huellas apenas se distinguían en la nieve.

—¿Lo veis? Uno de ellos usaba zapatos con clavos y el otro llevaba trabas en las suelas, tal vez fueran barras atadas con tiras de tela. Llegaron hasta aquí a caballo y llevaron a los animales hacia los árboles a los que se dirige Walt. Regresaron a pie y se detuvieron aquí. Comieron mientras esperaban —dijo Adelia, y levantó del suelo una miga, luego otra—. Queso —afirmó, acercando migas a la nariz del obispo.

Él retrocedió.

—Si vos lo decís, señora...

Las vigiliass habían concluido. El convento estaba silencioso otra vez. Desde la profundidad del bosque se oyó la oración de Walt:

—Y que el señor se apiade de su pobre alma, si la tuviera.

Un largo grito, como un silbido. Una caída contundente. Silencio.

Walt apareció, limpiando la daga en su capa mientras con la otra mano se secaba las lágrimas.

—Maldición, odio hacer esto.

El obispo le dio una palmada en el hombro y le pidió que se reuniera con los demás en el otro extremo del puente. Luego preguntó a Adelia y Mansur:

—Entonces, ¿ellos sabían que él vendría?

—Sí, lo aguardaban.

Ni el más desesperado de los ladrones perdería el tiempo esperando que alguien pasara por allí en una noche helada.

Seguramente los delincuentes se habían considerado afortunados porque la ventisca había pasado. No sabían que dejarían en la nieve marcas de su culpabilidad, que Vesuvia Adelia Rachel Ortese Aguilar, médica de la renombrada Escuela de Medicina de Salerno, experta en muertos y en las causas de la muerte, llegaría hasta allí para descifrarlas. Y que lo lamentarían.

Pasaron frío durante la espera. Dieron patadas en el suelo para mantenerse en calor. Adelia se imaginó esperando con ellos, mordisqueando queso. Tal vez oyeron cantar las completas, antes de que las monjas se fueran a dormir tres horas, hasta las vigiliass. Por lo demás, el lugar había permanecido silencioso, salvo por algún búho o, tal vez, el aullido de un zorro.

Por fin llega el jinete, por el camino que se dirige desde el río hacia el convento. Los cascos de su caballo se hunden en la nieve que ha caído antes. No obstante, en medio del silencio, el sonido es audible.

El jinete se acerca al portal del convento, disminuye la velocidad. Quizá se propone entrar. Pero el Villano Número Uno aparece frente a él con la ballesta lista

para disparar la flecha. ¿El jinete lo ve? ¿Grita? ¿Reconoce a ese hombre? Tal vez no. La oscuridad se lo impide. De todos modos, la flecha ha sido disparada y ya está clavada en su pecho.

El caballo se encabrita, arroja al jinete hacia atrás. La flecha se hunde del todo cuando él cae. El Villano Número Dos le arrebató las riendas, conduce al animal aterrorizado hacia los árboles y lo amarra.

—Él está en el suelo, agonizando. El proyectil de una ballesta es casi siempre fatal, dondequiera que se clave —dijo Adelia—, pero quieren asegurarse. Uno u otro, el que tiene manos grandes, lo estrangula mientras yace en el suelo.

—Dios se apiade de él —dijo el obispo.

—Sí, pero he aquí lo interesante —continuó Adelia, como si cualquier otra cosa fuera superflua—. Es entonces cuando lo arrastran hasta el centro del puente. ¿Lo veis? Los clavos de sus zapatos dibujan estrías en la nieve. Arrojan su sombrero junto a él. Por Dios, qué estúpidos. ¿Pensaban que un hombre cae de su montura con tanta suavidad, con las piernas juntas y la ropa en su lugar? Vos lo habéis visto, ¿verdad? Y después, después llevan el caballo hasta el puente y le cortan la pata.

—No llevan al jinete hacia el bosque —señaló Mansur—. Tampoco al caballo. Si lo hubieran hecho, no los habríamos encontrado hasta la primavera, y para entonces nadie habría podido saber qué les había ocurrido. En cambio, arrastraron al muerto hasta el lugar donde la primera persona que cruzara el puente por la mañana pudiera verlo y dar la noticia.

—Huyeron con más prisa de la necesaria —reflexionó el obispo—. Entiendo. Es... extravagante.

—Lo extravagante —apuntó Adelia— es que regresaran al lugar donde estaba el cuerpo.

En el extremo del puente, donde estaban los demás viajeros, alguien había improvisado una hoguera y había encendido un fuego. Los rostros, cadavéricos a la luz de las llamas, giraron esperanzados hacia ellos.

—¿Van a seguir allí mucho tiempo? —gritó Gyltha—. La pequeña tiene que comer, y yo me estoy muriendo de frío.

Adelia la ignoró. Aún no sentía el frío.

—Dos hombres y, a juzgar por su vestimenta, son pobres. Dos hombres mataron al jinete. Sin duda se llevaron el dinero, pero dejaron la bolsa, de buena calidad, con un escudo de armas. Le dejaron las botas, la capa, la hebilla de plata, el caballo. ¿Qué ladrón hace algo semejante?

—Tal vez estaban inquietos —dijo Rowley.

—¿Qué los inquietaba? No éramos nosotros. Habían huido mucho antes de que llegáramos. Habían tenido tiempo de quitarle a este pobre hombre todo lo que tenía. No lo hicieron. ¿Por qué, Rowley?

El obispo permaneció pensativo.

—Querían que lo encontraran.

Adelia asintió.

—Es fundamental para ellos.

—Quieren que sea identificado.

Adelia suspiró con satisfacción.

—Exactamente. Es necesario que se sepa quién es y que ha muerto.

—Entiendo —afirmó Rowley—. He aquí el motivo por el cual habéis sugerido que ocultáramos el cuerpo. De todos modos, no me gusta la idea.

—Eso los haría volver, Rowley —explicó Adelia, y por primera vez tocó al obispo, tiró de su manga—. Se han esforzado para que todo el mundo sepa que este pobre hombre ha muerto. Regresarán para descubrir por qué eso no ha sucedido. Podemos esperarlos.

Mansur asintió.

—Algún malvado trata de beneficiarse con este asesinato. Que Alá lo castigue.

Adelia tiró de la manga del obispo otra vez.

—No lo logrará si parece que el muchacho simplemente ha desaparecido.

Rowley dudó.

—Alguien estará esperándolo en su casa.

—En ese caso, deseará que se descubra quién lo mató.

—Debería ser enterrado como es debido.

—Todavía no.

El obispo liberó su brazo de la mano que lo sujetaba y se alejó de Adelia. Ella lo observó mientras se dirigía al parapeto del puente y se apoyaba en él, mirando el agua rumorosa, blanca a la luz de la luna.

Adelia pensó que él detestaba esa clase de actitudes por parte de ella. Podía amar a la mujer, no a la médica. Sin embargo, era a la médica a quien había invitado, y debía afrontar y asumir las consecuencias. Tenía que cumplir con su deber con ese joven muerto, y el obispo se tenía que dar cuenta de ello.

En ese momento sintió frío.

—Muy bien —dijo el obispo, dando media vuelta—. Podéis consideraros afortunada: Godstow posee una bóveda de hielo. Es un lugar famoso por ella, precisamente.

Adelia y Mansur envolvieron el cuerpo en su capa y recogieron sus pertenencias. El obispo de Saint Albans reunió a sus hombres para contarles lo que había descubierto el doctor Mansur descifrando las marcas en la nieve.

—Con la ayuda de Dios, esperamos atrapar a estos asesinos. Hasta que eso suceda, ninguno de vosotros, lo repito, ninguno, debe mencionar lo que hemos visto esta noche. Conservaremos este cuerpo, respetuosa pero secretamente oculto, para

descubrir quién regresa a buscarlo, y que el Señor se apiade de ellos, porque nosotros no lo haremos.

El obispo hizo lo debido al contarles la verdad. Rowley había luchado en Tierra Santa, había sido un cruzado y había descubierto que, cuando saben cuál es el objetivo de su comandante, los subordinados responden mejor que cuando reciben órdenes sin sentido. Sus palabras provocaron un murmullo de aceptación en los hombres que lo rodeaban, especialmente ferviente en el caso del mensajero. Tanto él como los demás pasaban buena parte de su vida en los caminos y consideraban al jinete del puente como uno de ellos, caído en las garras de los predadores que pululaban por las carreteras. Habían llegado demasiado tarde para salvar su vida, pero al menos podían llevar a sus asesinos ante la justicia, como buenos samaritanos.

Solo el padre Paton frunció el ceño, lo cual era indicio de que estaba evaluando qué costo representaría ese cadáver para las arcas de la Iglesia.

Los hombres se descubrieron la cabeza, levantaron el cuerpo y lo colocaron en el carro. La partida en pleno lo flanqueó, guiando a los caballos, y así cruzó el puente en dirección al convento de Godstow.

CAPÍTULO 4

La abadía de Godstow, con sus terrenos y campos circundantes, era en realidad una gran isla formada por las curvas que describían el tramo superior del Támesis y sus afluentes. El encargado de abrir el portal a los viajeros era un hombre, al igual que el mozo de cuadra que atendió los caballos de los recién llegados. Sin embargo, aquella era una isla gobernada por mujeres.

Si alguien les hubiera preguntado por qué estaban allí, las veinticuatro monjas y sus criadas habrían insistido en que el Señor de los Cielos les había pedido que abandonaran el mundo. No obstante, su aspecto afable sugería que los deseos del Señor coincidían exactamente con los propios. Algunas eran viudas adineradas que, junto a la tumba de su esposo, habían oído la llamada de Dios y se habían apresurado a responder acudiendo a Godstow antes de estar en condiciones de casarse otra vez. Otras eran solteras que, al vislumbrar cuál era el esposo elegido para ellas, se habían sentido invadidas por una súbita vocación de castidad y habían preferido el convento, llevando consigo su dote. Allí podían administrar eficientemente un considerable feudo, con holgura y sin interferencia masculina.

Los únicos hombres a quienes se subordinaban eran san Benedicto, a cuyas normas estaban sujetas, muerto seiscientos cincuenta años antes; el Papa, que estaba muy lejos; el arzobispo de Canterbury, a menudo también muy lejos; y un archidiácono con espíritu investigador que no podía presentar queja alguna acerca de ellas, debido a que llevaban registro minucioso de sus asuntos monetarios y mantenían una conducta escrupulosamente ordenada.

¡Ah! Y el obispo de Saint Albans.

Godstow era un convento muy rico, tanto que poseía dos iglesias. Una, oculta junto al muro occidental de la abadía, era pequeña y las monjas la utilizaban como su capilla privada. La otra, mucho más grande, se encontraba hacia el este, cerca del camino. Había sido construida para proporcionar un lugar de culto a los habitantes de los pueblos vecinos.

En realidad, la abadía era un pueblo en sí misma, las hermanas habían establecido los límites de su territorio, y por ese motivo los viajeros fueron admitidos por el vigía. Una sirvienta dio un grito al verlos. Luego hizo una reverencia, derramando así parte de la leche que llevaba en sendos cubos. El farol del vigía alumbró corredores y patios y, súbitamente, las columnas esculpidas de un claustro, donde los postigos se abrieron dejando ver una hilera de cabezas con cofias blancas, parecidas a pálidas amapolas, que susurraban: «El obispo, es el obispo».

Rowley Picot —tan imponente, tan lleno de energía y decisión, tan masculino— era un gallo joven irrumpiendo en un plácido gallinero, donde las gallinas habían

vivido felices sin él.

El grupo fue recibido por la priora —aún no se había quitado su toca—, quien les rogó que esperaran en el salón del capítulo, donde los atendería la abadesa. Entretanto, podían tomar un refrigerio. Preguntó si las damas necesitaban algo, y qué podía hacer por el bebé, una criatura tan pequeña.

La belleza de la sala capitular consistía en una sucesión de arcos y vigas de madera sin ornamentos. Las velas iluminaban un suelo embaldosado, cubierto de juncos recién cortados, y se reflejaban en el brillo de una larga mesa y las sillas que la rodeaban.

Además del aroma de los troncos de manzano que ardían en el brasero, había allí olor a beatitud y a cera de abejas, y gracias a Guardián, un desagradable hedor a perro.

Rowley iba y venía por la sala, irritado por la espera. Adelia, por primera vez desde el comienzo del viaje, pudo dar el pecho a la pequeña Allie con la tranquilidad que la niña merecía. Teniendo en cuenta la relación de la abadía con Rosamunda Clifford, había temido que fuera un sitio desordenado y que sus monjas tuvieran una actitud negligente. Aún conservaba recuerdos del convento de Saint Radegund, en Cambridge —el único que había conocido hasta ese momento—, un lugar perturbador, donde finalmente se había desenmascarado a uno de los participantes en los asesinatos de niños. En Godstow, por el contrario, se respiraba un clima de seguridad, pulcritud, disciplina, tal como debía ser.

Adelia comenzó a dormitar, arrullada por los soporíferos murmullos del padre Paton, que con una tiza hacía sus cálculos en su querida pizarra. «Para queso y cerveza durante el viaje..., para el forraje de los caballos...».

Se puso de pie al sentir que Gyltha la tocaba con el codo. Una monja pequeña, muy vieja, apoyada en un bastón con empuñadura de marfil, había entrado en la sala. Rowley le tendió la mano y la monja se inclinó trabajosamente para besar el anillo episcopal. Todos hicieron una reverencia.

La abadesa tomó asiento en la cabecera de la mesa, con dificultad apoyó el bastón en la silla, juntó las manos y escuchó.

En unos instantes Adelia comprendió que buena parte de la bienaventuranza de Godstow se debía a esa diminuta mujer. La madre Edyve tenía la desinteresada calma de los ancianos que ya lo han visto todo y lo ven por segunda vez. Ese joven obispo —un adolescente, comparado con ella— no podía alterarla, aunque su séquito incluyera a un sarraceno, dos mujeres, un bebé y un perro indecoroso y dijera que había encontrado a un hombre asesinado a poca distancia de su portal.

Incluso el descubrimiento de que el obispo deseara ocultar el cadáver en la cámara de hielo de la abadía fue considerado con calma.

—¿Eso significa que esperáis hallar al asesino? —preguntó la abadesa.

—Los asesinos, abadesa —respondió el obispo, siseando con impaciencia. Una vez más, recurrió a las pruebas descubiertas por el doctor Mansur y su ayudante.

En opinión de Adelia, la madre Edyve tal vez lo había comprendido desde el principio y sencillamente se tomaba unos minutos para considerar su decisión. Mientras escuchaba, sus ojos —con los párpados arrugados, incrustados en un rostro con surcos, que recordaba la piel de becerro— permanecían cerrados. Sus manos venosas se reflejaban en el lustre de la mesa.

Rowley concluyó diciendo:

—Estamos seguros de que ciertas personas desean que el joven esté muerto y que se divulgue quién es. Si, en cambio, solo hay silencio, regresarán para descubrir el motivo.

—Una trampa —dijo la abadesa, sin énfasis.

—Una trampa necesaria para que se haga justicia —insistió Rowley—. Y solo vos debéis saberlo, abadesa.

Adelia pensó que le estaba pidiendo mucho. Ocultar un cuerpo sin luto ni sepultura era, probablemente, contrario a la ley y, ciertamente, contrariaba los preceptos cristianos.

Por otra parte, de acuerdo con lo que Rowley le había dicho, esa anciana había mantenido al convento y a su monjas intactos durante trece años de guerra civil —que en gran parte se había librado en aquella región—, lo cual sugería que las normas de los hombres, e incluso las de Dios, habían sido modificadas en algún momento.

La madre Edyve abrió sus ojos.

—Puedo deciros esto, Ilustrísima: el puente es nuestro. Es deber de nuestro convento conservar su estructura y su paz y, en consecuencia, atrapar a aquellos que han cometido un crimen en él.

—¿Entonces, estáis de acuerdo? —preguntó, Rowley, desconcertado. Había esperado que la abadesa se resistiera.

—No obstante —continuó ella, impasible, como si él no hubiera hablado—, necesitaréis la ayuda de mi hija, la priora. —Del cinto que llevaba por debajo del omóplato la madre Edyve tomó el llavero más enorme que Adelia había visto. Era sorprendente que el peso no la hiciera caer al suelo. Entre las múltiples llaves había una campanilla, que ella hizo sonar.

La priora que los había recibido entró en el salón.

—Sí, madre.

Cuando pudo compararlas, Adelia advirtió que la priora Havis tenía el mismo rostro enjuto y la misma piel de becerro que la abadesa, aunque menos arrugada. «Mi hija, la priora» no era un eufemismo piadoso. Al tomar los hábitos Edyve había llevado a su hija consigo.

—Nuestro señor obispo ha traído algo para depositar en nuestra cámara de hielo,

priora. Será guardado allí, en secreto, durante las laudes. —Guardó silencio un momento. Luego separó una llave del gran anillo de metal y la entregó a la priora—. No se lo diréis a nadie hasta nuevo aviso.

—Sí, madre —respondió la priora Havis. A continuación hizo una reverencia al obispo y a su madre y se marchó. Sin sorpresa. Sin preguntas.

Adelia pensó que, en alguna época, la cámara de hielo de Godstow habría almacenado algo más que reses. Tal vez objetos valiosos o fugitivos. El convento estaba a mitad de camino entre la ciudad de Wallingford —que había resistido en defensa de la reina Matilda— y Oxford Castle —donde había ondeado la bandera del rey Esteban—, por lo cual bien habría podido ser necesario ocultar ambas cosas.

Allie se estaba agitando. Gyltha, que la tenía en sus brazos, miró inquisitivamente a Adelia y luego dirigió sus ojos hacia el suelo. Adelia asintió. Estaba bastante limpio.

Allie fue depositada en el suelo con la intención de que gateara, un ejercicio que se negaba a hacer. Prefería arrastrarse de espaldas. El perro, aburrido, se colocó de manera tal que ella pudiera agarrarse a sus orejas.

Rowley ni siquiera agradeció a la abadesa su ayuda. Pasó a un asunto más importante.

—Y ahora, señora, ¿qué podéis decirme de Rosamunda Clifford?

—Sí, lady Rosamunda —dijo la madre Edyve, impasible como de costumbre, aunque sus manos se tensaron ligeramente—. Se dice que fue la reina quien la envenenó.

—Eso dicen.

—Y yo temo que eso provoque una guerra.

La sala quedó en silencio. La abadesa y el obispo estaban de acuerdo, parecían compartir un repugnante secreto. Una vez más, jinetes brutales y apocalípticos se arremolinaban en los recuerdos de quienes habían vivido la guerra civil, y creaban una turbulencia tan potente que Adelia pensó en levantar a su bebé. Luego decidió que sería conveniente estar atenta, Allie podía moverse en dirección al brasero.

—¿Ha llegado el cadáver? —preguntó abruptamente Rowley.

—No.

—Creí que ya lo habíais organizado. Debía llegar hasta aquí para ser enterrado —dijo el obispo con tono acusatorio, como culpando a la abadesa.

Adelia se dijo que cualquier otro obispo habría elogiado a un convento que se negara a sepultar a una mujer de mala fama en sus terrenos.

La madre Edyve miró hacia un lado. Allie trataba de erguirse aferrándose a una de las patas de su silla. Adelia se puso de pie, con la intención de apartarla, pero la abadesa la detuvo con un dedo admonitorio. Luego, sin cambiar su expresión, le entregó la campanilla a la niña.

«Sabéis cómo son los bebés», pensó Adelia, con alivio.

—Nuestra orden está en deuda con lady Rosamunda, ha tenido muchas actitudes bondadosas para con nosotras en el pasado —afirmó la madre Edyve. Su voz parecía el piar de un pájaro lejano—. Así estaba dispuesto. Sin embargo, Dakers, su ama de llaves, se niega a entregarnos el cadáver.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero es difícil corregir la situación sin su consentimiento.

—En el nombre de Dios, ¿por qué?

Algo, tal vez un atisbo de diversión, alteró por medio segundo la inmovilidad del rostro de la abadesa. Desde el suelo, junto a su silla, llegó un tintineo: Allie examinaba su nuevo juguete.

—Según creo, habéis visitado Wormhold Tower mientras ella estaba enferma, Ilustrísima.

—Así fue, como bien sabéis. Vuestra priora..., Havis, me envió un mensaje a Oxford pidiendo que lo hiciera.

—¿Y ambos fueron conducidos hasta allí a través del laberinto que rodea la torre?

—Sí, una demente nos recibió en la entrada.

Los dedos de Rowley tamborilearon en la mesa. No se había sentado desde el momento en que había entrado en aquel salón.

—La señora Dakers —afirmó la abadesa. Nuevamente algo en su rostro insinuó cierta diversión, un gesto tan leve como el movimiento que produce una ínfima brisa en un estanque—. Según entiendo, no permite la entrada a persona alguna desde que murió su ama. Ilustrísima, me temo que sin su guía no hay manera de atravesar el laberinto y llegar a la torre.

—Llegaré, juro por Dios que llegaré a la torre. Mientras yo sea obispo nadie permanecerá insepulto... —En ese punto Rowley se detuvo y rio. Había atravesado la entrada de Godstow llevando un cadáver.

Mientras se conmovía y sonreía junto con él, Adelia pensó que Rowley tenía la meritoria cualidad de comprender cuán incongruentes eran las cosas. Lo observó mientras pedía disculpas a la abadesa por sus modales y le agradecía su amabilidad. De pronto advirtió que los pálidos ojos de la monja miraban cómo ella lo observaba a él.

La abadesa continuó con el asunto en cuestión.

—La lealtad de la señora Dakers hacia su ama era... —la religiosa eligió cuidadosamente el calificativo— formidable. La desafortunada sirvienta responsable de haber conseguido las setas mortales huyó de la torre temiendo por su vida y encontró refugio entre nosotras.

—¿Esta aquí? Bien, quiero interrogarla —dijo Rowley, y se corrigió—. Con vuestro permiso, señora, desearía interrogarla.

La madre Edyve inclinó la cabeza en señal de consentimiento.

—Y si pudiera abusar aún más de vuestra bondad —continuó el obispo—, desearía dejar aquí parte de mi comitiva mientras el doctor Mansur y su ayudante me acompañan a Wormhold Tower para ver qué puede hacerse. El buen doctor tiene dotes para la investigación que nos permitirían...

«Todavía no. No hoy. Por el amor de Dios, Rowley. El viaje fue penoso».

Adelia tosió y miró a Gyltha, que tocó con el codo a Mansur, de pie junto a ella. El árabe observó a ambas mujeres antes de hablar, por primera vez, y en inglés.

—Vuestro médico os aconseja descansar —dijo, y agregó—: Ilustrísima.

—Maldito descanso —exclamó Rowley, pero miró a Adelia, que debía acompañarlo adondequiera que él fuese. ¿No era acaso el motivo por el cual estaba allí?

Ella movió la cabeza, lo cual significaba: «Necesitamos descanso, Rowley. Sobre todo vos lo necesitáis».

Los ojos de la abadesa habían seguido el intercambio de miradas, y aun cuando no le hubieran dicho nada más —tal vez no fuera así—, sabía que el asunto estaba fuera de discusión.

—Cuando hayáis depositado el cuerpo del desafortunado caballero, Havis se ocupará de vuestro alojamiento —dijo la madre Edyve.

...

Aún estaba muy oscuro y hacía mucho frío. Las monjas estaban en su capilla, rezando laudes, y todos aquellos que debían cumplir con sus tareas se encontraban realizándolas en los diversos edificios del convento, lejos de la entrada principal a través de la cual acababa de pasar un carruaje cubierto que llevaba a un hombre muerto.

Walt y los soldados lo custodiaban. Estaban de pie, dando pisotones y palmeándose los brazos para conservar el calor, impasibles, ignorando al inquisitivo vigía del convento, que asomaba por una de las ventanas inferiores de la muralla.

La priora Havis le ordenó bruscamente que retirara la cabeza de la ventana, cerrara los postigos y se ocupara de sus propios asuntos.

—Guarda silencio, Fitchet.

—¿No lo hago, acaso? —preguntó Fitchet, ofendido—. Siempre guardo silencio. —Los postigos se cerraron con fuerza.

—Casi siempre —dijo Havis. Luego, con el farol en alto, caminó delante de los hombres a través de la nieve.

Walt la siguió guiando a los caballos. El obispo, Oswald y Aelwyn marcharon junto a él. Adelia y Mansur iban sentados en el pescante del carro.

Rowley sabía que Adelia estaba agotada, la habría dejado en la habitación que las

monjas habían preparado para ella, Gyltha y la niña en la residencia de huéspedes, pero la médica consideraba que ese joven muerto era su responsabilidad. Aunque impulsados por buenos motivos, debido a sus indicaciones, ese cadáver recibía un trato vergonzoso. En la medida de lo posible, debía demostrarle su respeto.

Avanzaron siguiendo el muro que rodeaba los grandes edificios y jardines del convento, y finalmente llegaron al bosque donde yacía el caballo del hombre muerto.

El rumor del agua que habían percibido desde el puente se volvió más audible. Estaban junto a un río, el propio Támesis o un arroyo cuyas aguas corrían veloces hacia él, humedeciendo el aire y tornándolo aún más frío. El ruido era impresionante.

Mansur señaló algo. Adelia y él estaban sentados a una altura que les permitía ver por encima del muro y, cuando pasaban cerca de un claro del bosque, más allá del agua. Allí estaba el puente, y en el extremo más lejano se distinguía un molino.

El árabe decía algo que Adelia no podía oír. Tal vez, que la oscuridad les había impedido ver aquel molino cuando se detuvieron en el puente. En ese momento la luz entraba por las ventanas de su torre y la corriente hacía girar su enorme rueda.

Se detuvieron. La priora se encontraba junto a una gran cabaña de piedra, pegada al muro. Estaba abriendo la puerta. El farol de la monja alumbró el interior de la cabaña, vacío salvo por una escalera y algunas herramientas. El suelo estaba revestido de piedra, pero la mayor parte del espacio estaba cubierto por un gran círculo de hierro con asas, semejante a la tapa de una inmensa olla.

La priora Havis retrocedió.

—Necesitaremos dos hombres para levantarla —dijo con la misma voz inexpresiva de su madre.

Aelwyn y Oswald se ofrecieron a hacerlo, dejando a la vista la oscuridad de un agujero de donde surgían un frío tangible y olor a paja y carne congelada.

El obispo le había quitado el farol a la priora y estaba de rodillas junto al agujero.

—¿Quién construyó esto?

—No lo sabemos, Ilustrísima. Nosotras lo descubrimos y lo conservamos. La madre abadesa cree que estaba aquí mucho antes de la llegada de nuestra orden.

—Los romanos, supongo —dijo Rowley, intrigado. La escalera fue trasladada y colocada en un lugar desde donde pudo descender. Mientras lo hacía, se oía el eco de su voz, que seguía formulando preguntas. La monja las respondía con indiferencia.

Ciertamente, esa ubicación, tan lejana a la carnicería del convento, era incómoda. Pero tal vez sus constructores la habían elegido porque estaba cerca de un tramo del río flanqueado por un terraplén, de modo tal que no habría erosión y al mismo tiempo se beneficiaría con la refrescante proximidad de la corriente de agua.

Sí, el convento aún conservaba la mayoría de sus animales, que eran escabechados o salados después de la matanza que se realizaba el día de san Miguel Arcángel. Ni siquiera Godstow podía alimentar a todo su ganado durante el invierno,

pero congelando algunas reses sus habitantes podían disponer esporádicamente de carne fresca hasta la llegada de la primavera o incluso durante un periodo más prolongado.

Por supuesto, aquel invierno era sin duda muy frío, y por ese motivo el estanque del molino se había congelado. Sin embargo, últimamente los inviernos solían ser fríos, y el anterior —excepcionalmente gélido— les había proporcionado bloques de hielo suficientes para conservar sus alimentos hasta el verano.

Sí, Su Ilustrísima vería un desagüe que descargaba el agua procedente de la fusión del hielo.

—Maravilloso.

Adelia tosió deliberadamente. Rowley asomó la cabeza.

—¿Qué sucede?

—Las exequias, Ilustrísima.

—Oh, por supuesto.

El cuerpo fue depositado en el suelo.

Adelia comprobó con interés que el rígor mortis había pasado, tal vez por el relativo abrigo que ofrecía el envoltorio de paja y la protección del carro. En la profundidad de aquel agujero helado, retornaría.

La voz segura, potente, del obispo de Saint Albans llenó la cabaña.

—*Domine, Iesu Christe, Rex gloriae...*, libera las almas de todos los fieles difuntos del castigo del infierno y del profundo hoyo..., no permitas que caigan en las tinieblas, sino que san Miguel, el abanderado, las conduzca a la luz santa que habéis prometido...

En silencio, Adelia rezó su propio réquiem.

«Y que aquellos que os aman nos perdonen por lo que hacemos».

Luego bajó al agujero, precediendo al cuerpo, para reunirse con Oswald y el obispo. El lugar era horrendo, parecía el interior de un enorme huevo de ladrillo totalmente aislado con una gruesa capa de paja entretejida, sobre la cual se encontraban los bloques de hielo. De sus ganchos pendían trozos de ternera, oveja, venado y cerdo, blancos a causa del frío, tan apiñados que Adelia no pudo pasar entre ellos sin rozarlos con los hombros. De pronto descubrió una abertura y la atravesó: su sombrero quedó atrapado entre las garras de las aves de caza que colgaban de sus respectivas horcas.

Castañeteando los dientes —no solo debido al frío—, ella y los demás guiaron el cuerpo del muerto cuando Aelwyn y Oswald lo bajaron. Juntos lo colocaron debajo de las aves, tomando la precaución de elegir un lugar donde, si algo chorreaba, no cayera en su rostro.

—Lo lamento verdaderamente —dijo Adelia. Los demás ya habían salido del agujero. Ella permaneció unos instantes junto al hombre muerto, para hacerle una

promesa—. Aunque no atrapemos a vuestros asesinos, no os dejaré aquí por mucho tiempo.

Había pasado más tiempo del que debía en aquella bóveda helada. Tenía tanto frío que no pudo subir la escalera y Mansur tuvo que alzarla.

La abadesa cedió su casa a Rowley. Dijo que era un alivio: los peldaños empinados de la puerta principal se habían convertido en una dificultad para ella. Considerando que él era su superior ante Dios, no podía hacer menos, aunque de esa manera le daba acceso al patio interior, el claustro, la capilla, el refectorio y el dormitorio de las monjas, que en todo caso estaban vedados a los hombres durante la noche. Después de echar un vistazo al padre Paton, la madre Edyve decidió que tampoco él constituía una amenaza sexual y lo hospedó junto a su amo.

Jacques, Walt, Oswald y Aelwyn fueron alojados en las dependencias de los sirvientes.

Mansur recibió una agradable habitación del ala destinada a los hombres en la residencia de huéspedes. Gyltha, Adelia, la niña y el perro fueron hospedados en una habitación igualmente agradable en el ala femenina, junto a la iglesia. Una escalera recta, al aire libre, conducía a la puerta de cada huésped. Las mujeres estaban en el piso más alto, la habitación miraba al oeste. Desde allí se veían el camino a Oxford y los campos de la abadía, cuya pendiente caía hacia el Támesis.

—Plumón —dijo Gyltha examinando una amplia cama—, y no hay pulgas. Y algún santo ha puesto ladrillos calientes para que estemos abrigadas.

Adelia ansiaba tenderse en la cama y dormir y, durante un rato, fue precisamente eso lo que hicieron las tres huéspedes.

El tañido de campanas las despertó. Una de ellas sonaba como si la tuvieran dentro del oído y la jarra que estaba sobre la mesa comenzó a temblar, dejando caer el agua en el lavamanos.

Lista para huir, Adelia levantó de la cama a la pequeña Allie, tendida entre ella y Gyltha.

—¿Es un incendio?

Gyltha prestó atención. Las campanadas más fuertes llegaban desde la torre de la iglesia vecina, y junto con ellas se oían otras campanas, más pequeñas y mucho más lejanas.

—Es domingo.

—Oh, maldición. No es posible.

No obstante, la cortesía y el sentimiento de gratitud hacia la abadesa las obligaban a asistir al oficio matutino, para el cual Godstow estaba llamando a su gente.

Y no solo a su gente. La iglesia del patio exterior estaba abierta a todos, laicos o religiosos, aunque no, por supuesto, a los gentiles y los perros malolientes. En consecuencia, Mansur y Guardián pudieron permanecer en sus respectivas camas.

Todas las personas que vivían cerca avanzaban esforzadamente sobre la nieve para llegar hasta allí. Los pobladores de Wolvercote cruzaban el puente en masa, debido a que el señor del lugar había permitido que su iglesia quedara en ruinas.

La atracción, por supuesto, era el obispo. Era tan milagroso como un ángel caído del cielo. Tan solo el hecho de ver su casulla y su mitra valía el diezmo que todos debían pagar. Tal vez él sabía curar la tos de los niños. Sin duda, podía bendecir la siembra de invierno. Algunas vacas lecheras de aspecto lastimoso y un asno cojo ya estaban amarrados al bebedero, en espera de su atención.

Los miembros del clero entraron por una puerta separada y ocuparon sus asientos en los espléndidos compartimientos del coro, bajo la igualmente espléndida bóveda de abanico.

Gracias a su tonsura, el padre Paton se sentó junto al capellán del convento —un hombrecito con aspecto de lirón— frente a las hileras de monjas con traje negro entre las cuales se incluían dos mujeres jóvenes, con hábitos blancos, que no lograban reprimir su risa tonta. El padre Paton les parecía divertido.

La mayoría de los obispos utilizaban su homilía para condenar el pecado en general, a menudo en francés normando —su lengua materna— o en latín, partiendo de la idea de que cuanto menos comprendieran sus feligreses, mayor sería su temor y su asombro. La homilía de Rowley era diferente, y la pronunciaba en un inglés que los fieles podían comprender.

—Unos cabrones están diciendo que la pobre lady Rosamunda ha muerto a manos de la reina Leonor: es una maldad y una mentira y vosotros prestaréis buen servicio a nuestro Señor si no les creéis.

Rowley abandonó el púlpito para ir y venir por la iglesia, amonestando e intimidando. Dijo que estaba allí para descubrir qué o quién había causado la muerte de Rosamunda.

—Porque sé que fue muy querida en estos lugares. Tal vez fue un accidente, tal vez no. Pero, si no lo fue, tanto el rey como la reina se encargarán de que el villano reciba el castigo que impone la ley. Entretanto, es nuestro deber cumplir con nuestro propósito y conservar la paz de Nuestro Señor Jesucristo.

A continuación se arrodilló sobre las piedras y la paja para rezar. Todas las personas que se encontraban en la iglesia se arrodillaron también.

«Sencillamente, lo aman —pensó Adelia—. ¿Se debe a su vena dramática? No, él ya está más allá del histrionismo, y también de mí».

Sin embargo, cuando se pusieron de pie, un hombre —el molinero, a juzgar por la blancura espectral de su rostro cubierto de harina— hizo una pregunta:

—Señor, dicen que la reina se está vengando del rey. ¿Habrá problemas entre ellos?

A sus espaldas, se oyó un murmullo de ansiedad: tan solo una generación los

separaba de la guerra civil en la cual se habían enfrentado un rey y una reina. Nadie quería ser testigo de otra confrontación.

Rowley se dirigió a él.

—¿Quién es tu esposa?

—Ella —respondió el hombre, señalando con el pulgar a la serena mujer que estaba de pie junto a él.

—Según puedo ver, has hecho una buena elección, molinero. Pero dime: ¿no te has desahogado con ella alguna vez, o ella contigo, durante los años que habéis vivido juntos? ¿Ninguna pequeña venganza? Y no declarasteis una guerra por eso. Diría que los reyes no son diferentes —opinó Rowley y, entre risas, regresó a su trono.

Una de las jóvenes con hábito blanco cantó un himno en honor a la presencia del obispo y lo hizo tan exquisitamente que Adelia —en general, indiferente a la música— esperó con impaciencia que la congregación expresara su admiración para oírla cantar otra vez.

Fue agradable para ella encontrarse con esa misma joven, que la esperaba, una vez que los miembros del clero, en ordenada fila, salieron de la iglesia.

—¿Puedo pasar a ver al bebé? Adoro a los bebés.

—Por supuesto. Debo felicitaros por vuestra voz. Fue un placer oíros.

—Gracias, señora. Soy Emma Bloat.

—Adelia Aguilar.

Ambas comenzaron a caminar o, más bien, Adelia comenzó a caminar y Emma la siguió dando saltos. Tenía quince años y algo le producía un delicioso estado de exaltación. Adelia deseó que no fuera el obispo.

—¿Sois miembro de la orden?

—Oh, no. La pequeña Priscilla tomará los hábitos, pero yo voy casarme.

—Eso es bueno.

—Sí. El amor terrenal... —comenzó Emma, revoloteando con genuina alegría de vivir—, Dios debe considerarlo tan elevado como el amor divino, a pesar de lo que dice la hermana Mold. De otro modo, ¿por qué nos haría sentir de esta manera? —agregó, golpeteando el lugar de su pecho que albergaba el corazón.

—Es mejor casarse que arder —citó Adelia.

—Sí, y lo que yo me pregunto es: ¿cómo lo sabía san Pablo? No le sucedió ni una cosa ni la otra.

Emma era una joven vital y, en efecto, le gustaban los bebés. Al menos le gustó Allie, para quien pudo repetir rimas infantiles durante tanto tiempo que a Adelia le sorprendió que su cerebro lo resistiera. Aparentemente la joven disfrutaba de cierta clase de privilegios, porque no la llamaron para continuar con las rutinas vespertinas de las monjas. Tal vez era rica, de noble cuna o ambas cosas, se dijo Adelia.

A Emma no le despertaba especial curiosidad la llegada de extraños al convento. Los consideraba juguetes que se le ofrecían para su entretenimiento. No obstante, les exigía que tuvieran curiosidad, deseo de saber cosas sobre ella, con frases como: «Preguntadme sobre mi futuro esposo».

Aparentemente, él era hermoso —«Oh, qué hermoso»—, galante, estaba perdidamente enamorado de ella y escribía poemas románticos que rivalizaban con cualquiera que Paris hubiera podido enviar a Helena.

Gyltha levantó sus cejas mirando a Adelia, quien hizo lo mismo a modo de respuesta. Aquello era auténtica felicidad, y no era habitual cuando se trataba de una boda concertada por las familias. Porque eso era. Emma les contó que su padre era un mercader de vinos de Oxford y proveía al convento del mejor vino del Rin a cambio de que su hija recibiera la educación que necesitaba para ser la esposa de un noble. Él había procurado esa unión.

En ese momento, Emma —de pie junto a la ventana— se echó a reír con tanto entusiasmo que debió recostarse en el marco.

—¿Os referís a que tu prometido es dueño de un feudo? —preguntó Gyltha, sonriendo.

La risa cesó y la joven se dio la vuelta para mirar a través de la ventana, como si el paisaje pudiera decirle algo. Adelia advirtió que cuando la exuberancia de la juventud la abandonara, la belleza ocuparía su lugar.

—Es el dueño de mi corazón —dijo Emma.

• • •

Los viajeros tuvieron dificultades para reunirse, discutir y hacer planes. Si bien Godstow era indulgente, no podía tolerar la presencia de un sarraceno en su patio interior. También se consideraba igualmente fuera de lugar que el obispo visitara las habitaciones de las mujeres. Solo quedaba la iglesia e incluso allí siempre había alguna monja en el altar principal, intercediendo ante Dios por las almas de los muertos que habían pagado por ese privilegio. No obstante, tenía una capilla lateral dedicada a la adoración de santa María que, aunque desierta por la noche, seguía iluminada por los cirios —otro obsequio de los muertos que les otorgaba el derecho a ser recordados ante la Santa Madre— y la abadesa había dado su autorización para que lo utilizaran como lugar de reunión, en tanto no hicieran ruido.

La gran cantidad de personas que se habían congregado allí durante el día no había templado el lugar. El calor y la luz de las velas que ardían en el santuario tenían corto alcance, de modo que el espacio ojival que los rodeaba era oscuro y gélido. Al entrar por una puerta lateral, Adelia vio una silueta voluminosa arrodillada frente al altar, con una capucha en la cabeza inclinada y los dedos entrelazados con tanta fuerza que parecían esqueléticos.

Rowley se puso de pie cuando las mujeres entraron. Parecía muy cansado.

—Llegáis tarde.

—Debía amamantar al bebé —dijo Adelia.

Desde la nave principal de la iglesia llegaba el murmullo de una monja que leía las conmemoraciones del registro del convento, recitándolas literalmente: «Señor misericordioso, bendice y protege el alma de Thomas de Sandford, quien donó un huerto en Saint Giles, Oxford, para este convento, y dejó esta vida el día siguiente a San Martín, en el año de nuestro Señor de 1143. Dulce Jesús, en tu misericordia, sé bondadoso con el alma de Maud Halegod, quien donó tres marcos de plata...».

—¿Os dijo algo la sirvienta de Rosamunda? —susurró Adelia.

—¿Ella? —El obispo no se molestó en bajar la voz—. Esa mujer es estúpida. Habría obtenido más de los asnos que tuve que bendecir durante toda esta tarde. No hacía más que balar como una oveja, os lo juro.

—Tal vez se asustó al veros —comentó Adelia. Con sus vestimentas episcopales, Rowley era impresionante.

—No la asusté, me mostré encantador. Esa mujer es estúpida, os lo aseguro. Si intentarais obtener de ella alguna idea razonable, podríais comprobarlo.

—Lo haré.

Gyltha había encontrado unos almohadones apilados en un armario y los estaba colocando en círculo cuando la luz de la vela cayó sobre ellos, iluminando el blasón de una noble familia que no quería ensuciarse las rodillas cuando iba a la iglesia.

—Los almohadones son prácticos —dijo Adelia, colocando uno debajo de la cesta donde dormía Allie, para separarla de las piedras. Guardián se instaló en otro cojín—. ¿Por qué los ricos no donan almohadones para los pobres? Serían recordados por más tiempo.

—Los ricos no quieren que estemos cómodos —observó Gyltha—, no es bueno para nosotros. Nos haría pensar cosas que están por encima de nuestra posición. ¿Dónde está ese árabe?

—El mensajero fue a buscarlo.

Mansur tuvo que agacharse para entrar por la puerta lateral, envuelto en una capa. Detrás de él entró Jacques.

—Bien —dijo Rowley—. Podéis retiraros, Jacques.

—Puf... —se quejó el joven.

Adelia sintió lástima por él. Los mensajeros tenían un trabajo poco envidiable, y muy solitario. Se pasaban la vida recorriendo el país con un caballo como única compañía. Sus amos eran severos con ellos: las cartas debían llegar con rapidez; las respuestas, aún más rápido. Si el clima era adverso, se caían del caballo, el terreno era difícil o perdían el rumbo, no eran excusados, se sospechaba que habían desperdiciado tiempo y dinero en alguna taberna.

Y pensó que Rowley era particularmente severo con este mensajero. No había motivo para que el joven no fuera incluido en la discusión. Sospechaba que el pecado de Jacques consistía en que, aun cuando vestía la sobria librea de Saint Albans, compensaba su baja estatura usando botas con tacones y una larga pluma en el sombrero, por lo cual concluyó que se sumaba a la tendencia —introducida por la reina Leonor y su corte, para hombres y mujeres por igual— de estar atento a la moda; una idea bien recibida por los jóvenes, aunque hombres como Rowley, Walt y Oswald, que siempre habían elegido el cuero o la cota de malla para su vestimenta, la consideraban afeminada.

Se decía que Walt había descrito al mensajero —y su descripción no había sido inexacta— como un tallo de apio con raíces. Y Rowley había comentado con Adelia su temor de que el mensajero fuera «muy fino», «un vulgar inglés-normando», calificativos que reservaba a los hombres que consideraba afeminados. «Tendré que despedirlo. Incluso usa perfume. No puedo permitir que mis mensajes sean entregados por un petimetre», había dicho el obispo.

Adelia pensó que así hablaba un hombre que tardaba media hora en vestirse con sus deslumbrantes prendas ceremoniales. Decidió interceder.

—¿El señor Jacques nos acompañará mañana, cuando vayamos a la torre de Rosamunda?

—Por supuesto —dijo Rowley, todavía irritado—. Tal vez necesite enviar mensajes.

—En ese caso sabrá tanto como nosotros, Ilustrísima. En realidad, ya sabe lo mismo que nosotros y cinco cabezas piensan más que cuatro.

—Oh, muy bien.

Desde el altar situado detrás de la cortina que lo separaba de ellos, seguía llegando el incesante murmullo de la oración por los muertos. Diferentes monjas se sucedían para continuar la tarea que se prolongaría durante toda la noche: «De tu misericordia, el alma de Thomas Hookeday, guardián de esta parroquia, por los seis peniques que donó...».

Rowley mostró el hato que había pertenecido al hombre muerto.

—Aún no he tenido tiempo de mirarlo. —Dicho esto, desabrochó las correas y lo depositó en el suelo para desplegarlo. Jacques permaneció de pie detrás de él. Los demás se sentaron a su alrededor y examinaron su contenido.

Resultó ser escaso. Una cantimplora de cuero con cerveza. Medio queso y un pan cuidadosamente envueltos en un paño. Un cuerno de caza, extraño equipamiento para un hombre que no viajaba acompañado por perros. Una capa de repuesto con borde de piel, sorprendentemente pequeña para un hombre de su estatura, también muy bien plegada.

Dondequiera que se dirigiese, el joven confiaba en que encontraría comida y

cobijo en el lugar de destino. El pan y el queso no lo iban a alimentar demasiado.

Y había una carta. Aparentemente había sido guardada debajo de la solapa, entre los broches de las correas de cuero que aseguraban el rollo. Rowley la sacó de allí, la alisó y la leyó:

A Talbot de Kidlington.

Que el Señor y Sus ángeles os bendigan en este día, en el que os convertís en hombre, y que os libre del camino del pecado y todas las injusticias es el sincero deseo de tu afectuoso primo, Wlm Warin, caballero de las leyes, quien aquí envía: 2 marcos de plata como anticipo de vuestra Herencia. El resto será Exigido cuando nos reunamos.

Escrito el día de Nuestro Señor, el 16 anterior a las Calendas de Enero, en mi Lugar de trabajo vecino a San Miguel, en el Portal Norte de Oxford.

Rowley miró al grupo.

—Bien, eso es todo. Ahora sabemos el nombre de nuestro cadáver.

—Ya... —murmuró Adelia, asintiendo lentamente.

—¿Hay algo fuera de lo común? El chico tiene un nombre, veintiún años y un primo afectuoso con un domicilio. Más que suficiente para que vos podáis trabajar. Lo que no tiene son sus dos marcos de plata. Supongo que los ladrones se los llevaron.

Adelia prestó atención al «vos»: ese era su trabajo, no le correspondía al obispo.

—¿No os parece extraño? —preguntó—. Si el escudo de armas de su bolso no permitiera descubrir quién era, he aquí una carta que lo dice. Nos da demasiada información. ¿Qué escritor cariñoso denomina a su primo «Talbot de Kidlington» en lugar de llamarlo simplemente «Talbot»?

Rowley se encogió de hombros.

—Es una forma habitual de encabezar una carta.

Adelia le quitó la nota.

—Y está escrita en pergamino. Algo caro para una nota tan breve y personal. ¿Por qué el señor Warin no utilizó papel de estraza?

—Todos los abogados usan pergamino. Consideran que el papel es *infra dignitatem*.

Adelia siguió meditando.

—Está arrugado, fue introducido bruscamente entre las hebillas. Y si lo observáis, veréis que ha sido arrancado de una de ellas. Nadie trata de ese modo un pergamino. Siempre se lo puede raspar para utilizarlo otra vez.

—Tal vez el chico tenía prisa cuando lo recibió y lo guardó rápidamente, o estaba enfadado porque esperaba más que dos marcos, o no le atribuía el menor valor a un pergamino. Y en este momento... —el obispo estaba perdiendo la paciencia— yo

tampoco. ¿Cuál es vuestra idea, señora?

Adelia reflexionó un instante.

Tal vez el cuerpo conservado en la cámara de hielo no fuera el de Talbot de Kidlington, pero está claro que cuando estaba vivo pertenecía a un hombre cuidadoso. Sus ropas se lo habían dicho. También el cuidado con que había envuelto el contenido de su hato. Las personas con hábitos tan ordenados —y Adelia se contaba entre ellas— no introducen negligentemente en una abertura, con la palma de la mano, un documento escrito en pergamino.

—Creo que ni siquiera vio esta carta —dijo—. En mi opinión, el hombre que lo mató la puso allí.

—Por el amor de Dios —le dijo Rowley entre dientes—. Esto es rebuscado. Los asaltantes de los caminos no dejan correspondencia para sus víctimas. ¿Estáis diciendo que es una falsificación para desorientarnos, que ese hombre no es Talbot de Kidlington, que el cinto y la bolsa pertenecen a otra persona?

—No lo sé. —Adelia, desde luego, seguía pensando que en aquella carta había algo raro.

Se hicieron los preparativos para la expedición del día siguiente. Adelia acompañaría al obispo, el mensajero, el mozo de cuadra y uno de los soldados río arriba. Cabalgarían por el sendero que bordeaba el río hacia la torre de Rosamunda, mientras Mansur y el otro soldado viajarían por el río, en una barca que utilizarían para transportar el cadáver.

Mientras se desarrollaba la conversación, Adelia encontró la oportunidad de examinar los blasones de todos los almohadones. Ninguno de ellos coincidía con el diseño de la bolsa o el cinto del joven.

De pronto, oyó que Rowley hablaba a Gyltha.

—Debes quedarte aquí, no podemos llevar a la niña con nosotros.

Adelia lo miró.

—No voy a dejarla.

—Debéis hacerlo, no será una excursión familiar —dijo Rowley y tomó a Mansur por el brazo—. Venid, amigo mío, veamos qué clase de embarcaciones posee el convento.

Ambos salieron, seguidos por el mensajero.

—No voy a dejarla —gritó Adelia a sus espaldas, provocando una momentánea pausa en la enumeración de almas que proseguía detrás de la cortina—. ¿Cómo se atreve? —exclamó dirigiéndose a Gyltha—. No lo haré.

Gyltha presionó los hombros de Adelia para obligarla a sentarse en un almohadón y se sentó junto a ella.

—Tiene razón.

—No. Podemos quedar aislados a causa de la nieve u otro motivo. Ella debe ser

amamantada.

—Si así fuera, me ocuparé de que la alimenten. —Gyltha tomó la mano de Adelia y la agitó suavemente—. Ya va siendo la hora de destetarla, muchacha. Te estás secando, tú lo sabes y la pequeña también.

Adelia estaba oyendo la verdad. Gyltha nunca le decía nada más que la verdad.

En realidad, el destete estaba en marcha, había progresado durante algunas semanas, a medida que la cantidad de leche materna disminuía. Las dos mujeres mascaban los alimentos hasta convertirlos en papilla y los mezclaban con leche de vaca para satisfacer a cucharadas a la ávida Allie.

Cuando Adelia no tenía hijos, creía que amamantar era un acto vergonzoso. Sin embargo, había comprobado que constituía uno de los placeres naturales de la vida y también había sido una excusa perfecta para tener a su hija siempre junto a ella. No obstante, la maternidad, si bien era otro motivo de felicidad, le había impuesto como carga una desgarradora e imprevista ansiedad. Sus sentidos parecían haber pasado al cuerpo de su hija y por extensión al de todos los niños. Adelia —que alguna vez había considerado criaturas extrañas a aquellas que no habían llegado a la edad de la razón, y las había tratado como tales— se convirtió en un ser sensible a su pena, al dolor más leve, a cualquier motivo de tristeza.

Allie padecía pocas de aquellas emociones, era una niña fuerte. Pero, poco a poco, Adelia había advertido que sufría por sus propias penas: por la niña que dos días después de su nacimiento había sido abandonada por un padre desconocido en una ladera rocosa de la Campania italiana, unos treinta años antes. Durante la infancia no le había importado. El incidente le parecía incluso entretenido. Por ese motivo, la pareja que la había encontrado había rendido tributo al hecho, que los tres consideraron afortunado, llamándola Vesuvia. El señor y la señora Aguilar —él judío y ella católica— formaban una pareja sin hijos, afectuosa, inteligente y excéntrica. No solo habían encontrado en Adelia una hija a la cual dedicar su amor, sino también un cerebro que superaba incluso su propia inteligencia —ambos eran médicos formados en la tradición liberal de la gran Escuela de Medicina de Salerno— y le habían dado una educación acorde con su capacidad.

El abandono no había tenido importancia, en realidad había sido el mayor regalo que su verdadera y desconocida madre —desesperada, desgraciada o desalmada— habría podido hacer a su hija.

Así fue hasta que aquella hija dio a luz a su propio bebé.

Fue entonces cuando el miedo llegó con la fuerza de un tifón. No solo tuvo miedo de que Allie muriera. Temió que, si ella moría, su hija no tuviera un destino tan afortunado como el suyo. En consecuencia, lo mejor sería que ambas murieran juntas.

Imaginaba que tal vez el envenenador no se contentara con la muerte de Rosamunda, que los asesinos del puente podían acechar en el camino, que un

incendio podía arrasar de pronto el convento de Godstow.

Adelia estaba obsesionada y acababa de comprender que, si esa obsesión persistía, dañaría a su hija y a ella misma.

—Ya es hora —dijo Gyltha otra vez.

Y si lo decía Gyltha, la más confiable de las mujeres, así era.

Pero Adelia detestaba que Rowley exigiera con tanta liviandad una separación que le provocaría dolor y, aunque fuera infundado, también miedo.

—Él no puede decirme que la deje. Detesto tener que dejarla.

Gyltha se encogió de hombros.

—También es su hija.

—¿Eso crees?

Desde la puerta se oyó la voz del mensajero.

—Os pido disculpas, señora, pero Su Ilustrísima os pide que interroguéis a Bertha.

—¿Quién es Bertha?

—La sirvienta de lady Rosamunda, señora. La que consiguió las setas mortales.

—Ah, claro, la interrogaré.

Salvo por las ininterrumpidas oraciones por los muertos y los rezos de las horas canónicas, el convento estaba inactivo, sumido en la oscuridad de la noche sin luna. El haz de luz del farol iluminaba solo la parte inferior de las paredes y un corto tramo del sendero bordeado de nieve, mientras Jacques conducía a las dos mujeres hacia su habitación. Al llegar, Adelia le dijo buenas noches a su bebé y dejó que Gyltha la llevara a la cama.

Ella y el mensajero continuaron solos su camino. Atravesaron el patio exterior y salieron hacia el campo. Un leve aroma sugería que en algún lugar cercano había huertos cuyas hortalizas se estaban pudriendo a causa de la helada.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó Adelia. En la oscuridad, su voz sonó quejumbrosa.

—Me temo que al establo de las vacas, señora —se disculpó Jacques—. La muchacha se ha escondido allí. La abadesa la asignó a la cocina, pero los cocineros se negaron a trabajar con ella, debido a que fue quien envenenó a lady Rosamunda. Las monjas han tratado de hablarle, pero dicen que es difícil comprender lo que dice, y que la pobre chica teme que el ama de llaves llegue hasta aquí.

El mensajero siguió conversando, ansioso por demostrar que merecía ser incluido en el extraño círculo privado encargado de investigar para el obispo.

—Con respecto al blasón que se ve en la bolsa del pobre joven, podría ser de utilidad que consultarais a la hermana Lancelyne. Ella lleva los registros del convento y en él se incluyen los emblemas de todas las familias que en algún momento han hecho donaciones. Tal vez...

Jacques no había desperdiciado su tiempo. Los mensajeros sabían ganarse la simpatía de los sirvientes de los lugares que visitaban, lo cual les permitía disfrutar de la mejor comida y bebida antes de volver a partir.

Nuevamente se vieron rodeados de edificios. Las botas de Adelia chapotearon en la nieve, medio derretida sobre un terreno que durante el día debía de ser un sendero muy transitado. Su olfato registró que pasaron sucesivamente por una panadería, una cocina y un lavadero, todos ellos silenciosos e invisibles en la oscuridad.

Luego, más campo abierto, más nieve medio derretida. Alguien había salido del sendero y se veían huellas dispersas en un cúmulo de nieve.

Adelia percibió un peligro invisible, inexplicable. Pero lo sintió con tanta intensidad que se encogió y permaneció quieta, como si estuviera de regreso en los callejones de Salerno y hubiera visto la sombra de un hombre con un puñal.

El mensajero también se detuvo.

—¿Qué sucede, señora?

—No lo sé. Nada.

Las huellas en la nieve eran reales, sin duda tenían explicación. Sin embargo, para ella —que recordaba las huellas en el puente— eran señal de muerte.

Adelia se obligó a seguir adelante.

El olor acre del hierro candente y un vestigio de calor en el aire le dijeron que pasaban cerca de una fragua, cuyo fuego amainaba durante la noche. Y después, el olor a estiércol de caballo y, más adelante, de vaca les indicó que habían llegado.

Jacques empujó una de las hojas de la puerta, dejando a la vista un corredor amplio y sucio con varios compartimentos, en su mayoría vacíos: pocos animales sobrevivían a la matanza de San Miguel, el forraje nunca era suficiente para conservar el ganado a lo largo del invierno. Pero, al adentrarse por el pasillo, el farol iluminó el recio espacio trasero y la cola de las vacas que se habían conservado para obtener leche.

—¿Dónde está?

—Dijeron que estaba aquí. ¡Bertha! —gritó Jacques—. ¡Bertha!

En la oscuridad, desde el extremo más lejano del establo, llegó un chillido y el rumor de la paja, como si un ratón gigantesco entrara en una cueva.

Jacques avanzó por el corredor con el farol e iluminó el último compartimiento. Luego lo colgó del gancho de una lámpara.

—Creo que está aquí, señora —anunció, y retrocedió para que Adelia pudiera revisar el interior.

Contra la pared trasera del compartimiento se veía un gran montón de heno. Adelia fue hacia allí.

—¿Bertha? No os haré daño. Por favor, quiero hablar con vos.

Fue necesario que repitiera varias veces esas palabras. Por fin algo surgió del

montón de heno y fue posible distinguir una cabeza. A la luz del farol que caía sobre ella, Adelia pensó que se trataba de un cerdo. Luego comprendió que pertenecía a una chica con la nariz tan respingona que solo se veían las fosas nasales, por lo cual parecía más bien un hocico. Unos ojos pequeños, casi desprovistos de pestañas, se fijaron en el rostro de Adelia. La boca ancha se movió y emitió un sonido agudo.

—Non culpame —pareció decir—. Non culpame.

—¿Es francesa? —preguntó Adelia a Jacques.

—No, señora. Según me ha parecido entender, dice que no fue su culpa.

El balido cambió.

—No dejencontrar.

—No permitan que me encuentren —tradujo Jacques.

—¿La señora Dakers? —preguntó Adelia.

—Conviertenraton —respondió Bertha, encogiéndose aterrorizada.

—Me convertirá en un ratón —dijo servicialmente Jacques.

Adelia no pudo evitar la idea de que, lamentablemente, en el caso de esa chica, la señora Dakers no tendría que esforzarse para demostrar sus poderes.

—Yatrapa.

Bertha estaba perdiendo el miedo. Más confiada, se asomó, dejando ver el cuello y el cuerpo delgado que continuaban debajo de la cabeza y el pelo, del mismo color del heno que lo rodeaba. Su mirada se clavó en el cuello de Adelia.

—Y la hará caer en una trampa.

Adelia comenzó a comprender el idioma de Bertha. Y también se disgustó, como siempre lo hacía, al oír hablar de magia. Se indignó al pensar que habían aterrorizado a esa chica apelando a oscuras supersticiones.

—Levantaos —le dijo.

Los ojitos porcinos parpadearon y Bertha se puso inmediatamente de pie, desparramando paja. Estaba acostumbrada a que la intimidaran.

—Bien —dijo Adelia, con más suavidad—, nadie os culpa por lo ocurrido, pero debéis contarme cómo sucedió.

Bertha se inclinó hacia delante y miró el collar de Adelia.

—¿Qué es eso tan bonito?

—Es una cruz. ¿Habéis visto alguna?

—Lady Ros tenía una parecida, aunque más bonita. ¿Para qué sirve? ¿Es mágica? Aquello era terrible. ¿Nadie la había instruido en los principios del cristianismo?

—Tan pronto como pueda os compraré una y os lo explicaré —prometió Adelia—. Pero ahora vos debéis explicarme algunas cosas a mí. ¿Lo haréis?

Bertha asintió, sin apartar la mirada de la cruz de plata.

El interrogatorio comenzó. Para Adelia fue sumamente trabajoso y agotador. Bertha repitió evasivamente que no era su culpa, hasta que la médica logró animarla

para que dijera algo importante. La chica era muy ignorante y muy fácil de engatusar, tanto que Adelia tuvo una impresión muy desfavorable de Rosamunda. Ningún sirviente debía ser privado de educación. ¡La hermosa Rosamunda! No había sido muy bonito por su parte descuidar a esa triste criatura.

Era difícil calcular su edad. La propia Bertha no la sabía. Adelia estimó que tendría entre dieciséis y veinte años. Al igual que todas las personas de su nivel social, estaba mal alimentada e ignoraba cómo funcionaba el mundo. Jaques había deslizado discretamente un banco de ordeñar hacia los talones de Adelia, para que pudiera sentarse y quedar a la misma altura que Bertha. Él permaneció de pie a sus espaldas, en la oscuridad, sin pronunciar una palabra.

Desde el preciso momento en que tuvo noticia de la muerte de Rosamunda, Adelia creyó que finalmente descubriría que se había tratado de un lamentable accidente.

No lo era. A medida que Bertha se sentía más confiada y Adelia lograba comprenderla mejor, el relato demostraba que Bertha había sido cómplice involuntaria de un homicidio deliberado.

Dijo que aquel día fatal había ido al bosque que rodeaba Wormhold Tower, aunque no para recoger setas, sino ramas secas para hacer fuego. Arrastraba un trineo donde tenía previsto acumular las ramas que pudiera encontrar. Era la persona de menor rango entre los sirvientes de Rosamunda y aquella mañana no había sido buena para ella. La señora Dakers la había zurrado porque se le había caído un tiesto y le había dicho que lady Rosamunda estaba harta de ella y pensaba echarla de su casa. Bertha no tenía familia a la cual recurrir, de modo que aquello la habría obligado a vagar por los campos mendigando comida.

—Ella es un dragón —susurró Bertha, mirando a su alrededor y hacia arriba: tal vez la señora Dakers agitaba sus alas por allí, y se disponía a posarse en una de las lámparas del establo—. Nosotros la llamamos Dragón Dakers.

Desgraciadamente, por temor a la ira de la señora Dakers, Bertha había reunido demasiada leña. Después de sujetar el montón de ramas al trineo, había descubierto que era muy pesado para arrastrarlo y se había sentado en el suelo para llorar a gritos su pena.

—Y entonces llegó ella.

—¿Quién?

—Ella, la vieja.

—¿La habíais visto antes?

—Por supuesto que no —dijo Bertha, que consideraba insultante la pregunta—. No era de aquel lugar. Era la segunda cocinera de la reina Leonor. La reina, nada menos. Viajaba con ella a todas partes.

—¿Ella os dijo eso, que trabajaba para la reina Leonor?

—Eso hizo.

—¿Cómo era esa vieja?

—Como una vieja.

Adelia respiró profundamente y lo intentó otra vez.

—¿Cuántos años tenía? ¿Usaba ropa decente o estaba harapienta? ¿Cómo era su cara, y su voz?

Pero Bertha, que no era observadora y carecía de vocabulario, no era capaz de responder esas preguntas.

—Era horrible, pero buena. —Fue la única descripción que logró hacer. Debido a que la bondad no abundaba en su vida, era para Bertha una cualidad especialmente destacable.

—¿De qué manera fue buena?

—Me dio las setas. Dijo que eran mágicas, que harían que lady Rosamunda me mirara con... —la nariz poco agraciada de Bertha se frunció mientras ella se esforzaba por recordar la palabra que la anciana había utilizado— simpatía.

—¿Dijo que vuestra ama estaría satisfecha con vos?

—Sí.

Por fin, al cabo de un largo rato, fue posible reconstruir una parte de la conversación que Bertha y la anciana habían mantenido en el bosque.

—Esto es lo que hago habitualmente por mi señora, la reina Leonor: le preparo un banquete con esas setas y ella me mira con simpatía —había dicho la anciana.

Bertha le había preguntado con ansiedad si tenían el mismo efecto en personas menos encumbradas.

—Oh, sí, mejor aún.

—Entonces, si la señora estuviera a punto de despedirme, ¿no lo haría?

—¿Despediros? Seguramente os premiaría.

Luego la anciana había agregado:

—Bertha, tesoro, os diré lo que voy a hacer. Me habéis caído bien, os daré mis setas y vos las cocinaréis para vuestra señora. ¿A ella le gustan?

—Mucho.

—Entonces, aquí las tenéis. Cuando ella las coma, seréis recompensada. Pero debéis dárselas ya mismo.

Sorprendida, Adelia se preguntó si aquella era una historia fantástica que Bertha había inventado para ocultar su culpabilidad. De inmediato abandonó esa idea. Nadie se habría molestado en contarle a esa criatura cuentos de hadas donde ancianas misteriosas ofrecían a las jovencitas lo que más deseaban, o algún otro tipo de cuento. Y Bertha no era capaz de urdir una trama semejante.

Por lo tanto, aquel día en el bosque, Bertha había sumado la cesta con setas a la leña que llevaba en su trineo y, esforzadamente, lo había arrastrado de regreso a

Wormhold Tower.

Al llegar, había comprobado que el lugar estaba casi desierto. Adelia pensó que ese detalle era importante. La señora Dakers tenía previsto pasar todo el día en Oxford: había ido a una de aquellas ferias donde se ofrecían trabajadores de diversos oficios, con el fin de encontrar una nueva cocinera. Al parecer, las cocineras no toleraban sus críticas por mucho tiempo y era necesario reemplazarlas constantemente. El resto del personal, libre del control del ama de llaves, se había tomado un día de descanso; de modo que, en realidad, Rosamunda estaba sola.

En la cocina vacía, Bertha se había puesto manos a la obra. La cantidad de setas era suficiente para dos comidas, por lo cual las había dividido con la idea de reservar una parte para el día siguiente. Había colocado una mitad en una sartén, con manteca, una pizca de sal y un toque de ajo silvestre; las había salpicado con perejil, las había calentado sobre la llama hasta que soltaran sus jugos y luego había llevado el plato a la sala donde Rosamunda estaba sentada a la mesa escribiendo una carta.

—Sabe escribir —apuntó Bertha, admirada.

—¿Y comió las setas?

La joven asintió.

—Las tragó. Como una glotona.

La magia había funcionado. Lady Rosamunda le había dedicado una sonrisa a Bertha —algo excepcional—, le había dado las gracias y había dicho que era una buena chica.

Las convulsiones comenzaron más tarde.

Adelia descubrió que Bertha seguía sin sospechar que la vieja del bosque la había traicionado.

—Fue un accidente. No fue culpa de la vieja. Un hongo endemoniado se mezcló por error en la canasta.

No tenía sentido discutir, pero no había sido un error. Entre las setas que Bertha había guardado y que Rowley había mostrado a Adelia, el sombrero de la muerte era tan numeroso como cualquier otra especie, y estaba cuidadosamente mezclado entre ellas.

Sin embargo, Bertha se negaba a desconfiar de una persona que había sido bondadosa con ella.

—No fue su culpa, ni la mía. Fue un accidente.

Adelia se acomodó en el banco para pensar. Sin duda, era un homicidio. Solo Bertha podía creer que se trataba de un accidente. Solo ella podía pensar que los sirvientes de la reina vagaban por el bosque regalando setas mágicas a cualquier persona que encontraran. Había sido un plan minucioso. La anciana, quienquiera que fuese, había tejido una telaraña para cazar a una mosca en particular —es decir, Bertha—, en un día específico, cuando el dragón de Rosamunda —es decir, Dakers—

se había alejado de su ama.

Lo cual sugería que la anciana conocía los movimientos de los sirvientes de Rosamunda o que alguien de la casa la había puesto al tanto.

Llegó a la conclusión de que Rowley tenía razón. Alguien quería matar a Rosamunda e implicar a la reina en el asesinato. Si Leonor hubiera dado la orden, difícilmente habría elegido a una anciana que mencionara su nombre. No, no había sido la reina. Quien lo había hecho odiaba a la reina aún más que a Rosamunda. O, tal vez, sencillamente quería que su esposo se enfrentara con ella y desencadenara un conflicto, lo cual era muy posible.

El establo estaba silencioso. La voz de Bertha, murmurando que no era culpable, se había desvanecido. Solo se oía el rumiar de las vacas y el crujido del heno cuando sacaban un poco más de sus pesebres.

—Por el amor de Dios —pidió desesperadamente Adelia—, ¿nada os llamó la atención en la mujer del bosque?

Bertha pensó, luego meneó la cabeza. De pronto pareció desconcertada.

—Olía bien —dijo.

—¿Olía bien? ¿Cómo era su olor?

—Bonito. —La chica fue a gatas hacia Adelia, olisqueando como una musaraña—. Como el vuestro.

—¿Ella olía como yo?

Bertha asintió.

Jabón. Olía a jabón, el único lujo de Adelia. Lo había usado dos horas antes, para quitarse de todo el cuerpo la suciedad acumulada en el viaje. Una vez al año su madre adoptiva le enviaba desde Roma barras de jabón hechas con lejía, aceite de oliva y esencia de flores. En una de sus cartas Adelia se había quejado de que en Inglaterra el jabón se fabricaba con sebo de vaca, y en consecuencia quienes lo usaban olían como si estuvieran listos para ser cocinados.

—¿Olía a flores? ¿A rosa, a lavanda, a manzanilla? —preguntó Adelia atropelladamente, aunque sabía que era inútil. Aun cuando Bertha fuera experta en esas plantas, solo sabría su nombre local, desconocido para Adelia.

Sin embargo, era un avance. Ninguna anciana corriente que recogía setas o troncos en un bosque olía a jabón perfumado, incluso suponiendo que usara jabón.

Adelia se puso de pie y dijo:

—Si olieras ese perfume en otra persona, ¿me lo dirás?

Bertha asintió. Sus ojos estaban fijos en la cruz que pendía del cuello de Adelia, como si, pese a que ignoraba su significado, el símbolo le transmitiera esperanza.

«Pero ¿qué esperanza tiene esta pobre criatura?», se preguntó Adelia. Suspirando, desabrochó la cadena que le rodeaba el cuello. La deslizó, junto con la cruz, en la sucia mano de Bertha, y cerró sus dedos sobre ella.

—Consérvala, te la dejo hasta que pueda comprar una para ti —dijo.

Le costó hacerlo, no por aquello que la cruz representaba —Adelia había estado en contacto con demasiadas religiones, no era capaz de depositar su fe solo en una de ellas—, sino porque había sido un regalo de Margaret, su antigua niñera, una verdadera cristiana que había muerto en el viaje a Inglaterra.

«Pero yo he conocido el amor, tengo una hija, una profesión, amigos».

Bertha, que no tenía ninguna de esas cosas, aferró la cruz y, lanzando un balido de alegría, volvió a sumergirse en el heno.

Mientras caminaban de regreso en la oscuridad, Jacques dijo:

—¿La cerdita podrá descubrir la trufa para vos, señora?

—Es muy aventurado asegurarlo —admitió Adelia—, pero la nariz de Bertha puede ser nuestro mejor detector. Si reconociera en otra persona el aroma de la anciana, se trataría de alguien que compra jabón extranjero y eso puede decirnos quién es su proveedor, lo cual, a su vez, podría proporcionarnos una lista de clientes.

—Muy inteligente —comentó el mensajero con admiración.

Después de unos instantes, preguntó:

—¿Creéis que la reina está involucrada?

—Alguien desea que lo creamos.

CAPÍTULO 5

En la colina que dominaba un valle apacible, cuatro jinetes que habían partido desde Godstow acompañados por un perro detuvieron los caballos para observar la construcción ubicada en la cima de la colina que tenían enfrente y sus anexos.

Después de unos instantes de silencio, Adelia hizo una pregunta imprudente:

—¿Cómo demonios logran entrar allí los proveedores?

—Unas flores y una linda sonrisa solían ser efectivas en mi época —dijo el obispo.

Adelia oyó el bufido de los dos hombres que la flanqueaban.

—Me refiero al laberinto.

Rowley guiñó el ojo.

—También yo.

Se oyeron nuevos bufidos.

Oh, vaya, insinuaciones sexuales. No podía culparlos. Desde allí la vista de Wormhold Tower y aquello que la rodeaba era, en fin, grosera: en el centro de un laberinto —que para los hombres tenía la apariencia de la mata de vello púbico femenino— surgía una torre delgada, muy alta, coronada por una cúpula ceñida. Una diminuta pasarela rodeaba esa cúpula, acentuando la semejanza con un pene. La figura habría podido ser garabateada en la cima de la colina por un pícaro gigante adolescente: era como un dibujo obsceno que se recortaba en el horizonte.

El obispo los había guiado hasta allí a medio galope, por temor a que el temporal pudiera detenerlos. Pero la torre ya estaba a la vista, de modo que su ansiedad disminuyó y, obviamente, les dio tiempo de entretenerse con bromas obscenas.

A decir verdad, el viaje hacia el norte había sido tranquilo. Habían avanzado por el sendero que bordeaba el río desde Godstow y terminaba media milla antes de llegar a la torre. De hecho, la serena travesía había animado a Adelia, que ya no temía que el clima le impidiera regresar junto a su hija.

Los barqueros que habían encontrado les habían advertido que en el camino les esperaban nuevas nevadas, pero no se veía indicio alguno de ello. El día era despejado, y si bien el sol no había fundido la nieve caída durante la noche anterior, habría sido imposible no regocijarse al ver el campo que, como una sábana blanca, se extendía hacia el claro cielo azul.

Más hacia el sur, los soldados del obispo, un par de hombres de Godstow y Mansur, remontaban el río que los jinetes acababan de bordear, en una barca donde —una vez que el obispo Rowley lo hubiera recuperado— llevarían el cuerpo de Rosamunda al convento.

Sin embargo, antes debían atravesar el laberinto que rodeaba la fortaleza donde se encontraba la mujer muerta, una perspectiva que estimulaba la malicia de los compañeros de Adelia.

—Os lo dije —comentó Rowley, dirigiéndose a Adelia, aunque guiñando el ojo a Walt—. ¿No os había dicho que era el cinturón de castidad más grande de la cristiandad?

Él trataba de provocarla. Ella decidió ignorarlo.

—No creí que fuera tan grande. —Tras responder, suspiró. El nuevo doble sentido provocó más risas ahogadas en los hombres.

Adelia había dicho la verdad. El laberinto de San Giorgio, en Salerno, era considerado una maravilla, cuya complejidad y dimensiones simbolizaban el recorrido del alma a través de la vida. Pero el que tenía delante era colosal. Rodeaba la torre formando un anillo tan ancho que ocupaba un amplio sector de esa ladera de la colina y desaparecía detrás de ella. El muro exterior tenía casi tres metros de alto, y desde esa distancia el interior parecía lleno de lana blanca.

La priora de Godstow se lo había advertido antes de la partida.

—Espinosa —había dicho con disgusto—. ¿Podéis creerlo? Muros de granito y espinos plantados junto a ellos.

Adelia observó la ondulación inmóvil de las piedras y los arbustos serpenteantes. Pensó que no era un cinturón, sino una víbora, una enorme y opresiva serpiente.

—Hay que ser muy hombre para entrar allí —dijo Walt. Al oírlo Rowley estuvo a punto de caerse del caballo. Jacques sonrió ampliamente al ver a su obispo distendido.

Havis había anticipado esas reacciones y había alertado a Adelia. Le había dicho que un nigromante sajón había construido el laberinto para rodear la fortaleza. El hombre que lo desalojó de allí —un normando, uno de los caballeros de Guillermo el Conquistador—, igualmente insano, lo amplió con el fin de impedir la entrada de sus enemigos y la salida de sus mujeres. Los descendientes de los normandos habían sido a su vez desalojados por Enrique Plantagenet, quien lo había considerado un lugar conveniente para instalar a su amante, dado que lindaba con el bosque de Woodstock, donde el rey tenía una cabaña de caza.

—Vulgaridad arquitectónica —lo denominó airadamente la priora—, objeto de lascivia masculina. La gente del lugar está horrorizada, aun cuando es motivo de burla. Pobre lady Rosamunda. Me temo que al rey le pareció divertido instalarla allí.

—Sin duda —dijo Adelia. Conocía el sentido del humor de Enrique Plantagenet. Y el de Rowley.

—Por supuesto, puedo penetrarlo —estaba diciendo el obispo, en respuesta a una pregunta de Jacques—. Ya lo he hecho. Un poco hacia la derecha, otro poco a la izquierda, y todos contentos.

Al oír las risas, Adelia comenzó a compadecerse de Rosamunda. ¿Habría lamentado vivir en un lugar que provocaba —e incluso exigía— los comentarios procaces de todos los hombres que lo veían?

Pobre mujer. Ni siquiera la muerte le había deparado respeto.

La nieve cubría los muros y los arbustos del laberinto. Adelia pensó que la torre parecía surgir de una masa de pelusa blanca. Recordó entonces a un paciente, un anciano que había atendido su padre adoptivo, con cuyo cuerpo le había enseñado a reducir una hernia inguinal. De pronto, para su vergüenza y su asombro, el paciente había tenido una erección.

Lo que se dibujaba contra el cielo era eso mismo, el último grito vital, involuntario, sofocado de un anciano, de un enfermo.

Adelia se dirigió a Rowley.

—¿Cómo entraremos nosotros? —dijo nítidamente—. Y os ruego tener presente que allí hay una mujer muerta.

—Haremos sonar la campana —respondió el obispo, moviendo la mano como si ya la estuviese tocando.

Fascinada con la torre, Adelia no había visto la campana. Sin embargo, estaba a poca distancia, en la ladera de la colina, junto a un abrevadero para los caballos. Como todas las cosas que pertenecían a Wormold, era extraordinaria: de un trapecio de madera de más de dos metros de alto, fijado al suelo, colgaba una campana tan grande como las que albergaban los campanarios de las catedrales.

—Adelante, Jacques —dijo el obispo—. ¡Din-don!

El mensajero bajó del caballo, caminó hacia la campana y agitó la cuerda que pendía del badajo.

Adelia se agarró a su yegua, que comenzó a agitarse. Walt sujetó las riendas del caballo de Jacques para evitar que echara a correr. Los pájaros salieron de los árboles. Una bandada de grajos comenzó a volar en círculo, graznando, mientras la campana resonaba con timbre de barítono a través del valle. Incluso Guardián —no había perro más indiferente a todo— miró a su alrededor y ladró.

El eco se prolongó unos instantes y luego se hizo el silencio.

Rowley soltó un exabrupto.

—Haz sonar la campana otra vez. ¿Dónde está Dakers? ¿Es sorda?

—Sin duda. Ese ruido habría despertado a un muerto —respondió Jacques y de inmediato comprendió que su comentario había sido desacertado—. Perdón, Ilustrísima.

La gran campana sonó por segunda vez. La tierra parecía temblar. Nuevamente, nada sucedió.

—Sin embargo, puedo ver a alguien —dijo Walt, entrecerrando los ojos a causa del sol.

También Adelia vio una mancha negra en la pasarela de la torre, que de pronto desapareció.

—Respondería si viera a un obispo. Debería usar mi vestimenta episcopal —observó Rowley, que llevaba su ropa de caza—. Bien, no tiene importancia. Hallaremos el camino. Lo recuerdo a la perfección.

Dicho lo cual, dirigió su caballo cuesta abajo, hacia el valle, haciendo flamear la capa. Los demás lo siguieron, con menos precipitación.

Al llegar al muro del laberinto, la entrada los sorprendió. En lugar de un arco, dos elipses de piedra se unían en ambos extremos, superior e inferior, formando una abertura de tres metros semejante a una vulva. La sugerencia pecaminosa estaba acentuada por las tallas que la rodeaban: en la piedra se veían serpientes que entraban y salían sinuosamente de distintos frutos.

Si bien la abertura era lo suficientemente ancha, los caballos no querían pasar por allí. Fue necesario taparles los ojos. En opinión de Adelia, eran más respetuosos que los hombres que manejaban las riendas.

Una vez en el interior, la sensación no fue agradable. El sendero que tenían delante era bastante amplio, pero los espinos de los muros lo cubrían e impedían el paso de los rayos del sol. Se sintieron envueltos en la luz tenue y grisácea de un túnel que olía a hojas muertas. El techo era muy bajo, no podían montar otra vez. Tendrían que caminar guiando a los caballos.

—Seguidme —ordenó Rowley, trotando delante de su caballo.

Después de algunas curvas, ya no pudieron oírlo. Luego el camino se bifurcó y se encontraron frente a dos túneles, ambos tan anchos como el sendero que habían recorrido. Uno iba hacia la izquierda; el otro, hacia la derecha.

—Por aquí —dijo el obispo—. La torre está hacia el noreste, debemos mantener el sentido de la orientación.

La primera duda asaltó la mente de Adelia. No habrían debido elegir tan rápido.

—Señoría, no estoy segura de que este sea...

Pero él ya se había adelantado.

Adelia se dijo que él ya había estado allí y tal vez recordara el camino. Lo siguió más lentamente. Su perro correteaba tras ella, escoltado por Jacques. Walt iba a la retaguardia. Lo oyó gruñir:

—Wormhold, buen nombre para este lugar.

Quizás venía de *Wyrms*. Por supuesto. En los mercados, los narradores profesionales a quienes los ingleses aún denominaban *skalds* aterrorizaban a su auditorio con cuentos de la gran serpiente-dragón —es decir, *Wyrm*— que reptaba y serpeaba por las leyendas sajonas tal como lo hacían los túneles de ese laberinto.

Adelia recordó con nostalgia que a Ulf, el nieto de Gyltha, le gustaban esas historias y en sus juegos personificaba al guerrero sajón —¿cómo se llamaba?— que

mataba al monstruo.

Extrañaba a Ulf, echaba de menos a Allie. No quería estar en el nido de la serpiente.

Ulf la había descrito con deleite: «Era horrible, estaba en las profundidades de la tierra, tenía el olor de la sangre de los hombres muertos».

Al menos a ellos les habían ahorrado el hedor. Pero sentían el olor de la tierra, tenían la impresión de estar en un lugar subterráneo, atrapados, sin salida. Adelia pensó que tal había sido la intención del Dédalo que había creado ese engendro. Por ese motivo había plantado los espinos. Sin ellos habrían podido trepar por los muros para ver a dónde se dirigían, y respirar aire fresco. Pero los arbustos de los setos tenían espinas que, al igual que *Wyrn*, desgarraban la carne.

No se asustó, ella sabía cómo salir. Sin embargo, advirtió que los hombres del grupo ya no reían.

La curva siguiente los llevó hacia el sur y se abrió en tres túneles. Sin dudar, Rowley eligió el sendero de la derecha.

Después de otra curva, el camino se dividió de nuevo. Rowley soltó una palabrota. Adelia estiró el cuello para ver más allá de su caballo, tratando de comprender el motivo.

Era un callejón sin salida. Rowley había empuñado la espada y la clavaba en un enorme seto que bloqueaba el camino. El roce del metal contra la piedra indicaba que había un muro detrás del follaje.

—Que Dios maldiga al bastardo que hizo esto. Debemos retroceder —dijo, y levantando la voz, ordenó—: ¡Atrás, Walt!

El túnel no era lo suficientemente amplio para que los caballos giraran sin lastimarse la cabeza y las ancas, lo cual, por añadidura, les causaba miedo.

La yegua de Adelia no quiso dar la vuelta. Tampoco quiso avanzar. Claramente, quería permanecer en su lugar. Rowley tuvo que apretarse contra su caballo para adelantarse y tirar de la brida de la yegua con ambas manos hasta lograr que el animal regresara a la entrada del *cul-de-sac*, donde podrían reorganizarse.

—Os dije que debíamos conservar la dirección noreste. —El reproche se dirigía a Adelia, aunque ella no había elegido el camino.

—¿Dónde está el noreste? —preguntó Adelia.

Él no respondió. Irritado, partió otra vez. Para no perderlo de vista, ella se vio obligada a arrastrar a la yegua reticente y hacer que trotara.

Otro túnel. Y otro. Una especie de lana gris, cada vez más compacta, parecía envolverlos. Adelia había perdido por completo el sentido de la orientación. Y sospechaba que lo mismo le había sucedido a Rowley.

En el túnel siguiente lo perdió de vista. Estaba frente a una bifurcación y no pudo ver qué camino había elegido. Miró hacia atrás, buscando a Jacques. ¿Adónde había

ido? Tal vez su perro lo sabía.

—Guardián, ¿dónde está? ¿Dónde ha ido?

El rostro del mensajero había adquirido un color ceniciento, no solo a causa de la luz que se filtraba por el techo de arbustos. Se le veía más viejo.

—¿Vamos a salir, señora?

—Por supuesto —respondió Adelia con tono tranquilizador. Comprendía cómo se sentía Jacques. El techo espinoso los mantenía cautivos. Eran topos sin posibilidad de salir a la superficie.

—¿Dónde demonios estáis? —dijo la lejana voz de Rowley.

Era imposible localizarlo. Los túneles absorbían y desviaban el sonido.

—Por Dios, quedaos allí, estoy regresando.

Adelia y Jacques continuaron gritando para guiarlo. Él respondía con otros gritos, en su mayoría, improprios en árabe. Los había aprendido en la Cruzada. El árabe era su lengua preferida a la hora de maldecir. A veces su voz parecía tan cercana que los hacía saltar de alegría, luego se desvanecía y se tornaba hueca, aunque seguía denostando los laberintos en general, y en especial aquel donde se encontraba, y maldecía a la señora Dakers y su serpiente. E incluso maldecía horrorosamente los arbustos espinosos que rasgaban su capa, y a Rosamunda y sus setas.

Al oírlo, Guardián inclinaba las orejas hacia un lado, luego hacia otro. Su ama pensó que tal vez le divertían las diatribas, pues también era varón.

Siempre las mujeres tenían la culpa. Rowley no maldecía al hombre que había construido ese horror o al rey que había encerrado allí a Rosamunda.

Luego pensó que los hombres estaban asustados. En fin, Walt tal vez no, pero sí Rowley y, sin duda, Jacques.

Por fin, una alta silueta surgió de la oscuridad que tenía delante. Guiaba un caballo y se dirigía hacia ella.

—¿Por qué os quedáis allí, mujer? Regresad. Debimos elegir el último sendero.

Otra vez era su culpa. Otra vez la yegua no se movió hasta que el obispo sujetó la brida.

Adelia bajó la voz para no avergonzar a Rowley delante de los otros hombres.

—Rowley, esto no es un simple laberinto.

Él no bajó su voz.

—No. Estamos en las entrañas de la madre de Grendel, de eso se trata. Dios la maldiga.

Adelia recordó: Beowulf. De todos los legendarios guerreros sajones, el preferido de Ulf. Aquel que había matado a la serpiente, a Grendel —el monstruo semihumano— y a su horrenda y vengativa madre.

«Una sucia ramera que camina por los límites del abismo». Así había descrito Ulf a la madre de Grendel, la criatura que, con forma de mujer, rondaba la frontera entre

la tierra y el infierno.

Adelia comenzó a disgustarse. ¿Por qué siempre se culpaba a las mujeres por todo? Todo, desde el pecado original hasta esos malditos arbustos espinosos.

—No estamos en un simple laberinto, Ilustrísima —dijo con voz audible.

—¿Dónde estamos?

—En un laberinto con caminos que se bifurcan.

—Es lo mismo —comentó Rowley, y dirigiéndose a la yegua, agregó—: Atrás, tú, vaca.

—No lo es. El laberinto tiene solo un sendero, simplemente hay que seguirlo. Es símbolo de vida, o más aún, de vida y muerte. El sendero del laberinto serpentea, cambia de dirección, pero tiene un principio y un final, va de la oscuridad hacia la luz. —Adelia trató de serenarse, con la esperanza de que Rowley también lo hiciera, y agregó—: Como el de Ariadna. Hermoso, en realidad.

—Señora, no quiero mitología, por hermosa que sea. Quiero llegar a esa maldita torre. ¿Qué es un laberinto cuando está en la propia casa?

—Es un truco. Para confundir, para sorprender.

—Y supongo que la señora que es todo sabiduría sabe cómo sacarnos de aquí.

—Lo sé.

Él sonrió con suficiencia. Ella, enfurecida, estuvo a punto de abandonarlo a su suerte.

—En nombre de Cristo, hacedlo.

—No me gritéis —chilló Adelia.

—Sois vos quien grita.

Rowley trató de simular una sonrisa conciliadora, pero Adelia advirtió que sus dientes rechinaban. Siempre había tenido una buena dentadura, y la conservaba.

—El obispo de Saint Albans presenta sus respetos a la señora Adelia y desea que ella lo acompañe hacia la salida de esta cueva de brujas, por el amor de Dios. ¿Cómo lo haréis?

—Es asunto mío —respondió Adelia. No estaba dispuesta a decírselo, bajo ninguna circunstancia. Las mujeres estaban suficientemente indefensas sin necesidad de revelar sus secretos—. Tengo que encabezar el grupo.

Fue necesario llevar a los caballos hacia atrás, hasta uno de los cruces de caminos, donde disponían del espacio justo para hacer girar a los animales, aunque solo podían hacerlo de uno en uno. En consecuencia, Adelia condujo el caballo de Walt, que detrás de ella guio al del mensajero. Rowley cerró la fila llevando el suyo.

La maniobra se realizó con disgusto. Incluso Jacques, su aliado, dijo:

—Señora, ¿cómo vais a sacarnos de aquí?

—Sé cómo hacerlo —respondió Adelia, y después de una pausa agregó—: Aunque puede llevar tiempo.

Adelia avanzó a tientas, sujetando las riendas del caballo con la mano derecha. Con la otra sostenía su fusta, y la arrastraba con aparente espontaneidad, para que rozara el muro vegetal que se encontraba a la izquierda. Mientras caminaba, se lamentaba en voz baja: «Dios, en este maldito país no me respetan, no respetan a las mujeres». Pensó una vez más en el motivo por el cual se había negado a casarse con Rowley. En aquel momento él esperaba que el rey le ofreciera un título de barón, de modo que podría tener una esposa. Aunque estaba perdidamente enamorada de él, la aceptación habría implicado introducir sus muñecas en metafóricas esposas de oro y observar cómo él las cerraba. Si hubiera sido su esposa, jamás habría sido ella misma, una médica de Salerno.

Ella no poseía las destrezas femeninas indispensables para ocupar ese lugar: no sabía bailar bien, no tocaba el laúd, nunca había tenido en sus manos un bastidor de bordado; con respecto a la costura, sus conocimientos se limitaban a remendar los cadáveres que había diseccionado. En Salerno le habían permitido desarrollar habilidades acordes con su personalidad, pero en Inglaterra no había lugar para ellas. La Iglesia condenaba a las mujeres que no se comportaban debidamente. Por su propia seguridad, se había visto obligada a practicar la medicina en secreto, permitiendo que un hombre recibiera el reconocimiento. En calidad de esposa del barón Rowley, habría debido organizar festejos, halagar y reverenciar, lo cual habría implicado negar su verdadera esencia. ¿Cuánto tiempo habría podido hacerlo?

Paradójicamente, la libertad de las mujeres aumentaba en relación inversa a su clase social. Las esposas de los labradores y los artesanos podían trabajar junto a sus hombres y, en ocasiones, las viudas continuaban con el oficio de su esposo. Antes de convertirse en amiga de Adelia y niñera de Allie, Gyltha había dirigido un próspero negocio —era proveedora de anguilas— sin necesidad de tener por amo a ningún hombre.

Adelia siguió avanzando trabajosamente mientras cavilaba. «Cueva de brujas, entrañas de la madre de Grendel». Se preguntó por qué los hombres perdidos en ese horrendo lugar le atribuían características femeninas. Tal vez por sus túneles o porque se parecía a un útero y allí residía el misterio de las mujeres, en el útero. Tal vez ese fuera el motivo que despertaba el odio de la Iglesia hacia ella, hacia todas las mujeres. Porque poseían el verdadero poder; el poder de dar vida.

Suponía que si los guiaba a la salida no haría más que confirmar que una mujer conocía sus secretos y ellos los ignoraban.

«Oh, Dios, no es odio. Es miedo. Ellos tienen miedo de nosotras», se dijo por fin.

Y rio serenamente, emitiendo un levísimo sonido cuyo eco se propagó por el túnel, así como un guijarro provoca ondulaciones al caer en el agua. Los hombres se sobresaltaban cuando el eco pasaba junto a ellos.

—¿Qué demonios fue eso?

—Tal parece que alguien se ríe de nosotros —respondió Walt, impasible—. Por Dios.

Aún sonriente, Adelia miró hacia atrás y descubrió que Walt la observaba. Su mirada era risueña, se había tornado más amigable. Se dirigía a la fusta que ella seguía arrastrando junto al seto que estaba a su izquierda. Él guiñó el ojo. Adelia comprendió que él lo sabía y le respondió con otro guiño.

Su nuevo aliado era un estímulo. No obstante, no aceleró el paso, porque al mirar hacia atrás se había visto obligada a entornar los ojos para distinguir la expresión de Walt, que parecía envuelta en bruma.

Se estaban alejando de la luz.

Fuera, la tarde no había terminado, pero el débil sol invernal estaba dejando en sombras aquel sector del laberinto, cualquiera que fuese. Adelia no se atrevió a imaginar cómo sería en total oscuridad.

De cualquier manera, era terrorífico. Siguiendo el cerco de la izquierda, llegaron más de una vez a callejones sin salida. El trabajo de cambiar la dirección de los caballos, cada vez más inquietos, se volvió agotador. En cada una de esas ocasiones, Rowley daba un pisotón y preguntaba:

—¿Esta mujer sabe qué demonios está haciendo?

La misma Adelia comenzó a dudar. Una pregunta la atormentaba: «¿Los cercos son continuos?». Si había una brecha, si alguna parte del laberinto estaba separada del resto, seguirían deambulando hasta desorientarse por completo.

A medida que los túneles se oscurecían, las sombras formaban frente a ella un rostro incorpóreo y maligno, que sonreía y decía cosas intolerables: «No saldréis de aquí, he cerrado las aberturas. Estáis atrapada. No volveréis a ver a vuestra niña».

Sus manos comenzaron a sudar. La fusta se deslizó y cayó al suelo. Al tratar de recuperarla, Adelia chocó con el cerco: una pequeña avalancha de nieve sólida cayó sobre su cabeza y su cara, ayudándola a recuperar el sentido común. Se obligó a apartar de su mente esos pensamientos, a recordar que no creía en la magia. Cerró los ojos a las apariciones grotescas y los oídos a los improperios de Rowley —la nieve había bañado a todo el grupo— y siguió adelante.

Afortunadamente, Walt prefirió decir cosas amables.

—Me parece maravilloso que los setos estén tan cuidados. Diría que los podan dos veces al año. Se necesitan muchos hombres para hacerlo. Y un rey capaz de pagarlos.

Adelia pensó que Walt estaba en lo cierto. A su manera, el laberinto era maravilloso y su cuidado requería de un pequeño ejército.

—No solo para podarlo, sino también para limpiarlo —dijo, considerando que no se veían restos de poda en el suelo—. No desearía que mi perro se clavara una espina en la pata.

Walt observó al animal que correteaba detrás de Adelia, con quien compartía desde hacía un rato un espacio cerrado.

—Es una raza especial, ¿verdad? Nunca antes había visto uno como él —dijo.

Tampoco había oído algo parecido y afirmó que, si volvía a encontrarse con un animal similar, se alejaría a toda prisa.

Ella se encogió de hombros.

—Estoy acostumbrada. Los crían precisamente por su olor. Cuando llegué a Inglaterra el prior Geoffrey de Cambridge me regaló el padre de este perro para que pudieran rastrearne si me perdía. Y luego me regaló otro, cuando el primero... murió.

El perro había muerto, horriblemente mutilado, por haber seguido la pista de su ama hasta la guarida del asesino de niños de Cambridge, un lugar mil veces más horrendo que aquel laberinto. Sin embargo, el hediondo rastro que había dejado a su paso permitió seguir y salvar a su ama, por lo cual tanto el prior como Rowley habían insistido en que debía ir acompañada por otro perro similar.

Adelia y Walt siguieron conversando. Los enmarañados arbustos que los rodeaban absorbían sus voces. Walt ya no la despreciaba, en apariencia se llevaba bien con las mujeres. Dijo que tenía hijas y una esposa hábil que administraba su pequeña propiedad mientras él estaba ausente.

—Desde que llegó el obispo Rowley, a menudo estoy de viaje. Me eligió entre todos los mozos de cuadra de la catedral, eso hizo.

—Una buena elección —dijo Adelia con amable sinceridad.

—Supongo que sí. Los demás no eran muy partidarios de Su Ilustrísima. No les gustaba que fuera amigo del rey Enrique, estaban a favor del pobre Tomás, que fue asesinado en Canterbury.

—Entiendo.

Adelia lo sabía. Rowley había sido designado por el rey, contrariando los deseos de la Iglesia, lo cual le había granjeado la hostilidad de los funcionarios y sirvientes de su propia diócesis. No obstante, no tenía certeza de que Tomás Becket hubiera sido asesinado en las escalinatas de su propia catedral por culpa de Enrique Plantagenet, aun cuando, debido a su temperamento, el rey había clamado por esa muerte mientras estaba en otro país. ¿Había advertido que algunos de sus caballeros tenían sus propias razones para desear la muerte del arzobispo y que se ocuparían del asunto con presteza?

Tal vez. Pero si el rey Enrique no hubiera intervenido, los seguidores de Tomás habrían condenado a Adelia a ser azotada. De hecho, estuvieron a punto de hacerlo.

Ella estaba a favor de Enrique. Para el arzobispo y mártir, Dios y la Iglesia eran una misma cosa, ambos eran infalibles, sus leyes debían ser obedecidas por igual, sin preguntas y sin modificaciones. Enrique —pese a todos sus defectos, mucho más

humano— había promovido cambios que beneficiarían tanto a la Iglesia como a su pueblo. Invariablemente, Becket los había obstaculizado y seguía haciéndolo desde la tumba.

—Oswald, el padre Paton, Jacques y yo éramos todos nuevos en nuestro trabajo —agregó Walt—. No teníamos nada en contra del obispo Rowley. El antiguo custodio estaba enfadado con él porque era un hombre del rey. El padre Paton y Jacques llegaron el mismo día que el obispo.

La diócesis de Saint Albans estaba dividida entre los partidarios del rey y los seguidores del mártir, por lo cual el nuevo obispo había elegido rodearse de sirvientes tan flamantes en sus puestos como él mismo.

«Bien, Rowley. A juzgar por Walt y Jacques, lo habéis hecho bien», pensó Adelia.

Sin embargo, el mensajero no se mostraba tan imperturbable como el mozo de cuadra.

—Ilustrísima, ¿creéis que debemos pedir auxilio? —preguntó a Rowley. En esa ocasión su obispo fue amable con él.

—No falta mucho, hijo mío. Ya estamos cerca de la salida.

Él no tenía manera de saberlo, pero en realidad, así era. Adelia había visto algo que le permitía definir dónde estaban, aunque temía que al obispo no le agradaría.

Walt murmuró. Había visto lo mismo que ella: un trecho más adelante había un montón de estiércol.

—Este caballo lo dejó cuando entramos —dijo Walt en voz baja, señalando con la cabeza el animal que Adelia conducía, el que montaba el mozo cuando emprendieron el recorrido. Pronto los cuatro se encontrarían fuera del laberinto, pero exactamente en el mismo lugar de partida.

—Maldición. Era cuestión de tiempo y suerte —suspiró Adelia.

Los dos hombres que se encontraban detrás de ellos no habían oído el diálogo. Y no pudieron asignar significado alguno al montoncito de estiércol, porque los cascos de los primeros caballos lo habían aplastado al pasar.

Otra curva en el túnel. Luz. Una abertura.

Temiendo el exabrupto que llegaría a continuación, Adelia guio a su caballo a través de la abertura que conducía al exterior del laberinto y se encontró en medio del aire frío e inodoro. El sol del ocaso iluminaba la gran campana que pendía de un marco trapezoidal en la colina por la cual habían bajado alrededor de dos horas antes.

Uno tras otro, los demás salieron. Se hizo silencio.

—Lo lamento —gritó Adelia, mirando a Rowley—. Este laberinto es continuo, ¿lo comprendéis? Si no hay brechas y si todos los setos de espinos están unidos entre sí, al seguir rígidamente uno de ellos sin importar dónde vaya, finalmente lo atravesaremos, es inevitable, ocurre que... —su voz menguó, dolorida— elegí el seto que estaba a mi izquierda. Era el equivocado.

Nuevamente se hizo el silencio. En la penumbra los cuervos aleteaban alegremente sobre las copas de los olmos. Con sus graznidos parecían burlarse de las tontas criaturas terrestres que veían desde la altura.

—Perdón —dijo cortésmente el obispo de Saint Albans—, ¿eso significa que si hubiéramos seguido el cerco de la derecha habríamos podido llegar al destino que buscábamos desde el principio?

—Sí.

—¿El cerco que está a la derecha? —insistió el obispo.

—En fin..., obviamente, al regresar sería nuevamente el que está a la izquierda. ¿Entraremos otra vez?

—Sí.

Adelia pensó que pasarían toda la noche en el laberinto y se preocupó por Allie.

Los visitantes hicieron sonar nuevamente la campana, contemplando la posibilidad de que la figura que habían visto en la pasarela de la torre estuviera dispuesta a ceder. Sin embargo, cuando los caballos terminaron de beber en el abrevadero, fue obvio que no lo haría.

Nadie habló mientras se hacían los preparativos y se encendían los faroles, previendo que los túneles estarían muy oscuros.

Rowley se quitó el sombrero y se arrodilló.

—Que tu hijo nos proteja, Señor.

Los cuatro entraron otra vez en el laberinto. Se sentían más tranquilos al saber que tenía una salida. No obstante, estaban más cansados, por lo cual girar y retroceder constantemente por los callejones requería más esfuerzo.

—Señora, ¿cómo habéis aprendido lo que sabéis sobre laberintos? —quiso saber Walt.

—Mi padre adoptivo ha viajado mucho por Oriente. Allí ha visto algunos, aunque no tan grandes como este.

—Este es una verdadera serpiente, ¿verdad? Supongo que hay un camino de salida, pero no lo vemos.

Adelia estaba de acuerdo. No era conveniente estar tan aislado del mundo exterior, debía existir una ruta más directa. Sospechaba que en algunos de los callejones sin salida los muros de piedra no estaban unidos por mampostería, sino que había puertas ocultas por espinos que se podían abrir y al atravesarlas se llegaba a un camino directo.

Sin embargo, la hipótesis no era muy auspiciosa. Llevaría demasiado tiempo investigar cada uno de aquellos callejones para comprobarlo. Y se verían obligados a revisar muchos túneles que terminaban en elementos fijos. Estaban condenados a hacer el recorrido más largo.

Lo hicieron en silencio. Incluso Walt dejó de hablar.

El laberinto se animaba durante la noche. El embaucador que lo había diseñado aún trataba de asustarlos, pese a que había muerto mucho tiempo antes. Pero ellos ya lo conocían. Sin embargo, el lugar tenía sus propias maneras de inspirar terror: la luz del farol iluminaba un grueso tubo de ramas entrelazadas, de modo tal que los hombres y la mujer que avanzaban esforzadamente parecían atrapados en un interminable calcetín gris infestado de criaturas invisibles que con sus crujidos daban muestras de su aburrida existencia.

Cuando salieron, la oscuridad impedía ver si la abertura que atravesaron era tan ornamentada como la entrada. De todos modos, habían perdido el interés. La alegría los había abandonado.

En cierta medida el túnel los había protegido del frío penetrante que los asaltó al llegar al exterior. Con excepción de un búho que, molesto por su presencia, despegó de un muro con un leve aleteo, ningún sonido se oía desde la torre que veían al otro lado de la explanada. Era más enorme de lo que parecía a distancia. Recta y alta, se recortaba en el cielo, donde las gélidas estrellas titilaban como diamantes dispersos.

Jacques sacó de su alforja otro farol y velas nuevas y guio al grupo hacia un lugar aún más oscuro, en la base de la torre, donde distinguieron los peldaños que conducían a una puerta. Nadie había cruzado la explanada después de la tormenta de nieve, es decir, ningún ser humano, porque se veía una infinidad de huellas de pájaros y otros animales. El camino estaba plagado de obstáculos. Los montículos de nieve resultaron ser objetos abandonados: una silla rota, cacharros, un tonel con las duelas rotas, sartenes gastadas, un cucharón. La nieve cubría una escena caótica.

Walt tropezó con un cubo que contenía una gallina muerta. La sucesión de hallazgos terminó con el cadáver de un perro, congelado mientras gruñía.

Rowley apartó el cubo con un puntapié que lanzó por el aire el cuerpo de la gallina.

—Bastardos desleales y ladrones.

¿Eso eran?

Se decía que cuando Guillermo el Normando murió, sus sirvientes lo habían desnudado y habían huido con todos los bienes del rey que podían transportar. Los caballeros habían encontrado el cadáver desnudo en el suelo de una sala vacía del palacio. ¿Habían hecho lo mismo los sirvientes de Rosamunda? Rowley los había llamado desleales, pero Adelia recordó que Bertha no había recibido de su ama los cuidados que merecía. La lealtad solo podía ser resultado del respeto mutuo.

Después de subir unos peldaños extraordinariamente relucientes, los cuatro llegaron a la puerta de roble macizo y oscuro que daba entrada a la torre. No tenía llamador. Golpearon y oyeron el eco del sonido al otro lado. El lugar parecía una cueva vacía. Ningún ser, vivo o muerto, les respondió.

Se mantuvieron juntos —nadie sugirió que sería conveniente separarse— y

desfilaron por la planta baja de la torre. A través de sus arcos llegaron a los patios, donde hallaron otra puerta tan inmóvil como la primera. Al menos, estaba a nivel del suelo.

—Destrozaremos a la bestia —declaró Rowley.

Pero antes debían atender a los caballos. Un sendero los condujo al patio desierto de un establo. Walt arrojó una piedra en el pozo y se la oyó chapotear en el agua, alejando el temor de que estuviera congelada. En los compartimentos había paja, algo sucia, y alguien había llenado con avena los pesebres poco antes de que sus habitantes fueran robados.

—Me parece que será suficiente por ahora —dijo Walt, de mala gana.

Los demás se apartaron mientras él rompía el hielo pegado a la polea del pozo.

Los saqueadores habían actuado de manera errática y apresurada. El establo, por lo demás desierto, alojaba a una vaca que no había sido robada porque estaba pariendo a su ternero. Ambos estaban muertos, el ternero aún envuelto en la membrana que lo cubría en el útero.

Los exploradores pasaron por debajo de una cuerda con sábanas colgadas, rígidas como el metal, y entraron a la cocina. En la habitación donde se lavaban los platos faltaba el fregadero. En la cocina se lo habían llevado todo, excepto una gran mesa, demasiado pesada para levantarla.

Fueron hacia el granero. Los surcos en el suelo de tierra indicaban el lugar donde alguna vez estuvieron el arado y la rastra. Y...

—Ilustrísima, ¿qué es esto?

Jacques sostenía el farol en alto, iluminando un enorme artefacto situado en un rincón, sobre una pila de leña. Era metálico. Un disco plano con los bordes gruesos formaba la base de dos postes verticales unidos a él con sendos resortes. Ambos postes terminaban en una hilera de dientes triangulares de hierro que encajaban unos con otros.

Los hombres se detuvieron.

Walt se reunió con ellos para observar el artilugio.

—He visto algunos parecidos, la pierna queda atrapada allí —dijo con lentitud—. Pero nunca vi uno como este.

—Tampoco yo. Dios misericordioso, sin duda alguien lo engrasaba —afirmó Rowley.

—¿Qué es? —preguntó Adelia.

Sin responder, el prelado fue hacia el artefacto y aferró una de las hileras dentadas. Walt hizo lo mismo con la otra y entre los dos separaron los postes hasta lograr que ambos se apoyaran en el suelo, enfrentados, con los dientes hacia arriba.

—Bien, Walt. Ahora, atención.

Rowley se inclinó manteniendo su cuerpo alejado y extendió un brazo para dejar

caer el mecanismo.

—Funciona con un disparador —dijo. Walt asintió.

—¿Qué es? —preguntó nuevamente Adelia.

Rowley se incorporó y tomó un tronco del montón. Con un gesto le indicó a Adelia que mantuviera a su perro lejos.

—Imaginad que está sobre la hierba, o bajo la nieve.

El aparato, tal como se lo veía en ese momento, era casi plano, y en consecuencia, imposible de detectar.

Era una trampa. Adelia sujetó con fuerza el collar de Guardián.

Rowley lanzó el tronco en el disco de metal. El aparato saltó hacia arriba como un tiburón. Los dientes se unieron, a continuación se oyó el ruido.

Unos instantes después, Walt dijo:

—Ya está claro qué es, señora, con vuestro perdón.

—Tal parece que la dama no se compadecía de los cazadores furtivos —comentó el obispo—. Jamás saldré a recorrer sus bosques —agregó, y se limpió las manos—. Ahora, sigamos. Esto no detendrá a los búlgaros, como solía decir mi abuelo. Necesitamos un ariete.

Adelia permaneció en su lugar, observando la trampa. Los dientes, situados a setenta centímetros de altura, se clavaban en la ingle de un hombre de estatura mediana y lo atravesaban. Walt lo había dicho: liberar a la víctima no habría impedido su muerte, larga y dolorosa. Como si se relamiera de gusto, el artefacto seguía vibrando.

El obispo había regresado a por ella.

—Alguien fabricó esto, y lo engrasó para usarlo —dijo Adelia.

—Lo sé. Ahora, venid conmigo.

—Este lugar es horrendo, Rowley.

—Desde luego.

En uno de los edificios anexos Jacques encontró un gran madero. Walt y él lo cogieron y se lanzaron contra la puerta trasera de la torre: lograron derribarla en el tercer intento.

Dentro hacía casi tanto frío como fuera, y el silencio era más perceptible.

Los visitantes se encontraron en un salón circular. Dado que la torre era más ancha en la base, aquel salón debía ser más grande que cualquiera que pudieran hallar escaleras arriba.

Pero no se trataba de un vestíbulo donde se recibía a personajes importantes, era más bien un inmenso trastero. Toda su gracia consistía en un par de sillas como las que utilizaban los vigías de los faros, que por demasiado pesadas no habían sido robadas. Toscos bancos y estantes desprovistos de armamentos constituían el resto del mobiliario. Las antorchas habían sido arrancadas de las paredes, y la lámpara de

araña, de su cadena.

Algunas velas largas y delgadas se mezclaban entre las esteras de juncos que cubrían el suelo. Rowley, Adelia y Walt tomaron sendas velas y las encendieron con el farol antes de subir por la escalera pegada al muro.

A medida que ascendían descubrieron que la torre consistía en una sucesión de habitaciones circulares situadas una encima de la otra. Se parecía a los tubos de píldoras que el boticario amontonaba y envolvía en cartón. Tramos curvos de escalera terminaban en diminutos rellanos frente a los cuales se encontraban las puertas. La segunda habitación que investigaron era tan utilitaria como la primera, con estanterías vacías, algunas hebras de cola de caballo dispersas aquí y allá, utilizadas para pulir, y olor a cera de abeja, indicio de la existencia de una gran alacena con productos de limpieza. Arriba se encontraba la habitación de los sirvientes, equipada con poco más que cuatro camas de madera, todas ellas despojadas de sus jergones de paja y sus mantas.

Todas las habitaciones estaban desiertas. Y a medida que subían, descubrían que cada una de ellas era algo menos cómoda que la anterior. La sala de costura había sido prácticamente saqueada, salvo por las mesas de trabajo —situadas debajo de las saeteras, para aprovechar la luz—, jirones de tela y algún alfiletero perdido. Un maniquí de yeso se había estrellado contra el suelo y algunos fragmentos llegaban hasta el descanso de la escalera.

—La odiaban —dijo Adelia, espiando desde el arco de la puerta.

—¿Quiénes?

—Los sirvientes.

—¿A quién? —preguntó el obispo, que comenzaba a jadear.

—A Rosamunda. O a la señora Dakers.

—Con estas escaleras, no los culpo.

Ella sonrió a sus espaldas.

—Habéis disfrutado demasiadas cenas episcopales.

—Como digáis, señora —respondió Rowley, sin ofenderse. En los viejos tiempos lo habría considerado un indignante desaire.

Adelia recordó que ya no tenían la misma relación de antaño y debían mantener una prudente distancia.

La cuarta habitación —tal vez era la quinta— estaba intacta. Sin embargo, era la más desolada: estaba equipada con una cama baja cubierta cuidadosamente por una manta tejida de color gris, con una mesa de pino donde se veían una jarra y un lavamanos, con un banco y con una cómoda sencilla con algunas prendas de mujer igualmente sencillas y muy bien dobladas.

—La habitación de Dakers —dijo Adelia. Comenzaba a comprender qué clase de persona era el ama de llaves. Se sintió intimidada.

—Aquí no hay nadie. Salgamos —replicó Rowley.

Pero la habitación había despertado interés en Adelia. Por allí no habían pasado los saqueadores. Sin duda Dakers, de pie en la escalera —tan temible como Bertha la había descrito—, los había disuadido de seguir adelante.

El escudo de Rosamunda estaba tallado en el sector derecho de la pared orientada al oeste, encima de la cama de Dakers. Pintado y dorado, se destacaba en aquella habitación gris. En cuanto Adelia levantó la vela para observarlo, oyó que Rowley inspiraba profundamente. No se debía al esfuerzo.

—Por el amor de Dios —exclamó—. Esto es una locura.

En relieve se veían tres leopardos y la flor de lis que cualquier hombre o mujer de Inglaterra reconocía como el escudo de armas de su rey Angevin-Plantagenet. Dentro del escudo se veía otro, más pequeño, dividido en cuadros. Uno de ellos contenía una serpiente; otro, una rosa. Si bien las nociones de heráldica que Adelia poseía eran exiguas, le bastaron para saber que aquel era el emblema de un hombre y su esposa.

Con la mirada fija en el escudo, el obispo se acercó a ella.

—Enrique, en el nombre de Dios, ¿qué habéis hecho para permitir esto? Es una insensatez.

Esculpido en la pared, debajo del blasón, se leía *Rosa mundi*. Como la mayoría de los lemas que acompañaban a los escudos de armas, era un juego de palabras: rosa del mundo.

—Oh, Dios —dijo Adelia.

—Jesús misericordioso —Rowley suspiró—, si la reina lo viera...

Escudo y lema, en conjunto, constituían una mofa suprema: «Soy su preferida. Aunque el título es vuestro, yo soy la verdadera esposa, la verdadera reina de su corazón».

El obispo sopesó las consecuencias.

—Maldición. Aun cuando Leonor no lo hubiera visto, basta para que los demás supongan que sabe de su existencia y que por esa razón mató a Rosamunda. Es una razón suficiente: una usurpación que se exhibe desvergonzadamente.

—No es más que un pedazo de piedra con unos dibujos, creado por una mujer estúpida —protestó Adelia—. ¿Puede tener tanta importancia?

Aparentemente la tenía. El orgullo era importante para una reina. Sus enemigos lo sabían. También los enemigos del rey.

—Mataré a esa perra si aún está con vida —afirmó el hombre de Dios—. Quemaré este lugar con ella dentro. Esto es una incitación a la guerra.

Adelia estaba desconcertada.

—Habéis estado aquí antes. Suponía que ya lo habíais visto.

Rowley movió la cabeza, negando.

—Nos encontramos en el jardín, mientras ella tomaba aire fresco. Dimos gracias

al Señor por su recuperación y luego Dakers me guio a través del laberinto... ¿Dónde está Dakers?

El obispo salió precipitadamente. Dejó atrás a Jacques y a Walt, que parpadeaban en el vano de la puerta, y se dirigió a la escalera, gritando el nombre del ama de llaves. Abrió estrepitosamente la puerta de la habitación siguiente, no encontró nada allí y siguió subiendo.

Los demás lo siguieron, presurosos. En la torre resonaron pasos humanos y caninos.

De pronto se encontraron en los aposentos de Rosamunda. Dakers —si efectivamente de ella se trataba— había logrado conservarlos en todo su esplendor. Mientras se esforzaba por no quedar rezagada, Adelia tuvo el privilegio de vislumbrar al mismo tiempo los colores del otoño y el verano: alfombras persas, copas venecianas, divanes tapizados con sedas de damasco, iconos y trípticos con ornamentos dorados, gobelinos, esculturas: los caprichos propios de una reina, a los pies de la amante de un emperador.

La habitación tenía ventanas con cristales en lugar de las aspilleras para flechas de los pisos anteriores. Los postigos estaban cerrados, pero la luz de la vela que Adelia llevaba consigo reflejaba su imagen en hermosos vitrales de costoso cristal.

Y a través de las puertas abiertas llegaba un perfume sutil, pero lo suficientemente persistente para deleitar a un olfato alterado por el frío y la pelambre hedionda de un perro.

Adelia olisqueó: era aroma a rosas. Pensó que el rey incluso le llevaba rosas a su amante.

Arriba se oyó otro portazo y una exclamación del obispo.

—¿Qué es esto?

Ella se dirigió hacia el último rellano para reunirse con Rowley. La escalera terminaba allí. Él estaba frente a la puerta abierta, la mano que sostenía la vela encendida caía a un lado de su cuerpo. La cera chorreaba sobre el suelo.

—¿Qué ocurre?

—Os habéis equivocado —dijo Rowley.

—¿Por qué?

—Rosamunda está viva.

El alivio habría sido inconmensurable si el obispo no se hubiera comportado de manera tan extraña, si la habitación que tenía delante hubiera estado iluminada y él se hubiera atrevido a entrar.

—Está allí, sentada —dijo, e hizo la señal de la cruz.

Adelia entró, seguida de su perro.

Allí no había perfume. El frío intenso lo eliminaba. Todas las ventanas —al menos ocho rodeaban la habitación— estaban abiertas. Los vitrales y los postigos

dejaban entrar un frío mortal. Adelia sintió que el rostro se le encogía.

Guardián se adelantó. Ella lo oyó husmear la habitación sin dar señales de haber encontrado persona alguna, y se animó a seguir investigando.

El resplandor de la vela iluminó una cama alineada junto a la pared orientada al norte. Desde una cúpula dorada bajaba un exquisito encaje blanco que se dividía al llegar a las almohadas y caía a cada lado de un cobertor con borlas doradas. Era una cama alta y espléndida. Pequeños peldaños de marfil permitían que su dueña pudiera llegar hasta ella.

Estaba vacía.

Su propietaria estaba sentada frente a un escritorio, mirando hacia la ventana, con una pluma en la mano.

A la luz de la vela, que parpadeaba levemente, Adelia vio el reflejo de una corona adornada con piedras preciosas y el cabello rubio con matices cenicientos que caía sobre la espalda de la escritora.

«Debéis acercaros, no puede lastimaros», se dijo.

Al pasar junto a la cama pisó un pliegue del encaje que llegaba al suelo; el hielo que lo cubría crujió bajo sus pies.

—¿Lady Rosamunda? —preguntó Adelia. Lo consideró una cortesía obligada, a pesar de lo que sabía.

Luego se quitó un guante para tocar el hombro de aquella silueta inesperadamente grande: lo que alguna vez había sido carne tenía la textura de un bloque de hielo. Vio una mano muy blanca, la piel que cubría la muñeca, tan suave como la de un bebé. El pulgar y el índice sostenían una pluma de ganso, con la cual —en apariencia— se acababa de firmar el documento sobre el cual se apoyaba.

Suspirando, Adelia se inclinó para observar el rostro. Los ojos azules y abiertos miraban hacia abajo; parecían leer lo que la mano había escrito.

Pero Rosamunda estaba muerta, sin duda.

Y era muy gorda.

CAPÍTULO 6

Dakers —dijo Adelia—. Esto es obra de Dakers.
Solo la señora Dakers podía negarse a que su ama fuera enterrada.
Poco a poco, Rowley se recuperaba.

—Tal como está, no podremos ponerla en el ataúd. Por favor, haced algo. No remaré de regreso a Godstow si ella está sentada y me mira.

—Un poco de respeto —exclamó Adelia, cerrando con ímpetu la última ventana—. No seréis vos quien maneje el remo y ella no viajará sentada.

Ambos se estaban reponiendo, cada uno a su manera, del impacto que les había causado la escena: él se había acobardado; ella se había desconcertado.

Jacques observaba desde la puerta. Walt había bajado presuroso la escalera después de echar un vistazo. Guardián se rascaba, impasible.

Adelia estaba habituada a ver muertos y hasta ese día ninguno le había provocado miedo. En consecuencia, se enfadó. Le disgustó que el cadáver hubiera sido manipulado. Rosamunda no había muerto en esa posición; si las setas le habían causado la muerte, el final seguramente había sido violento. Dakers había arrastrado el cadáver todavía tibio en la silla romana, lo había arreglado y había esperado hasta que se manifestara el rígor mortis o, en caso de que este ya hubiera pasado, lo sostuvo en esa posición —tal como si estuviera escribiendo— frente a la ventana abierta, hasta que el frío congelara la cabeza, el tronco y las extremidades.

Aun sin haberlo visto, Adelia tenía la certeza de que así había sucedido. Sin embargo, no podía librarse de la impresión de que la mujer muerta se había puesto de pie, había caminado hasta su escritorio y había tomado la pluma.

El mal humor de Rowley era sencillamente la manera de disfrazar la repulsión que lo había llevado a perder la compostura. Adelia, que experimentaba las mismas sensaciones, le respondió con irritación.

—No me dijisteis que estaba gorda.

—¿Es importante?

No lo era, por supuesto. Pero la novedad le había causado una especie de segundo impacto. La reputación de lady Rosamunda, el diálogo con Bertha, el recorrido por el horrendo laberinto y el descubrimiento de aquella trampa, más horrenda aún, habían delineado en la imaginación de Adelia la figura de una mujer hermosa e indiferente al sufrimiento humano: una diosa del Olimpo, consentida, distante, fría como un reptil y delgada. Indefectiblemente delgada.

En cambio, al inclinarse para observarlo, aquel rostro le había devuelto una mirada inocentemente gordinflona, característica de los obesos.

Aquel descubrimiento modificaba las cosas. No podía precisar por qué, pero así

era.

—¿Cuándo murió? —preguntó Rowley.

—¿Qué? —respondió Adelia, sobresaltada. Su mente seguía vagando en torno a detalles triviales. Con ese peso, ¿cómo podía subir hasta el piso más alto de la torre? ¿Cómo había bajado para recibir a Rowley en el jardín? ¿Cómo había regresado a sus aposentos?

—Os pregunté cuándo murió.

Adelia comprendió que era hora de concentrarse nuevamente en la tarea que debía realizar.

—Oh, es imposible saberlo con exactitud.

—¿Murió a causa de las setas?

—¿Cómo podría asegurarlo? Tal vez.

—¿Podéis enderezarla?

—Lo hará por sí misma —dijo secamente Adelia. La pregunta le había parecido una verdadera grosería—. Tan pronto como esta maldita habitación se caliente un poco. —Hizo una pausa y luego preguntó—: ¿Por qué creéis que Dakers quería que la encontráramos en esa pose, como si estuviera escribiendo?

Pero el obispo no la oyó, estaba en el descanso de la escalera, pidiendo a gritos a Walt que trajera braseros, ramas, leños y velas, mientras empujaba a Jacques para que bajara la escalera y ayudara al mozo de cuadra y él mismo, con paso enérgico, se dirigía hacia los pisos inferiores en busca del ama de llaves. Un silencio mortal invadió la alcoba.

Adelia pensó melancólicamente en el hombre que, con su serenidad y su seguridad, siempre la había auxiliado cuando las investigaciones eran complejas, aunque aparentemente ninguna había sido tan compleja como la que tenía por delante. De todos modos, Mansur estaba en la barca, remontando el río para transportar el ataúd de Rosamunda. Y aun cuando ya hubiera llegado al embarcadero de la torre de Wormhold, que se encontraba a unas millas de allí, tenía órdenes de permanecer junto a Oswald y los hombres que los acompañaban hasta que el mensajero fuera a buscarlos.

No sucedería esa noche. Nadie estaba dispuesto a recorrer nuevamente el laberinto de la serpiente-dragón.

La habitación estaba iluminada por una sola vela —Rowley había partido con la suya—, que Adelia colocó sobre el escritorio, tan cerca del cadáver como fuera posible, aunque evitando que se quemara. Fue su modesta manera de contribuir a la descongelación, un proceso previsiblemente largo y desagradable.

Adelia recordó los cerdos con los cuales había estudiado la descomposición de los cuerpos, en una granja situada en las colinas de Salerno. Gordinus, su maestro, los había conservado adrede, para enseñarle el proceso de necrosis. De los diversos

cadáveres, su memoria eligió aquellos que se habían congelado en la cámara de hielo que el maestro había construido en la profundidad de la roca. Calculó pesos, periodos de tiempo, imaginó agujas de cristal que solidificaban los músculos y los tejidos... y los líquidos que se generarían si se fundían.

Pobre Rosamunda. Sería expuesta a los ultrajes de la corrupción, aun cuando todo en su alcoba hablaba de un ser que valoraba la elegancia.

Pobre Dakers, quien sin duda había querido a su ama hasta la locura. Y había puesto una corona en su cabeza. No era una tiara o una joya similar, como las que solían usar las damas de la época, sino una antigua y pesada corona de oro, con cuatro puntas con forma de flores de lis que surgían de un borde con incrustaciones de piedras preciosas. Era la corona de la consorte de un rey, con la cual Dakers declaraba que aquella mujer era una reina.

La misma mano había cepillado el hermoso pelo para que cayera libremente sobre los hombros del cadáver y le cubriera la espalda, al estilo de una virgen.

Adelia se obligó a concentrarse. No estaba allí para fascinarse con la insondable profundidad de las obsesiones humanas, sino para descubrir el motivo por el cual alguien había decretado que esa mujer debía morir y, en consecuencia, descubrir de quién se trataba. Habría deseado que desde abajo llegara algún ruido, para aliviar el silencio mortal de aquella habitación. Tal vez el sonido no podía llegar hasta esa altura. Adelia dirigió su atención al escritorio. Los cristales de la ventana que se encontraba frente a él actuaban como la superficie plateada de un espejo. Allí se reflejaban, una junto a la otra, ella y el cadáver de Rosamunda. La imagen era fantasmagórica.

Era un bonito escritorio, muy lustrado. El cuenco con ciruelas confitadas que se hallaba junto a la mano izquierda de la mujer muerta creaba la ilusión de que ella podía introducir sus dedos sin dificultad en aquel recipiente negro y rojo decorado con figuras de atletas, similar a la vasija que el padre adoptivo de Adelia había encontrado en Grecia, tan antigua y preciada que solo él podía tocarla. Rosamunda utilizaba la suya para guardar confituras.

En el escritorio se veía un tintero cubierto por una filigrana de oro; un elegante receptáculo de cuero para las plumas; un pequeño cuchillo de marfil y acero para afilarlas; dos pliegos del mejor pergamino, alineados, totalmente escritos, uno de ellos debajo de la mano derecha de Rosamunda; un reloj de arena, también de vidrio con filigrana de oro, similar al tintero; un minúsculo mechero para fundir las dos barras de cera roja que se encontraban junto a él, una más corta que la otra.

Adelia buscó un sello. No lo encontró, pero en cambio vio un gran anillo de oro en uno de los dedos de la difunta. Levantó la vela y la acercó a la sortija: al presionarla sobre la cera fundida, quedaban impresas las dos letras grabadas en la superficie circular: R. R.

¿Rosamunda Regina?

Para Dakers era importante que Rosamunda fuera reconocida como una mujer que sabía leer y escribir, un logro nada despreciable en Inglaterra, incluso entre las mujeres de noble cuna. De otro modo, ¿por qué la habría petrificado en esa pose? Su ama verdaderamente sabía leer y escribir. Los utensilios que se encontraban en su escritorio estaban muy gastados. Rosamunda había escrito mucho.

¿Aquello indicaba simplemente que Dakers estaba orgullosa de los saberes de su ama? Tal vez su decisión tenía un significado oculto que Adelia no lograba comprender. Su atención se dirigió a los pliegos de pergamino. Levantó uno de ellos, el que estaba frente al cadáver. La iluminación era insuficiente para descifrarlo. Rosamunda podía escribir, pero su destreza no incluía una caligrafía clara. Aquello era un cúmulo de garabatos.

Adelia se preguntó dónde estaría Rowley. Necesitaba más velas y el obispo tardaba en regresar. De pronto, comprendió algo. Luego descubrió que si con una mano sostenía el pergamino sobre su cabeza y con la otra colocaba la vela debajo, peligrosamente cerca, al entrecerrar los ojos podía distinguir un encabezado. Aquello era una carta.

«A lady Leonor, duquesa de Aquitania y supuesta reina de Inglaterra. Reciba los saludos de la verdadera y única reina de este país, Rosamunda, la Bella».

Adelia se quedó boquiabierta. La carta estuvo a punto de caer de sus manos. Aquello no era una ofensa, era abierta y decididamente una traición. Un desafío.

Era una estupidez.

—¿Habíais perdido el juicio?

El susurro de Adelia se perdió en el silencio de la habitación.

Rosamunda desafiaba la autoridad de Leonor, y sin duda sabía que la reina debía responderla, porque de lo contrario su honor habría sido mancillado para siempre.

—Os estabais arriesgando —susurró nuevamente Adelia—. Wormhold Tower era un objetivo difícil de alcanzar, pero no era inexpugnable. No podía resistir los ejércitos que una reina enfurecida enviaría.

El cadáver pareció susurrar una respuesta:

«Pero la reina decidió enviar a una anciana con setas venenosas...».

«Nada de eso», se dijo Adelia. Leonor no había recibido la carta y, muy probablemente, Rosamunda jamás había intentado enviarla. Aislada en su horrible torre, simplemente se entretenía garabateando sus fantasías regias en el pergamino. ¿Qué más había escrito?

Adelia colocó otra vez la carta en el escritorio y tomó el otro documento. En la penumbra, descubrió otro encabezado. Era otra carta. Repitió el procedimiento anterior. En este caso, pudo leer con menos dificultad.

«A lady Leonor, duquesa de Aquitania y supuesta reina de Inglaterra. Reciba los

saludos de la única y verdadera reina de este país, Rosamunda, la Bella».

• • •

El texto era exactamente el mismo. Y era más sencillo descifrarlo, solo porque lo había escrito otra persona. Aquella caligrafía era muy distinta de los garabatos de Rosamunda. Era la letra legible e inclinada de un erudito. La amante del rey había copiado esa carta.

Guardián gruñó. Adelia, cautivada por aquel misterio, no le prestó atención. Estaba a un paso de descifrar el enigma.

El misterio empezó a descifrarse solo. La ventana reflejó su imagen. Adelia la vio y se quedó tan rígida como el cadáver. Guardián había intentado advertirle de que alguien había entrado en aquella habitación de la torre. Ella no le había prestado ninguna atención.

Tres rostros se reflejaban en el cristal. Dos de ellos lucían coronas.

—Encantada de conoceros, querida —dijo una de las cabezas con corona.

No se había dirigido a Adelia, que por un instante permaneció inmóvil, mirando hacia delante, tratando de controlar estremecedoras supersticiones, apelando a su sentido común para no creer que esas palabras eran producto de la hechicería. Luego dio media vuelta e hizo una reverencia. Una verdadera reina era inconfundible.

Leonor no le prestó atención. Caminó hacia un extremo del escritorio dejando tras de sí un aroma más denso y oriental, que envolvió el perfume a rosas de Rosamunda. Sus dos manos blancas, con dedos afilados, se apoyaron en la mesa mientras se inclinaba hacia delante para mirar el rostro de la mujer muerta.

—Vaya, vaya. Habéis descuidado vuestra apariencia —comentó. El dedo índice que lucía un anillo tocó la vasija griega—. Muchos dulces, poca disciplina.

Su voz encantadora y sarcástica resonaba en la habitación.

—Lord Montignard, ¿sabíais que la pobre Rosamunda era una gorda? ¿Por qué no me lo dijeron?

—Las vacas son gordas, Majestad —respondió la voz de un hombre que, en el vano de la puerta, sostenía un farol. Detrás de él se distinguía a duras penas a otro hombre más, una silueta más alta, vestida con una cota de malla.

—Qué grosero —dijo Leonor, disculpándose con mordacidad ante el cuerpo sentado en la silla—. Los hombres son injustos, ¿verdad? Y seguramente habéis tenido muchas cualidades que compensaban vuestra gordura..., solíais ser generosa con vuestros favores, y cosas por el estilo.

La crueldad de la reina no era meramente verbal. La disparidad entre el aspecto físico de las dos mujeres la acentuaba. Frente a la alta estatura de la reina, que lucía más delgada aún envuelta en pieles, Rosamunda se veía vulgar, el cabello que caía en cascada era ridículo para una mujer madura. Comparada con la delicada corona de

oro blanco que llevaba Leonor, la de Rosamunda era un objeto pesado y pomposo.

La reina se acercó al documento.

—Mi querida amiga, ¿otra de tus cartas para mí? ¿Dios os congeló mientras la escribíais?

Adelia abrió la boca y de inmediato la cerró. Ella y el hombre que permanecía de pie en la puerta eran simples espectadores del juego de Leonor de Aquitania con aquella mujer muerta.

—Lamento no haber estado aquí en aquel momento —dijo la reina—. Acababa de regresar de Francia cuando recibí noticias sobre vuestra enfermedad y debía ocuparme de otros asuntos en lugar de estar junto a vuestro lecho de muerte —explicó, y pareció suspirar—. El deber es siempre más urgente que el placer.

Luego Leonor levantó la carta y extendió el brazo para leerla, aunque la escasa luz se lo impidió. De todos modos, no era necesario.

—¿Es igual a las otras? ¿Envías saludos a la «supuesta reina» de la «verdadera reina»? Un poco monótonas, ¿verdad? No vale la pena conservarla.

La reina arrugó el pergamino y lo arrojó al suelo. Luego, moviendo su excelente calzado, lo pisoteó y lo empujó lejos de una patada.

Muy lentamente, Adelia se inclinó hacia un lado y hacia abajo, para recoger la carta con disimulo. Movié el documento y lo colocó sobre su pie derecho y, al hacer ese movimiento, Guardián —que no se había apartado de ella— le lamió la mano. Miró luego las imágenes que se reflejaban en la ventana y comprobó que el hombre de la puerta no había notado su maniobra. Observaba atentamente a Leonor y esta, al cadáver de Rosamunda.

La reina ahuecó la mano junto a la oreja, remedando la actitud de quien trata de oír a un interlocutor.

—¿No era importante para vos? Muy generosa, aunque según dicen siempre habéis sido generosa con vuestros favores. Os pido disculpas, pero esta baratija es mía. —Leonor despojó de la corona a la mujer muerta—. Fue hecha, doscientos años atrás, para las esposas de los condes de Anjou... y él se ha atrevido a regalársela a una golfa apestosa como vos.

La reina había perdido el control. Gritando, arrojó la corona hacia la ventana que tenía delante, con la intención de romper el vidrio. Guardián ladró.

Gracias a que la parte de la corona que chocó contra el vidrio fue el acolchado borde inferior, Leonor poco menos que salvó su vida. Si el cristal se hubiera roto, Adelia —que observaba atónita la vibración de la ventana mientras el misil se alejaba— no habría visto allí el reflejo de la Muerte, que se deslizaba hacia ellas, ni el puñal que tenía en la mano.

No tuvo tiempo de dar media vuelta. Se acercaba a Leonor. Instintivamente Adelia se arrojó hacia un lado y con la mano izquierda tocó el hombro de la Muerte.

Tratando de desviar el cuchillo cometió un error y el puñal le cortó la palma derecha. Pero el empujón desvió a la atacante, que cayó al suelo.

La escena pareció petrificarse: Rosamunda seguía despreocupadamente sentada en su silla. Leonor, casi tan inmóvil como ella, miraba la ventana donde se había reflejado el ataque. Adelia miraba hacia abajo: a sus pies, con el rostro contra el suelo, yacía una figura que murmuraba entre dientes. El perro se acercó, la husmeó y retrocedió.

Al cabo de unos instantes lord Montignard ya estaba gritando junto a la reina. El hombre vestido con cota de malla había apoyado su bota en la espalda de la agresora. Sostenía su espada con ambas manos, mirando a Leonor en espera de su autorización.

—No —dijo Adelia. Se sorprendió de no haber gritado, pero en medio de aquella tensión, la palabra pronunciada en ese tono sonó hasta razonable.

El hombre no le prestó atención. Siguió mirando inexpresivamente a la reina, que, con una mano apoyada en la cabeza, pareció a punto de desmayarse. En realidad estaba arrodillándose. Con las blancas manos unidas y la cabeza inclinada, Leonor de Aquitania rezó.

—Dios Todopoderoso, acepta la gratitud de esta indigna reina por haber extendido tu mano y haber convertido a mi enemiga en un bloque de hielo. Aun después de muerta, ella envió a su criatura contra mí, pero has desviado el cuchillo para que yo, tan inocente como ofendida, siga viviendo para servirte, mi Señor y Redentor.

Cuando Montignard la ayudó a ponerse de pie, Leonor estaba sorprendentemente tranquila.

—Lo he visto —dijo, dirigiéndose a Adelia—, he visto que Dios os eligió como su instrumento para salvarme. ¿Sois el ama de llaves? Se dice que esta prostituta tenía un ama de llaves.

—No. Soy Adelia. Adelia Aguilar. Supongo que esa es el ama de llaves. Su nombre es Dakers —explicó Adelia, señalando la figura tendida en el suelo. La sangre que manaba de su mano goteó sobre ella.

La reina Leonor no le prestó atención.

—¿Qué hacéis aquí, jovencita? ¿Cuánto tiempo habéis vivido en este lugar?

—No vivo aquí. Hemos llegado hace una hora —dijo, y le pareció que había pasado allí toda una vida—. Nunca había estado en este lugar. Simplemente subí la escalera y descubrí... esto.

—¿Esta criatura estaba con vos? —Leonor señalaba a la atacante, que seguía de cara al suelo.

—No, no la había visto hasta ahora. Tal vez se escondió cuando oyó que subíamos la escalera.

Montignard se acercó y apuntó a la cara de Adelia con una daga.

—Criatura despreciable, es vuestra reina quien os habla. Demostradle vuestro respeto, si no queréis que os corte la nariz —dijo aquel joven esbelto, con el cabello muy rizado. Al menos en ese momento, parecía muy valiente.

—No la conozco, Majestad —dijo Adelia, muy serena.

—Es suficiente, Monty —dijo bruscamente la reina. Luego se dirigió al hombre de la cota de malla—. Schwyz, ¿este lugar es seguro?

—¿Seguro? —Con su rostro inexpresivo Schwyz logró expresar que, en su opinión, la torre era tan segura como una zanahoria—. Atrapamos a cuatro hombres en la barca y a otros tres aquí abajo.

Tampoco él se dirigía a la reina diciendo «Majestad», pero, como advirtió Adelia, Montignard no lo amenazó con cortarle la nariz. El hombre seguía de pie, firmemente apoyado en sus robustas piernas. Se parecía más a un soldado que a un caballero y nadie dudaba de que, si Leonor hubiera asentido, él habría ensartado al ama de llaves como si fuera un pescado. Y también a Montignard.

—¿Habéis venido con los tres hombres que están abajo? —preguntó la reina.

—Sí... —respondió Adelia, que parecía agotada—, Majestad.

—¿Por qué?

—Porque el obispo de Saint Albans me pidió que lo acompañara.

Rowley podría responder a sus preguntas. Era hábil.

—¿Rowley? ¿Rowley está aquí? —dijo la reina. Su voz había cambiado—. ¿Por qué no me lo dijisteis?

—Cuatro hombres en la barca y tres aquí abajo —repitió Schwyz, imperturbable. Su acento era londinense, con un leve deje foráneo—. Si uno de ellos es obispo, no lo sé —dijo, y era evidente que tampoco le importaba—. ¿Pasaremos aquí la noche?

—Nos quedaremos hasta que lleguen el joven rey y el abad de Eynsham.

Schwyz se encogió de hombros.

Leonor inclinó la cabeza hacia Adelia.

—¿Y por qué motivo Su Ilustrísima, el obispo de Saint Albans, trajo a una de sus mujeres a Wormhold Tower?

—No lo sé.

En ese momento Adelia no disponía de energía suficiente para relatar la sucesión de los acontecimientos y menos aún para hacerlo de manera comprensible. Estaba cansada, alterada, impresionada, tanto que ni siquiera reaccionó cuando la reina la calificó como «una de sus mujeres», aunque no dejaba de preguntarse cuántas se le conocían.

—Se lo preguntaremos a él —dijo animadamente Leonor. Luego miró la silueta que se retorció en el suelo—. Levantadla.

El cortesano Montignard se adelantó y, con aire teatral, dio un puntapié para alejar el puñal de la hipotética asesina. La liberó de la bota de Schwyz para ponerla

de pie y la sostuvo rodeándole el pecho con un brazo mientras con el otro le apuntaba con su daga al cuello.

Aquella mujer era la auténtica Muerte, la Parca. Una versión mejor que cualquiera de las que podían verse en las obras teatrales que se representaban en los mercados. La capucha de la capa negra se había arrugado, dejando a la vista unos pómulos prominentes y unos dientes que recordaban a una calavera, cubierta por una piel pálida, tan tensa que —dada la escasa luz de la habitación— el único indicio de que esa cara tenía algo de carne era un lunar grande y protuberante en el labio superior. Los ojos estaban tan hundidos que tal vez fueran dos cuencas vacías. Solo le faltaba la guadaña.

Esporádicamente se la oía escupir palabras y saliva.

«Os atrevéis a tocar a la verdadera reina, impostora, mi amo, mi más venerado señor..., vuestra alma se consumirá..., os arrojará..., suprema obscenidad».

Leonor se inclinó hacia delante y nuevamente ahuecó la mano junto a la oreja.

—¿Demonios? ¿Belial? Esta mujer me amenaza con Belial —explicó a su auditorio y luego se dirigió a Dakers—. Mi querida amiga, estoy casada con él.

—Permitid que la estrangule, Majestad —dijo Montignard—. Dejad que cauterice esta pústula.

Una perla de sangre apareció cuando la punta de la daga rasgó la piel de la mujer.

—Dejadla en paz. Está loca y moribunda —pidió Adelia. En esta ocasión logró gritar. Instintivamente había rodeado con sus dedos la muñeca de Dakers y, entre huesos casi tan helados como los de Rosamunda, había detectado un pulso terriblemente lento. Se preguntó cuánto tiempo había pasado oculta en esa gélida habitación—. Necesita calor —le dijo a Leonor—. Debemos darle calor.

La reina miró a Adelia, que extendía su mano sangrante hacia ella. Luego miró al ama de llaves y se encogió de hombros.

—Monty, nos dicen que la criatura necesita calor. Supongo que eso no implica arrojarla al fuego. Schwyz, llevadla abajo y encargaos de ella. Con amabilidad. La interrogaremos más tarde.

Frunciendo el ceño, el cortesano entregó a la prisionera a Schwyz, quien la condujo hacia la puerta, dio órdenes a uno de sus hombres y después de verla partir regresó junto a la reina.

—Mi señora, deberíamos marcharnos. No puedo defender este lugar.

—Todavía no, señor Schwyz. Ocupaos de vuestras tareas.

Schwyz se retiró disgustado, dando pisotones.

La reina sonrió a Adelia.

—Ya lo veis. Habéis intercedido por la vida de esa mujer y os lo he concedido. *Noblesse oblige*. Soy una reina verdaderamente compasiva.

Adelia debía admitir que era una persona notable. Ella había sentido una aguda

debilidad en las piernas y había temido caer al suelo a causa de la conmoción sufrida, mientras que aquella mujer permanecía aparentemente impasible frente al ataque. Quizá los miembros de la realeza consideraban que ser víctima de un asesinato era un riesgo cotidiano. Probablemente no se equivocaban.

Montignard dudaba. Incluyó la cabeza señalando a Adelia.

—Majestad, no os dejaré a solas con esta sierva insolente. Podría intentar haceros daño.

—Milord —comenzó a explicar Leonor, suspirando con cierta impaciencia—, quienquiera que sea, me salvó la vida, algo que vuestra lentitud os impidió hacer. Ahora, debéis encargarnos de aquel adefesio. También para nosotras sería beneficioso un poco de calor. Haced las diligencias necesarias. Y traed aquí al obispo de Saint Albans.

El instinto de conservación hizo saltar a Adelia.

—Y un poco de brandy —se atrevió a susurrar. Acababa de observar debidamente la herida de su mano. Era profunda. Maldijo a todos los asesinos: necesitaba su mano derecha.

La reina dio su autorización. Nada indicaba que se dispusiera a abandonar la habitación. Aun cuando Adelia lo consideró una perversidad, e incluso una profanación —el infortunado cadáver seguía allí—, agradeció que le ahorraran el esfuerzo de bajar la escalera. Furtivamente, se acercó a la cama y se sentó en el suelo, sin ser vista por la reina.

La gente iba de un lado a otro, cumpliendo con los encargos de Leonor. Los sirvientes quitaron las sábanas y los cobertores de la cama y bajaron con ellos las escaleras para quemarlos: la reina insistió en que debían hacerlo.

Entró una hermosa joven, probablemente una de las doncellas de Leonor. Al ver a Rosamunda, tuvo un vahído y se desmayó, de modo que fue necesario llevarla a otra habitación.

Los sirvientes, hombres y mujeres —¿cuántos había traído consigo la reina?—, llegaban con braseros, velas en cantidad suficiente para alumbrar el Vaticano, incienso, quemadores de aceite, lámparas, antorchas.

Adelia había llegado a pensar que nunca volvería a sentirse abrigada. A causa del frío la había invadido un apacible sopor. Cerró los ojos...

—¿Qué demonios hacéis aquí? Si él llega, vendrá directamente a esta torre.

Era la voz de Rowley, muy alta, muy enfadada.

Adelia despertó. Seguía en el suelo, junto a la cama. Hasta entonces, la alcoba nunca había estado tan cálida; se veía más gente. El cuerpo de Rosamunda, ignorado por todos, aún se encontraba sentado frente al escritorio. Sin embargo, un alma misericordiosa le había cubierto el rostro y los hombros con una capa.

—¿Os atrevéis a hablar de esa manera a mi gloriosa señora? Ella va a donde le

place —terció Montignard.

—Estoy hablando con la reina, cabrón. Cierra el pico...

La última palabra que Rowley pronunció sonó entrecortada. Alguien lo había golpeado.

Espiando por debajo de la cama Adelia pudo ver la parte inferior del cuerpo de la reina, y a Rowley, arrodillado frente a ella, con las manos atadas. Detrás de él, un par de piernas cubiertas por cota de malla: las de Schwyz; y a un lado, las finas botas de cuero de Montignard, una de ellas levantada para dar otro puntapié.

—Dejadlo, milord —dijo fríamente Leonor—, este es el lenguaje que puede esperarse del obispo de Saint Albans.

—A este lenguaje le llaman verdad, señora —respondió Rowley—. ¿Acaso me habéis oído decir otra cosa?

—Si así fuera, no deberíamos preguntarnos qué hago yo aquí, sino qué hacéis vos.

Adelia pensó que la explicación no sería breve. La desagradable coincidencia que había provocado esa reunión debía parecer siniestra a una reina que acababa de ser atacada.

Con cautela, comenzó a desatar los cordones de la bolsa que pendía de su cinto para sacar un pequeño rollo de terciopelo; allí se encontraba el instrumental quirúrgico que siempre llevaba consigo cuando viajaba.

—Tal como os dije, estoy de vuestro lado —afirmó Rowley. Luego, inclinando la cabeza hacia el escritorio, agregó—: Mi señora, ya se rumorea que sois la culpable de la muerte de Rosamunda...

—¿Yo? Nuestro Dios Todopoderoso la mató.

—Alguien lo ayudó. Permitid que descubra quién fue. Para eso he venido.

—¿En la oscuridad? ¿En medio de las tinieblas? —lo interrumpió otra vez Montignard—. Ya estabais aquí cuando un demonio surgió de la nada e intentó apuñalar a la reina.

La mano de Adelia había encontrado finalmente el pequeño cuchillo, letalmente afilado. Aflojó el rollo para poder asir el mango. No sabía con certeza qué haría con él. Si hacían daño a Rowley...

—¿Un demonio? —preguntó Rowley.

Leonor asintió.

—El ama de llaves. ¿Le habéis encargado que me mate?

—Le-o-nor. —Aquel gruñido de Rowley era la protesta de un viejo amigo. Todas las personas presentes en aquella habitación perdieron importancia mientras el obispo le recordaba a la reina cientos de experiencias compartidas. Leonor interrumpió el interrogatorio.

—Bien —dijo, con más amabilidad—, supongo que debo absolverlos debido a que

fue vuestra amante quien desvió el puñal.

La mano de Adelia se aflojó.

—¿Mi amante?

—Se me olvida que tienes muchas. Me refiero a la que tiene nombre extranjero y malos modales.

—Ah —dijo el obispo—, esa amante. ¿Dónde está?

Adelia se puso de pie, apoyándose con su mano sana en el borde de la cama. Se sintió estúpida y asustada, allí, a la vista de todos.

Rowley giró torpemente la cabeza hacia ella —tenía sangre en la boca— y la miró.

—Me regocija saber que ella ha servido a un fin tan encomiable, señora —dijo lentamente el obispo de Saint Albans. Luego miró nuevamente a la reina—. Podéis conservarla a vuestro lado, yo no la necesito. Como dijisteis, no tiene modales.

Leonor movió la cabeza en dirección a Adelia.

—Ya veis con qué facilidad os desecha. Todos los hombres, sean reyes u obispos, son unos bribones.

Adelia comenzó a sentir pánico. Rowley la dejaba en manos de la reina. Ella debía regresar a Godstow, junto a Allie.

Entretanto, Rowley respondía a otra pregunta.

—... Sí, dos veces. Vine por primera vez cuando ella enfermó. Wormhold es parte de mi diócesis, era mi deber. Y esta noche, cuando supe que había muerto. Pero eso no tiene importancia. —Aun maniatado y de rodillas, el obispo no dejaba de sermonear a la reina—. En el nombre de Dios, Leonor, ¿por qué no os marchasteis a Aquitania? Es demencial que sigáis aquí. Debéis partir. Os lo ruego.

«Eso no tiene importancia», fueron las únicas palabras que Leonor oyó, las que tenían importancia para ella. Su capa crujió contra el suelo cuando levantó la carta de Rosamunda.

—Esto es lo importante, esta carta: he recibido diez, todas iguales —dijo, alisando el pergamino para entregárselo a Rowley—. Os habíais aliado con Enrique para convertir a esa golfa en reina.

La habitación quedó en silencio unos instantes, mientras Rowley leía la carta.

—Por Dios, no sabía nada sobre esto —dijo al cabo de unos instantes. Adelia pensó que incluso Leonor podía advertir su desconcierto—. Tampoco el rey, os lo juro. Esa mujer era una demente.

—Era malvada. Arderá en este mundo y en el otro. Ella y todos sus aliados. Aquí se encenderá la hoguera. Será un final adecuado para una meretriz. No habrá para ella cristiana sepultura.

Adelia vio que Rowley palidecía. De pronto se recuperó y comenzó a hablar con un tono de voz distinto, dolorosamente familiar para ella: así la había seducido.

—Leonor —dijo con suavidad—, sois la más grande de las reinas, habéis traído belleza, cortesía, música y refinamiento a un reino de salvajes, nos habéis civilizado.

—¿Lo hice? —preguntó la reina en voz baja, casi infantil.

—Bien sabéis que sí. ¿Quién nos enseñó a ser caballerosos con las mujeres? ¿Quién me enseñó a decir «por favor»? —La reina rio y Rowley continuó, aprovechando la situación—. Os lo ruego, no cometáis un acto de vandalismo cuyas consecuencias serán penosas para vos. No es necesario incendiar esta torre, permitid que esta obscenidad se conserve. Debéis recluiros en Aquitania, solo por una temporada. Dadme tiempo para descubrir al verdadero asesino de Rosamunda. De esa manera podré calmar al rey. Por el amor de Cristo, señora, hasta entonces, no debéis encontraros con él.

La última recomendación había sido desacertada.

—¿Encontrarme con él? —preguntó dulcemente Leonor—. Me encarceló en Chinon. Y no oí vuestra voz, obispo, entre las de aquellos que se opusieron.

La reina hizo una seña a los hombres que estaban detrás de Rowley, que comenzaron a arrastrarlo hacia fuera. Al llegar a la puerta, Leonor dijo con claridad:

—Sois un hombre de Enrique Plantagenet. Siempre lo habéis sido y siempre lo seréis.

—Y vuestro, señora —gritó Rowley—, y de Dios.

Luego se oyeron los insultos que el obispo dedicaba a sus captores mientras bajaba la escalera a empujones. Los sonidos se desvanecieron poco a poco, hasta que se hizo un silencio similar al que sigue a un derrumbe, cuando solo queda que el polvo se deposite en el suelo.

—El *schweinhund* tiene razón, señora. Deberíamos partir —dijo Schwyz, que se había rezagado.

La reina lo ignoró. Daba vueltas por la habitación, agitada, hablando consigo misma.

Schwyz se encogió de hombros con resignación y se marchó.

—Él nunca os ha hecho daño, señora —dijo Adelia—, no lo lastiméis.

—No deberíais amarlo —le espetó la reina.

Aun cuando Adelia pensaba que no lo amaba y no volvería a amarlo, rogó silenciosamente que la reina no le hiciera daño.

—Permitid que le saque los ojos, mi señora —pidió Montignard, jadeante—. Os habría asesinado utilizando a ese demonio.

—No lo habría hecho, por supuesto —respondió la reina. Adelia suspiró aliviada—. Rowley dijo la verdad. Esa mujer, Dampers o como se llame... He encargado algunas pesquisas y es sabido que adoraba a su ama. Puf... Incluso ahora sería capaz de matarme diez veces.

—¿Eran amantes? —preguntó Montignard, intrigado.

La reina continuó caminando en círculos.

—Monty, ¿soy una asesina de prostitutas? ¿Qué nueva acusación caerá sobre mí?

—Sois el bendito Ángel de la Paz que ha regresado a Belén.

La respuesta de Montignard dibujó una sonrisa en el rostro de la reina.

—En fin, nada podemos hacer hasta que el joven rey y el abad estén aquí —afirmó Leonor. Desde abajo llegaron ruidos de muebles que se volcaban y puertas que se cerraban—. ¿Qué está haciendo Schwyz?

—Está apostando arqueros en todas las ventanas, para defendernos. Teme que el rey venga hacia aquí.

La reina movió la cabeza con indulgencia, como si tuviera delante a un niño entusiasmado.

—Ni siquiera Enrique puede viajar tan rápido con este tiempo. Dios me libró de la nieve; ahora hace que caiga para obstaculizar el camino del rey. Permaneceré en esta alcoba hasta que llegue mi hijo —dijo, y miró a Adelia—. También vos, ¿verdad?

—Señora, con vuestro permiso, regresaré junto a...

—No, no, Dios os ha enviado a mí como talismán —la interrumpió Leonor, con una hermosa sonrisa. Luego caminó hacia el cadáver y le quitó bruscamente la capa que lo cubría—. Os quedaréis aquí, conmigo, y... juntas veremos cómo se pudre la bella Rosamunda.

Así lo hicieron.

• • •

De aquella noche, Adelia conservó el recuerdo de largas horas en silencio, a solas con la reina —Montignard se había dormido—, durante las cuales Leonor de Aquitania permaneció infatigablemente sentada, con la espalda recta como una plomada y los ojos fijos en el cuerpo de la mujer a la que su esposo había amado.

Recordó también —aunque con incredulidad— que en algún momento un joven cortesano había entrado en la habitación con un laúd para deambular por ella cantando bellamente en la lengua de Aquitania, y que se había retirado sin recibir respuesta de su reina, y menos aún del cadáver.

Y el calor. Adelia recordó el calor que se desprendía de los braseros y las numerosas velas encendidas. En cierto momento rogó incluso que abrieran la ventana, porque la alcoba comenzaba a parecer un horno de alfarero. Pero la reina se había negado.

En consecuencia, la encantadora y afortunada Adelia, privilegiada por su condición de enviada de Dios para salvar a la realeza, se acurrucó en el suelo, sobre su capa, mientras la reina, envuelta en pieles, observaba el cadáver desde su silla.

Los ojos de Leonor solo se desviaron cuando sus sirvientes llegaron con el

brandy, porque, en lugar de beberlo, Adelia lo dejó caer sobre la herida de su mano y luego sacó de su bolsa con instrumental una aguja y un hilo de seda.

—¿Quién os enseñó a limpiar heridas con brandy? —preguntó Leonor—. Yo uso coñac de Burdeos. —Al ver que Adelia intentaba coser la herida con la mano izquierda, la reina chasqueó la lengua en señal de desaprobación—. Oh, yo lo haré. —Sin pensarlo un momento tomó la aguja y el hilo y dio ocho puntos de sutura. Adelia consideraba que cinco habrían sido suficientes. El trabajo de la reina fue más prolijo de lo necesario, y también más doloroso—. Quienes fuimos a las Cruzadas aprendimos a curar a los heridos, que eran muchos —explicó animadamente.

De acuerdo con el relato de Rowley —que había llegado a Tierra Santa mucho tiempo después—, la mayoría de esos heridos habían sido consecuencia de la ineptitud del rey de Francia, al mando de la Cruzada.

La Iglesia no lo había condenado. En cambio, había preferido escandalizarse porque Leonor, por entonces esposa de Luis, había insistido en ir con él, acompañada por un séquito de mujeres tan aventureras como ella.

«Esa dama será indómita mientras viva —había dicho Rowley, con cierta admiración—. Al igual que sus Amazonas. Y cuando llegó a Antioquía, tuvo una aventura con su tío, Raymond de Toulouse. Qué mujer».

Leonor conservaba una parte de aquella osadía. Adelia pensó que su presencia en aquel lugar constituía, por sí misma, una prueba de ello. Sin embargo, el paso del tiempo la había llevado a la desesperación.

—¿Fue allí donde...? ¡Ay! —Adelia quería ser valiente, pero si bien la reina manejaba la aguja con destreza, no lo hacía con suavidad—. ¿Allí habéis aprendido a recorrer un laberinto? ¿En..., ¡ay!, Oriente?

Nada indicaba que Leonor hubiera tropezado con los cercos de Wormhold durante tanto tiempo como la propia Adelia y sus compañeros.

—Llamadme Majestad —dijo la reina.

—Sí, Majestad...

—Sí. Allí lo aprendí. Los sarracenos son diestros para esas cosas, al igual que para muchas otras. Sin duda vuestro obispo también aprendió el truco en Oriente. Por entonces Rowley estaba a mis órdenes... Fue hace mucho tiempo. —La voz de Leonor se había suavizado—. Él llevó la espada de mi hijito muerto a Jerusalén y la depositó sobre el altar de Cristo.

Adelia se sintió reconfortada. El vínculo que aquel encargo había creado entre Leonor y Rowley aún era estrecho. Las circunstancias del momento lo ponían a prueba, pero, aun así, se conservaba. La reina lo había hecho prisionero, pero no permitiría que lo matasen.

Pensó que Leonor era una madre, y que la dejaría regresar junto a su hija. Tendría oportunidad de hacer esa petición cuando se conocieran mejor. Entretanto, debía

obtener tanta información como fuera posible sobre el asesinato de Rosamunda. Si no lo había ordenado Leonor, ¿quién lo había hecho?

La tenue luz de las velas había sido más benévola que la claridad deslumbrante que en ese momento rodeaba a la reina. Su elegancia permanecía incólume, al igual que la piel clara y hermosa y el cabello castaño rojizo, oculto bajo la capa. Pero las arrugas rodeaban su boca y la ajustada toca de gasa que rodeaba su rostro no lograba ocultar la incipiente sotabarba. Era delgada y esbelta, aunque, por encima del cinturón con piedras preciosas que rodeaba su cadera, la carne también empezaba a estar flácida.

No era sorprendente. Había sido madre de dos hijas de su primer esposo, Luis de Francia, y después de su divorcio, de ocho hijos más —cinco de ellos varones—, fruto de su matrimonio con Enrique Plantagenet.

Diez hijos. Adelia pensó en los cambios que había sufrido su propia silueta después del nacimiento de Allie. Era increíble que Leonor se conservara tan bien.

No obstante, ya no tendría más hijos. Aun cuando el rey y la reina no se hubieran distanciado, Leonor tenía alrededor de cincuenta años. Y tal vez Enrique no hubiera cumplido los cuarenta.

—He terminado —dijo la reina, y cortó el hilo de seda con el que había suturado la palma de la mano de Adelia. Luego hizo aparecer la profusión de encaje que le servía de pañuelo para vendar con eficiencia la mano, apretando dolorosamente la última vuelta.

—Os lo agradezco, Majestad —dijo sinceramente Adelia.

Leonor no la había oído. Estaba nuevamente dedicada a observar el cadáver.

Adelia se preguntó cuál era el motivo de semejante vigilia irreverente. No era propia de una mujer que, como ella, había sorteado todos los obstáculos —había escapado de un castillo en el valle del Loira, había atravesado un territorio leal a su esposo, había reunido a seguidores y soldados a su paso, había cruzado el Canal de la Mancha y se había introducido subrepticamente en el sur de Inglaterra—, para llegar a una solitaria torre en Oxfordshire, en invierno. Era de suponer que había recorrido la mayor parte del camino antes de que fuera intransitable y había establecido su campamento cerca de la torre. No obstante, era una travesía titánica que, al parecer, había extenuado a todos menos a la propia Leonor. ¿Para qué lo hizo? ¿Para regodearse con los despojos de su rival?

El enemigo estaba vencido, petrificado en una versión invernal de la mujer de Lot. Adelia y el Dios que protegía a la reina habían frustrado un asesinato. Se había descubierto que Rosamunda estaba gorda. Todo aquello era, sin duda, suficiente para satisfacer cualquier deseo de venganza.

Pero, obviamente, no colmaba la sed de venganza de la reina. Ella debía sentarse allí y disfrutar de la putrefacción del enemigo vencido. ¿Por qué?

No se debía a que envidiaba la juventud de Rosamunda, que aún le habría permitido tener hijos, porque no los había tenido.

Tampoco a que Rosamunda hubiera sido la única amante del rey. El número de mujeres con las cuales Enrique había copulado superaba la cantidad de cenas que la mayoría de los hombres habían disfrutado en su vida.

—Para su pueblo es un padre, en el estricto sentido de la palabra —había dicho alguna vez Rowley con orgullo.

Así eran los reyes, lo hacían casi por obligación. Tenían el deber —y en el caso de Enrique, el placer— de fecundar su reino, de expandir su semilla, pensó Adelia, desencantada.

Ella no había sido educada para aspirar a la fidelidad conyugal. En realidad, la consiguió casándose con el devoto y ascético rey Luis, pero le había resultado tan aburrida como para pedir el divorcio.

Y sin duda había sido benévola con Enrique cuando aceptó a uno de sus bastardos entre sus sirvientes y se hizo cargo de su educación.

El joven Geoffrey, hijo de una prostituta londinense, daba muestras de ser leal y servicial con su padre. Rowley lo apreciaba más que a cualquiera de los cuatro hijos legítimos aun con vida del rey.

Solo Rosamunda le había inspirado un odio capaz de elevar la temperatura de aquella horrible habitación: el cuerpo de Leonor parecía emitir calor para que la carne de la mujer sentada frente a ella se pudriera más rápido.

¿Se debía a que Rosamunda había durado como amante más que las otras? ¿A que el rey había mostrado hacia ella mayor predilección, un amor más profundo?

Adelia se dijo que no: el motivo eran las cartas. Ya en la menopausia, Leonor creyó lo que decían: otra mujer se preparaba para ocupar su lugar; sería derrocada, como esposa y como reina. Y no estaba dispuesta a consentirlo.

Si Leonor, efectivamente, había envenenado a Rosamunda, no había otro motivo.

A su manera, Rosamunda había envenenado a Leonor.

Sin embargo, Rowley estaba en lo cierto: la reina no había cometido el crimen. Por supuesto, no existía prueba de ello, algo que pudiera absolverla. El asesinato había sido planeado en la distancia, la gente podía decir que ella había dado la orden cuando aún se encontraba en Francia. No había elementos de juicio que pudieran descartar lo que indicaban los rumores, salvo la palabra de la propia Leonor.

Pero no era su estilo. Rowley lo había dicho y, después de conocerla, Adelia coincidía con él. Si Leonor hubiera tramado el crimen, habría deseado estar presente cuando se llevaba a cabo. La supervisión, extrañamente ingenua y horrenda, de la desintegración de su rival la compensaba por no haber estado allí para disfrutar de sus últimos estertores.

De todos modos, Adelia no había llegado a la torre para ser testigo de aquella

escena. Súbitamente se sintió abrumada por la obscenidad de la situación; estaba cansada, la mano le escocía como si estuviera en llamas. Quería ver a su hija. Seguramente Allie la extrañaba.

—Señora, no es saludable que estéis aquí. Os propongo que bajemos —dijo, poniéndose de pie.

La reina no la miró.

—Entonces, lo haré yo —anunció Adelia. Fue hacia la puerta, esquivando a Montignard, que roncaba en el suelo. Dos lanzas resonaron al cruzarse, bloqueando la salida. Al primer soldado se había sumado otro.

—Dejadme pasar.

—Si deseáis orinar, podéis usar una bacinilla —dijo uno de los hombres, sonriendo.

Adelia regresó junto a Leonor.

—No os pertenezco, señora. Mi rey es Guillermo de Sicilia.

Leonor siguió mirando fijamente a Rosamunda.

Los dientes de Adelia rechinaron. Trató de dominar su desesperación, se dijo que aquella no era la manera correcta de actuar. Si quería volver a ver a Allie, debía serenarse, lograr que aquella mujer confiara en ella.

Unos instantes después, seguida por su perro, Adelia comenzó a dar vueltas por la habitación. No buscaba un lugar por donde escapar, de hecho no lo había. Trataba de utilizar el tiempo de su cautiverio para descubrir dónde se había escondido Dakers.

Si hubiera permanecido debajo de la cama, Guardián la habría descubierto. No tenía el mejor olfato del mundo, tal vez lo inundara su propio hedor, pero no habría podido ignorarla. Al fin y al cabo era un perro.

Además de la cama, en la alcoba había un reclinatorio tallado, similar al que había visto en la habitación del obispo, aunque más pequeño; tres enormes cofres llenos de ropa; una mesa pequeña, sobre la cual se encontraba la bandeja con la cena de la reina: un pollo, pastel de ternera, un queso, una hogaza de pan algo mohosa, higos secos, una jarra de cerveza y una botella de vino cerrada con un corcho. Leonor no la había tocado. Adelia, que había comido por última vez en el convento, cortó una porción generosa de pollo y dio un poco a Guardián. Bebió la cerveza para saciar su sed y llevó consigo un vaso de vino para degustarlo a sorbos mientras exploraba.

En un nicho se alineaban bonitas botellas y frascos con etiquetas: aceite de rosa, violeta dulce, vinagre de frambuesa para blanquear los dientes. Casi todos contenían sustancias de uso cosmético. Sin embargo, Adelia advirtió que Rosamunda había tomado énula, lo cual indicaba que había sufrido trastornos respiratorios; considerando su peso, no era sorprendente.

La cama, situada a cierta distancia de la pared, ocupaba innecesariamente todo el centro de la habitación. Detrás de la cabecera, un tapiz mostraba una escena del

Jardín del Edén. Sin duda, era su tema predilecto, porque en la pared orientada al este, entre dos ventanas, se veía otro tapiz, mejor que el primero, sobre el mismo tema.

Adelia se acercó y, al detenerse entre la cama y el bello tapiz gobelino, sintió una deliciosa frescura. El tapiz era antiguo y pesado. Una corriente de aire escapaba por debajo de él, aunque no lograba moverlo. Mientras que en la escena que se veía en la otra pared Adán y Eva retozaban alegremente, en esta una mano más severa los había bordado de pie, uno frente al otro, entre árboles inverosímiles, tan inmóviles como la propia Rosamunda. El único toque de vivacidad se hallaba en las engañosas curvas de la verde serpiente, aunque incluso esa parte había sido comida por las polillas.

El frío aumentaba a medida que Adelia se acercaba al tapiz. El lienzo tenía una pequeña abertura en el lugar que correspondía al ojo de la serpiente. No era producto de la acción de las polillas, sino de un acto deliberado; estaba bordado como un ojal. Era una mirilla.

Fue necesario cierto esfuerzo para apartar el tapiz de la pared. De pronto Adelia sintió una corriente de aire helado y olor a encierro, y vio una minúscula habitación que formaba un voladizo en la pared. Rosamunda no se había visto obligada a usar orinales, puesto que la torre la había provisto de un lujo: su propio cuarto de baño. En un banco curvo de madera lustrada se había tallado un agujero, ribeteado con terciopelo, sobre una pendiente de aproximadamente tres metros que caía hasta el suelo. Junto a él, al alcance de la mano, se veía una jabonera que contenía un jabón con forma de rosa, una pequeña jarra dorada y un recipiente con numerosos trapos de lana.

Adelia felicitó a Rosamunda. Era partidaria de las letrinas —en tanto el pozo fuera vaciado periódicamente— porque evitaban que los sirvientes subieran y bajaran escaleras llevando —y a menudo, derramando— recipientes fétidos.

No le entusiasmó en la misma medida el mural pintado en las paredes revestidas de yeso. Su erotismo era más adecuado para un burdel que para un excusado, aunque tal vez a Rosamunda le resultara entretenido mirarlo mientras estaba sentada allí. Y sin duda habría sido del agrado de Enrique Plantagenet. Sin embargo, era probable que él desconociera la existencia de un baño privado y de la mirilla en el tapiz.

Adelia se colocó detrás del gobelino para mirar por ese agujero. Descubrió que podía ver la cama, el escritorio y la ventana. Por lo tanto, allí se había ocultado Dakers y, según pudo comprobar con desagrado, desde ese lugar la había observado mientras realizaba su investigación. Era admirable su paciencia y su resistencia al frío. Solo la furia que le había despertado Leonor al despojar de la corona a su ama había sido capaz de impulsarla a abandonar su escondite.

El cuidadoso bordado del ojal sugería que no era aquella la primera ocasión en que alguien se había dedicado a mirar a través de él. Dado que en Inglaterra las clases

altas solían recibir a las visitas en su alcoba, algunos invitados habrían llegado hasta ese piso. Para espiarlos —con el consentimiento de Rosamunda—, Dakers habría debido apostarse en el excusado. ¿Con qué finalidad? ¿Vigilar a los invitados? ¿Al rey? ¿Observar el lecho y lo que allí sucedía?

Las especulaciones abrían un camino que Adelia no deseaba explorar. Menos aún, la relación entre Rosamunda y su ama de llaves.

«Al cuerno con la autorización de la reina», pensó Adelia. Necesitaba respirar aire fresco. Salió sigilosamente del escondite sin que Leonor lo advirtiera y se dirigió a la ventana más próxima. Quitó la traba de la reja, tiró hacia dentro y abrió los postigos. Luego empujó un banco con el pie, subió a él y se asomó por la ventana.

En el cielo nocturno brillaban las estrellas. Al mirar hacia abajo vio fuegos dispersos y hombres armados que se movían a su alrededor.

Oh, Dios. Esos hombres habían encendido fuego en torno a la base de la torre, la brisa podía hacer volar una chispa... Leonor y ella estaban en lo alto de una gigantesca chimenea. Adelia consideró que ya había disfrutado de suficiente aire fresco. Temblando, no solo a causa del frío, cerró los postigos. Al hacerlo descargó demasiado peso en un lado del banco y cayó estrepitosamente al suelo. Miró a la reina esperando una reprimenda, pero, aparentemente, Leonor estaba en trance. Sus ojos no se habían apartado de Rosamunda. Montignard, desde su lugar en el suelo, se revolvió, murmuró algo y siguió roncando.

Adelia se inclinó para dejar el banco en su lugar y vio que la tapa de marquetería se había aflojado, revelando que en realidad era la tapa de un cajón que contenía documentos. Los cogió y regresó a su antigua ubicación, en el suelo, al otro lado de la cama, dispuesta a leerlos.

Eran media docena de cartas, todas ellas dirigidas a Leonor, supuestamente escritas por Rosamunda, con la misma caligrafía de aquella otra, la que Adelia había recogido del suelo y que ahora tenía escondida en la bota.

Todas tenían el mismo encabezado irónico. En esta ocasión, la iluminación le permitió leer el resto del texto. Si bien había variaciones, el contenido del mensaje se repetía una y otra vez.

El Señor Rey retozó conmigo hoy y me expresó su adoración... Mi Señor Rey se ha levantado de mi cama... Dice que ansía divorciarse de vos... El Papa considerará con benevolencia la petición de divorcio, justificada porque al instigar a sus hijos a rebelarse contra él, habéis traicionado a Mi Señor Rey... Los preparativos para mi coronación en Winchester y Rouen... Mi Señor Rey anunciará a los ingleses quién es la verdadera reina.

Gota a gota, la tinta destilaba su veneno. El autor las había escrito para que Rosamunda las copiara con su propia letra. Él o ella —más probablemente él— había

adjuntado incluso notas con instrucciones:

Vuestra caligrafía debe ser más legible. De lo contrario la reina se mofará de ella y dirá que sois una ignorante.

Escribid con rapidez para que este mensaje pueda llegar a la reina el día de su cumpleaños. Debido a que es una fecha muy importante para ella, la afectará más profundamente.

Daos prisa, porque mi mensajero debe llegar a Chinon, donde la reina está prisionera, antes de que el rey la envíe a otro lugar.

Y, entre todas, la más elocuente:

Hemos vencido, señora. Seréis reina antes del próximo verano.

El nombre del inductor no aparecía en ninguna de las notas. Pero indudablemente se trataba de alguien lo suficientemente cercano a Leonor para saber que habría ridiculizado la caligrafía de Rosamunda. Y había actuado estúpidamente. Solo alguien que carecía de las más elementales nociones sobre política podía alentar la esperanza de que Enrique y Leonor se divorciaran y Rosamunda se convirtiera en reina. Enrique nunca se divorciaría de Leonor. Por una parte, aun cuando la traición de una esposa pudiera justificar un divorcio —Adelia no creía que fuera motivo suficiente—, el asesinato de Becket había constituido un agravio mayúsculo para la Iglesia y Enrique había sufrido las consecuencias. No se atrevería a ofenderla otra vez librándose de Leonor. Por otra parte, era respetuoso con el orden establecido. Y lo que era más importante, si perdía a Leonor perdería también el gran ducado de Aquitania. Y Enrique era uno de esos animales predadores que nunca cede su territorio.

En cualquier caso, los permisivos ingleses podían hacer un guiño cómplice ante el hecho de que el rey tuviera una amante, pero considerarían un insulto que esa amante les fuera impuesta en calidad de reina. Incluso Adelia, una extranjera, lo sabía.

Sin embargo, alguien había incitado a una mujer estúpida y ambiciosa a copiar y enviar aquellas cartas.

Las cartas habían logrado enardecer a una reina que, furiosa, había escapado y había llamado a sus hijos a alzarse contra su padre.

Tal vez Rowley tenía razón: probablemente la persona que había escrito esas cartas tenía la intención de provocar una guerra.

Al otro lado de la habitación alguien aspiró ruidosamente por la nariz.

—Está comenzando a apestar —dijo Leonor con tono triunfal.

Adelia se sorprendió. No esperaba que sucediera tan rápido. Miró a Rosamunda,

que seguía rígidamente inclinada sobre su pergamino. Luego echó un vistazo a su alrededor y comprobó que Guardián se había echado sobre la cola de la capa de armiño de la reina.

—Me temo que es solo mi perro —dijo.

—¿Vuestro perro? Llevadlo afuera. ¿Qué hace aquí?

Uno de los soldados, que dormitaba en la puerta, se despertó y entró en la habitación para llevar a Guardián hasta el descanso de la escalera. Luego, ante una seña de su reina, regresó a su puesto.

Leonor se movió. Se la veía inquieta, la vigilia comenzaba a ser agotadora.

—Santa Eulalia, dame paciencia. ¿Cuánto tiempo llevará esto?

Adelia estuvo a punto de decirle que todavía faltaba mucho tiempo, pero no lo hizo. Mientras no pudiera evaluar la situación con mayor claridad, prefería que la reina siguiera considerándola una integrante algo indecorosa del séquito de Rowley, que, sin embargo, había sido elegida por Dios para salvar su vida, motivo por el cual la recompensaba permitiéndole permanecer a su lado.

Irritada, pensó que la reina habría debido sentir al menos la misma curiosidad que ella y habría debido investigar hasta saberlo todo sobre Rosamunda: cómo había muerto, por qué había escrito las cartas, quién las había redactado. Habría debido ordenar que registraran la habitación y que las encontraran antes que ella. Ser reina no era suficiente, debía hacer preguntas, tal como lo hacía su esposo.

Enrique Plantagenet era un hurón, al igual que sus subordinados. Había intuido instantáneamente cuál era la profesión de Adelia y la había confinado en Inglaterra —como si fuera uno más de los extraños especímenes animales que coleccionaba— previendo que pudiera ser de utilidad. Sabía con precisión qué clase de relación había mantenido con el obispo. Sabía cuándo había nacido su bebé y que era una niña, es decir, mucho más que el propio padre. Unos días después del nacimiento de Allie, como prueba de que había recibido la noticia, un mensajero del rey vestido con ropas de paisano había entregado en la casa del pantano, donde Adelia vivía, un espléndido vestido de encaje para el bautismo, acompañado por una nota: «Podéis darle el nombre que os plazca. Para mí, siempre será Rowley-Powley».

Leonor, en cambio, no parecía ver más allá de su bienestar personal, y tenía la certeza de que Dios estaba especialmente preocupado por garantizarlo. Todas las preguntas que había formulado desde que llegara a esa alcoba giraban solo en torno a su persona.

Adelia se preguntaba si debía dar a conocer lo que sabía. En el pasado, Rowley y la reina habían mantenido correspondencia. Ella conocía su letra. Si le mostraba esos documentos, al menos podría probar que no era el autor de los originales que Rosamunda había copiado. Tal vez podría reconocer incluso la caligrafía y saber quién había urdido esa estrategia. No obstante, algo le dijo que debía esperar. En ese

lugar se habían cometido dos delitos.

Si Mansur o su padre adoptivo hubieran observado a Adelia en ese momento, habrían comprobado que adoptaba el gesto que ellos denominaban «cara de disección»: los labios apretados, dibujando una línea; la mirada fija, concentrada en la unión de un músculo con un tendón, en el recorrido de una vena, en el corte que efectuaba para hacer un descubrimiento.

Alguna vez el doctor Gershom le había dicho que se había convertido en una gran anatomista gracias a su intuición. Ella, ofendida, había respondido:

—Padre, es cuestión de lógica y práctica.

—Tal vez el hombre aporte la lógica y la práctica, pero es el Señor quien os ha dado la intuición, y debéis agradecerlo —le había dicho su padre sonriendo.

Los delitos eran dos. El primero: Rosamunda había copiado cartas provocadoras. El segundo: Rosamunda había sido asesinada.

Era necesario descubrir quién había incitado a Rosamunda a escribir esas cartas y quién había sido su asesino. Y la posición de Leonor de Aquitania y del obispo de Saint Albans acerca de estos asuntos era diferente.

Para la reina, el autor de las cartas era el villano y debía ser eliminado. A Leonor le importaba un bledo quién había matado a Rosamunda. Si se descubría su identidad, tal vez incluso lo recompensara.

Para Rowley, en cambio, el asesino ponía en peligro la paz del reino y debía ser eliminado. Aquel era, en fin, el crimen más importante, porque el asesinato era el más grave de los delitos.

En esas circunstancias era mejor facilitar la investigación del obispo en lugar de complicarla permitiendo que la reina realizara la suya.

Adelia ordenó los documentos que tenía sobre la falda, los guardó otra vez en el banco-caja y puso la tapa en su lugar. Los ignoraría hasta que pudiera hablar con Rowley.

Leonor seguía inquieta.

—¿En esta torre incivilizada hay algún lugar donde la gente pueda hacer sus necesidades?

Adelia condujo a la reina hacia el excusado.

—Luz —dijo Leonor, tendiendo su mano para asir la vela que Adelia le alcanzó con reticencia: la reina vería los murales indecorosos.

En ese momento sintió más pena que nunca por aquella mujer. En pocas palabras, Leonor era presa de un ataque de celos tan violento como el de cualquier mujer que hubiera descubierto a su esposo en flagrante delito y se encontrara imprevistamente con un doloroso recordatorio de aquel hecho.

Adelia se preparó para oírla vociferar, pero la reina asomó silenciosamente por detrás del tapiz. Se la veía cansada y vieja.

—Deberíais descansar, señora —dijo, preocupada—. Bajemos...

Desde la escalera se oyó un ruido y los dos guardias de la puerta separaron sus lanzas dispuestos a atacar.

Un hombre grande como una colina entró en la habitación, desparramando energía y escarcha, y empequeñeciendo a Schwyz, que caminaba detrás de él. Era enorme. Cuando se arrodilló para besar la mano de la reina, las dos cabezas quedaron a la misma altura.

—Querida, si hubiera estado aquí, esto no habría sucedido —dijo sin levantarse. El hombre apretó la mano de Leonor entre las suyas y la llevó hacia su pecho, meciéndose con regocijo.

—Lo sé —respondió ella con afecto—, mi querido abad. Habríais detenido con vuestro gran cuerpo la trayectoria del cuchillo.

—Y habría ido feliz al Paraíso —aseguró el abad, con un suspiro. Luego se puso de pie y miró a la reina—. ¿Las dos serán quemadas?

Leonor negó con la cabeza.

—Me han persuadido de que Dakers es una demente. No ejecutamos a los insanos.

—¿Quién? Oh, Dakers. Sin duda es una demente. Os lo había dicho. Yo, de todas formas, estoy a favor de que las llamas se hagan cargo de ella y de su maldita ama. ¿Dónde está esa prostituta?

El abad atravesó la habitación, se acercó al escritorio y dio una palmada en el hombro del cadáver.

—Como suelen decir, fría como pezón de bruja. Un poco de calor las prepararía para el infierno —comentó el abad antes de volverse hacia Leonor, apuntando con el dedo—. Como bien sabéis, soy tan solo un hombre sencillo de Gloucestershire y, que la Virgen María me perdone, un pecador también, pero amo a mi Dios y a mi reina con toda mi alma y soy partidario de que sus enemigos ardan en la hoguera. —Lanzando un escupitajo en el cabello de Rosamunda, agregó—: Esta es la opinión que el abad de Eynsham tiene de vos, señora.

Con la llegada del visitante, Montignard se había puesto de pie y se esforzaba vanamente por llamar la atención de la reina, animándola a comer. El abad de Eynsham, un hombre más apto para apilar fardos de heno que para ser pastor de ovejas monásticas, dominaba la escena. Todos enmudecieron ante su impresionante estatura y su poderosa voz, que llenaba el ámbito con el acento y la sencillez propios de West Country.

Tal vez le agradara la vida bucólica, pero todas sus prendas daban muestra del costoso y exquisito buen gusto clerical. No obstante, la cruz que llevaba en el pecho —la que pendía de su cuello cuando se había hincado ante la reina— era exagerada: una pesada pieza de oro que habría podido derribar una puerta.

Leonor se había quitado muchos años de encima al verlo. Lo adoraba. Con excepción del egregio Montignard, sus cortesanos no habían valorado debidamente el hecho de que la reina se hubiera salvado de morir; el viaje los había agotado.

Adelia lamentó que tampoco hubieran apreciado su intervención; además le dolía la mano.

—Lamentablemente, tengo malas noticias, gloriosa señora —dijo el abad.

La expresión de Leonor cambió.

—Se trata del joven Enrique, ¿verdad? ¿Dónde está?

—Oh, se encuentra bien. Pero nuestros perseguidores estuvieron pisándonos los talones desde que salimos de Chinon, de modo que el joven rey, en fin..., decidió marchar a París en lugar de venir hacia aquí.

Súbitamente ciega, la reina buscó a tientas el brazo de su sillón y se dejó caer en él.

—Oh, no es tan grave. —El abad habló con voz honda—. Sabéis que a vuestro muchacho nunca le agradó Inglaterra, dice que aquí el vino sabe a orina.

—¿Qué haremos? —preguntó Leonor con los ojos muy abiertos, suplicantes—. La causa está perdida. Dios Todopoderoso, ¿qué haremos ahora?

—Calma, calma —pidió el abad, arrodillándose junto a la reina para agarrar su mano—. Nada se ha perdido. Schwyz está aquí, he hablado con él y supone que todo está en orden. ¿Verdad, Schwyz?

Schwyz asintió.

—¿Lo veis? Y Schwyz sabe hacer su trabajo. Admito que no es agradable, pero es un buen estratega. Y ahora os daré una buena noticia... —El abad, que hablaba con las manos en alto, las dejó caer sobre las rodillas de Leonor—. Majestad, ¿me oís? Escuchad lo que nuestro comandante Jesús ha hecho por nosotros: ha puesto al rey de Francia de nuestro lado. Sí, Luis se ha aliado con el joven Enrique.

Leonor levantó la cabeza.

—¿Eso ha hecho? Oh, por fin. Loado sea Dios.

—El propio rey Luis llegará con su ejército al campo de batalla para pelear junto al hijo en contra del padre.

—Loado sea Dios —dijo otra vez Leonor—. Ahora tenemos un ejército.

Como si observara a un niño que abre un regalo, el abad asintió con su enorme cabeza.

—Es un rey santo. Admito que no fue un buen esposo para vos, pero no vamos a casarnos con él y Dios aprecia la valentía que demuestra en esta ocasión —dijo golpeando nuevamente las rodillas de la reina—. ¿Lo veis? El joven Enrique y Luis harán ondear vuestro estandarte en Francia y nosotros haremos lo mismo aquí, en Inglaterra, y juntos lograremos someter al viejo Enrique. La luz vencerá a la oscuridad. Que esto quede entre nosotros: atraparemos al águila y la derrocaremos.

Las palabras del abad animaron a Leonor. Su rostro había recuperado el color.

—Sí, organizaremos la ofensiva. ¿Tenemos aquí, en Inglaterra, suficientes hombres? Schwyz ha traído muy pocos con él.

—Wolvercote, mi bella dama. Lord Wolvercote ha establecido su campamento en Oxford, y nos espera con un ejército de mil hombres.

—Wolvercote —repitió Leonor—. Sí, por supuesto.

Mientras pensaba en lo que el abad le contaba, la reina recuperaba la esperanza.

—Por supuesto, mil hombres. Y si vos los comandáis, diez mil más se unirán a nosotros. Todos aquellos que han sido pisoteados y condenados a la miseria por los Plantagenet llegarán en tropel desde Midlands. Entonces marcharemos para dicha del Cielo.

—Debemos ir primero a Oxford, y rápido. Pronto empezará a nevar, quedaremos atrapados en esta maldita torre. Le dije a esa estúpida perra que no podía protegerla en este lugar, que fuéramos a Oxford porque allí podría defenderla. Pero ella sabía qué convenía hacer —dijo Schwyz. De pronto su voz de bajo se transformó en un falsete—. «Oh, no Schwyz, los caminos están en muy malas condiciones, no podemos continuar. Enrique no logrará seguirnos hasta aquí». —Y nuevamente, con su voz habitual, agregó—: El cabrón de Enrique puede hacerlo, lo conozco.

En cierto modo, aquel era el momento más raro de la noche. La expresión de Leonor, mezcla de duda y exaltación, no cambió. El abad, aún arrodillado a su lado, no giró la cabeza. ¿Habían oído a Schwyz?

¿Lo había oído Adelia? Su mente había regresado a los Bajos Alpes de Graubünden, adonde iba todos los años con sus padres adoptivos. El largo y bello recorrido tenía por finalidad huir del calor estival de Salerno. Allí, en la villa que les prestaba el obispo de Chur —un agradecido paciente del doctor Gershom—, la pequeña Adelia recogía hierbas y flores silvestres con los rubios hijos del pastor de cabras, mientras escuchaba sus conversaciones y las que mantenían los adultos, que desconocían la extraordinaria capacidad de Adelia para aprender distintas lenguas. Aquel era un idioma raro, una combinación gutural de latín con el dialecto de las tribus germánicas de las cuales descendían esos pueblos alpinos. Y acababa de oírlo otra vez. Schwyz había hablado en romanche.

Sin mirarlo, el abad ofreció a la reina una versión libre de lo dicho por Schwyz.

—Dice que todo está a vuestro favor y ganaremos la guerra. Cuando habla con el corazón, lo hace en su propia lengua, pero el buen Schwyz es un servidor verdaderamente leal.

—Lo sé —dijo Leonor, y le dedicó a Schwyz una sonrisa. Él respondió inclinando la cabeza.

—Pero dice que la nieve no tardará en caer de nuevo y desea partir hacia Oxford. Por mi parte, me sentiría profundamente feliz de tener a los hombres de Wolvercote

junto a nosotros. ¿Estáis en condiciones de emprender el viaje, mi querida señora? Si no os sentís demasiado cansada, os propongo que bajemos con Monty a la cocina y comamos algo caliente. Hará frío en el camino.

—Mi querido abad —dijo amistosamente Leonor, poniéndose de pie—. ¡Cuánto necesitaba vuestra presencia! Vos me ayudáis a recordar que existe la bondad divina. Traéis con vos el aroma de los campos y la naturaleza. Me infundís coraje.

—Esa es mi intención, querida.

Cuando la reina y Montignard desaparecieron en la escalera, el abad se volvió hacia Adelia. Ella sabía que el religioso había advertido su presencia en cuanto llegó a la habitación.

—¿Qué es esto?

—Una prostituta de Saint Albans —respondió Schwyz, llevándola hacia el abad—. Estaba aquí cuando la loca atacó a Nelly y logró desviar el puñal. Nelly cree que le salvó la vida —añadió—. Tal vez tenga razón —concluyó, encogiéndose de hombros.

—¿En verdad lo hizo? —preguntó el abad y dando dos zancadas llegó al lugar donde se encontraba Adelia. Con una mano asombrosamente cuidada le levantó el mentón para mirar su rostro—. Una reina os debe la vida. ¿Es así, niña?

Adelia se mantuvo inexpresiva, al igual que el abad que la observaba.

—Podéis consideraros afortunada —dijo y, apartando su mano, dio media vuelta dispuesto a marcharse—. Vamos, muchacho, celebremos esta *feſta ſtultorum* como es debido.

—¿Qué haremos con ella? —preguntó Schwyz, señalando el escritorio con el pulgar.

—La dejaremos aquí y la quemaremos.

—¿Y ella? —En esta ocasión, el pulgar señaló a Adelia.

El abad se encogió de hombros, lo cual sugería que era libre de elegir entre permanecer allí y arder junto con Rosamunda o marcharse.

Adelia se quedó a solas en la habitación. Guardián aprovechó la oportunidad y volvió a entrar y husmeó la bandeja que aún contenía el pastel de ternera.

Adelia recordó las palabras de Rowley: «Guerra civil..., la de Esteban y Matilde será insignificante comparada con esta..., los Cuatro Jinetes del Apocalipsis..., puedo oír el ruido de sus cascos».

«Ya han llegado, Rowley, están aquí. Acabo de ver a tres de ellos».

Desde el escritorio llegó un suave sonido: el cuerpo de Rosamunda se descongelaba y se deslizaba hacia delante.

CAPÍTULO 7

Al ignorar el consejo del comandante de su pequeño ejército y arrastrar a sus hombres hasta Wormhold Tower, Leonor había aplazado el logro de su principal objetivo, es decir, reunirse con el grueso de las fuerzas rebeldes que la esperaban en Oxford.

El clima empeoraba y Schwyz trataba frenéticamente de conducir a la reina al lugar de reunión, porque los ejércitos solían dispersarse cuando se mantenían demasiado tiempo ociosos, especialmente si hacía frío. Solo había una ruta que podía llevarlos rápidamente hasta allí: el río. El Támesis seguía un curso bastante recto en dirección norte-sur, atravesando las siete millas de campo que separaban Wormhold de Oxford.

La reina y sus sirvientes habían cabalgado desde su último campamento; Schwyz y sus hombres habían recorrido el camino a pie. En consecuencia, era necesario conseguir embarcaciones. Habían encontrado algunas, suficientes para transportar a los miembros más importantes del séquito real y a un grupo de hombres de Schwyz, aunque no a todos. Algunos sirvientes y la mayoría de los soldados deberían llegar a Oxford por el sendero que bordeaba el río, con lo cual su viaje sería considerablemente más lento y dificultoso. Y deberían utilizar los caballos y las mulas del séquito real.

Adelia lo comprendió en cuanto llegó a la base de la torre, donde oyó un caótico chaparrón de órdenes e instrucciones.

Un soldado vertía aceite sobre un gran montón de muebles rotos, mientras los sirvientes pedían a gritos que aún no encendiera la llama. Antes debían sacar de la torre los baúles y las cajas que contenían el abundante equipaje de Leonor.

Schwyz les ordenaba que lo dejaran todo allí. Nadie podría llevar consigo sus pertenencias, tanto si iba a viajar en alguno de los escasos botes disponibles como si tenía que hacer el recorrido a pie. Ellos no lo oían o tal vez lo ignoraban.

De todos modos, quien más exasperaba a Schwyz era la reina, que no podía prescindir de tal o cual cosa y, sobre todo, de tal o cual sirviente. Y cuando por fin la petición le era concedida, la persona favorecida no lograba calmarse y esperar, sencillamente, que la incluyeran en la lista. En parte, el problema se debía a que los oriundos de Aquitania dudaban de la honestidad de sus aliados. La doncella de Leonor proclamaba a gritos que el vestuario de la reina no podía quedar a cargo de «mercenarios» y un hombre que dijo ser sargento cocinero se negó a dejar una sola sartén en manos de los soldados. Por lo tanto, mientras fuera de la torre los soldados manipulaban monturas y arreos helados para ensillar los caballos, los compatriotas de la reina discutían e iban de un lado a otro buscando inútilmente más equipaje.

En ese momento Adelia decidió que, más allá de lo que pudiera ocurrir, trataría de alcanzar el sendero que bordeaba el río tan pronto como fuera posible. Con suerte, y con la ayuda de Dios, podría caminar hasta el convento.

Pero antes debía encontrar a Rowley, Jacques y Walt.

Desde la escalera, trató de distinguirlos en medio del caos que tenía delante. No estaban allí. Seguramente los habían llevado afuera. Distinguió, no obstante, una figura oscura que, oculta en las sombras de los muros, se dirigía a la escalera saltando torpemente, como una rana, porque tenía los pies atados. La cuerda que le habían echado al cuello se agitaba mientras avanzaba.

Adelia retrocedió hacia el hueco de la escalera y, cuando la criatura saltó hasta el primer peldaño, agarró su brazo.

—No.

Los pies y las manos del ama de llaves estaban firmemente amarrados. Ninguna mujer normal lo habría intentado, pero aquella criatura no era normal. Atada y todo, Dakers habría huido a saltos de cualquier lugar para reunirse con su ama en lo alto de la torre.

Y no parecía dispuesta a desistir de su objetivo. Trató de librarse de la mano de Adelia. Sin ser vistas, las dos mujeres forcejearon.

—Os quemarán —susurró Adelia—. Por el amor de Dios, ¿queréis arder con ella?

—Sí.

—No lo permitiré.

El ama de llaves comprendió que era la más débil. Se rindió y miró a Adelia. La habían maltratado, le sangraba la nariz y tenía un ojo cerrado e hinchado.

—Dejadme ir, dejadme ir con ella. Debo estar junto a ella.

La escena era demencial. Y triste. Un soldado se aprestaba a destruir la torre, los sirvientes solo se preocupaban por sus asuntos y, mientras tanto, a nadie le importaba que la potencial asesina de la reina muriera entre las llamas; tal vez preferían que eso sucediera.

Sin embargo, Adelia pensó que no podían hacerlo, porque Dakers estaba loca. Si fuera juzgada por el intento de matar a la reina, ningún tribunal del país la condenaría a muerte. La propia Leonor lo habría impedido. Era una de las cosas que le gustaban de Inglaterra. La condenarían a prisión, pero el antiguo y razonable principio *furiosus furore solum punitur* (la locura del insano es suficiente castigo) dictaminaba que una persona que, a causa de una enfermedad, un hecho trágico u otro incidente, hubiera perdido el sano juicio debía ser absuelta de cualquier delito. La norma concordaba con los valores de Adelia y no admitiría que fuera ignorada, aun cuando la propia Dakers estuviera dispuesta a que su cuerpo se quemara junto con el de Rosamunda. La vida era sagrada. Nadie lo sabía mejor que una médica que trabajaba con los muertos.

Dakers trató de librarse nuevamente de la mano que la asía. Adelia la aferró con más fuerza y sintió repulsión. Los cadáveres nunca le habían provocado náuseas. Sin embargo, ese ser viviente al que debía sujetar muy cerca de su cuerpo le causaba rechazo debido a su delgadez —tenía la sensación de estar sujetando un manojo de ramas—, a su pasión por la muerte.

—¿No sentís el deseo de vengarla? —preguntó, con la intención de que Dakers dejara de forcejear.

Unos segundos después, en los iracundos ojos del ama de llaves surgió un atisbo de cordura. Dakers interrumpió sus murmullos y dijo:

—¿Quién lo hizo?

—Aún no lo sé. Solo puedo deciros que no fue la reina.

Se oyó un nuevo susurro. Dakers no la creía.

—Ella pagó para que lo hicieran.

—No. Tampoco fue Bertha —dijo Adelia.

—Lo sé —afirmó desdeñosamente Dakers.

Entre las dos mujeres se había establecido una súbita y extraña intimidad. Adelia percibió que Dakers apelaba a algún tipo de lógica para sopesar la conveniencia de convertirla en su aliada, descartaba esa posibilidad y luego volvía a considerarla. Al fin y al cabo, ella era la única persona con quien podía contar.

—Yo debo descubrir qué ocurrió. Ese es mi trabajo —continuó Adelia, aliviando un poco la presión que ejercía sobre el brazo de Dakers. Y, dominando el rechazo que le provocaba, añadió—: Venid conmigo, juntas lo descubriremos.

Nuevamente, Dakers evaluó la propuesta, que empezaba a parecerle aceptable, reflexionó por segunda vez y llegó a la conclusión de que podía ser provechosa. Asintió.

Adelia introdujo la mano en su bolsa, encontró su cuchillo y cortó la cuerda que sujetaba los tobillos del ama de llaves. Luego le quitó el lazo que le rodeaba el cuello. Hizo una pausa antes de liberar también sus manos.

—¿Me prometéis...?

—¿Lo descubriréis? —la interrumpió Dakers, entrecerrando su ojo sano.

—Lo intentaré. Es el motivo por el cual acompañé hasta aquí al obispo de Saint Albans.

La respuesta no era precisamente tranquilizadora, en especial si se tenía en cuenta que el obispo abandonaría el lugar en calidad de prisionero y que el Armagedón era inminente.

Dakers tendió sus muñecas enjutas hacia Adelia.

Schwyz había salido del puesto de guardia para controlar la situación en la explanada. Algunos sirvientes lo habían seguido. Los pocos que permanecían en su lugar seguían recogiendo sus pertenencias y las dos mujeres pudieron huir sin ser

vistas.

Fuera la situación era igualmente confusa. Adelia cubrió el rostro de Dakers con la capucha de su capa e hizo lo mismo con la propia. De ese modo se mezclaron entre las siluetas que correteaban de un lado a otro.

Al ruido que reinaba en el lugar se sumó el viento, que traía una nevisca menuda y sólida. La luna se ocultaba y volvía a aparecer, su luz se asemejaba a la llama titilante de una vela.

Inadvertida, aferrando aún el brazo de Dakers, Adelia avanzó entre el caos, seguida por su perro, para buscar a Rowley. Lo divisó al otro lado de la explanada. Se sintió aliviada al comprobar que Jacques y Walt estaban junto a él. Los tres habían sido amarrados con cuerdas. Cerca de allí, el abad de Eynsham hablaba con Schwyz sobre los prisioneros. Su voz sobresalía en medio del bullicio imperante.

—Sois un tirano, pero no me importa, necesito descubrir qué saben. Vendrán con nosotros.

Schwyz intentó replicar, pero el abad había ganado. Los tres prisioneros fueron llevados a empujones hacia la multitud reunida en la entrada, donde Leonor se disponía a montar un caballo.

Maldición. Adelia debía hablar con Rowley antes de que los separaran. Y debía hacerlo sin ser vista... y llevando consigo a una fallida asesina. No obstante, no se atrevía a soltar la mano que sujetaba a Dakers.

El ama de llaves rio o, al menos, a la altura de la boca, la capucha emitió un leve cacareo.

—¿Qué sucede? —preguntó Adelia, e inmediatamente descubrió que al apartar su mirada de Rowley lo había perdido de vista.

Trató de serenarse. Atormentada por la indecisión, arrastró a la mujer hacia el arco que conducía a la explanada exterior y a la entrada al laberinto. El viento agitaba las capas de los sirvientes que rondaban por allí y el león dorado de sus tabardos titilaba a la luz de las antorchas. Los soldados, bien ataviados con sus chaquetas acolchadas, intentaban poner orden: arrebatában objetos pesados e innecesarios de los brazos que los portaban e impedían que los recuperaran. Solo Leonor tenía un aspecto sereno; con una mano controlaba a su caballo y con la otra formaba una visera para observar lo que sucedía. Aparentemente su mirada buscaba algo.

Divisó a Guardián, semejante a una ovejita negra en la nieve. Lo señaló con un dedo enguantado e impartió una orden a Schwyz, quien dio media vuelta y señaló a su vez.

—Esa, Cross —gritó a uno de sus hombres—. Traedla, la que está junto al perro.

Adelia sintió que la levantaban y la cargaban sobre una mula mientras ella forcejeaba, tratando de no soltar la mano de Dakers. El hombre llamado Cross optó por la ley del mínimo esfuerzo y subió a Dakers a lomos de la mula, detrás de Adelia.

—Y no os mováis de allí —gritó el soldado. Con una mano sujetó la brida del animal y con el cuerpo inmovilizó la pierna de Adelia. Así atravesó el arco para llevar su carga hacia la explanada, y se detuvo a esperar a los demás jinetes.

Leonor avanzó seguida por el abad de Eynsham. Los portales del laberinto se abrieron. Un agujero negro surgió frente a ellos.

—Debéis avanzar en línea recta, reina de mi corazón —gritó alegremente el abad—. Tan recta como la plomada de mi padre.

—¿En línea recta? —preguntó la reina.

El abad extendió los brazos.

—¿No me habéis ordenado acaso que descubriera los secretos de esa ramera? ¡Qué no haría por vos!

—¿Existe un camino directo para atravesar el laberinto? —Leonor rio—. Oh, mi buen abad. Los senderos torcidos serán enderezados...

—Y los terrenos accidentados, serán allanados —concluyó el abad—. El viejo Isaías sabía un par de cosas. Yo soy solo su servidor, y el vuestro. Adelante, reina mía, el Señor guiará vuestro camino a través de los matorrales de la prostituta.

Precedida por algunos de sus hombres, uno de los cuales sostenía un farol, Leonor entró en el laberinto, sin dejar de reír. Los hombres a caballo la siguieron. Detrás de ellos, Schwyz dio otra orden y una antorcha encendida describió una curva en el aire, en dirección a la pila de leña colocada en el puesto de guardia.

El abad estaba en lo cierto: el camino que atravesaba el laberinto seguía una línea recta.

Los cercos resultaron ser puertas enmascaradas.

Ya no había misterio. El viento despojó al laberinto de su silencio. Las ramas de los cercos se curvaron y se estremecieron, como ocurre en cualquier sendero cuando arrecia la tormenta. La insidiosa esencia del lugar había desaparecido y Adelia no lo lamentaba. No obstante, si el peculiar abad que se declaraba fiel servidor de la reina era digno de crédito, le parecía extraordinario que la propia Rosamunda le hubiera mostrado el camino secreto.

—¿Conocéis a ese hombre? —preguntó a Dakers. Se estremeció al sentir que el pecho del ama de llaves subía y bajaba contra su espalda, y nuevamente la oyó cacarear.

—No es el más listo —dijo Dakers al fin. Parecía hablar consigo misma—. Cree que ha derrotado a la serpiente, pero ella aún tiene sus colmillos.

En su voz no se percibía animosidad hacia el hombre que, tal como él mismo había confesado, había visitado a Rosamunda en su torre para descubrir sus secretos a la reina. Adelia pensó que tal vez se debiera a la locura.

Atravesaron el laberinto en unos minutos.

Diciendo obscenidades, Cross obligó a la mula a trotar. Adelia y Dakers subieron

la colina rebotando contra su lomo sin montura.

El viento era más intenso y arrojaba ráfagas de nieve que ensombrecían esporádicamente la luna. Al llegar a la cima los jinetes lo oyeron ulular mientras les azotaba el rostro.

Adelia miró hacia atrás. Allí estaban Rowley, Jacques y Walt. Los hombres que los custodiaban les clavaban sus lanzas en la espalda para que avanzaran.

Dakers giró la cabeza hacia la torre —una silueta negra, erecta e imperturbable, cuyo perfil se dibujaba en la luna— y se oyó un aullido triunfal.

—Bien, muy bien. Nuestro Señor Satán me ha oído, querida. Regresaré para recogeros, esperadme.

La torre no se había incendiado. A pesar de los muebles rotos, el combustible y el viento, no se había transformado en un horno. Algo había apagado el fuego.

Adelia dedujo que, dado que el viento soplaba en dirección a la puerta, las ráfagas de nieve habían extinguido las llamas.

La imagen de Rosamunda, por el contrario, era inextinguible. Diabólicamente preservada, en su gélida cámara esperaba que su sirviente regresara.

En el río se veía una triste flotilla: botes impulsados con remos o pértigas y una vieja barca a vela se hallaban amarrados en las riberas, comandadas por los soldados de Schwyz. La única embarcación sólida era aquella que Mansur, Oswald y los hombres de Godstow habían llevado río arriba para recoger el cuerpo de Rosamunda. Adelia buscó a Mansur. No lo encontró, y temió que los soldados lo hubieran matado. Eran hombres brutales, le recordaban a los cruzados que pasaban por Salerno, preparados para destrozar a cualquier persona que tuviera una apariencia distinta de la suya.

En la proa del barco se veía una figura alta, cubierta, como cualquier otra, por una capa y su capucha. La nieve impedía distinguir si era Mansur o un soldado.

Adelia intentó tranquilizarse: Schwyz y sus hombres eran mercenarios; su objetivo no era matar sarracenos. Seguramente comprendían que era necesario mantener con vida a todos los navegantes diestros para realizar el viaje a Oxford.

El caos que había reinado en la explanada de Wormhold se duplicó cuando el séquito de Leonor comenzó a pelear por el privilegio de acompañar a la reina en la barca de Godstow, la única que disponía de una cabina cubierta. Si alguien comandaba la embarcación, la muchedumbre lo había ignorado.

El mercenario Cross, a cargo de Adelia y Dakers, esperó órdenes durante largo rato. Cuando comprendió que no las recibiría, los sirvientes y el equipaje ya habían sobrecargado peligrosamente la barca. Él y las dos mujeres no fueron admitidos a bordo. Entre insultos, las arrastró hacia la siguiente embarcación y prácticamente las arrojó a la popa. De un salto, Guardián se reunió con ellas. Era un bote de remos descubierto, sujeto a la embarcación de Godstow por medio de una maroma.

—No podéis dejarnos aquí, nos congelaremos —le gritó Adelia al soldado.

Expuestas al viento inclemente, mucho antes de llegar a Oxford se habrían convertido en dos cadáveres tan rígidos como el de Rosamunda.

El bote se balanceó cuando un guardián lo abordó torpemente, después de obligar a otras tres personas a entrar en él.

El viento propagó una voz más profunda que la de Adelia, y más habituada a la persuasión.

—En el nombre de Dios, ¿queréis matarnos? Llevadnos a un lugar cubierto. Podéis hablar con la reina, esta mujer le salvó la vida.

El obispo de Saint Albans estaba junto a ella, y se sumaba a su protesta. Aun amarrado a Jacques y a Walt, y amenazado con una lanza, su voz transmitía autoridad.

—Yo mismo viajaré aquí, como podéis ver. Sentaos frente a las mujeres y dejad de gritar.

Una vez que todos se ubicaron en los lugares indicados, Cross tomó un gran bulto, que resultó ser una antigua vela, y pidió ayuda a su compañero —a quien llamó Giorgio— para desplegarla.

Más allá de sus modales, ambos eran hombres eficientes. Previendo que el viento podía arrebatárles el lienzo, indicaron a Adelia y Dakers que se sentaran en uno de los extremos antes de plegarlo de modo tal que alcanzara a cubrir a las mujeres y a los prisioneros y, finalmente, a los dos soldados, que tomaron asiento en la proa. Su esfuerzo tenía por objetivo la propia preservación, dado que ellos también irían a bordo de ese bote. Con gesto deliberadamente ampuloso, Giorgio colocó una daga entre sus rodillas.

La vela estaba sucia y maloliente, y caía pesadamente sobre la cabeza de los viajeros. No era lo suficientemente amplia, por lo cual, cuando trataban de proteger del viento inclemente el lado izquierdo de su cuerpo, dejaban al descubierto el derecho. De inmediato se formó sobre ella una capa de hielo, que si bien la tornó rígida, creó una capa protectora. En alguna medida, les permitía protegerse del frío.

El río comenzó a agitarse furiosamente. Pequeñas olas heladas empezaron a entrar por la borda. Adelia levantó a Guardián, lo colocó sobre su regazo y lo cubrió con su capa. Luego, para no mojarse los pies, los apoyó en la espalda de Rowley, que viajaba en el asiento situado delante de ella, a estribor, adonde no llegaba el lienzo. Jacques estaba sentado entre él y Walt.

—¿Cómo os sentís? —gritó Adelia, esforzándose porque el viento no apagara su voz.

—¿Cómo os sentís vos?

—Espléndidamente.

El mensajero también trataba de ser valiente.

—Un viaje en barco —le oyó decir Adelia—: es bueno hacer algo diferente.

—Se descontará de vuestra paga —dijo el obispo.

Walt gruñó.

Los soldados comenzaron a gritar y a repartir recipientes. Era necesario achicar con urgencia para evitar que el bote se hundiera. Los tres prisioneros recibieron utensilios diseñados para ese fin, mientras que las mujeres se contentaron con sendas jarras y una recomendación:

—Hacedlo con entusiasmo.

Adelia comenzó a achicar. Si el bote se hundía, morirían antes de que pudieran alcanzar la orilla del río. Arrojaba el agua helada tan rápido como podía y el río la devolvía con la misma velocidad. A través de la abertura de la vela, vio que la nieve arrastrada por el viento estaba levemente iluminada por las lámparas colocadas en la popa de la barca que los precedía y en la proa de la embarcación que los seguía. De allí provenía la escasa luz que le permitía distinguir la jarra lamentable que utilizaba para achicar. Era de plata, y poco antes había ocupado un lugar en la bandeja en la cual un sirviente había llevado la cena de Leonor hasta la alcoba de Rosamunda. La gente de Aquitania tenía razón: los mercenarios —al menos los dos que tripulaban ese bote— eran unos ladrones.

Adelia se sintió súbitamente furiosa. Si bien lo adjudicó al robo de la jarra, en realidad era producto del frío, el cansancio, la humedad, una angustia extrema y el miedo a morir en esas circunstancias. Miró a Dakers, que permanecía inmóvil.

—Maldición, a vos también os dieron orden de achicar.

La mujer no reaccionó. Su cabeza se movía con indolencia. Adelia consideró la posibilidad de que hubiera muerto.

También Rowley era presa de la ira. Gritaba al hombre que lo mantenía cautivo junto a sus compañeros, pidiendo que les desataran las manos para achicar con más rapidez. Los torpes movimientos que eran capaces de realizar al unísono no podían ser veloces.

Por toda respuesta, le gritaron que cerrara la boca. Un instante después Adelia sintió que el bote se balanceaba más enérgicamente y a continuación oyó los insultos de los tres hombres sentados delante. Dedujo que, si bien los habían separado, las cuerdas que les sujetaban las muñecas seguían amarradas. No obstante, podían achicar con más rapidez, y así lo hicieron. Adelia descargó su furia en Dakers, por empeñarse en morir después de todo lo que ella había hecho para salvarla.

—Eres una ingrata —dijo, y agarró con ira la muñeca del ama de llaves. Por segunda vez sintió su pulso débil.

Adelia se inclinó hacia delante —al hacerlo estuvo a punto de aplastar a Guardián, que yacía en su regazo— y levantó los pies de Dakers. Colocó uno de ellos entre los cuerpos de Rowley y Jacques y el otro entre Jacques y Walt.

—¿Cuánto tiempo pasaremos sentados en este lugar? —gritó, tratando de que la oyeran los soldados—. Por el amor de Dios, ¿cuándo vamos a movernos de aquí?

Pero el ruido del viento era más poderoso que su voz. Los hombres no la oyeron. Rowley, en cambio, inclinó la cabeza en dirección a la abertura de la vela. Ella observó la nieve que se arremolinaba formando una cortina. El bote había comenzado a moverse poco antes y había llegado a una curva del río donde la pendiente de la ribera, o tal vez los árboles, les brindaba cierta protección.

La barca que los precedía, a la que estaban amarrados, era impulsada por hombres que remaban o por un caballo desde la orilla; no podía saberlo, pero, para cualquiera de ellos, el esfuerzo debía ser horroroso. Probablemente la movían con pértigas, a juzgar por el ritmo al que avanzaba. El viento soplaba a sus espaldas y el flujo de la corriente los favorecía, aunque a veces la proa de su bote chocaba con la popa de la barca y los soldados se turnaban para aparecer por debajo de la vela protectora y separar las embarcaciones con un remo.

Tampoco sabía a qué distancia se encontraba Oxford, pero calculó que, a esa velocidad, en una hora llegarían a Godstow. Debía encontrar la manera de desembarcar allí. Esa decisión la tranquilizó. Volvió a ser una médica, una mujer enferma estaba en sus manos. Parte de su irritación extrema se había debido a que estaba hambrienta. Tal vez Dakers estuviera aún más hambrienta, desfalleciente a causa del hambre. Recordó que en su recorrido por la cocina de Wormhold no había encontrado alimentos. Y si bien reprobaba a los mercenarios ladrones, Adelia no había salido de la alcoba de Rosamunda con las manos vacías. En la bandeja de la reina había sobras de comida y los tiempos difíciles le habían enseñado la importancia de aprovisionarse. De todos modos, Rosamunda no iba a comerlas. Hurgó en su bolsa, de donde sacó una gruesa servilleta. La desplegó, tomó una porción generosa del pastel de ternera de Leonor y lo agitó debajo de la nariz de Dakers. El aroma actuó como un tónico. El ama de llaves le arrebató el pastel.

Asegurándose de que los soldados no pudieran verla —apenas podía distinguirlos en la oscuridad que reinaba debajo de la vela—, se inclinó hacia delante otra vez y deslizó el queso que también había hurtado entre Jacques y Rowley. Lo sostuvo allí hasta que sintió que una de las manos atadas lo tanteaba, lo tomaba y apretaba su mano en señal de agradecimiento. Los hombres dejaron de achicar durante unos instantes, seguramente para partir el queso, lo que motivó que los soldados gritaran otra vez. Luego Adelia compartió con Guardián los restos del pastel de ternera. Solo quedaba esperar y achicar. El peso de la nieve hacía que la vela cayera frecuentemente sobre ellos, por lo cual alguno de los hombres tenía que golpearla desde abajo para quitarla.

El nivel del agua acumulada debajo de las piernas de Adelia se negaba a bajar, sin importar cuál fuese el volumen que ella arrojaba fuera del bote. A cada exhalación su

aliento mojaba la capa que le cubría la boca y se congelaba de inmediato. Pronto sus labios se agrietaron. El lienzo de la vela le raspaba la cabeza cuando se incorporaba después de inclinarse, pero si se detenía, el frío congelaría la sangre de sus venas.

«Sigue achicando, debes mantenerte con vida, debes vivir para volver a ver a Allie», se dijo.

El codo de Rowley le tocó las rodillas. Ella no alteró la secuencia de sus movimientos: inclinarse, sumergir la jarra, arrojar el agua, una y otra vez. Habría continuado así para siempre. Rowley tuvo que tocarla nuevamente para que comprendiera que podía detenerse. Ya no entraba agua.

El viento se había aquietado, el ruido había disminuido y una especie de luminosidad —¿ya había amanecido?— entraba por la abertura de la vela. A través de ella, Adelia pudo ver que la nieve caía copiosamente. El bote parecía avanzar por el aire, entre plumones de cisne.

El frío que penetraba por la abertura había adormecido el lado derecho de su cuerpo. Para que ambos conservaran un poco de calor, se inclinó hacia delante y se apretó contra la espalda de Rowley, llevando consigo a Dakers para que se apoyara en Jacques. Rowley giró ligeramente la cabeza. Ella sintió su aliento en la frente.

—¿Mejor?

Adelia se estiró para mirar por encima de su hombro. A pesar de que el viento era más calmo, el caudal del río fluía con más rapidez. El bote de remos corría peligro de estrellarse contra la barca o de encallar en la ribera. Uno de los soldados —probablemente Cross, el más joven— trataba de separar las embarcaciones, para lo cual había abandonado el refugio que le proporcionaba la vela, dejándola caer sobre su compañero, acurrucado en el banco de proa, exhausto, o dormido tal vez a causa del cansancio. Walt y Jacques tampoco se movían. Dakers seguía apoyada en la espalda del mensajero. Adelia apartó la capucha y acercó sus labios a la oreja de Rowley.

—Se proponen izar el estandarte de Leonor en Oxford. Creen que Midlands se sublevará y se unirá a los rebeldes.

—¿Cuántos hombres hay en Oxford?

—Creo que mil.

—¿Es Eynsham el hombre que vi rondando por allí?

—Sí. ¿Quién es?

—Un canalla inteligente, el Papa lo aprecia. Es indigno de confianza.

—¿Schwyz?

—Un mercenario cabrón. Excelente soldado.

—Alguien llamado Wolvercote está al mando del ejército en Oxford.

—Un bastardo.

Habiendo delatado a los principales protagonistas, Adelia se sintió

momentáneamente satisfecha y apoyó su rostro en la mejilla de Rowley.

—¿Habéis traído el cuchillo? —preguntó él.

—Sí.

—Cortad esta maldita cuerda —pidió Rowley, agitando sus manos atadas.

Ella miró otra vez al soldado agazapado en la proa. Sus ojos estaban cerrados.

—Rápido, saldré de aquí en un instante —dijo Rowley, moviendo imperceptiblemente los labios. Súbitamente, recordó que había previsto otro destino para ella y que juntos habrían podido realizar espléndidos viajes.

—No —respondió ella, rodeándolo con sus brazos.

—Por favor, debo encontrar a Enrique y alertarlo.

—No.

En medio de aquella tormenta de nieve, no podría encontrarlo. Rowley moriría. La gente de los pantanos contaba historias acerca de esa clase de nevadas, de campesinos que se habían arriesgado a salir para guardar las aves en el corral o llevar las vacas al establo. La nieve turbulenta, copiosa y gélida les impedía ver y los desorientaba, hasta que, congelados, morían a unas pocas yardas de la puerta de su casa.

—No —repitió Adelia.

—Cortad esta maldita cuerda.

El soldado apostado en la proa se movió.

—¿Qué estáis haciendo? —murmuró casi sin saber lo que decía.

Ellos esperaron hasta que volvió a adormecerse.

—¿Queréis que me marche con las manos atadas? —susurró Rowley.

Adelia se resistía a ayudarlo. Y se resistía a ayudar a Enrique Plantagenet.

«El rey, siempre el rey. Si el precio es mi vida, la suya, la de nuestra hija, no tiene importancia», pensó.

Luego hurgó en su bolsa, agarró el cuchillo y consideró seriamente la posibilidad de hundirlo en la pierna de Rowley. De ese modo podría impedir que vagara sin rumbo por el campo y terminara convertido en un montículo de hielo.

—Te odio —le dijo, mientras las lágrimas se congelaban en sus pestañas.

—Lo sé. Corta esa maldita cuerda.

Adelia deslizó hacia delante su mano derecha, la que sostenía el cuchillo, sin dejar de observar al hombre en la proa. Pensó que, si lo alertaba, Rowley no podría escapar.

Sin embargo, no pudo hacerlo. No sabía qué destino esperaba al prisionero de Leonor; tal vez la reina no fuera benévola. Tampoco sabía qué actitud podían adoptar Eynsham o Schwyz.

Los dedos de Adelia encontraron las manos de Rowley y llegaron hasta la cuerda que le sujetaba las muñecas. Comenzó a cortar con cuidado los hilos, uno tras otro; el

cuchillo estaba muy afilado, un movimiento equivocado habría podido abrir una vena. Mientras lo hacía, susurraba palabras insidiosas.

—Una de vuestras amantes, solo eso soy. No sirvo para nada. Espero que os congeléis, y también Enrique.

El último hilo se cortó. Adelia sintió que Rowley movía las manos para activar la circulación de la sangre. Él giró la cabeza para besarla. Su mentón le rozó la mejilla.

—No servís para nada, salvo para hacer que salga el sol —dijo, y se marchó.

...

Jacques se hizo cargo de la situación ante el enfurecido Cross. Adelia lo oyó decir, entre sollozos, que al chocar contra la orilla el obispo había caído por la borda.

—Entonces, es hombre muerto —replicó el mercenario.

Al oírlo, el mensajero comenzó a plañir. Mientras tanto, levantó a Guardián del regazo de Adelia, cambió de lugar y la ayudó a sentarse entre él y Walt, de modo tal que Dakers pudo seguir durmiendo apoyada en la espalda de su protectora. Luego, Guardián recuperó su lugar.

Ella, absorta en sus pensamientos, apenas prestó atención a esos movimientos.

«“Salvo para hacer que salga el sol”. Cuando vuelva a verlo, lo mataré. Oh, Dios, protéjelo».

La nevada terminó, las espesas nubes se desplazaron hacia el oeste y asomó el sol. Cross consideró que debían aprovechar su calor y enrolló la vela.

Adelia tampoco había notado otra cosa, hasta que Walt se la señaló.

—Señora, ¿qué sucede con él?

Ella levantó la cabeza. Los dos mercenarios estaban sentados enfrente, en el banco de proa. Cross trataba de despertar a su compañero.

—Giorgio, despertad, ¡hop, arriba! No fue culpa vuestra que perdiéramos al maldito obispo. Despertad.

—Ha muerto —dijo Adelia.

Las botas del hombre estaban pegadas al agua congelada de la sentina. Podían agregarlo a la lista de cuerpos que se habían congelado a lo largo de la noche.

—No es posible. No es posible. Lo mantuve abrigado, tanto como pude.

En el rostro de Cross se mezclaban la ira y el dolor.

«Dios, esta muerte es importante para este hombre. Debe ser importante para mí», se dijo Adelia. Extendió el brazo para tocar con la mano el cuello del mercenario. Era bastante más viejo que su amigo. Estaba rígido. No tenía pulso. Ella negó con la cabeza.

Jacques y Walt se arrodillaron. Adelia tomó la mano del soldado entre las suyas.

—Lo lamento. Que Dios se apiade de su alma.

—Estaba sentado aquí, pensé que trataba de mantenerse abrigado.

—Lo sé, habéis hecho por él cuanto era posible.

—¿Por qué no habéis muerto vosotros? —preguntó Cross, nuevamente iracundo—. También estabais allí, sentados.

Era inútil explicar que, mientras achicaban, ellos habían estado en movimiento, al igual que el propio Cross, que, aun expuesto al viento, se había mantenido activo evitando que las embarcaciones chocaran. El pobre Giorgio se había quedado solo, privado del calor que otra persona podía brindarle.

—Lo lamento —repitió Adelia—. A su edad, no pudo resistir el frío.

—Él me enseñó a ser soldado. Juntos sobrevivimos a tres campañas. Era siciliano —dijo Cross.

—También yo soy siciliana.

—Oh.

—No debéis moverlo —dijo abruptamente Adelia.

Cross intentaba levantar el cuerpo para depositarlo sobre el banco. Tal como había sucedido con el cadáver de Rosamunda, el rigor perduraría hasta que encontrara una fuente de calor más potente que el tímido sol que acababa de aparecer. Su amigo no toleraba verlo con las rodillas y las manos recogidas, como un perro.

—Por Dios ¿no es Godstow lo que se ve allí? —exclamó Walt.

Allie.

Adelia vio el paisaje que la rodeaba. Era tan brillante y sólido como un diamante y la obligó a entornar los ojos. Las raíces de los árboles caídos se asemejaban a dedos cadavéricos, desesperados, frágiles, en actitud de súplica. Por lo demás, la monstruosa cantidad de nieve había aplanado el terreno. Ya no se veían cimas y valles, solo leves ondulaciones. Las rectas columnas de humo que se elevaban en el cielo azul lavanda indicaban que las protuberancias dispersas en la cuesta que subía desde la orilla eran casas medio sepultadas por la nieve.

A lo lejos se divisaba un pequeño puente curvo, blanco como el mármol. Ella y Rowley se habían detenido allí hacía un siglo. Más allá —para verlo tuvo que entrecerrar aún más los ojos— se elevaban muchas columnas de humo y en el final del puente se distinguían un bosque y la imagen difusa de un portal.

Aquello era la villa de Wolvercote. Aunque no podía verlo, cerca de allí se encontraba el convento de Godstow, donde estaba Allie.

Adelia se puso de pie, resbaló e hizo que el bote se balanceara mientras trataba de levantarse.

—Llevadnos a la orilla —pidió a Cross. Aparentemente, él no la oyó.

Walt y Jacques la obligaron a sentarse.

—No es conveniente, señora. Aun suponiendo que... —comenzó a decir el mensajero.

—Señora, ¿veis la orilla? —preguntó Walt.

Al mirar en esa dirección Adelia vio una suave pendiente, en la cual seguramente poco antes crecía la hierba. Más allá aparecían unas enormes ramas heladas; eran restos de antiguos robles que la ventisca había dispersado y formaban montículos de unos quince pies de altura.

—Jamás podríamos pasar por allí —concluyó Jacques.

Adelia rogó, imploró, aunque sabía que era verdad. Si los habitantes de las casas lograban salir a la superficie, cavarían pasillos en la nieve para llegar al río, pero hasta entonces, o hasta que el hielo se fundiera, un obstáculo tan insalvable como una barrera montañosa la separaba del convento. Debería permanecer sentada en ese bote, permitir que la alejaran de Allie. Solo Dios sabía cómo o cuándo regresaría junto a ella, si eso era posible.

Se encontraban frente a la villa, muy cerca del puente. Allí el Támesis se ensanchaba y describía la gran curva que bordeaba las praderas del convento. Algo sucedía en el río.

La barca que los precedía avanzaba con mayor lentitud. Aunque los laterales del casco eran altos y no permitían ver lo que ocurría en cubierta, la agitación era perceptible y se oían numerosos insultos.

—¿Qué sucede? —preguntó Adelia.

Walt hundió en el río uno de los recipientes que habían utilizado para achicar, lo levantó y revolvió el contenido con el dedo.

—Mirad.

Dentro del recipiente, Jacques y Adelia vieron que el agua era grisácea y tenía gránulos que parecían de sal.

—¿Qué es? —preguntó nuevamente Adelia.

—Es hielo —dijo suavemente Walt, y miró a su alrededor—. Maldición, aquí el río debe de ser menos profundo, se está congelando.

Adelia miró el contenido del recipiente, luego, a Walt. A continuación volvió a mirar el río. Súbitamente, se sentó y agradeció aquel hecho milagroso, más maravilloso que cualquiera de los que se relataban en la Biblia: el líquido se convertía en sólido, un elemento se transformaba en otro; se verían obligados a detenerse; desembarcarían y entre todos podrían abrir caminos para llegar al convento. Miró hacia atrás para contar las embarcaciones que los seguían. No había ninguna al alcance de la vista. El río estaba desierto, gris en ese tramo, aunque se tornaba cada vez más azulado, brillante y silencioso a medida que se perdía en una curva, en la distancia.

Parpadeando, buscó al contingente que debía acompañarlos por el sendero que bordeaba el río.

Por supuesto, el sendero no existía. En su lugar se veía una masa serpenteante de nieve congelada. En algunos tramos, la altura superaba la suma de la estatura de dos

hombres. El borde del hielo había sido prolijamente tallado por el agua y el viento. Se asemejaba a un pastel al cual un cocinero gigante le hubiera recortado los contornos irregulares con un cuchillo.

Por un instante Adelia dejó de pensar en el reencuentro con su hija. Aunque no fueran tantas como había previsto, estimó que la cantidad de personas que habían quedado varadas era suficiente para cavar un paso. Luego se preguntó dónde estarían los demás, todas aquellas personas.

El sol seguía brillando, magnífico, injusto, despiadado, sobre un río vacío. Tal vez en el tramo superior hombres y mujeres permanecían sentados en sus barcas, tan inmóviles como Giorgio. Tal vez los cadáveres flotaban en la corriente.

¿Y cuál había sido el destino de los jinetes? ¿Dónde estaban? ¿Dónde estaba Rowley?

El silencio era terrible, porque era la única respuesta. Como una campana de vidrio, atrapaba los ecos de los insultos y los gruñidos de los ocupantes de la barca. Ningún otro sonido surcaba el aire. A bordo, los hombres se esforzaban, hundían las pértigas en el agua poco profunda, cada vez más sólida, hasta que encontraban en el fondo del río un lugar donde apoyarse para impulsar la barca hacia delante, una yarda y luego otra... En poco tiempo la campana de vidrio se llenó de sonidos similares al chasquido de un látigo: se habían topado con una superficie lisa y helada que debían atravesar.

Avanzaron poco a poco hasta dejar atrás el lugar donde el río se dividía y uno de los brazos se desviaba hacia el molino y el puente. No llegaban ruidos desde el molino, donde una cascada de agua permanecía brillante e inmóvil.

Y en medio de esa maravilla alguien había utilizado el puente como una horca: dos siluetas brillantes y deformes pendían de una soga que les rodeaba el cuello.

Adelia distinguió dos rostros muertos que dirigían su mirada desorbitada hacia un lado, hacia ella. Vio dos pares de pies que apuntaban hacia abajo, como si sus dueños se hubieran congelado mientras hacían una figura de baile. Y deseó que el Dios Todopoderoso salvara esas almas.

Nadie más parecía verlas o compadecerse de ellas. Walt y Jacques utilizaban los remos para impulsar el bote, tratando de evitar que quedara rezagado con respecto a la barca. Dakers estaba sentada junto a ella; la capucha le cubría la cara. Alguien había colocado la vela alrededor de ellas tratando de mantenerlas abrigadas.

Lentamente, dejaron atrás el puente y se encontraron en una curva aún más ancha del Támesis, que bordeaba el prado de Godstow: asombrosamente, aún era un prado. Gracias a algún extraño fenómeno, el viento lo había despojado de nieve, transformándolo en la única extensión de hierba escarchada y tierra que aportaba una nota de color en aquel universo blanco.

La barca se detuvo. El hielo era demasiado grueso y le impedía avanzar. Adelia

no le dio importancia. En la pendiente que bajaba desde el convento, una huella descendía hasta la costa del río, donde se veían hombres con palas que les gritaban y los saludaban con la mano. Todas las personas que viajaban a bordo de las dos embarcaciones devolvieron los saludos. La escena habría podido sugerir que aquellos hombres estaban aislados y habían divisado una nave que iba a rescatarlos.

Solo entonces Adelia advirtió que había sobrevivido a la noche anterior tomando prestada energía almacenada y que su cuerpo ya estaba acusando su falta. Sintió una languidez mortal. De hecho, la muerte había estado muy cerca de ella.

Debían desembarcar en el hielo y atravesarlo hasta llegar a tierra. Las patas de Guardián resbalaron; el perro cayó y se deslizó por la superficie helada. Ofendido, comenzó a arañarla hasta que logró levantarse. Un brazo rodeó la cintura de Adelia para ayudarla a caminar: al mirar hacia arriba vio el rostro de Mansur.

—Alá es piadoso —dijo el árabe.

—Alguien lo ha sido —replicó ella—. Temía por vos, Mansur. Hemos perdido a Rowley.

Con la ayuda de Mansur avanzó torpemente por el hielo y luego por la hierba del prado.

Entre la multitud que caminaba delante de ella distinguió la figura erguida de Leonor, antes de que desapareciera en el paso que conducía al portal del convento, un sendero empinado y estrecho flanqueado por muros de la altura de un hombre. Lo habían cavado con la finalidad de transportar el ataúd de Rosamunda; había recibido, en cambio, una litera fabricada con remos cubiertos por una vela, debajo de la cual descansaba el cuerpo contraído de un mercenario.

No obstante, era un hermoso pasillo. En la salida se encontraba una mujer mayor, cuya estudiada apatía era una señal de su alivio.

—Te tomaste tu tiempo.

Adelia se echó en sus brazos, balbuceando.

—Por supuesto, ella está bien —dijo Gyltha—. Gorda y saludable como una pulga. ¿Creíste que no sabría cuidarla? Por Dios, chica, te marchaste ayer.

CAPÍTULO 8

Si la perspectiva de alimentar y hospedar a unos cuarenta hombres, mujeres y perros exhaustos, maltrechos, helados —que, arrastrando los pies, atravesaban el portal de su convento— la había desanimado, la madre Edyve lo disimuló. No obstante, su desánimo sin duda fue mayor cuando comprobó que el contingente incluía a la reina de Inglaterra y al abad de Eynsham. En Godstow ninguno de ellos era considerado un amigo, y menos aún una tropa de mercenarios.

La madre Edyve no imaginó, sin embargo, que estaba dando la bienvenida a un ejército de ocupación.

Ordenó que sirvieran a sus huéspedes leche tibia cuajada con cerveza; cedió su casa a la reina Leonor y sus doncellas; alojó al abad y a Montignard en el ala reservada a los hombres en la casa de huéspedes, junto con sus sirvientes y los que formaban parte del séquito de la reina; y a Schwyz, en el puesto de vigilancia. Guardó los perros y los halcones de la reina en las casetas y jaulas destinadas a sus propios animales. Y distribuyó a los demás hombres por todas partes, alojando a uno junto al herrero, a otro en la panadería y a los restantes en las casas de los antiguos criados, ya ancianos, que formaban una pequeña aldea dentro de los muros del convento.

—Parece que los ha separado y ninguno de ellos está donde hay mujeres. La madre Edyve es astuta —dijo Gyltha, conforme con la decisión de la religiosa.

Fue Gyltha quien relató a la abadesa lo sucedido en Wormhold. Adelia estaba demasiado cansada y no era capaz de contar que Rowley había muerto, porque no lo podía creer.

—Ella no lo cree —le dijo Gyltha después de hablar con la madre Edyve—. Yo tampoco. Ahora debo cuidar de ti y de Mansur.

Mansur detestaba quejarse. Afirmó una y otra vez que se sentía bien. Pero, a diferencia de Jacques, Walt y la propia Adelia, había pasado horas expuesto al aire frío mientras impulsaba la barca con la pértiga, por lo cual ella y Gyltha estaban preocupadas por él.

—Grandísimo tonto, mira cómo han quedado tus manos —dijo Gyltha. Como siempre, el enfado era su forma de manifestar su preocupación.

Las palmas de Mansur sangraban en los lugares donde la madera de la pértiga había rasgado los mitones y luego la piel.

Adelia temía que sus dedos se hubieran congelado. Las partes que sobresalían de los mitones arruinados se veían pálidas y brillantes.

—No me duelen —dijo Mansur, imperturbable.

—Comenzarán a doler en poco tiempo —le anunció Adelia.

Gyltha fue presurosa a la habitación donde se alojaba Mansur para alcanzarle una

túnica seca y una capa, y a la cocina para recoger un cubo con agua caliente. Habría sumergido allí las manos del hombre si Adelia no lo hubiera impedido.

—Espera hasta que se calienten un poco —le indicó, y agregó que no debía acercarse al brasero al cuerpo de Mansur.

El fenómeno de la congelación había interesado a su padre adoptivo, que había observado su efecto mientras pasaba las vacaciones en los Alpes. De hecho, se había atrevido a pasar allí un invierno para estudiarlo y había llegado a la conclusión de que, para curar a los afectados, el calentamiento debía ser gradual.

La pequeña Allie —a quien siempre mantenían alejada del brasero para evitar quemaduras— trató de levantar el cubo de agua. Adelia habría podido divertirse observando cómo esa niña extraordinaria peleaba con Gyltha, pero la sangre comenzaba a circular otra vez por los músculos y huesos congelados y sentía un dolor lacerante en sus dedos. Consideró la posibilidad de que ella y Mansur recurrieran a una infusión de sauce blanco para aliviar el dolor. Luego la descartó. Ambos eran estoicos y el hecho de que los dedos de manos y pies se enrojecieran sin formar ampollas indicaba que el daño era leve. Prefirió reservar el medicamento para enfermos más graves.

Se arrastró hacia la cama para sufrir más cómodamente. No tuvo energía o voluntad suficientes para apartar a Guardián, que dio un salto para acomodarse junto a ella. En el bote, el perro había viajado en su regazo para darle calor. Adelia podía hacer lo mismo por él sin preocuparse por las pulgas.

—¿Qué has hecho con Dakers?

—Ah, ella —dijo Gyltha. El esqueleto andante que Adelia había arrastrado hasta allí no era de su agrado, pero al ver que Adelia, efectivamente, lo arrastraba a través del portal del convento, comprendió que era necesario mantenerlo con vida—. Qué criatura horrible. La entregué a la hermana Havis, y ella la dejó en la enfermería, en manos de la hermana Jennet. Está bien.

—Bien hecho —respondió Adelia, cerrando los ojos.

—¿No quieres saber quién apareció por aquí cuando te marchaste?

—No.

• • •

Adelia despertó por la tarde. Mansur había regresado a la casa de huéspedes para descansar. Sentada junto a la cama, Gyltha tejía. Cuando vendía anguilas, sus clientes escandinavos le habían enseñado a hacerlo.

Los ojos de Adelia se posaron en la figura regordeta de Allie, que se arrastraba de espaldas por el suelo mientras perseguía al perro y sonreía mostrando el único y diminuto diente, que había aparecido en la encía inferior después de la partida de su madre.

—Juro que no os abandonaré nunca más —dijo Adelia.

—Te repito que solo fueron treinta horas —bufó Gyltha.

Sin embargo, Adelia sabía que, de algún modo, la separación había sido más larga.

—La separación pudo haber sido definitiva —dijo—. Lo fue para Rowley.

Gyltha no estaba dispuesta a tolerar que dijera tal cosa.

—Volverá. Ya lo verás, en persona. Hace falta más que un poco de nieve para terminar con ese muchacho. —Para Gyltha, el Muy Reverendo Obispo de Saint Albans siempre sería «ese muchacho».

—Él puede vivir sin mí —dijo Adelia, apretando los dientes, como quien se agarra a una tabla de salvación, para que el dolor no la avasallara—. No le importa su vida, así que menos le importamos Allie y yo.

«Salvo para hacer que salga el sol».

—Claro que le importáis. Ha salido a evitar una guerra que se llevaría muchas más vidas. Es cosa de Dios y el Señor cuidará de él.

Si bien Adelia trataba de aferrarse también a esa idea, había sentido verdadero miedo.

—No me importa. Si es asunto de Dios, que Él se haga cargo. Nosotras nos marchamos. En cuanto la nieve se funda, regresaremos a los pantanos.

—¿Sí?

—No lo dudes. Hablo en serio.

En los pantanos, la vida de Adelia había sido aceptable, ordenada, útil. El hombre que había solicitado su participación, que la había enredado en todo aquello, la había arrancado de allí por la fuerza y luego la había abandonado en un angustioso estado físico y mental. Y lo peor de todo era que había revivido en ella un sentimiento que creía muerto.

«Salvo para hacer que salga el sol».

«Maldición, no debéis pensar en ello».

—De todos modos, esto es un asunto político. El asesinato de Rosamunda, según puedo apreciar, es un crimen que se relaciona con las ventajas que reyes y reinas pueden obtener de él. Algo que está más allá de mi alcance. Tal vez murió a causa de las setas. Pero ¿puedo saber quién las envió? No, punto final. Soy una médica, no me arrastrarán a sus guerras. Por el amor de Dios, Gyltha, Leonor me secuestró y estuve a punto de formar parte de su maldito ejército.

—Le salvaste la vida.

—¿Qué podía hacer? Dakers se acercaba a ella con un cuchillo.

—¿Estás segura de que no quieres saber quién apareció por aquí?

—No. Solo quiero saber si alguien puede impedir que nos marchemos.

Todo indicaba que, debido al estado físico de todos los viajeros que habían

llegado al convento, incluida Leonor, nadie había pensado un solo instante en la mujer que había salvado la vida de la reina. Tampoco en la mujer que había estado a punto de quitársela. La prioridad había sido abrigarse y dormir.

Adelia pensó que probablemente la reina se había olvidado de Dakers y de ella y que, cuando los caminos estuvieran transitables, se dirigiría a Oxford sin prestar atención a ninguna de las dos. Para entonces, ella estaría fuera de su alcance. Se llevaría a Gyltha, a Mansur y a Allie y dejaría que la señora Dakers tramara sus propios y horrendos planes. Ya no le importaba.

Gyltha fue a la cocina para buscar la cena.

Adelia se inclinó desde la cama, levantó a su hija, apretó su nariz contra la mejilla tibia y satinada de la niña y la sostuvo sobre sus rodillas para mirarla a la cara.

—Nos vamos a casa, ¿verdad, señora? Sí. No vamos a involucrarnos en una de sus guerras, ¿no es así? No lo haremos. Nos iremos lejos, regresaremos a Salerno, sin preocuparnos por lo que diga el desagradable rey Enrique. De alguna manera conseguiremos el dinero. No pongáis esa cara. —Al ver la expresión de Allie, que estiraba el labio inferior y mostraba su diente nuevo, su madre recordó el camello que había visto en la colección de animales salvajes de Salerno—. Os gustará Salerno, no hace frío. Llevaremos a Mansur, a Gyltha y a Ulf. ¿Echáis de menos a Ulf? También yo.

Si hubiera estado dispuesta a seguir adelante con la investigación, el nieto de Gyltha habría podido ser sus ojos y sus oídos. Tenía la capacidad de mezclarse entre la gente sin llamar la atención, como solo podía hacerlo un pillo de once años. Sus rasgos, muy poco atractivos, mentían sobre su inteligencia. No obstante, Adelia agradecía a Dios que al menos Ulf estuviera fuera de peligro, aunque se preguntó qué habría dicho acerca de aquella situación.

Allie comenzó a agitarse, quería seguir jugando con Guardián. Adelia la dejó distraídamente en el suelo. En su cabeza resonaba una voz áspera, penetrante, como la de un cuervo, que hacía preguntas. Hubo un diálogo silencioso, irreal.

—*Dos asesinatos, ¿verdad? Rosamunda y el joven del puente. ¿Creéis que están relacionados?*

—No lo sé, no tiene importancia.

—*Depende de quién sea el joven. Alguien debería averiguar por qué su muerte no había causado alboroto. Quien lo hiciera, deseaba verle muerto. Y que su muerte no pasara inadvertida. ¿No es así?*

—Esa era mi hipótesis. Pero no ha habido tiempo. Seguramente la nieve los demoró.

—*Alguien ha llegado.*

—No me importa. Me voy a casa. Tengo miedo.

—*¿Y dejarás al pobre infeliz en la cámara de hielo? Sin duda, eres muy piadosa.*

—Oh, cierra la boca.

Adelia necesitaba orden. De alguna manera, era una característica apreciada en su profesión; los muertos no hacían movimientos inesperados, no amenazaban con un cuchillo. El hecho de perder el control, de estar a merced de los caprichos de otros — en especial de aquellos que tenían malas intenciones, como le había sucedido en Wormhold y en la travesía por el río— la había alterado profundamente.

En el convento se sentía protegida; la armonía de su habitación, alargada, sencilla, allí en la cama, a poca distancia del suelo, le brindaba serenidad. Fuera ya había oscurecido. El brasero emitía una luz tenue y las vigas proyectaban su sombra más o menos oscura en el yeso del techo, formando un diseño regular y agradable. Las voces lejanas y amortiguadas —Gyltha había rellenado con lana las aberturas de los postigos para combatir el frío— de las monjas que rezaban las vísperas eran tranquilizadoras: daban testimonio de una disciplinada rutina instaurada mil años antes. No obstante, aquella calma y aquel orden eran ilusorios, porque en la cámara de hielo del convento yacía un cadáver y a siete millas de allí una mujer muerta continuaba sentada frente a un escritorio. Ambos esperaban algo.

La resolución del enigma.

«No puedo daros la solución. Tengo miedo. Quiero estar en casa», se dijo.

Sin embargo, toscas imágenes que creía olvidadas aparecían sin cesar en su mente: huellas en la nieve, una carta arrugada en una alforja, otras cartas, copias de cartas, la nariz porcina de Bertha husmeando un perfume...

Gyltha regresó. Sus manos traían una gran olla con caldo de carnero y unas cucharas. Una hogaza de pan y una botella de cuero llena de cerveza asomaban debajo de cada brazo. Echó un poco de caldo en el cuenco de Allie, le agregó pan y comenzó a molerlo para transformarlo en una papilla. Se llevó los trozos de carne a la boca, los trituró con sus dientes grandes y fuertes hasta convertirlos también en papilla, y luego los colocó nuevamente en el cuenco.

—Nabo y cebada. Hay que reconocer que las monjas preparan una buena cena. Y esta mañana la pequeña tomó una sopa espesa de avena con leche recién ordeñada.

Con cierta reticencia, porque sabía que mencionar alguno de los problemas irresueltos significaba admitir su existencia, Adelia preguntó:

—¿Bertha está aún en el establo?

—La pobre no sale de allí. ¿Esa Dakers todavía quiere estrangularla?

—No lo creo.

La tarea de alimentar a la entusiasta Allie mientras ella intentaba hacerlo por sí misma requería gran concentración. No era posible ocupar la mente con otros pensamientos. Gyltha y Adelia quitaron los restos de comida del cabello de Allie, hicieron lo mismo con el propio, y luego llevaron a la niña a la cama. Las dos mujeres cenaron en silencio, con los pies junto al brasero, compartiendo la botella de

cerveza.

Adelia se sintió reconfortada. El dolor comenzaba a disminuir. Pensó que en ese momento su sensación de seguridad se debía a la mujer de rostro anguloso que estaba sentada frente a ella. No dejaba de agradecer un solo día al prior Geoffrey que la hubiera introducido en su vida, y sentía terror al pensar que Gyltha podía abandonarla, aun cuando le asombraba que permaneciera junto a ella.

—Gyltha, ¿te molesta estar aquí?

—No puedo elegir, muchacha. Hay demasiada nieve. Por si no lo habías notado, está nevando otra vez. El camino hacia el río desapareció, está tapado.

—Me refiero a que galopamos por el campo para llegar hasta aquí, estamos lejos de casa... y todo lo demás. Nunca te quejas.

Gyltha liberó una hebra de carne atrapada entre los dientes, la observó y la llevó nuevamente a la boca.

—Supongo que me necesitan aquí.

Tal vez tenía razón. En general las mujeres debían estar donde les indicaran. En el caso de Gyltha era el pantano de Cambridgeshire, un lugar increíblemente exótico para Adelia, pero indudablemente muy monótono. Probablemente el corazón de Gyltha se aceleraba ante la perspectiva de viajar a tierras extranjeras, como un cruzado. Tal vez ella anhelaba tanto como Rowley que su país conservara la paz. O deseaba ser testigo de que, para aquellos que mataban, existía la justicia divina, y estaba dispuesta a asumir el riesgo que ello implicaba.

—¿Qué haría sin ti? —preguntó Adelia, moviendo la cabeza.

Gyltha vertió los restos del caldo de Adelia en su cuenco y lo dejó en el suelo, cerca de Guardián.

—Para empezar, no tendrías tiempo para descubrir quién acabó con ese pobre muchacho y quien mató a Rosamunda.

—Oh —suspiró Adelia—, muy bien, dímelo.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó Gyltha, sonriendo con suficiencia.

—Lo sabes bien. ¿Quién ha llegado? ¿Quién ha hecho preguntas sobre el muchacho oculto en la cámara de hielo? Alguien quería que lo encontraran y, sin duda, ese «alguien» intentará averiguar por qué no fue hallado. ¿Quién es?

No se trataba de una sola persona. Como arrojados por la nieve que luego había cubierto el lugar, cuatro viajeros habían llegado a Godstow mientras Adelia estaba ausente.

—El señor y la señora Bloat, de Abingdon. El padre y la madre de Emma, la chica que conociste. Llegaron para la boda.

—¿Cómo son?

—Grandes —dijo Gyltha, extendiendo los brazos como si tratara de abarcar tres árboles—. Él tiene una gran barriga, una gran voz, dice grandes palabras. Muge como

un toro para decir que no hay quien embarque tanto vino desde otros países y venda más y a mejores precios. No me sorprende. Es un cerdo a caballo.

Adelia dedujo que el señor Bloat alardeaba de una posición que no concordaba con su origen.

—¿Y la esposa?

A modo de respuesta, Gyltha sonrió estúpidamente, tomó la botella de cerveza y levantó ostentosamente el dedo meñique mientras simulaba beber. Evidentemente, no se entendía con los Bloat.

—Sin embargo, es poco probable que sean asesinos —dijo Adelia—. ¿Quiénes son los demás?

—Su futuro yerno.

Otra persona con un motivo válido para viajar a Godstow.

—Ajá.

El hermoso y galante poeta había llegado al convento para llevarse a su novia. El amor iluminaría, al menos por un rato, la oscuridad invernal que rodeaba a aquella jovencita espontánea y encantadora.

—¿Cómo llegó hasta aquí?

Gyltha se encogió de hombros.

—Como los demás, llegó desde Oxford antes de que comenzara la tormenta de nieve. Parece que tiene una finca junto al río, pero no pasa mucho tiempo allí. Polly dice que es una ruina. —Era evidente que había hecho amistades en la cocina—. Durante la guerra, su padre estuvo en el bando de Esteban. Tenía un castillo río arriba. El rey Enrique ordenó que lo destruyeran.

—¿Es tan apuesto como cree Emma?

Adelia advirtió que Gyltha tampoco se entendía con él.

—Tiene un aspecto agradable y digno. Es mayor de lo que esperaba y, por la manera de dar órdenes a su gente, un verdadero señor. Estuvo casado, pero su esposa murió. Los Bloat le lamen las botas para que su hija pueda pertenecer a la nobleza... —Gyltha tomó aire y se inclinó hacia delante para añadir—: Y él aceptó de buena gana la dote de doscientos marcos en oro.

—¿Doscientos marcos? Es una suma enorme.

—Eso dijo Polly. En oro —Gyltha enfatizó sus palabras asintiendo con la cabeza—. Al señor Bloat no le falta dinero.

—No, sin duda, dado que se dispone a comprar la felicidad de su hija, pero... ¿ella es feliz?

Gyltha se encogió de hombros.

—No la he visto. Está en el claustro. Yo suponía que saldría corriendo para ver al tal lord Wolvercote.

—¿Wolvercote?

—Ese es el nombre de su señoría. Es muy adecuado para él, tiene un aspecto que inspira poca confianza^[1].

—Gyltha, Wolvercote es el hombre que ha formado un ejército para la reina. Se supone que se encuentra en Oxford, esperando la llegada de Leonor.

—Pero no está en Oxford. Está aquí.

—¿Sigue aquí? Sin embargo, tampoco es probable que él sea un asesino —dijo Adelia, decidida a ver el lado novelesco del asunto—. El hecho de que esté dispuesto a retrasar el inicio de una guerra porque no quiere demorar su boda habla a favor de él.

—La está retrasando por Emma y sus doscientos marcos. En oro —le recordó Gyltha—. ¿Sabes lo que hizo en cuanto regresó al pueblo? —preguntó, inclinándose hacia delante y apuntando a Adelia con la aguja de tejer—. Encontró a un par de pillos robando en su finca y los colgó, de inmediato.

—¿Los dos hombres del puente? Me preguntaba quiénes eran.

—A la hermana Havis no le gustó. Eso dice Polly. Armó un verdadero alboroto. Como sabes, es el puente de la abadía y a las monjas no les gusta que lo decoren con muertos. «Debéis llevaros esos cuerpos ya mismo», le dijo a su señoría. Pero él respondió que el puente era suyo y que no lo haría. Así fue.

—Por Dios —exclamó Adelia, desencantada—. Y bien, ¿quién es la cuarta persona que ha llegado al convento?

—Un abogado de apellido Warin. Ha estado haciendo preguntas. Parece muy preocupado por su primo, que fue visto por última vez mientras cabalgaba cerca del río.

—Warin. Él escribió la carta que llevaba el muchacho.

Adelia sintió que la barrera de hielo comenzaba a fundirse en su cabeza y permitía que sus recuerdos fluyeran.

«Tu afectuoso primo, Wlm Warin, caballero de las leyes, quien aquí envía: 2 marcos de plata como anticipo de vuestra Herencia. El resto será Exigido cuando nos reunamos».

Cartas y más cartas. Una, en la alforja del hombre muerto. Otra, en el escritorio de Rosamunda. ¿Eran la conexión entre los dos asesinatos? No necesariamente. La gente solía escribir cartas. Por otra parte...

—¿Cuándo llegó el señor Warin en busca de su primo?

—Anoche, muy tarde, después de la tormenta de nieve. Es un llorón. Se echó a llorar porque temía que su primo hubiera quedado atrapado en la nieve o que lo hubieran asaltado para robarle el dinero. Quería cruzar el puente y preguntar en el pueblo, pero la nieve comenzó a caer otra vez y no pudo hacerlo.

Adelia llegó a una conclusión.

—Supo muy rápidamente que el muchacho se había perdido. Quien se encuentra

en la cámara de hielo debe ser Talbot de Kidlington, y lo mataron anoche.

—¿Esa es la clave? —preguntó Gyltha. Sus ojos brillaban como los de un predador.

—No lo sé, tal vez no. Oh, Dios..., y ahora, ¿qué pasa?

La campana de la iglesia que se encontraba a la vera del camino había comenzado a sonar. Las vibraciones se sentían en la cama y derramaban el agua de la jarra en el lavamanos. Allie comenzó a chillar. Adelia se apresuró a taparle las orejas.

—¿Qué es esto? —preguntó. Las campanas no anunciaban un oficio religioso.

Gyltha apoyó la oreja en el postigo para oír los gritos que llegaban del callejón: «¡Todos a la iglesia!».

—¿Es un incendio? —preguntó Adelia.

—No lo sé. Creo que es una reunión en la iglesia —opinó Gyltha antes de sumarse a la fila de capas que ondeaban bajo el viento.

Adelia comenzó a envolver a Allie con pieles.

Fuera, grupos de personas corrían hacia ambos extremos del callejón y se unían a la multitud congregada en el bullicioso atrio de la iglesia. Conversaban alarmadas, se hacían preguntas que no tenían respuesta. Poco a poco el ruido disminuyó hasta desaparecer. Aun colmada de gente, la iglesia estaba silenciosa y oscura. Toda la luz se concentraba en la zona del altar. Se veían hombres sentados en el coro, algunos de ellos vestidos con cota de malla. Habían colocado el trono del obispo frente al altar, para que la reina Leonor lo ocupara, luciendo su corona. No obstante, parecía pequeña en el enorme sillón.

Junto a ella se encontraba un caballero con yelmo. La capa echada hacia atrás permitía ver el peto de su tabardo, donde se distinguía un blasón blanco y escarlata con la cabeza de un lobo. Una mano enguantada reposaba sobre la empuñadura de la espada, tan quieta que habría podido ser una escultura coloreada. Sin embargo, aquella figura llamaba la atención.

El murmullo de los recién llegados cesó. Todos los pobladores de Godstow se encontraban en la iglesia. Al menos, todos los que podían caminar. Adelia miró a su alrededor buscando un espacio libre; temía que la niña que llevaba en brazos fuera aplastada por la multitud. Algunas personas que ya se habían ubicado allí la ayudaron a subir a un monumento funerario. Gyltha y Guardián la siguieron.

La campana calló. Solo había sido el anuncio de lo que sucedería y se hizo más perceptible cuando el sonido cesó. Cuando el caballero hizo una seña con la cabeza, un hombre de librea que se hallaba detrás del coro dio media vuelta y abrió la puerta de la sacristía, por donde solían entrar las religiosas.

La madre Edyve entró en la iglesia apoyándose en su bastón, seguida por las hermanas de Godstow. Al llegar a la zona del altar, hizo una pausa y observó a los hombres que ocupaban los lugares habitualmente reservados para ella y sus monjas.

El abad de Eynsham estaba sentado allí, junto a Schwyz, Montignard y otros. Todos permanecieron inmóviles.

La muchedumbre emitió un consternado murmullo. La madre Edyve sencillamente inclinó la cabeza y avanzó cojeando frente a ellos, alzando un dedo para indicar a las religiosas que la siguieran mientras bajaba los peldaños, para sumarse a los fieles congregados en el lugar.

Adelia observó la nave tratando de encontrar a Mansur. No lo vio, pero, en cambio, advirtió que a lo largo de las paredes se alineaban hombres vestidos con cota de malla que empuñaban sus espadas, semejantes a roblones de hierro y acero surgidos de los antiguos muros: eran centinelas. Luego giró la cabeza hacia el altar. El caballero que acompañaba a la reina había comenzado a hablar.

—Todos vosotros me conocéis. Soy el señor de Wolvercote y en nombre de nuestro Salvador y de mi graciosa señora, la reina Leonor de Inglaterra, proclamo que desde este momento el distrito de Godstow será defendido de los enemigos de Su Majestad hasta que su causa triunfe en este territorio.

Su voz, sorprendentemente aguda y débil, no parecía apropiada para un hombre de su estatura. No obstante, en medio de ese silencio era audible.

Se oyeron murmullos escépticos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó un hombre situado detrás de Adelia.

—¿El cabrón dice que estamos en guerra? —murmuró otro.

Desde la nave surgió un grito.

—¿Quiénes son los enemigos? Nosotros no tenemos enemigos, salvo la nieve.

Adelia creyó reconocer la voz del molinero que había formulado una pregunta al obispo Rowley. Las risas burlonas colmaron la nave.

De inmediato, dos soldados se adelantaron desde la pared orientada al sur y, con la hoja de su espada, apartaron a la gente que rodeaba a aquel irrespetuoso.

En efecto, era el molinero. Adelia logró ver su cara redonda, desconcertada, boquiabierta. Los hombres que lo arrastraban lucían el blasón con la cabeza del lobo. Detrás de ellos, un chico gritó:

—¡Papá! ¡Dejen en paz a mi papá!

Adelia no pudo ver qué sucedió después. Las puertas se cerraron estrepitosamente. El silencio regresó a la iglesia.

—La desobediencia no será tolerada —dijo lord Wolvercote—. La autoridad militar gobierna esta abadía y sus habitantes están sujetos a la ley marcial. Se impondrá el toque de queda...

Adelia se encogió de hombros. No podía creerlo. Lo más impactante de aquel discurso era su estupidez. Wolvercote estaba generando hostilidad en aquellas personas que debían ser sus aliadas, al menos hasta que dejara de nevar. Y lo hacía sin necesidad. Tal como había dicho el molinero, allí no había enemigos. Ella sabía

que el ejército más próximo se encontraba en las cercanías de Oxford, un territorio que pertenecía a Wolvercote.

«Oh, Dios. Un hombre estúpido es, entre todos los animales, el más peligroso», pensó.

Desde el coro, Montignard dedicaba sus sonrisas a la reina. Mientras la mayoría de los personajes encumbrados observaba a la multitud reunida en la nave, el abad de Eynsham se miraba las uñas y Schwyz fruncía el ceño, como si se sintiera obligado a observar a un mono vestido con prendas de hombre.

Lord Wolvercote no había tenido necesidad de pronunciar esas palabras. Lo comprendía Adelia, una persona que nada sabía de guerras. Él no podía ignorarlo, era un hombre experto en temas militares.

—Las religiosas permanecerán en el claustro. Mientras la nieve perdure, se impondrá el racionamiento. Se servirá una comida diaria; para los nobles, en el refectorio, y para los villanos, en el granero. La población solo podrá reunirse para la misa. Se prohíbe formar grupos de cinco o más personas.

—Entonces, se quedará sin comer —susurró Gyltha.

Adelia sonrió. Pensó que la estupidez había alcanzado un grado extremo. Tan solo en la cocina trabajaban veinte personas. Si no podían permanecer juntas, nadie prepararía la comida. Cualquiera que fuera el objetivo de aquel hombre, no había encontrado la manera adecuada de lograrlo. Aunque, después de reflexionar un instante, comprendió que lord Wolvercote no conocía otra manera de actuar: para él, las personas temerosas eran obedientes. Y aquellas personas sentían un miedo fácilmente perceptible. Los recuerdos habían provocado escalofríos en todos los cuerpos que colmaban la iglesia. Una antigua desesperanza había resurgido. Los Jinetes del Apocalipsis habían llegado para acabar con la paz, comandados por un cerdo imbécil. ¿Para qué?

Schwyz y el abad de Eynsham parecían desconcertados. Todos pertenecían al mismo bando, defendían a la reina. Sin embargo, aparentemente Wolvercote había decidido arrogarse autoridad sobre sus aliados antes de que pudieran desafiarlo. En ese caso, si ganaban la guerra, la gloria no le correspondería al abad, a Schwyz, a ningún otro hombre. Lord Wolvercote había llegado para estar junto a la reina, decidido a ser su salvador. Si ganaba la guerra, podría convertirse en el verdadero regente de Inglaterra.

«Estoy viendo cómo un hombre arroja los dados», se dijo Adelia.

Después de impartir sus órdenes, lord Wolvercote dio media vuelta, se hincó frente a Leonor y desenvainó la espada apuntando la empuñadura hacia ella.

—Vuestro fiel servidor, siempre, mi señora. Juro lealtad a Su Majestad y a Dios.

Leonor puso su mano en la empuñadura, se levantó del trono, esquivó a lord Wolvercote para bajar los escalones del altar y alzó su pequeña mano. Estaba

hermosa.

—Yo, Leonor, reina de Inglaterra, duquesa de Aquitania, juro que vosotros sois mi pueblo y que os amaré y os serviré como amo y sirvo a mi señor Jesucristo. —Tal vez la reina esperaba aplausos, pero no los consiguió. De todos modos, sonrió, segura de su encanto—. Lord Wolvercote, mi buen y fiel vasallo, a pesar de ser un guerrero, es un hombre capaz de amar. Así lo testimonia el hecho de que en un par de días contraerá matrimonio con una joven del lugar. Todos estáis invitados a la boda. — Aquellas palabras tampoco despertaron aplausos. En cambio, desde algún lugar de la multitud surgió una sonora flatulencia.

Los soldados miraron en todas direcciones, tratando de encontrar al culpable. La muchedumbre se estremeció, pero los rostros permanecieron imperturbables.

«Cuánto me gustan los ingleses», pensó Adelia.

El abad de Eynsham, de pie, trató de salvar la situación bendiciendo a los presentes.

—Podéis marcharos en paz.

Las puertas se abrieron. La gente del pueblo salió en fila, entre una falange de hombres armados que, sin decir una palabra, les ordenó regresar a sus casas.

• • •

De regreso en su habitación, Gyltha se quitó la capa.

—¿Se han vuelto tontos o la tonta soy yo?

—Los tontos son ellos —respondió Adelia, mientras dejaba en la cama a Allie, que, a causa del aburrimiento, se había dormido.

—¿Qué ganarán de esa manera?

—Pelear entre ellos —dijo Adelia—. Lord Wolvercote quiere asegurarse el puesto de defensor de la reina antes de que ella pueda elegir a otro. ¿Viste la cara de Schwyz?

—¿Defensor de la reina? —Gyltha usaba un tono burlón—. Si antes de esto Godstow no estaba a favor de Enrique Plantagenet, sin duda lo está ahora. Eso consiguió el defensor de la reina.

Alguien golpeó la puerta.

Era Cross, el mercenario, agresivo como nunca. Se dirigió a Gyltha, mientras con el mentón señalaba a Adelia.

—Ella debe venir conmigo.

—¿Y tú quién eres? Ah, eres uno de esos —dijo Gyltha enfadada, y empujó al hombre—. Ella no irá a ningún sitio contigo, pirata. Puedes decirle a ese maldito Wolvercote que yo lo decidí.

El mercenario parecía ahora un poco confundido.

—No son órdenes de Wolvercote, sino de Schwyz. —Hizo una pausa, miró a

Adelia y la interpeló—: Explicádselo.

Gyltha siguió empujándolo.

—No me importa quién te da órdenes, eres un maldito pelele. Sal de aquí.

—En realidad, me envía de parte de la hermana Jennet —continuó Cross, dirigiéndose nuevamente a Adelia. La monja era la enfermera de Godstow—. El doctor os necesita con urgencia.

Gyltha cambió de tono.

—¿Qué doctor?

—El moreno. Creía que era un barquero, pero resultó ser médico.

—Se trata de un paciente —dijo Adelia, aliviada. Por fin había algo de lo que podía encargarse, un trabajo de verdad. Se inclinó para besar a Allie y luego fue a buscar su bolsa—. ¿Quién es? ¿Qué le ocurre?

—Es Poyns, por supuesto —respondió Cross, dando por sentado que Adelia debía saberlo—. Su brazo no está bien.

—¿Qué le pasa al brazo?

—Se ha puesto verdoso.

—Ya... —murmuró Adelia, y decidió incluir sus cuchillos en la bolsa.

Salieron, acompañados por Guardián, entre los suaves empujones que Gyltha propinaba al mercenario.

—Y tráela tan sana como te la llevas, maldito náufrago, o tendrás que darme explicaciones. ¿Qué me dices del toque de queda?

—No lo decidí yo —gritó Cross mientras se alejaban—, fue idea de Wolvercote.

De todos modos, el toque de queda ya regía. Desde algún lugar del campo llegó el aullido de un zorro. Guardián respondió con un gruñido. Por lo demás, en la abadía reinaba el silencio. Mientras bordeaban la iglesia y se dirigían al granero, un centinela salió de la puerta de la pequeña torre cónica que servía de prisión al convento. La antorcha colocada sobre el marco de la puerta iluminaba su yelmo. El hombre estaba armado con una lanza.

—¿Quién anda por ahí?

—Vamos a la enfermería, compañero —dijo Cross—. Ella es una enfermera. Un amigo está grave.

—Dadme la contraseña.

—¿De qué contraseña estáis hablando? Soy un soldado de la reina, al igual que vos.

—En nombre de lord Wolvercote, dadme la contraseña si no queréis que os atraviere con mi lanza.

—Amigo, escuchadme. —Fingiendo que intentaba dar una explicación, Cross avanzó hacia el centinela arrastrando los pies y le dio un golpe en la mandíbula. Aun cuando el centinela era más alto, cayó como si lo hubieran atacado con un hacha.

Cross ni siquiera lo miró. En cambio, hizo un gesto a Adelia.

—Sigamos.

Antes de obedecer, ella verificó que el centinela siguiera respirando. Así era, estaba vivo y comenzaba a gruñir.

En cierto modo, le habían dado una contraseña.

• • •

La hermana Jennet ponía en peligro su alma inmortal recurriendo a un hombre al cual consideraba un médico pagano. Tampoco hacía lo correcto al admitir la presencia de su «ayudante», una mujer cuya relación con el obispo había alentado especulaciones entre las religiosas, aun cuando durante su visita el propio obispo se había referido a la maestría y la amplitud de los conocimientos de la medicina árabe, en general, y de este médico en particular. Y si bien era una religiosa, la hermana Jennet era una médica *manquéé*^[2]. Su ser se rebelaba ante la posibilidad de que uno de sus pacientes muriera a causa de una enfermedad que un sarraceno podía curar.

Esa lucha interior se evidenció en el enfado con que saludó a Adelia.

—Os habéis tomado vuestro tiempo, señora. Y dejad ese perro fuera—. Ya es suficiente que deba tolerar mercenarios en esta sala —afirmó, lanzando una mirada iracunda a Cross, que se encogió acobardado.

Adelia había conocido enfermerías en las cuales el olor de Guardián habría sido un agradable perfume. No allí. Nunca había visto una sala tan limpia. Sobre las tablas del suelo se veía paja fresca; en el aire flotaba el aroma de las hierbas que se quemaban en los braseros; las sábanas estaban inmaculadamente blancas; las cabezas de todos los pacientes estaban rapadas para combatir los piojos; las monjas que trabajaban con la hermana Jennet lo hacían en orden. Todo sugería que se atendía eficientemente a los enfermos.

—Tal vez podáis decirme en qué puedo ayudar —dijo la ayudante del médico después de cerrar la puerta, dejando a su perro fuera.

La hermana Jennet se desconcertó. Los modales de Adelia y la sencillez de su atuendo no eran propios de una prostituta que ofrecía sus servicios a un obispo. Un poco más serena, la enfermera explicó qué necesitaba del doctor Mansur.

—Pero todos somos prisioneros en la maldita Torre de Babel.

—No lográis entenderlo —dijo Adelia.

—Ni él a mí —replicó la monja. Ignoraba que, si bien Mansur podía comprender lo que ella decía, no daría un paso sin Adelia—. Por eso envié a este hombre a buscaros. Según me han dicho, habláis su idioma —explicó la hermana Jennet—. ¿Es tan experto como dice el obispo Rowley? —Al mencionar el nombre del obispo, la religiosa apartó rápidamente su mirada del rostro de Adelia.

—No os decepcionará.

—En fin, cualquier cosa es mejor que el barbero del pueblo. No os quedéis allí, venid —dijo la hermana Jennet—, y también vos —agregó, lanzando otra mirada furiosa al mercenario.

El paciente se encontraba en el extremo opuesto de la sala, en una cama rodeada por mamparas de junco. No obstante, el hedor que las atravesaba explicaba el motivo por el cual la enfermera necesitaba la ayuda de un infiel.

Se trataba de un joven. El hombre alto de piel morena y túnica blanca que estaba a su lado aumentaba el terror que le provocaba el lugar donde se encontraba.

—No me duele —repetía.

—¿Dónde estabais? —preguntó Mansur, en árabe.

—En la iglesia; nos reunieron allí para decirnos que estamos en guerra —respondió Adelia en el mismo idioma.

—¿Quién es el enemigo?

—Solo Dios lo sabe. Tal vez los muñecos de nieve. ¿Qué tenemos aquí?

Mansur se inclinó hacia delante y levantó suavemente la pelusa de lino que cubría el brazo izquierdo del muchacho.

—Creo que no hay tiempo que perder.

No se equivocaba. El brazo destrozado estaba entre verdoso y negro y secretaba pus amarillento y fétido.

—¿Cuándo ocurrió? —preguntó Adelia en inglés, y añadió, como solía hacerlo —: El doctor desea saberlo.

—Quedó atrapado bajo la rueda de un carro cuando el muy torpe se dirigía a la torre. ¿Podéis aplicarle algún ungüento?

—¿Cortaréis por debajo del codo? —preguntó Mansur en su lengua.

—No —dijo categóricamente Adelia. Los elocuentes signos de necrosis ya eran visibles más arriba de la articulación—. Podremos considerarnos afortunados si logramos salvar su vida.

—¿Por qué no lo hizo ya la mujer?

—No puede hacerlo. No le está permitido derramar sangre.

La Iglesia prohibía las prácticas quirúrgicas. La hermana Jennet no podía desobedecer esa prohibición.

Mansur frunció su nariz de halcón.

—¿Pensaban dejarlo morir?

—Pensaban recurrir al barbero de Wolvercote —dijo Adelia, sobrecogida por el horror—. Por Dios, un barbero.

—¿Un barbero que derrama sangre? Alá no permita que me afeite.

El barbero se habría visto obligado a hacer su trabajo en la cocina, para no ofender a Dios derramando sangre en el claustro sagrado. Lo mismo valía para Adelia. El profundo desasosiego que la contradicción entre la medicina y la religión

provocaba en la hermana Jennet se manifestó en la manera precipitada y furiosa con que impartió las órdenes necesarias para realizar la operación y en la mirada que dedicó a Mansur mientras él salía de la sala llevando a su paciente; en aquel momento, parecía detestar a ambos.

—Y vos —gritó, dirigiéndose despectivamente a Cross— regresad a la caseta de los perros. Estas gentes no quieren vuestra compañía.

—En realidad, sí —dijo Adelia—. Es útil..., él... conoce la contraseña.

Así fue como la procesión formada por el médico, el paciente, la ayudante del médico, su perro, el mercenario y dos monjas que transportaban las sábanas y el jergón, salió por la puerta de la enfermería, giró a la izquierda y avanzó sin dificultad hacia la cocina.

Adelia dejó que los demás se adelantaran y detuvo a Cross agarrándole de una manga antes de entrar. Lo necesitaba. El paciente tendría menos miedo si su amigo estaba presente. No le tenía simpatía a ese hombre —el sentimiento era recíproco—, pero confió en que mantendría la boca cerrada.

—Escuchadme. El muchacho va a perder el brazo y...

—¿Va a perder el brazo?

Adelia habló sin rodeos.

—La ponzoña se extiende por su brazo. Si llega al corazón, morirá.

—¿El moreno no puede decir algunas palabras mágicas o hacer alguna otra cosa?

—No. Solo amputar el brazo, cortarlo. En realidad, lo haré yo, porque...

—No podéis. Sois mujer.

Adelia ignoró sus palabras. No había tiempo para discutir.

—¿Habéis visto en qué estado se encuentran las manos del doctor? Están vendadas. Oiréis que él habla mientras yo trabajo...

—Él os dirá qué hay que hacer, ¿es así? —dedujo Cross, algo más tranquilo—. Pero ¿qué hará mi compañero sin su brazo?

—¿Qué hará sin su vida? —replicó Adelia. Nuevamente evitó discutir—. Debéis jurar que nunca le diréis a nadie, *a nadie*, lo que veréis esta noche. ¿Habéis entendido?

El gesto desagradable y angustiado de Cross se distendió.

—Es magia, ¿verdad? El moreno hará brujería. Por eso las monjas no están autorizadas a verlo.

—¿Cuál es vuestro santo patrono?

—San Acacio. Siempre me ha ayudado.

—Jurad por él que guardaréis el secreto.

Cross juró.

Durante la noche la cocina estaba desierta. Las monjas cubrieron la enorme tabla de picar con el jergón y las sábanas limpias, para colocar allí al paciente. Luego

hicieron una reverencia y se retiraron.

El joven Poyns miraba con ojos desorbitados; su respiración era agitada; tenía fiebre y estaba muy asustado.

—No me duele, no me duele nada —repitió.

Adelia le sonrió.

—No, y no os dolerá. Ahora os dormiréis. —Tras tranquilizarle así, sacó de su bolsa la botella de opio y un paño limpio. Entretanto, Mansur introducía el juego de cuchillos, envueltos en una red, en una olla con agua hirviente colgada de una barra de metal, encima del fuego. El acero cortaba mejor si estaba caliente.

La luz de la cocina era insuficiente.

—Vos —dijo Adelia, dirigiéndose a Cross—, traed dos velas y sostenedlas, una en cada mano, donde yo os diga. No deben chorrear.

Cross observaba a Mansur, que con sus manos vendadas retiraba los cuchillos de la olla y quitaba la red.

—¿Estáis segura de que sabe lo que hace? —preguntó a Adelia.

—Las velas —susurró ella—. Si no estáis dispuesto a colaborar, podéis marcharos.

Cross decidió colaborar. Al menos, sostuvo las velas, pero en cuanto Adelia colocó el paño embebido en opio sobre la cara del paciente, reaccionó.

—Lo estáis asfixiando.

Mansur lo apartó. Solo tenían unos segundos. El muchacho no debía aspirar el opio demasiado tiempo.

—Sabéis que debemos cortar este brazo. Tal vez él muera de todos modos, pero con seguridad no vivirá si no lo hacemos ya mismo.

—Él os dirá qué hacer, ¿no es así? Es un hechicero, por eso habla de esa manera rara —dijo Cross, sumamente impresionado por la fuerza, la túnica y el turbante de Mansur.

—Tenéis que fingir que sois quien da las instrucciones —le dijo Adelia, en árabe.

Mansur comenzó a parlotear.

La ayudante del médico debía trabajar rápido. Gracias a Dios, la adormidera crecía en abundancia en los pantanos de Cambridgeshire y ella había comprado una buena cantidad de opio. No obstante, tenía que dosificarlo cuidadosamente para aprovechar sus ventajas y evitar sus peligros.

El mundo, en ese momento, no se extendía más allá de la tabla de la mesa.

Para seguir hablando, Mansur eligió como tema *Kitab Alf Layla wa-Layla*, conocido también como *El libro de las mil y una noches*. Así fue como, en la cocina de un convento de Oxfordshire, se oyó la voz aguda de un castrado que relataba en árabe los cuentos de Sherezade, la mujer persa que los había inventado tres siglos antes para demorar su propia ejecución, dispuesta por su esposo, el sultán. Adelia los

había escuchado cuando era niña y le habían fascinado. En aquel momento no les prestaba más atención que al crepitar del fuego.

Si Rowley hubiera sobrevivido al frío y hubiera entrado en aquel momento en la cocina, Adelia no lo habría mirado, y si lo hubiera visto, no lo habría reconocido. Incluso si alguien hubiera mencionado el nombre de su hija, no habría sabido de quién se hablaba. Solo existía el paciente, y ni siquiera él, apenas su brazo. Separó las capas de piel.

—Sutura.

Mansur dejó caer una aguja enhebrada en la mano que ella le tendía y comenzó a secar la sangre con un paño.

Arterias, venas. Debía aserrar el hueso o quebrarlo. Adelia no pensaba cómo sería la vida del paciente sin su brazo, su mente trabajaba a la velocidad que la operación requería.

Algo pesado cayó ruidosamente en el cubo de la basura.

Más puntos de sutura, ungüento, pelusa de lino para cicatrizar, vendas.

Adelia se secó la frente con el antebrazo. El alcance de su visión se fue ampliando lentamente, hasta abarcar las vigas, las ollas y el fuego encendido.

Alguien estaba fastidiándola.

—¿Qué dice el moreno? ¿El muchacho estará bien?

—No lo sé.

—De cualquier manera, fue excelente —dijo Cross estrechando afectuosamente la mano de Mansur—. Decidle que es una maravilla.

—Sois una maravilla —dijo Adelia en árabe.

—Lo sé.

—¿Cómo están vuestras manos? ¿Podéis llevarlo de regreso a la enfermería?

—Sí.

—En ese caso debemos arrojárselo y trasladarlo rápidamente, antes de que el somnífero pierda su efecto. Cuidado con su hombro. Decidle a la hermana Jennet que probablemente vomite cuando despierte. Estaré allí en un minuto.

—El muchacho vivirá, ¿verdad?

Adelia miró a Cross. Después de una operación, siempre estaba malhumorada. Como un atleta después de la carrera, necesitaba tiempo para recuperarse, un tiempo que el mercenario no le concedía.

—El doctor no lo sabe —respondió, dejando de lado la consideración que los médicos debían dispensar a los pacientes y sus allegados. Al fin y al cabo, Cross no había sido más amable con ella mientras viajaban en el bote—. Vuestro amigo es joven, eso cuenta a su favor. Pero la infección de la herida no fue tratada a tiempo —explicó lacónicamente—. Ahora, dejadme en paz.

Cross caminó torpemente hacia Mansur, que ya había cargado al muchacho. Ella

se sentó junto al fuego y comenzó a pensar. Afortunadamente, la enfermera disponía de corteza de sauce en abundancia. El muchacho la necesitaría para aliviar el dolor, si sobrevivía.

Le preocupaba el olor putrefacto que salía del cubo. En aquella cocina se preparaba la comida que todos ellos consumían. Detrás de un armario asomó una rata; sus bigotes apuntaron en dirección al cubo. Adelia se acercó a la pila de leña y le arrojó un tronco.

¿Qué haría con el miembro amputado? En Salerno, otras personas se habrían hecho cargo de él. Siempre había sospechado que lo mezclaban entre los desechos con que alimentaban a los cerdos. Era uno de los motivos de su reticencia a comer la carne de ese animal. La médica se envolvió en su capa y, cargando el cubo, se dirigió al callejón para encontrar un lugar donde arrojar su contenido. Al salir del calor de la cocina, la sorprendió el frío. Era una noche muy oscura.

Un poco más adelante alguien comenzó a gritar.

—No puedo atenderos —dijo Adelia, en voz alta. Sin embargo, trabajosamente fue hacia el lugar de donde provenía la voz, con la esperanza de que alguien llegara antes que ella.

La luz de un farol que se balanceaba surgió en medio de la oscuridad. Se dirigía a la voz que seguía clamando.

—¿Quién anda por allí? Oh, sois vos, señora —dijo Jacques, el mensajero.

—Sí, ¿qué sucede?

—No lo sé.

Ambos corrieron. Otras personas se unieron a ellos en el trayecto. Los faroles permitían vislumbrar rostros alarmados y pies con pantuflas. Dejaron atrás la lavandería, la herrería, los establos. Adelia recordó aquel recorrido y se horrorizó al comprender de dónde provenían los gritos.

Las puertas del establo estaban abiertas. La gente formaba grupos cerca de ellas. Allí estaba la muchacha que ordeñaba las vacas, presa de un ataque de nervios. Algunas personas trataban de calmarla. Otras —eran mayoría— permanecían inmóviles y boquiabiertas, con los faroles en alto, alumbrando la oscilante figura de Bertha. La correa que le rodeaba el cuello pendía de un gancho sujeto a una viga. Los pies desnudos apuntaban hacia abajo, donde, entre la paja que cubría el suelo, se veía un banco caído hacia un lado.

Las monjas lamentaron la muerte de la joven. Se preguntaban qué la habría llevado a cometer un pecado tan grave como el suicidio. ¿No sabía acaso que el dueño de su vida era Dios y que, en consecuencia, había atentado contra su autoridad y había transgredido las prescripciones de la Iglesia y las Sagradas Escrituras?

«No. Bertha no lo sabía. Nadie se lo había enseñado», pensó Adelia enfurecida.

Las monjas lo atribuyeron al sentimiento de culpa. Bertha había servido a

Rosamunda setas venenosas, los remordimientos la habían abrumado.

Ellas, no obstante, eran mujeres buenas y caritativas y aunque no podían enterrar a Bertha en tierra sagrada, llevaron el cuerpo a su propia capilla para hacer vigilia en torno a él hasta el momento del entierro, rezando por su alma durante el trayecto. La muchedumbre que se había reunido frente al establo las siguió.

Bertha nunca había provocado un alboroto semejante. Al fin y al cabo, en una comunidad tan pequeña la muerte siempre era un acontecimiento importante. Y el suicidio, algo fuera de lo común, merecía especial atención.

Indignada, Adelia seguía a la procesión por los callejones a oscuras. Pensaba que durante su corta vida a Bertha todo le había sido negado, y después de su muerte también se le negaba el derecho a una cristiana sepultura.

Jacques caminaba junto a ella meneando la cabeza.

—Es horrible, señora. Supongo que la pobre criatura se ahorcó porque se sentía responsable de la muerte de lady Rosamunda.

—Sin embargo, ella no se sentía responsable. Lo sabéis porque estabais conmigo mientras ella repetía: «No es mi culpa». —Bertha había sido clara al respecto.

—En ese caso, podría deberse a que la señora Dakers le causaba un terror mortal y no se animaba a enfrentarse a ella.

Era verdad que Bertha temía a Dakers. En consecuencia, el veredicto sería que el remordimiento que le causaba la muerte de su ama había sido intolerable, o bien que, aterrorizada por la manera en que Dakers podía vengar esa muerte, había preferido acabar con su vida.

—Es absurdo —dijo Adelia.

—Es un pecado —afirmó Jacques—. De todos modos, que Dios se apiade de su alma.

No obstante, para Adelia, en la escena de Bertha colgando del gancho había algo incoherente.

Estaban cerca de la capilla. Los laicos que acompañaban el cuerpo se detuvieron. Aquel era el territorio de las monjas y ellos debían permanecer fuera. Pero, aun cuando hubiera debido seguir, Adelia ya no habría podido tolerar la tenebrosa conversación de Jacques, las reconvenciones de los hombres y mujeres que los acompañaban, las oraciones de las monjas.

—¿Dónde está la residencia de huéspedes?

Jacques le señaló el camino.

—Os deseo que descanséis, señora. Lo necesitáis.

—Sí —respondió Adelia.

A pesar de que se sentía muy cansada, la causa de su abatimiento no era la fatiga, sino el absurdo, que golpeaba su mente esperando que una puerta se abriera.

El mensajero iluminó los peldaños para que Adelia pudiera subir y luego se

marchó murmurando y moviendo la cabeza.

• • •

Gyltha había oído los gritos desde su habitación y se había asomado a la ventana tratando de descubrir el motivo.

—Una desgracia. Dicen que la pena hizo que se matara, pobrecita.

—O tal vez temía que la señora Dakers la convirtiera en ratón y la entregara al gato. Lo sé.

Alarmada, Gyltha desvió la mirada de la labor que tenía en las manos.

—Oh. ¿Qué pasa?

—Es absurdo —dijo Adelia, acariciando las orejas de Guardián. Luego lo apartó de su lado.

Gyltha entrecerró los ojos y cambió de tema.

—¿Cómo está el flamenco?

—No creo que sobreviva —respondió la médica, mientras se dirigía a la cama compartida para acariciar el cabello de su hija.

—Has hecho lo que has podido por él.

Gyltha no se entendía con los mercenarios. Durante la guerra entre Esteban y Matilda se los veía en todas partes y se habían convertido en personajes unánimemente odiados. Aunque no fueran oriundos de Flandes —la mayoría provenía de allí—, la palabra «flamenco» se había convertido en sinónimo de violación, saqueo y crueldad.

—A favor del rey puedo decir que se deshizo de todos esos cabrones. Y ahora Leonor los trae hasta aquí otra vez.

—Hmm...

Gyltha levantó las cejas. Había preparado leche templada con aguardiente y un aroma delicioso impregnaba la habitación. Le alcanzó una taza a Adelia.

—¿Sabes qué hora es? —preguntó, señalando las marcas de la vela que permitían conocer la hora—. Ya deberías estar en la cama. Pronto amanecerá. Las monjas rezarán maitines.

—Todo es absurdo, Gyltha.

El ama de llaves suspiró. Conocía esos síntomas.

—Eso puede esperar hasta mañana.

—No —replicó Adelia. A continuación se levantó de la cama y volvió a ponerse la capa—. Tengo que hacer una medición. ¿Tenemos alguna cuerda?

Gyltha le entregó una cuerda que habían utilizado para amarrar el equipaje.

—Quiero que luego me la devuelvas. Es una buena cuerda —advirtió—. ¿Adónde vas?

—Olvidé mi bolsa con el instrumental en la cocina. Será mejor que la recupere.

—Quédate dónde estás —dijo bruscamente Gyltha—. No irás a ningún lugar si ese árabe no te acompaña.

Adelia ya se había marchado, llevando consigo el farol y la cuerda. No fue hacia la cocina, sino hacia la capilla de las monjas. Comenzaba a amanecer.

El cuerpo de Bertha yacía en la pequeña nave, sobre un catafalco. La sábana que la cubría concentraba en su oblonga blancura la débil luz que entraba por las altas ventanas. El resto del espacio quedaba sumido en una polvorienta neblina.

Adelia avanzó por la nave. Las ramas esparcidas en el suelo crujían bajo sus pies y alteraban la quietud del lugar. La monja arrodillada al pie del catafalco volvió la cabeza para ver quién había entrado. La médica la ignoró. Dejó el farol en el suelo y levantó la sábana.

El rostro de Bertha tenía un tinte azulado. La punta de la lengua asomaba por un lado de la boca. Junto con su diminuta nariz, le daba el aspecto insolente de una ninfa.

La monja —Adelia no la conocía— susurraba oraciones con preocupación, mientras ella sostenía el farol en alto y con la otra mano levantaba los párpados de Bertha. Tal como había previsto, en la parte blanca de los ojos se veían motas de sangre. La médica se arrodilló y acercó el farol al cuello de la víctima. Observó las marcas que habían dejado los bordes de la correa y advirtió que había otras marcas, surcos más profundos que seguían hacia la garganta. Y debajo de los hematomas producidos por la correa, una línea horizontal con minúsculas muescas circulares rodeaba el cuello.

La monja se había puesto de pie y trataba de apartar a Adelia.

—¿Qué hacéis? Estáis molestando a la muerta.

Adelia no le prestó atención; apenas la oyó. Cubrió nuevamente el rostro de Bertha con la sábana y fue hacia el otro extremo del catafalco para levantar la falda, dejando a la vista la parte inferior del cuerpo.

La monja salió presurosa de la capilla.

En la vagina no se advertían signos de violencia y a simple vista tampoco había rastros de semen.

La médica acomodó la sábana.

Maldición. Había una manera de saberlo. Gordinus, su antiguo tutor, se lo había demostrado, abriendo la garganta de los prisioneros y comparando el hueso hioides de los que habían sido ahorcados y los que habían sido ejecutados con garrote, un método heredado de los romanos que se utilizaba en el distrito de Pavía.

«¿Lo veis, querida? Cuando se aplica el garrote, el hueso no suele romperse; en cambio, casi siempre está roto en los ahorcados. Por lo tanto, si sospechamos de una muerte por asfixia, podemos distinguir si fue causada por la propia víctima o fue resultado del ataque de otra persona. En el caso de los suicidas que se ahorcan, casi

nunca hay sangrado en los músculos del cuello, de modo que, si encontramos sangre en el cuerpo de la persona que supuestamente se ha suicidado, tenemos motivos para sospechar que estamos frente a un caso de asesinato».

Si Adelia hubiera podido hacer una disección, habría estado en condiciones de averiguarlo, pero en este caso tendría que confiar en las mediciones.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó una voz grave. La quietud de la capilla se desvaneció; las motas de polvo parecieron disiparse y la luz brilló con más intensidad.

La monja parloteaba:

—¿Lo veis, señoría? Esta mujer...

—La veo —dijo el dueño de aquella voz. Luego se dirigió a Adelia, que había extendido su cuerda desde la coronilla hasta los pies desnudos de Bertha—. Señora, ¿habéis perdido el juicio? No hay motivo para deshorrar a una persona muerta, aun cuando haya muerto de esta manera.

—Hmm...

Después de hacer un nudo en la cuerda, Adelia la enrolló alrededor de su mano y fue distraídamente hacia la puerta.

Un hombre espléndido, de porte descomunal, le cerró el paso.

—Señora, os he preguntado por qué importunáis a la pobre criatura que yace en este lugar —dijo el abad. El acento de West Country había dado lugar a la marcada pronunciación de las vocales que caracterizaba a las personas instruidas.

Adelia siguió su camino, pensando que tal vez la correa y su cadena aún estaban en el establo.

El abad la miró mientras salía y agitando los brazos indicó a la monja que continuara con su vigilia.

Fuera, a pesar del suicidio, de la presencia de la reina y sus mercenarios y del frío inclemente, la abadía continuaba con sus rutinas cotidianas. Los habitantes de Godstow pasaban presurosos junto a Adelia, resbalando en el hielo sucio e irregular, para reavivar los fuegos que la humedad amenazaba con extinguir y dar comienzo a sus labores.

Jacques interceptó a Adelia cuando ella dejó atrás los establos.

—Os esperaba, señora. ¿Qué debo hacer con esto? —preguntó. El mensajero llevaba un cubo y lo balanceaba frente a ella para obligarla a detenerse. En él había un brazo. Adelia lo observó un instante, y recordó que alguna vez, en una época que parecía lejana, lo había amputado.

—No lo sé, supongo que deberíais sepultarlo en algún lugar —respondió, y aceleró el paso.

—¿Sepultarlo? —exclamó Jacques, mientras la veía alejarse—. La tierra está más dura que el hierro.

A pesar de que las puertas estaban abiertas, el calor del sol había templado el establo; sus rayos brillaban en el suelo húmedo. En el lugar reinaba el silencio, alterado solo por el rítmico silbido que provenía de uno de los compartimentos, donde una muchacha ordeñaba una vaca. El banco donde se había sentado era el mismo que alguien había derribado bajo el cuerpo colgado.

La muchacha —que dijo llamarse Peg— era quien, al entrar temprano en el establo para ordeñar, había descubierto a Bertha. Al verla había comenzado a gritar y había sido necesario llevarla a su casa, donde su madre le había dado unas gotas de sedante para que pudiera regresar a la escena del crimen y ocuparse de su trabajo.

—Por eso estoy tan retrasada. Estas pobres bestias han estado mugiendo todo el tiempo, pidiendo que viniera a aliviarlas, pero no pude hacerlo antes, tenía miedo. Abrí la puerta y allí estaba. Nunca lo olvidaré. Este viejo establo no volverá a ser el mismo para mí.

Adelia la comprendía. Algo había alterado la ingenua sencillez del lugar, su habitual olor a paja y flatulencias bovinas. Una antigua viga se había transformado en una horca. Tampoco ella lo olvidaría. Allí había muerto Bertha y, entre todas las muertes recientes, la suya era la más horrenda.

—¿Puedo ayudarla, señora? —preguntó Peg, y continuó ordeñando.

—Busco un collar, en realidad es una cadena con una cruz. Se la había regalado a Bertha. Ella no la lleva puesta ahora y desearía que la acompañe en la tumba.

El sombrero de Peg se ladeó cuando negó con la cabeza, sin dejar de mirar las costillas de la vaca.

—No lo vi.

Adelia reconstruyó mentalmente la escena que había presenciado alrededor de una hora antes. Un hombre —según creía, se trataba de Fitchet, el vigía— se había adelantado, había enderezado el banco que se encontraba debajo de los pies de Bertha y, una vez de pie sobre él, había levantado el cuerpo para que la correa de la cual pendía se soltara del gancho.

¿Qué había ocurrido después? Oh, sí, otros hombres lo habían ayudado a tender el cuerpo en el suelo. Alguien había desabrochado la correa y la había arrojado. La gente que, arremolinada en torno a Bertha, trataba inútilmente de resucitarla le había impedido ver si la joven muerta conservaba la cadena con la cruz. Si efectivamente aún la llevaba puesta, la correa habría cubierto la cadena y la habría presionado firmemente contra la piel, de modo tal que los eslabones se habrían incrustado en la carne, formando las muescas que ella había descubierto.

Pero si no llevaba la cadena...

Adelia miró a su alrededor. En un rincón lleno de telarañas encontró la correa. Era un viejo cinto. Una arandela gastada mostraba el lugar donde su dueño solía ajustarlo.

En el otro extremo de la correa se veía otra arandela deformada, dado que por allí había pasado el gancho y había soportado todo el peso de Bertha.

—¿Dónde había conseguido el cinto? —se preguntó Adelia en voz alta, mientras lo colocaba sobre su hombro.

—No lo sé, ella nunca usaba cinto —dijo Peg. Y, en efecto, así era.

Adelia caminó lentamente hacia el extremo opuesto del establo, dando puntapiés para apartar manojos de heno: tal vez ocultaran algo. Oyó a sus espaldas el ruido de la leche que caía en el cubo y la voz pensativa de Peg.

—Pobre criatura. No puedo imaginar qué pasó por su cabeza. Era un poco bruta, pero aun así...

—¿Os dijo algo?

—Siempre andaba por aquel rincón del establo, murmurando cosas que ponían la piel de gallina, pero yo no le prestaba atención.

La médica llegó al compartimento que había ocupado Bertha. Estaba a oscuras. Apoyó el farol sobre el tabique y se arrodilló para revolver la paja que cubría la superficie de tierra compacta.

—Señora, hemos terminado —dijo Peg a la vaca. Luego le dio una palmada cariñosa en el anca y se dispuso a ordeñar otro animal.

Se oyeron pasos. Alguien había entrado en el establo.

—Buenos días, señor Jacques.

—Buenos días a vos, señora Peg.

Sus voces denotaban un coqueteo que aliviaba la tensión de ese día. A pesar de sus orejas prominentes y su temperamento ansioso, el mensajero había logrado una conquista.

Jacques atravesó velozmente el corredor del establo y se detuvo para contemplar a Adelia mientras escarbaba.

—Lo enterré, señora.

—¿Qué...? Oh, muy bien.

—Señora, ¿puedo ayudaros con vuestra tarea? —se ofreció el mensajero, que ya comenzaba a acostumbrarse a las excentricidades de aquella mujer.

—No.

Ella ya había encontrado lo que buscaba. Sus dedos habían palpado la áspera y delgada cadena de metal; aunque estaba partida, la cruz se había atascado en el broche.

«Dios, ayúdanos», pensó Adelia en cuanto comprendió qué había sucedido. En aquel oscuro compartimento la propia Bertha se había quebrado el cuello intentando librarse de las manos que la estrangulaban con la cadena. En su mente surgió otra vez la imagen de la pobre criatura que se arrastraba olisqueando hacia ella, diciendo cuál era el perfume de la anciana del bosque que le había dado los hongos mortales para

Rosamunda.

«Bonito, como el tuyo».

El recuerdo le resultó intolerable. Esa vida insignificante y triste había terminado de una manera violenta. ¿Quién la había matado? ¿Por qué?

—Señora... —dijo Jacques, que comenzaba a preocuparse al ver a Adelia silenciosa e inmóvil.

Ella se puso de pie con la cadena en la mano. Junto al mensajero, fue hacia el lugar donde Peg, meneando provocativamente el trasero, volcaba el cubo lleno de leche espumosa en otro más grande.

Si bien la médica ya sabía que Bertha había sido asesinada, había incluso otra prueba: el banco.

—¿Puedo llevarme esto un momento? —preguntó.

Peg y Jacques la observaron mientras se llevaba el banco y lo colocaba debajo de la viga, en el lugar donde se encontraba el gancho. Luego desplegó la cuerda que tenía enrollada en la mano y se la entregó a Jacques.

—¿Podéis medirme? —pidió.

—¿Queréis que os mida?

—Sí —respondió, algo irritada—. De la cabeza a los pies.

El mensajero se encogió de hombros, sostuvo uno de los extremos de la cuerda en la coronilla de Adelia y dejó que cayera. Luego se agachó y apretó el lugar donde había tocado el suelo.

—No sois muy alta, señora.

Adelia trató de sonreír. La estatura era un problema para el mensajero, que, sin sus botas con tacones, no habría sido mucho más alto que ella. Al mirar el lugar donde él apretaba la cuerda, comprobó que estaba más allá del nudo que le había hecho después de medir el cadáver en el catafalco. Era aproximadamente dos pulgadas más alta que Bertha.

—Ayer ella estaba nerviosa —dijo Peg—. Ahora lo recuerdo. Andaba rondando por allí cuando vine a ordeñar por la tarde. Decía que debía contarle una cosa a la señora de la cruz y salió corriendo. Supuse que hablaba de una monja.

Adelia sabía que no se refería a una monja. Ella era la señora de la cruz.

—¿Adónde fue?

—No puede haber llegado lejos, porque volvió rápido. Estaba agitada, como si hubiera visto al demonio. Dijo algo sobre acres o una cosa así.

—¿Dakers, tal vez? —preguntó Jacques.

—Tal vez.

—Seguramente vio a la señora Dakers —opinó Jacques—. Esa mujer le causaba un terror mortal.

—¿Habló sobre lo que debía decir a la monja? —preguntó Adelia.

—Murmuraba que no era ella sino él.

Adelia se aferró a un poste.

—¿Es posible que dijera «No era una mujer, era un hombre»?

—Sí.

—Bien...

Adelia quería seguir considerando el asunto, pero las vacas que esperaban en la fila mugían para expresar su malestar y Peg era reacia a la confiscación de su banco. Pasó el cinturón por la hebilla, se lo colocó alrededor del cuello y lo ajustó. De pie en el banco, intentó extender la parte libre de la correa hasta el gancho: la punta apenas lo rozó y aún había un espacio entre él y la arandela. Se puso de puntillas. De todos modos, el gancho y la arandela no coincidían, pese a que ella era más alta que Bertha.

—El cinturón es corto —dijo.

De alguna manera, ya lo había percibido. Al ver el cuerpo colgado, el impacto le había impedido comprenderlo cabalmente, pero su mente lo había registrado. Los pies de Bertha no podían llegar hasta el banco y derribarlo de un puntapié. Adelia comenzó a ahogarse y se esforzó por abrir la hebilla. De pronto, unos brazos invisibles la levantaron y sujetaron el cinto al gancho. No podía respirar. Las manos de Jacques tantearon su cuello, y trató de apartarlas, así como Bertha había intentado librarse de su asesino.

—Es suficiente, señora —dijo el mensajero, y soltó el cinto—. Serenaos —pidió mientras la tomaba del brazo y le acariciaba la espalda como si tratara de calmar a un gato asustado.

Peg los observaba con la expresión de quien tiene delante a un par de locos traviesos. Jaques hizo una seña con la cabeza para indicarle que podía llevarse el banco. Ella lo recuperó, aliviada, y regresó junto a sus vacas.

Adelia permaneció en el mismo lugar, oyendo el ruido que producían las hábiles manos de Peg, que alternativamente apretaban y soltaban la ubre de la vaca y dejaban caer rítmicamente la leche en el cubo.

«No era una mujer, era un hombre».

Jacques le dirigió una mirada inquisitiva. Por fin había comprendido cuál había sido su objetivo.

—Bien, al menos ahora Bertha podrá ser enterrada en tierra sagrada —dijo Adelia.

—¿No se trata de un suicidio?

—No, fue asesinada.

Nuevamente, el rostro del joven mensajero pareció envejecer.

—Dakers —dijo Jacques.

CAPÍTULO 9

Las monjas quizás sospechaban lo mismo.

—Veamos —dijo la madre Edyve—. ¿Estáis diciendo que la señora Dakers colgó a esa pobre niña?

La abadesa se hallaba reunida con las religiosas de mayor jerarquía en la sala del capítulo. Adelia no era bienvenida allí. Ellas debían reflexionar sobre asuntos importantes: su abadía había sido prácticamente invadida; peligrosos mercenarios habían tomado posesión del lugar; en su puente había dos cuerpos ahorcados; si continuaba nevando, pronto carecerían de alimentos. En medio de todo aquello, no querían escuchar el informe extravagante y perturbador de un asesinato.

Adelia, sin embargo, había hecho algo correcto: tal como Gyltha le había aconsejado, había llevado consigo a Mansur.

—No te prestarán atención —le había dicho—, pero tal vez lo hagan con ese árabe.

Después de dormir unas horas, Adelia había decidido que Gyltha tenía razón. El obispo había recomendado a Mansur, la enfermera lo tenía en alta estima y lo rodeaba un halo de misticismo. Por encima de todo, era un hombre y, aun cuando fuera extranjero, eso le otorgaba más autoridad.

No había sido sencillo lograr que la recibieran antes de que concluyera la reunión del capítulo; no obstante, Adelia se había negado a esperar.

—Es un asunto de interés del rey —había dicho.

En efecto, así era. Un asesinato, dondequiera que se cometiese, estaba bajo jurisdicción real. Y había agregado que el señor Mansur era experto en resolver crímenes y había sido convocado a Inglaterra por orden de Enrique II, con el objeto de que investigara la muerte de unos niños de Cambridgeshire, gracias a lo cual podía decirse que se había descubierto al asesino.

En nombre de Mansur había pedido disculpas por su escaso dominio del idioma y había simulado ser su intérprete. Incluso rogó que ellas mismas examinaran las marcas que Bertha tenía en el cuello; había exhibido las pruebas del crimen y había oído su propia voz, que se esforzaba por conmoverlas, tan vanamente como los dedos de Bertha se habían esforzado por librarse de la cadena que la estrangulaba.

Para responder a la madre Edyve, había dicho:

—El señor Mansur no acusa del crimen a la señora Dakers. Solo dice que alguien colgó a Bertha. Ella no se ahorcó.

Para las monjas, el hecho era demasiado escabroso. Allí, en aquella sala del capítulo, tan familiar, tan inglesa con sus pilares de madera, se erguía una figura imponente vestida de manera extraña —un pagano, más allá del patrocinio del rey—

que, a través de una mujer de dudosa reputación que oficiaba de médium, les decía algo que no deseaban oír.

Las religiosas no tenían una mente aficionada a investigar. Aparentemente, ninguna de ellas, ni siquiera la astuta y anciana abadesa, poseía la intensa curiosidad que impulsaba a Adelia. En realidad, carecían por completo de curiosidad. La resurrección de Jesucristo y la orden instituida por san Benedicto daban respuesta a todas sus preguntas.

Tampoco les preocupaba demasiado la justicia terrenal. Cuando se enfrentara al Gran Juicio, que ningún pecador podría eludir, el asesino —si lo había— recibiría una sentencia mucho más terrible que aquella que pudiera aplicarle un tribunal constituido por los hombres.

El cinto, la cadena rota y la cuerda para tomar las medidas yacían dibujando curvas en la mesa que tenían delante, pero las monjas evitaban mirarlas. Se preguntaban si el espacio libre entre los pies de Bertha y el banco era un dato importante. Tal vez la pobre y equivocada joven había trepado a uno de los tabiques del compartimiento, con el cinto alrededor del cuello, para luego saltar desde allí. Nadie sabía cuánto ímpetu podía tener una persona desesperada. Sin duda, el miedo que Bertha sentía ante la posible reacción de la señora Dakers podía constituir por sí mismo un motivo para el suicidio.

«Rowley, si estuvierais aquí...».

—Fue un asesinato —insistió Adelia—. El señor Mansur lo ha probado.

Después de reflexionar sobre el asunto, la madre Edyve habló.

—No creo que Dakers tenga fuerza suficiente para hacerlo.

Adelia se desesperaba. Sus argumentos parecían girar de modo que siempre parecían débiles a quienes no querían escucharlos. Si Bertha había sido víctima de un crimen, significaba que Dakers —¿quién sino ella?— la había asesinado para vengar la muerte de Rosamunda. Si Dakers no era la victimaria, no se trataba de un asesinato.

—Tal vez lo hizo alguno de los flamencos de Wolvercote o de Schwyz —opinó al fin la hermana Bullard, la encargada de la despensa—. Son hombres lascivos y violentos, en especial cuando beben. Eso me recuerda que debemos apostar un centinela en la despensa. Están robando nuestro vino.

La noticia desencadenó un aluvión de quejas:

—Madre, ¿qué haremos para alimentarlos a todos?

—Madre, los mercenarios..., temo por nuestras jóvenes. Y por nuestra gente; no olvido cómo golpearon al pobre molinero.

—Madre, los cortesanos son aún peores, entonan canciones lujuriosas...

Adelia sintió pena por ellas. Tenían suficientes preocupaciones, y, por añadidura, frente a ellas se hallaban dos personas extrañas, que habían llegado a Godstow junto a

un cadáver encontrado en el puente y sugerían incluso que otro asesino se movía libremente entre los muros de la abadía.

Las religiosas no los culpaban —de hecho, no podían hacerlo— por esas muertes, pero, a juzgar por algunas miradas de soslayo, consideraban que Adelia y Mansur se habían contaminado con la carroña.

—Madre, si lo que afirma el señor Mansur fuera cierto —dijo la hermana Gregoria, encargada de administrar las donaciones—, ¿qué podríamos hacer al respecto? Estamos cercadas por la nieve, no podemos pedir a los funcionarios del alguacil que vengan hasta que se produzca el deshielo.

—Y entretanto, el rey Enrique no puede protegernos —señaló la hermana Bullard—. Nuestra abadía, nuestra propia existencia están en peligro.

Aquello era lo que importaba: la abadía había sobrevivido a una guerra entre monarcas. Tal vez no sobreviviera a otra. Si la reina derrocaba al rey, debería recompensar al poco escrupuloso Wolvercote por haber conseguido su victoria. Y dado que lord Wolvercote codiciaba desde hacía tiempo los terrenos del convento de Godstow, las monjas se verían obligadas a mendigar en las calles.

—Permitid que el señor Mansur continúe con sus investigaciones —rogó Adelia—. Al menos, podríais evitar que Bertha sea sepultada fuera del camposanto hasta que se descubra qué sucedió.

La madre Edyve asintió.

—Decid al señor Mansur que agradecemos su interés —dijo con su voz rugosa y apática—. Nosotras interrogaremos a la señora Dakers. Y luego rezaremos para pedir que Dios nos guíe en la resolución de este asunto.

Adelia y Mansur comprendieron que, con esas palabras, la abadesa los había invitado a retirarse; solo les restaba hacer una reverencia y abandonar la sala. A sus espaldas comenzó una discusión, aun antes de que hubieran llegado a la puerta. Sin embargo, no hablaban sobre Bertha. «¿Dónde está el rey? ¿Cómo podrá acudir en nuestra ayuda? Ni siquiera sabe que lo necesitamos. No podemos confiar en que ese obispo Rowley lo haya encontrado, temo que haya muerto», las oyeron decir.

Cuando salieron del capítulo, Mansur dijo:

—Las mujeres tienen miedo. No nos ayudarán a buscar al asesino.

Cuando pasaban junto a la enfermería, oyeron que alguien llamaba a Adelia. Era la priora, que llegó hasta ellos jadeando.

—¿Podemos hablar, señora?

Adelia asintió, con una reverencia se despidió de Mansur y fue hacia la religiosa.

Durante unos segundos las dos mujeres permanecieron en silencio.

Adelia había advertido que Havis no había dicho una sola palabra en la reunión del capítulo. También había comprendido que las monjas no le tenían simpatía. La caminata junto a esa figura desprovista de calidez, tan helada como los carámbanos

que sobresalían en los bordes de todos los tejados, armonizaba con el frío descomunal que arrasaba la abadía.

Al llegar a la capilla de las monjas, la priora se detuvo. Sin mirar a Adelia, dijo con dureza:

—No apruebo lo que hacéis, así como no aprobaba a Rosamunda. No comparto la tolerancia de la madre abadesa hacia los pecados de la carne.

—Si es todo lo que tenéis que decir... —replicó Adelia, alejándose de ella.

Havis la siguió.

—No es todo, pero debía decirlo —aseguró mientras hacía aparecer una mano enguantada, oculta bajo el escapulario, y la sostenía en alto para impedir que Adelia avanzara. Allí estaban la cadena rota, la cuerda y el cinto—. Trataré de utilizar estos objetos para investigar en el establo, al igual que vos. Más allá de vuestras debilidades, reconozco vuestra naturaleza analítica.

Adelia se detuvo.

La priora seguía sin mirarla a la cara.

—Suelo viajar —dijo—. Mi tarea consiste en administrar las tierras que nuestra orden posee en todo el país. En consecuencia, conozco la parte más miserable de los seres humanos mucho mejor que las hermanas de mi congregación. He visto sus iniquidades, sus errores, su desprecio por el fuego del Infierno que les espera.

Adelia la oía en silencio. Aquello no era solo un sermón sobre el pecado. Havis tenía algo más que decir.

—Sin embargo —continuó la priora—, hay un mal peor. Estuve junto al lecho de Rosamunda Clifford, fui testigo de su horrible final. Su vida no debió acabar de ese modo, aun cuando fuera una adúltera.

Adelia seguía esperando.

—Nuestro obispo la había visitado uno o dos días antes, había interrogado a sus sirvientes y había partido. Si bien para entonces Rosamunda aún se sentía bien, de acuerdo con algunos comentarios, él creía que alguien tenía la intención de envenenarla. Como vos y yo sabemos, así fue. —La priora giró súbitamente y lanzó una mirada fulminante a Adelia—. ¿Eso fue lo que os dijo?

—Sí —respondió la médica—. Por ese motivo nos trajo hasta aquí. Sabía que culparían a la reina. Y quería descubrir al verdadero asesino para evitar una guerra.

—Es evidente que os tenía en muy alta estima, señora —dijo despectivamente la priora.

—Sí, en efecto —replicó Adelia. Sus pies se habían adormecido a causa del frío, y el dolor que le provocaba pensar en Rowley la estaba destruyendo—. Decid lo que tenéis que decir o dejadme ir. Por el amor de Dios, ¿estamos hablando de Rosamunda, de Bertha o del obispo?

La priora parpadeó. No había previsto una reacción iracunda.

—Estamos hablando de Bertha —dijo, con un tono un poco más conciliador—. Tal vez os interese saber, señora, que ayer me hice cargo de la señora Dakers. La mujer está loca y no quiero que esté rondando por la abadía. Poco antes de las vísperas la encerré en el calefactorio para que pasara allí la noche.

Adelia levantó la cabeza.

—¿A qué hora se ordeñan las vacas por la tarde?

—Después de las vísperas.

Ambas comenzaron a caminar juntas.

—A esa hora Bertha aún estaba viva. La joven que ordeña la vio.

—Sí, he hablado con Peg.

—Sé que no fue Dakers.

La priora asintió.

—No. Salvo que la desquiciada mujer pueda atravesar una gruesa puerta a la que han echado el cerrojo. Aunque en mi opinión la mayoría de las hermanas están dispuestas a creer que puede hacerlo.

Adelia se detuvo furiosa.

—¿Por qué no lo dijisteis en el capítulo?

—Estabais ocupada en demostrar que Bertha fue asesinada —replicó la priora—. Por casualidad, yo sabía que Dakers no podía ser su asesina. En consecuencia, la pregunta es: ¿quién lo hizo? Y ¿por qué? No quise crear una inquietud mayor entre las hermanas, que ya están suficientemente preocupadas y asustadas.

Adelia se alegró de encontrar por fin una mente lógica. Hostil, fría como el invierno, pero valiente. Junto a ella había una mujer preparada para seguir el rastro de hechos horribles hasta el final, no menos horrendo.

—Bertha sabía algo acerca de la persona que le entregó las setas en el bosque. Y no se había dado cuenta de ello hasta ayer. Creo que salió del establo para decírmelo. Algo, o tal vez alguien, la detuvo. En consecuencia, regresó al lugar donde la estrangularon y después la colgaron.

—¿No fue un hecho fortuito?

—No lo creo. Tampoco diría que la motivación haya sido sexual o que se tratara de un intento de robo. No le quitaron la cadena de oro.

Sin advertirlo, ambas habían comenzado a caminar de un lado a otro frente a la capilla.

—Bertha le dijo a Peg que no era una mujer, sino un hombre.

—¿Se refería a la persona del bosque?

—Eso creo. Creo que Bertha recordó algo acerca de la anciana que le entregó las setas para Rosamunda, comprendió que no se trataba de una anciana. Su descripción siempre me había parecido..., no lo sé..., rara.

—¿No lo son acaso las ancianas que ofrecen setas venenosas?

Adelia sonrió.

—Me refiero a que el personaje tenía algo exagerado, teatral. Creo que es lo que Bertha quería decirme: no es una mujer, sino un hombre.

—¿Un hombre vestido de mujer?

—Diría que sí.

La priora se santiguó.

—Bertha podía decirnos quién mató a Rosamunda...

—Sí.

—Pero esa misma persona la estranguló antes de que lograra hacerlo.

—Creo que sí.

—Me lo temía. El demonio acecha entre nosotros.

—Sí, con forma de ser humano.

—No temeré a la flecha que vuela de día, ni al ser que ronda en las tinieblas, ni al demonio que anda a plena luz —recitó la hermana Havis—. Sin embargo, le temo.

—También yo —dijo Adelia. No obstante, aunque fuera extraño, ya no sentía tanto miedo. Notó una pizca de alivio por haber dicho lo que sabía a una persona que detentaba autoridad. Y si bien en el plano personal era hostil, aquella era prácticamente la única autoridad que el convento podía ofrecer.

Al cabo de unos instantes, la hermana Havis volvió a hablar.

—Fue necesario sacar de la cámara de hielo el cuerpo que vosotros llevasteis allí. Llegó un hombre preguntando por él. Dijo ser el señor Warin, un abogado de Oxford. Lo depositamos en la iglesia para velarlo y para que pudiera identificarlo. Aparentemente se trata de un joven llamado Talbot de Kidlington. ¿Es otra de las víctimas del mismo demonio?

—No lo sé —respondió Adelia. En ese momento advirtió que durante toda su conversación había hablado en primera persona—. Lo consultaré con el doctor Mansur. Él lo averiguará.

Una levísima sonrisa apareció en el rostro de la priora. Ella sabía quién era el investigador.

—Rezaré para que así sea.

Desde el claustro que se encontraba ante ellas llegaron risas y cantos. En realidad, se oían desde hacía rato. Adelia pensó, reconfortada, que la música y la alegría aún existían.

De inmediato la priora comenzó a caminar hacia el lugar de donde provenía el ruido. Adelia fue tras ella.

Un par de novicias chillaban alegremente en el patio mientras esquivaban las bolas de nieve que les lanzaba un joven con traje escarlata. Otro joven tocaba una cítara y cantaba, con la cabeza levantada en dirección a una ventana de la casa de la abadesa, donde Leonor reía al ver sus travesuras.

Aquello ocurría en un lugar santo al cual ningún laico debía entrar y probablemente nunca había entrado hasta entonces.

Desde la ventana de Leonor llegaba, huidizo como un espejismo, el rastro de un perfume que emitía destellos de sensualidad, el aroma de una sirena que invitaba a conocer una isla con palmeras, un olor extraordinariamente agradable; tanto que Adelia —aun cuando su nariz lo analizaba y reconocía los toques de bergamota, madera de sándalo y rosas— añoró ese placer cuando el aire gélido lo alejó de ella.

«Oh, Dios, qué cansada estoy de tanta muerte y tanto frío».

Havis estaba junto a ella, rígida. Desaprobaba la escena, pero permanecía en silencio. De pronto los juguistas la vieron. La escena se paralizó. La canción del trovador dejó de salir de su garganta. La nieve cayó inofensivamente de la mano de su compañero. Las novicias asumieron una actitud indignamente piadosa y siguieron su camino como si nunca se hubieran apartado de él. El joven que arrojaba las bolas de nieve se quitó el sombrero y lo sostuvo sobre el pecho fingiendo remordimiento.

Leonor agitó la mano desde su ventana.

—Lo lamento —gritó, y cerró los postigos.

«Según veo, no soy la única persona contaminada», pensó Adelia, divertida. La reina y su séquito traían los vivos colores mundanos al ámbito blanco y negro del convento. La presencia de Leonor, que había socavado las bases de una cruzada, amenazaba con debilitar también los cimientos de Godstow, aún más que Wolvercote y sus mercenarios. ¿Había traído consigo también a un asesino?

• • •

Adelia estaba muy cansada. Durante el resto de la mañana solo pudo cuidar de Allie mientras Gyltha salía para reunirse con sus amigas en la cocina. Allí obtenía una buena cantidad de información y se enteraba de los rumores que circulaban por el convento.

A su regreso tenía cosas que contar.

—Ahora que llegó el viejo Wolfie, están ocupadas cocinando para la boda de Emma. Pobre criatura, no la imagino casada con esa víbora. En la cocina se preguntan si tiene segundas intenciones. Dicen que ella no ha salido del claustro y no le ha dicho una palabra.

—Es de mal agüero ver al novio antes de la boda —dijo distraídamente Adelia.

—Yo no desearía verlo después —replicó Gyltha—. Ah, las monjas se ocuparán de que se lleven a los hombres colgados en el puente. La abadesa dice que es hora de que sean sepultados —comentó, quitándose la capa. En su mirada se percibía un brillo sugestivo—. Será interesante. Al viejo Wolfie seguramente le gusta decorar los lugares con cadáveres. Tal vez haya una pelea entre ellos. Oh, Dios, ¿adónde vas ahora?

—A la enfermería —dijo Adelia. Había recordado que allí tenía un paciente.

• • •

La hermana Jennet la saludó con afecto.

—¿Podríaís expresar mi gratitud al doctor Mansur? Realizó una amputación prolija y limpia, y el paciente se recupera bien —dijo, con tono melancólico—. Desearía haber estado presente en la operación.

La enfermera tenía vocación de médico. Adelia pensó en todas las mujeres como aquella, desperdiciadas para la profesión, y dio gracias a su dios por haber tenido el privilegio de vivir en Salerno.

La monja la escoltó hasta la sala. Todos los pacientes eran hombres, porque «las mujeres habitualmente se curaban a sí mismas». La mayoría de ellos sufría de congestión pulmonar, causada —según dijo la enfermera— por vivir en un terreno bajo el cual llegaban las emanaciones insalubres del río.

Al pasar junto a tres ancianos que servían a Wolvercote, sin tomarse la molestia de bajar la voz, la enfermera habló.

—Están desnutridos. Lord Wolvercote descuida vergonzosamente a sus aldeanos. Desde que se derrumbó la iglesia, no tienen siquiera un lugar donde rezar. Gracias a Dios, nosotras estamos cerca.

Adelia y la hermana Jennet pasaron luego por otra cama, donde una monja aplicaba compresas con agua templada en la oreja de un paciente.

—Un principio de congelación —observó la enfermera.

Con agudo sentimiento de culpa, Adelia reconoció a Oswald, el soldado de Rowley. Lo había olvidado, pese a que, a la par de Mansur, había impulsado con la pértiga la barca que el convento enviara a Wormhold. Walt estaba sentado junto a su cama. Al verla, se tocó la frente a modo de saludo.

—Lo lamento —dijo Adelia—. ¿Es grave?

Oswald frunció el ceño. A juzgar por su aspecto, lo era. En la curva de la oreja se habían formado ampollas oscuras. A primera vista, de su cabeza parecían brotar hongos.

—Fue por no llevar puesta la capucha, como hicimos nosotros, ¿verdad, señora? —preguntó Walt, con tono jovial. Las penurias compartidas en el bote habían creado un vínculo entre ellos.

Adelia le sonrió.

—Nosotros fuimos afortunados.

—Estamos siempre atentos a esa oreja —afirmó la hermana Jennet, también con tono alegre—. Como suelo decirle a Oswald, puede quedarse allí, o caer. Sigamos.

La cama de Poyns aún estaba rodeada de mamparas. La finalidad primordial no era otorgarle privacidad, sino evitar que contagiara sus desagradables modales de

mercenario al resto de los enfermos de la sala.

—Sin embargo, debo decir que no ha pronunciado una palabrota desde que llegó, lo cual es extraño en un flamenco —comentó la enfermera, y sin dejar de hablar, apartó la mampara—. No puedo decir lo mismo de su amigo —agregó, señalando a Cross, que estaba allí de visita.

—No somos flamencos —dijo Cross con fastidio.

Adelia no fue autorizada a revisar la herida. El doctor Mansur ya se había ocupado de hacerlo y se había declarado satisfecho.

El muñón estaba bien vendado y después de olerlo la médica comprobó que no había indicios de infección. Mansur la había auxiliado en muchas operaciones y estaba en condiciones de reconocer cualquier síntoma de gangrena.

Poins estaba pálido, pero no tenía fiebre y comía bien. Por un instante Adelia se permitió jactarse de su logro con el orgullo de un pavo real, sin dejar de maravillarse por el coraje de los seres humanos. Luego preguntó por Dakers, otro ser al que había abandonado, y del cual se sentía responsable.

—La enviamos al calefactorio —dijo la hermana Jennet, como si se refiriera a un objeto—. No podía permitir que permaneciera aquí; ya se había recuperado y asustaba a mis pacientes.

• • •

En los monasterios el calefactorio solía utilizarse como *scriptorium*, es decir, el lugar donde los monjes pasaban sus días copiando manuscritos mientras los braseros atentamente vigilados evitaban que el frío entumeciera sus pobres dedos. Sin embargo, en Godstow solo se encontraban allí la hermana Lancelynne y el padre Paton —Adelia había olvidado por completo al secretario de Rowley—, que había llegado sorpresivamente. Ambos escribían, aunque no libros. La débil luz del sol invernal iluminaba sus cabezas inclinadas y los documentos con grandes sellos sujetos con cintas que cubrían el escritorio frente al cual estaban sentados.

Adelia se presentó. El padre Paton levantó la vista, la miró extraño y luego asintió. Él también la había olvidado.

A la hermana Lancelynne le encantaba conversar con el visitante. Era la clase de persona a quien solo le interesaba hablar de literatura. Y aparentemente no sabía que Rowley había desaparecido.

—Sois parte del séquito del obispo, ¿verdad? Os ruego que hagáis llegar mi gratitud a Su Ilustrísima por habernos cedido al padre Paton. ¿Qué sería de mí sin este caballero? Había prometido que organizaría nuestro cartulario y establecería un criterio de ordenamiento, pero la tarea superó mis capacidades. Afortunadamente Su Ilustrísima envió un Hércules a estos establos de Augías.

La comparación entre Hércules y el padre Paton era encantadora. También lo era

la hermana Lancelyste, una mujer anciana, pequeña, con aspecto de gnomo y ojos brillantes y vidriosos como los de un sapo. Y también aquella sala, cuyas paredes estaban cubiertas desde el suelo hasta el techo por estantes llenos de rollos de escrituras y estatutos que mostraban los bordes desordenados, que debían ser sellados.

—Orden alfabético es lo que necesitamos, y un calendario que nos señale en qué fechas debemos recibir los diezmos, cobrar los arrendamientos... Veo que prestáis atención a nuestro libro.

El libro al cual se refería la hermana Lancelyste era el único: un tomo delgado, encuadernado con piel de becerro. Habían destinado un estante forrado con terciopelo, como un alhajero, solo para él.

—Tenemos un Nuevo Testamento, por supuesto —dijo la religiosa a modo de disculpa, dado que el convento carecía de biblioteca—. Y un breviario. Ambos se encuentran en la capilla, pero..., oh, Dios... —exclamó, al ver que Adelia se dirigía al libro. No obstante, cuando comprobó que sujetaba el lomo delicadamente entre el pulgar y el índice para sacarlo del estante, dio un suspiro de alivio—. Veo que sabéis valorar los libros. Muchas personas los inclinan desde arriba con el índice y los destrozan.

—Boecio —dijo Adelia, complacida—. «Oh, felices los hombres si el amor que rige los astros gobernara también los corazones».

—*Omnis igitur beatus deus*: «para acceder a la beatitud, transformarse en dioses» —dijo la hermana Lancelyste con regocijo—. Fue encarcelado por decir esto.

—Y condenado a muerte, lo sé. Pero, como mi padre adoptivo suele decir, si no hubiera sido encarcelado, nunca habría escrito *Consolación de la filosofía*.

—Nosotras solo tenemos aquí el *Fides et ratio* —explicó la monja—. Anhele... no, *mea culpa*, codicio las obras restantes tanto como el rey David deseaba a Betsabé. La biblioteca de Eynsham posee una versión completa de la *Consolación*. Me atreví a enviar una nota al abad pidiéndola prestada para copiarla, pero él me respondió que era un objeto demasiado valioso. No cree que las mujeres puedan ser eruditas y, por supuesto, no podemos culparlo.

Adelia no era una erudita —sus lecturas abarcaban prioritaria y obligadamente los temas relacionados con su profesión—, pero tenía en alta estima a quienes poseían erudición. A través de las conversaciones con su padre adoptivo y con Gordinus, su tutor, había accedido a las obras de pensamiento; en ellas había vislumbrado un brillante sendero hacia la elevación personal y se había prometido estudiarlas en profundidad algún día. Entretanto, le agradaba descubrirlas allí, entre los estantes y el olor del pergamino, y lo mismo le sucedía con respecto a la ardiente sed de conocimiento de aquella anciana diminuta.

Con sumo cuidado colocó el libro en su estante.

—Esperaba encontrar aquí a la señora Dakers.

—Otra persona que me brinda mucha ayuda —dijo alegremente la hermana Lancelyne, señalando una figura encapuchada, en cucullas, medio oculta por los estantes.

Los copistas habían entregado al ama de llaves de Rosamunda un cuchillo para afilar las plumas de ganso que se encontraban a su lado; Dakers tenía una en la mano y los restos del cálamo se desparramaban en su falda. Se trataba de una ocupación inofensiva, que seguramente había realizado cientos de veces para Rosamunda. No obstante, a Adelia le hacía pensar en un desmembramiento. Fue hacia la mujer y se acuclilló junto a ella. Los dos escribas habían reanudado su tarea.

—Señora, ¿recordáis quién soy?

—Os recuerdo —respondió Dakers, mientras seguía manipulando rápidamente el cuchillo sobre el extremo de la pluma.

Se la veía algo recuperada y descansada, menos pálida. Seguramente había comido y dormido. Sin embargo, ninguna cuota de bienestar era suficiente para abultar la piel que cubría su esqueleto o para lograr que olvidara el odio: aún brillaba en sus ojos, concentrados en el trabajo.

—¿Todavía no habéis encontrado al asesino de mi querida señora? —preguntó.

—No. ¿Sabéis que Bertha ha muerto?

Dakers estiró los labios y enseñó los dientes: lo sabía y se alegraba.

—Invoqué a mi amo para que la castigara, y lo hizo.

—¿Quién es vuestro amo?

Dakers giró la cabeza. Adelia pudo ver claramente su rostro, semejante a un osario.

—Solo hay uno, el Único.

• • •

Cross la esperaba fuera. Caminó a su lado, a grandes zancadas.

—Y bien, ¿qué van a hacer con Giorgio? —preguntó, con tono agresivo.

—¿Quién? Oh, Giorgio. En fin, supongo que las monjas lo enterrarán —respondió Adelia mientras pensaba que los cadáveres se acumulaban en Godstow.

—¿Dónde? Quiero que lo entierren como es debido. Giorgio era un cristiano.

«Y un mercenario», pensó Adelia. Por lo tanto, las religiosas lo incluían entre las personas que habían renunciado al derecho de recibir cristiana sepultura.

—¿Habéis hablado con las monjas?

—No sé hablar con ellas —replicó Cross. Las religiosas lo intimidaban—. Vos podríais hacerlo.

—¿Por qué debería hacerlo yo? —dijo Adelia, indignada por la evidente descortesía de aquel hombre.

—¿Sois siciliana, verdad? Eso dijisteis. También Giorgio era siciliano, de modo que os corresponde velar por que sea enterrado como se debe, con un sacerdote y la bendición de..., ¿cómo se llamaba esa santa a la que cortaron los pechos?

—Supongo que os referís a santa Águeda —dijo Adelia con frialdad.

—Sí, ella. —Cross sonrió con lascivia. Sus desagradables rasgos se arrugaron—. ¿Aún los exhiben cuando se celebra su día?

—Me temo que sí.

Si bien Adelia siempre había considerado que se trataba de una costumbre lamentable, en Palermo el martirio particularmente horroroso de la pobre santa Águeda todavía se conmemoraba con una procesión, en la cual se exhibía una réplica de los senos cercenados, que, colocados en una bandeja, se asemejaban a pequeños pasteles con pezones.

—Decidles que Giorgio siempre recordaba a santa Águeda.

Adelia abrió la boca para decirle algo a él, pero se detuvo al ver los ojos del mercenario. El hombre sufría por la muerte de su amigo, así como había sufrido por Poyns. Tenía ante sí un ser humano, aunque fuera torpe.

—Lo intentaré.

—Lo lograréis.

En la vasta extensión de campo que se veía más allá del granero, uno de los sirvientes de librea de Wolvercote caminaba de un lado a otro frente a la torre cónica que servía de cárcel. Adelia no logró adivinar a quién vigilaba. Aún más lejos, el herrero del convento golpeaba el hielo del estanque para abrir un agujero a través del cual unos patos afligidos podrían llegar al agua. Unos niños, presumiblemente sus hijos, se deslizaban por los bordes del estanque sobre unos patines de hueso sujetos a sus zapatos con correas. Ella se detuvo a observarlos, añorante. Había comenzado a gozar del patinaje poco tiempo antes, durante su primera temporada invernal en los pantanos, donde los ríos congelados formaban rampas y pistas. Ulf le había enseñado, la gente del lugar sabía patinar y esquiar maravillosamente.

Se imaginó deslizándose libremente, alejándose de allí, dejando que los muertos sepultaran a los muertos. Pero aunque hubiera podido hacerlo, no podía marcharse mientras la persona que había colgado a Bertha de un gancho, como si fuera un trozo de tocino, permaneciera en libertad.

—¿Sabéis patinar? —preguntó Cross.

—Sí, pero no tengo patines.

Mientras se acercaban a la iglesia, una docena de monjas encabezadas por la priora salieron por la puerta como una hilera de grajillas decididas y disciplinadas y atravesaron el portal del convento para dirigirse al puente. Una de ellas empujaba un carro de dos ruedas. Un número considerable de habitantes de Godstow correteaba expectante detrás de ellas. Entre el grupo, Adelia distinguió a Walt y a Jacques, y se

unió a ellos. Cross la siguió. Cuando pasaron por la residencia de huéspedes, Gyltha, con Allie en sus brazos, bajó los peldaños junto a Mansur.

—No quiero perderme esto —dijo.

En el portal, se oyó claramente la voz de la priora Havis.

—Fitchet, abrid paso y traedme un cuchillo.

Para facilitar el tráfico entre la aldea y el convento, se había cavado un sendero en la nieve que cubría el puente. Todos se preguntaban por qué motivo lord Wolvercote había creído necesario apostar un centinela, dado que ese sendero no conducía a ningún otro lugar. Pero allí estaba y, al ver a la bandada de mujeres con trajes oscuros, tocados y cruces en el pecho, de todos modos consideró necesario preguntar:

—¿Adónde vais?

La priora avanzó hacia él tal como Cross había avanzado hacia su compañero la noche anterior. Adelia creyó que iba a golpearlo, pues parecía capaz de hacerlo. En cambio, con el dorso de la mano apartó su pica y siguió su camino.

—Amigo, yo no me quedaría allí —aconsejó Fitchet al centinela, solidarizándose con él—. Hay que ser prudente cuando se trata de los asuntos de Dios.

En el momento en que había divisado los cuerpos desde el bote, Adelia tenía mucho frío y estaba muy asustada y preocupada. No podía detenerse a pensar en la manera en que los habían ahorcado. Solo conservaba el recuerdo de unos pies que se balanceaban.

Ahora lo comprendía claramente. Los dos hombres, con los brazos amarrados, habían permanecido de pie en el puente mientras les ponían sendos lazos al cuello y sujetaban el otro extremo de la cuerda a los pilares del puente. Luego los habían empujado hacia el otro lado de la balaustrada.

Los puentes eran un valioso medio para comunicar a las personas, no debían utilizarse como horcas. Adelia lamentó que Gyltha hubiera llevado consigo a Allie. No deseaba que su hija viera esa escena. Sin embargo, la pequeña miraba arrobada el paisaje que la rodeaba, mucho más bello que los callejones del convento por donde a diario la llevaban de paseo. El puente formaba parte de un retablo blanco. Se reflejaba nítidamente en la superficie lisa del río y en el extremo donde se encontraba el molino, el hielo había formado columnas esculpidas. La rueda del molino permanecía inmóvil y los carámbanos le daban un brillo deslumbrante.

—¡No permitas que vea los cuerpos!

—Deja que se acostumbre —dijo Gyltha—. Verá muchos ahorcados cuando crezca. Mi padre me llevó a ver el primero cuando tenía tres años. Fue divertido, para los dos.

—No quiero que sea divertido para ella.

No era sencillo levantar los cuerpos. El hielo les había agregado peso y había pegado a la balaustrada la cuerda que los sujetaba.

Walt se acercó a Adelia.

—La priora dice que no podemos ayudar. Tal parece que deben hacerlo por sí mismas.

La priora Havis meditó unos instantes y luego impartió órdenes.

Mientras una de las monjas utilizaba el cuchillo de Fitchet para raspar el hielo de las cuerdas, la más alta de ellas —la encargada de la despensa— se inclinó, extendió el brazo y logró aferrar el cabello de uno de los hombres ahorcados. Al incorporarse, aflojó un poco la cuerda.

Una gaviota que estaba picoteando los ojos del hombre se alejó chillando hacia el límpido cielo. Allie la observó mientras remontaba el vuelo.

—A tirar, hermanas —dijo la priora—, por la gracia de la Virgen María.

Una hilera de traseros negros se inclinó sobre la balaustrada. Mientras tiraban, el vapor de su aliento se asemejaba a bocanadas de humo.

—¿Qué demonios estáis haciendo, señoras?

Lord Wolvercote estaba en el puente. Las monjas no le habían prestado más atención que a la gaviota. Él se adelantó, empuñando la espada. Fitchet, Walt y otros hombres se arremangaron. Wolvercote miró a su alrededor. Al ver que el centinela, impotente, se encogía de hombros, comprendió que no obtendría ayuda para luchar contra ese batallón de religiosas. Ellas lo superaban en número. En consecuencia, decidió gritar:

—Dejadlos allí. Este es mi territorio, esta mitad del puente me pertenece y los villanos permanecerán allí mientras yo lo considere conveniente.

—Señoría, como bien sabéis, el puente es nuestro y de ellas —dijo Fitchet, en voz alta. Sin embargo, en su tono se percibía que estaba cansado de repetir lo mismo—. Y la madre abadesa no desea que lo decoren con cadáveres.

Las monjas habían levantado uno de los cuerpos. Estaba totalmente rígido y debieron alzarlo en sentido vertical por encima de la balaustrada. La cabeza inclinada parecía mirar inquisitivamente hacia el hombre que había dictado la sentencia de muerte. Las mujeres lo depositaron en el carro y regresaron a la balaustrada para recoger al otro ahorcado.

La familia del molinero se había asomado a las ventanas para observar a los hombres que discutían. Los rostros alineados en los alféizares miraban las ráfagas de aliento, dignas de un dragón, que salían de sus bocas.

—Imbécil, ¿no veis que se trataba de dos bribones? —insistía lord Wolvercote—. Eran ladrones y tenían en su poder objetos robados. Tengo el derecho de aplicar un castigo ejemplar. Dejadlos donde están.

Lord Wolvercote era un hombre alto, de piel morena, de alrededor de treinta años, y habría sido apuesto si en su rostro no se hubiera dibujado esa expresión despectiva que, en aquella ocasión, la furia había acentuado. Adelia recordó que Emma se había

referido con euforia a los poemas de su futuro esposo. Sin embargo, en ese rostro no encontraba poesía, solo estupidez. Para convertir a los ladrones en un ejemplo, los había dejado en el puente durante dos días. La ausencia de tráfico en el río dejaba en evidencia que nadie los había visto, por lo cual el castigo ejemplar no había tenido efecto alguno. Un hombre más sensible habría dado su consentimiento ante lo inevitable y, después de hacer una reverencia, se habría retirado.

Wolvercote no podía hacerlo. Consideraba que las monjas atentaban contra su autoridad y eso lo atemorizaba: debía ser el jefe supremo; de lo contrario, no sería nada.

Adelia recordó que Rowley se había referido alguna vez al derecho de los señores feudales a imponer la pena de muerte a un ladrón si lo descubrían dentro de su propiedad, una costumbre inglesa que había adquirido fuerza de ley. Y había dicho que el rey la detestaba, porque cualquier cabrón podía ahorcar a quien le diera la gana. Ella había preguntado por qué no les quitaba ese derecho, pero aparentemente era difícil privarlos, sin provocar rebeliones, de una potestad que poseían desde hacía mucho tiempo. Rowley opinaba que era conveniente esperar el momento oportuno.

Las monjas ya habían rescatado el segundo cadáver. Ambos habían sido cubiertos con un saco. Las monjas comenzaban a empujar el carro cargado por el puente, de regreso al convento. Sus pies resbalaban en el hielo.

—Mira, tesoro —le dijo Gyltha a Allie—. Es divertido, ¿verdad?

La priora Havis se detuvo al pasar frente a Wolvercote.

—¿Cómo se llamaban? —preguntó, con una voz más fría que los cadáveres.

—¿Para qué queréis saberlo?

—Para inscribir los nombres en su tumba.

—Por Dios, no tenían nombre. Si no lo hubiera impedido, habrían robado el cáliz de vuestro propio altar. Eran ladrones.

—También lo eran los dos hombres crucificados junto a Nuestro Señor. Y no recuerdo que él los hubiera privado de su misericordia —dijo la priora, antes de dar media vuelta para hablar con sus hermanas.

Él no podía tolerarlo y gritó a sus espaldas.

—Sois una vieja entrometida, Havis. No me sorprende, no habéis tenido un solo hombre.

Ella no lo miró.

—Oh, Dios, van a sepultarlos —dijo Adelia. De pronto vio a Jacques junto a ella.

—Es lo que suele hacerse con los muertos —opinó el mensajero, sonriendo.

—Sí, pero aun no he mirado sus botas. Y tú —ordenó, dirigiéndose a Gyltha—, lleva a la niña a casa. —Luego corrió tras las monjas y se detuvo frente al carro para impedir que siguiera su camino—. ¿Puedo demorarlas solo un minuto?

Adelia se arrodilló en la nieve para que sus ojos estuvieran al nivel de las piernas

de los cadáveres. Les quitó el saco que los cubría y de inmediato recordó el puente, tal como lo había visto por primera vez, por la noche, cuando los horribles bultos y las huellas en la nieve le habían relatado la secuencia de los acontecimientos con tanta claridad como si los dos asesinos hubieran confesado su crimen.

Oyó su propia voz, cuando decía a Rowley: «¿Lo veis? Uno de ellos usaba zapatos con clavos y el otro llevaba trabas en las suelas, tal vez fueran barras atadas con tiras de tela. Llegaron hasta aquí a caballo y llevaron a los animales hacia los árboles... Comieron mientras esperaban...».

Vio un par de zapatos con clavos. El otro cadáver había perdido el calzado del pie derecho, pero el izquierdo conservaba el zueco, sujeto por apretadas bandas de cuero que pasaban por debajo de la suela y se cruzaban en la pierna, donde las sujetaba una liga. Tras mirar, colocó el saco cuidadosamente en su lugar y se puso de pie.

—Gracias.

Desconcertadas, las monjas empujaron otra vez el carro y siguieron adelante. Havis miró a Adelia.

—¿Eran ellos?

—Sí.

Walt las había oído.

—¿Estos son los cabrones que mataron a ese pobre caballo?

Adelia le sonrió.

—Y al viajero. Eso creo. —Al girar advirtió que Wolvercote se había acercado para descubrir qué sucedía. La gente de la abadía permaneció expectante.

—¿Sabéis de dónde venían? —preguntó Adelia.

—¿Qué importancia tiene? Los encontré robando en mi casa. Aún tenían un jarro de plata, mi jarro de plata, y eso es todo lo que necesito saber —replicó, y de inmediato preguntó al vigía—: ¿Quién es esta mujer? ¿Qué hace aquí?

—Llegó con el obispo —dijo escuetamente Fitchet.

—Ella está con el doctor moreno. Puede explicar cosas. Mira y sabe qué ocurrió —intervino Walt.

Sus palabras no fueron las más adecuadas. Adelia se agazapó, esperando lo inevitable.

Wolvercote la observó.

—Eso significa que es una bruja.

La palabra quedó flotando en el aire y, como una gota de tinta que cae en agua transparente, lo salpicó de puntos negros que se diluyeron y finalmente lo tiñeron de gris.

La gente del pueblo no olvidaría que, así como se había sugerido que Havis era una virgen resentida, Adelia había recibido la calificación de bruja. Las mujeres, que en principio parecían confundidas, fueron víctimas de la indignación. La acusación

era inapelable y modificó la expresión de todos cuantos la oyeron. Incluso Walt y Jacques volvieron a dudar.

Adelia se culpaba por su negligencia. «Dios, qué estúpida. ¿Por qué no pude esperar?». Habría podido encontrar otra oportunidad para mirar los zapatos de los muertos antes de que fueran enterrados. Pero no, tenía que asegurarse en ese mismo momento.

—Maldición —dijo. Al mirar atrás vio que lord Wolvercote se había marchado. Todos los demás la observaban y podía oír sus murmullos. El daño estaba hecho.

Jacques fue hacia ella a grandes zancadas.

—Yo no creo que seáis una bruja, señora —dijo, jadeante—, pero deberíais permanecer en vuestra habitación. Si no os ven, lo olvidarán. Como dice san Mateo: «A cada día le basta su propio mal».

Pero el día aún no había terminado. Cuando cruzaban el portal del convento, un hombre gordo y agitado salió de la puerta de la iglesia.

—Vos —gritó, en dirección a Jacques—, traed a la enfermera.

El mensajero salió a toda prisa. El hombre gordo dio media vuelta y regresó velozmente a la iglesia.

Adelia se tambaleaba. «A cada día le basta...». El mal había sido suficiente y ella se había procurado una parte a sí misma. Lo que ocurría allí dentro no era de su incumbencia.

Pero los sonidos que llegaban hasta sus oídos eran gritos de dolor. Decidió entrar.

La luz del sol apenas alumbraba la amplia iglesia. Durante el día las velas estaban apagadas. Desde las altas y estrechas ventanas del templo llegaban gélidos rayos de sol hacia el sombrío interior, salpicaban alguna columna y dibujaban delgadas listas que atravesaban el espacio de la nave, eludiendo el centro, donde se desarrollaba la angustiosa escena.

Adelia no logró comprender lo que sucedía hasta que sus ojos se habituaron a la penumbra. Lentamente los objetos adquirían forma: distinguió un catafalco y dos siluetas corpulentas, un hombre y una mujer, que trataban de arrancar algo de allí.

Por fin pudo ver que ese algo era la joven oblata Emma. Estaba muy quieta, pero sus manos se aferraban a la cabecera del catafalco de modo tal que no era posible separarla del cuerpo que yacía debajo de ella.

—Dejadlo, niña. Levantaos, esto es vergonzoso. Maldición, ¿qué le sucede? —dijo el hombre gordo.

La mujer era más amable, aunque estaba igualmente perturbada.

—Por favor, mi tesoro, estáis disgustando a vuestro padre. ¿Qué importancia tiene esta muerte para vos? Levantaos ya mismo.

El hombre gordo miró a su alrededor, desesperado, y vio a Adelia, de pie en el vano de la puerta, iluminada por un rayo de sol que llegaba desde del exterior.

—Venid a echarnos una mano. Nuestra hija se ha desmayado.

Adelia se acercó: Emma no se había desmayado. Sus ojos abiertos miraban fijamente hacia delante y los nudillos de sus manos parecían pequeños guijarros blancos adheridos a la madera negra del catafalco. Se acercó aún más para mirar el interior.

Las monjas habían cubierto los ojos con monedas, pero aquel era el rostro del joven muerto en el puente, que ella y Rowley habían llevado a la cámara de hielo. Allí estaba el señor Talbot de Kidlington. Tan solo unos minutos antes ella había examinado el calzado de sus asesinos.

El hombre gordo hablaba de manera intimidatoria, aunque sus palabras no se dirigían a Adelia.

—Qué buen convento es este, que deja a los muertos en cualquier lugar. No me sorprende que nuestra hija se haya alterado. ¿Para esto pagamos nuestro diezmo?

La enfermera había entrado en la iglesia en compañía de Jacques. En la nave resonaron las exclamaciones y las exhortaciones.

—Vamos, niña, esto de nada servirá —dijo la hermana Jennet con tono jovial. Su voz se mezclaba con los bramidos del padre, que estaba enfurecido y buscaba a alguien a quien culpar, y con las palabras angustiosas de la madre, que hacían un débil contrapunto. Adelia tocó suavemente la mano con que Emma se aferraba al catafalco. La joven levantó la cabeza. Era imposible explicar lo que expresaban sus ojos atormentados.

—¿Habéis visto lo que hicieron con él?

El padre de Emma y la hermana Jennet se habían alejado y discutían abiertamente. La madre dejó de prestar atención a su hija y fue hacia ellos.

—Os ruego que conservéis la calma, señor Bloat. ¿En qué otro lugar deberíamos depositar el cuerpo? —dijo la enfermera. No aclaró que en Godstow ya escaseaban lugares donde colocar cadáveres.

—En un lugar donde las personas no se topen con él. ¿Para qué pagamos los diezmos?

—Calma, calma —intervino la señora Bloat—. Tan solo estábamos paseando... Nuestra hija nos había llevado a recorrer el lugar.

Emma miró fijamente a Adelia, como si observara un pozo sin fondo.

—Oh, Dios, ¿comprendéis lo que han hecho?

—Sí, comprendo.

Adelia se preguntaba cómo había podido estar tan ciega, cómo no lo había comprendido antes. Allí estaba el motivo por el cual Talbot de Kidlington había sido asesinado.

CAPÍTULO 10

¿A dónde pensabais fugaros?
—A Gales.

La joven se sentó en un banco situado en un ángulo de la habitación que ocupaban Gyltha y Adelia. Se había quitado el tocado y su largo cabello rubio, casi blanco, se mecía sobre su cara mientras ella se balanceaba hacia delante y hacia atrás.

Allie, inquieta al ver esas manifestaciones de dolor, había comenzado a llorar. Su madre trataba de tranquilizarla meciéndola en sus brazos. Guardián, dando una sorprendente muestra de piedad, yacía a los pies de Emma, con la cabeza apoyada en sus zapatos.

Ella había luchado, en el sentido estricto de la palabra, por permanecer allí. Cuando por fin lograron arrancarla del catafalco, había tendido sus brazos hacia Adelia.

—Me iré con ella. Me entiende, ella sabe.

—Maldición, sabe más que yo —había dicho el señor Bloat. Adelia se había apiadado de él hasta el momento en que trató de arrastrar a su hija fuera de la iglesia, cubriéndole la boca con la mano para evitar que el ruido continuara llamando la atención de la gente.

Emma se resistió con la misma firmeza, retorciéndose y gritando para librarse de él.

Por fin la hermana Jennet había aconsejado al señor Bloat que diera su consentimiento para que la joven se marchara con Adelia.

—Permitid que vaya con esta señora, por ahora. Ella posee conocimientos de medicina y tal vez pueda calmarla.

El señor y la señora Bloat nada podían hacer. Sin embargo, a juzgar por las miradas que le dirigieron mientras ayudaba a su hija a salir hacia la residencia de huéspedes, la médica comprendió que había agregado dos nombres a su lista de enemigos.

Adelia logró convencer a la joven para que bebiera una infusión de zapatilla de dama, que la calmó lo suficiente para que pudiera responder algunas preguntas, aunque Gyltha, que frotaba suavemente la nuca de Emma con aceite de rosas, fruncía el ceño cada vez que Adelia las formulaba. Entre ellas se estableció una discusión silenciosa.

—*Deja en paz a la pobre criatura, ten piedad.*

—*No puedo.*

—*Su corazón está destrozado.*

—*Se curará, pero no el de Talbot.*

Gyltha se apenaba por el dolor de la joven, pero Adelia consideraba que tenía un deber para con Talbot de Kindlington, que, por amor a Emma Bloat, había cabalgado en medio de la nieve hacia el convento para sacarla de allí y casarse con ella. La fuga habría tenido como resultado un desastre financiero para una tercera persona —ella pensaba que se trataba de lord Wolvercote—, que había ordenado su asesinato.

El señor «Zapatos con clavos» y el señor «Zuecos» no se habían agazapado aquella noche, bajo la tormenta de nieve, en ese puente alejado, sencillamente para esperar que pasara por allí un viajero cualquiera. Sin duda eran delincuentes de poca monta, pero no eran estúpidos. Sabían, porque alguien se lo había dicho, que a cierta hora un hombre en particular se dirigiría hacia el portal del convento.

Lo mataron y, mientras cruzaban el puente para huir hacia la aldea, ellos mismos fueron asesinados.

¿Por el mismo hombre que los había contratado?

Oh, sí. El carácter de Wolvercote se ajustaba perfectamente a esa intriga.

Aunque, pensándolo bien, tal vez no tan perfectamente. Adelia aún se sorprendía por la distancia que alguien había recorrido para asegurarse de que el cadáver fuera identificado como el de Talbot. Si se trataba de Wolvercote, habría deseado que Emma supiera tan pronto como fuera posible que su amante había muerto y que su mano y su fortuna nuevamente le pertenecían.

Sí. Pero se suponía que, si Talbot no hacía su aparición en el convento, de todos modos el camino quedaría libre para él. ¿Por qué habían puesto el cadáver delante de sus narices? Y ¿por qué en circunstancias que obviamente señalaban como culpable a Wolvercote?

«Oh, Dios, ¿comprendéis lo que han hecho?».

¿A quién se refería Emma?

Adelia dejó a Allie en el suelo, le dio el muñeco que Mansur había tallado con hueso y se sentó junto a Emma. Le acarició el cabello mientras sus labios dibujaban para Gyltha las palabras «Debo hacerlo».

La joven permanecía prácticamente indiferente a causa del trauma padecido.

—Quiero quedarme aquí, con vos —repetía una y otra vez—. No quiero verlos, a ninguno de ellos. Habéis amado a un hombre, habéis tenido un hijo de él. Me comprendéis. Ellos no me comprenden.

—Por supuesto, podéis quedaros aquí —dijo Gyltha.

—Mi amado está muerto.

«También el mío», pensó Adelia. El dolor de la joven era el mismo que ella sentía. Se obligó a apartarlo de su mente. Se había cometido un asesinato y la muerte era un asunto de su incumbencia.

—¿Teníais previsto ir a Gales? ¿En invierno?

—Debíamos esperar. Hasta que él tuviera veintiún años. Para que recibiera su

herencia.

Emma pronunciaba las frases por partes, con voz distraída y monótona.

«A Talbot de Kidlington: Que el Señor y Sus ángeles os bendigan en este día, en el que os convertís en hombre».

Aquel día Talbot de Kidlington había partido para buscar a Emma Bloat. Y si Adelia recordaba correctamente, llevaba consigo los dos marcos de plata que acompañaban la carta del señor Warin.

—¿Su herencia eran dos marcos de plata? —preguntó Adelia. Entonces recordó que la joven nada sabía sobre esos marcos, porque ignoraba la existencia de la carta.

Emma apenas la había oído.

—Las tierras que su madre le dejó en Gales. Felin Fach... —Emma pronunció suavemente ese nombre que, aparentemente, la dulce voz de su amante decía a menudo—. Felin Fach. El valle de Aeron, donde el salmón salta hasta la caña y la tierra produce oro, solía decir él.

—¿Oro? —exclamó Adelia, mirando inquisitivamente a Gyltha—. ¿Hay oro en Gales?

Gyltha se encogió de hombros.

—Él pensaba tomar posesión de sus tierras en cuanto fuera mayor de edad. Era parte de su herencia. Íbamos a vivir allí. El padre Gwilym nos esperaba para casarnos. «Es un hombrecito alegre, no sabe una palabra de inglés, pero en galés puede unir a dos personas en matrimonio como si fuera un sacerdote del Vaticano». —Citaba otra vez, casi sonriente, las palabras de su amado.

Gyltha se secó los ojos. Aquello era horrendo. Adelia también sentía una profunda pena. Era imposible ver tanto sufrimiento sin compartirlo. Sin embargo, debía obtener respuestas.

—Emma, ¿quién sabía adónde ibais a huir?

—Nadie —afirmó, y sorprendentemente sonrió—. «No llevéis capa, porque lo descubrirán. Tendré una para vos. Fitchet abrirá el portal...».

—¿Fitchet?

—Por supuesto, Fitchet sabía lo que había entre nosotros. Talbot le había pagado —explicó. Evidentemente, para Emma el vigía no tenía importancia. De pronto, su rostro se demudó—. Pero él no vino a buscarme. Lo esperé en la torre del vigía... Esperé... Pensé... Pensé... Oh, que Dios tenga piedad de mí, lo culpé..., —La joven comenzó a dar manotazos en el aire—. ¿Por qué lo mataron? ¿Por qué no se contentaron con llevarse su bolsa? ¿Por qué matarle a él?

Adelia y Gyltha se miraron una vez más. Tal como suponían, Emma adjudicaba el asesinato de su enamorado a los ladrones. En aquel momento, tal vez fuera lo mejor. No tenía sentido despertar en ella sospechas acerca de la participación de Wolvercote hasta que fuera posible probar su culpabilidad. En realidad, tal vez fuera inocente. Si

no sabía nada sobre la fuga... Pero Fitchet lo sabía.

—Entonces, era un secreto, ¿verdad?

—La pequeña Priscilla lo supo. Lo adivinó —dijo Emma, nuevamente en trance, transportada al pasado. Sin duda, la elaboración de aquel plan había sido emocionante—. Y Fitchet, él llevaba secretamente nuestras cartas. Y el señor Warin, por supuesto, porque él tenía que escribir a Felin Fach para que Talbot pudiera tomar posesión del lugar, pero todos habían jurado que no hablarían. —De pronto, Emma agarró el brazo de Adelia—. Fitchet. ¿Es posible que él avisara a los ladrones?

Adelia le transmitió una seguridad que ella misma no poseía, dado que la cantidad de personas que estaban al tanto de los planes iba en aumento.

—No fue él, estoy segura. ¿Quién es el señor Warin?

—¿Ellos lo esperaban? ¿Sabían que llevaba dinero? ¿Lo sabían? —preguntó la joven, clavando sus uñas en la piel de Adelia.

—No lo sabían, por supuesto —intervino Gyltha, tomando la mano de Emma entre las suyas—. Eran unos miserables. Los caminos no son seguros para nadie.

Emma miró a Adelia con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Sufrió?

Para esa pregunta existía una respuesta categórica.

—No, le dispararon al pecho con una ballesta. Seguramente estaba pensando en vos y después... nada.

—Sí —dijo la joven, y nuevamente se sumió en sus ensoñaciones—. Sí.

—¿Quién es el señor Warin? —preguntó otra vez Adelia.

—¿Cómo podré vivir sin él?

«Debemos hacerlo», pensó Adelia.

Allie había llegado gateando hasta Emma, para apartar a Guardián y sentarse sobre sus zapatos. En cuanto se instaló, apoyó su mano regordeta en la cara de la joven.

—Queríamos tener muchos hijos —dijo Emma, mirando a la niña. Su desolación era tangible. Las dos mujeres que la acompañaban sintieron que la habitación iluminada por la llama del hogar se convertía en una árida planicie invernal que se extendía hacia el infinito.

Adelia pensó que Emma era joven. Tal vez algún día la primavera regresara a su vida, pero ya nunca con la misma lozanía.

—¿Quién es el señor Warin?

La joven comenzó a temblar. Gyltha dirigió una mirada reprobatoria a Adelia, para que no insistiera con sus preguntas.

Pero ella no podía complacerla.

—Emma, ¿quién es el señor Warin?

—El primo de Talbot. Estaban muy unidos. —Sus labios volvieron a esbozar una

sonrisa—. «Mi tolerante Warin. Un hombre cauteloso, Emma, pero ningún pupilo ha tenido un tutor como él». —Una vez más repetía las palabras del difunto.

—¿Él era el tutor de Talbot? ¿Manejaba sus asuntos de dinero?

—Oh, no lo preocupéis con eso ahora. Sin duda está muy... Debo verlo. No..., no puedo afrontar su dolor... No puedo afrontar nada.

Los ojos de Emma estaban entrecerrados a causa de la fatiga que provoca el sufrimiento. Gyltha la envolvió en una manta y la llevó a la cama. Allí la ayudó a sentarse y levantó sus piernas para que se acostara.

—Ahora duérmete —le indicó, y regresó junto a Adelia—. Y tú ven conmigo.

Las dos fueron hacia el otro extremo de la habitación para hablar a media voz.

—¿Crees que Wolvercote liquidó al amigo de la chica?

—Es posible, pero empiezo a pensar que el primo-tutor, que administraba los negocios de Talbot, tenía mucho que perder si él tomaba posesión de sus propiedades. El asunto comienza a parecerse a una conspiración.

—No. Fue un robo común y corriente y mataron al muchacho para quitarle el dinero.

—Los ladrones sabían quién era.

—No, los cabrones no lo sabían.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Adelia, sorprendida. Gyltha nunca había reaccionado de esa manera.

—Porque ahora esa pobre chica tiene que casarse con el viejo Wolfy aunque no le guste, y es mejor que no piense que él ha matado a su novio.

—Ella no tendrá que... —comenzó a decir Adelia, y miró a Gyltha con los párpados entornados—. ¿Deberá hacerlo?

Gyltha asintió.

—Claro. Los Bloat lo arreglaron así. Él lo arregló. Por eso ella quería huir, para que no pudieran obligarla.

—Ellos no pueden obligarla. Oh, Gyltha, no pueden.

—Ya verás. Ella es una nueva rica; es lo que les sucede a esa clase de chicas —afirmó Gyltha, mirando al cielo para dar las gracias por ser una persona común—. Nadie me quiso por mi dinero. Nunca lo tuve.

Así era. Adelia no lo había pensado porque a ella nunca le había sucedido. Sus padres adoptivos eran una pareja liberal que le había permitido elegir su profesión. No obstante, las jóvenes de buena familia que conocía en Salerno se habían casado con hombres elegidos por sus padres, aunque protestaran. Era parte del proyecto de progreso familiar. Las opciones eran una lucha interminable, la calle o el convento.

—Supongo que puede decidir que tomará los hábitos.

—Ella es hija única, el señor Bloat no quiere una monja, quiere una dama en la familia. Es mejor para sus negocios —explicó Gyltha, y suspiró—. Mi tía era

cocinera de los De Pringham y aunque la pobre Alys, su hija, gritó y pataleó, la obligaron a casarse con el barón Coton, un cabrón viejo y calvo.

—Es necesario decir «sí», de lo contrario la Iglesia no considera válido el matrimonio.

—Bueno... Nunca oí que la pequeña Alys dijera «sí».

—Wolvercote es un bravucón y un idiota. Tú lo sabes.

—¿Entonces?

Adelia pensó en el futuro de Emma.

—Puede apelar a la reina. Leonor sabe lo que significa un matrimonio desdichado. Ella logró divorciarse de Luis.

—Oh, sí. Sin duda, la reina se va a enfrentar al hombre que está de su lado —dijo Gyltha, levantando las cejas—. No será tan malo para ella —agregó, dando una palmada en el hombro de Adelia.

—¿No será tan malo?

—Tendrá hijos, es lo que quiere, ¿verdad? De cualquier modo, no creo que tenga que soportar a su marido mucho tiempo. El rey Enrique se encargará de él. Wolvercote es un traidor y Enrique lo destripará —aseguró Gyltha. Durante un instante pareció reflexionar sobre el asunto, con la cabeza inclinada y luego concluyó—. Tal vez no sea malo en absoluto.

—Creí que sentías pena por ella.

—Sí, pero trato de ver qué le espera. Con un poco de suerte será viuda antes de que termine el año. Después tendrá un hijo de Wolvercote y será dueña de sus tierras. Sí, creo que puede salir bien.

—Gyltha —interrumpió Adelia, negándose a seguir adelante con un razonamiento tan cínicamente práctico que resultaba asombroso incluso en una mujer tan prosaica—, eso es repugnante.

—Son negocios —replicó Gyltha—. ¿Qué otra cosa son los casamientos para los nuevos ricos?

• • •

Aquel día Jacques estuvo ocupado llevando mensajes a las mujeres alojadas en la residencia de huéspedes. El primero había sido enviado por la priora:

—Para la señora Adelia: la priora Havis os saluda y os hace saber que la joven Bertha será sepultada en el cementerio de las monjas.

—Le darán cristiana sepultura. Creí que te alegraría —dijo Gyltha al ver la reacción de Adelia—. ¿No era lo que querías?

—Sí, y me alegra.

Así era: la priora había concluido la investigación que ella había iniciado y había logrado persuadir a la abadesa de que Bertha no se había quitado la vida.

Jacques, en cambio, no había concluido con sus tareas y dijo, con tono responsable:

—Y me encargaron que os recordara, señora, que el demonio deambula por la abadía.

Allí estaba la clave. Si las monjas aceptaban que en Godstow había un asesino suelto, su presencia se tornaba más real y tenebrosa.

Aquella misma mañana, más tarde, el mensajero regresó.

—Para la señora Adelia: la madre Edyve os saluda y desea que llevéis a Emma de regreso a su claustro, según dice, para preservar la paz.

—¿La paz de quién? —preguntó Gyltha—. Supongo que los Bloat se quejaron.

—Y también lord Wolvercote —dijo Jacques, e hizo un gesto entornando los ojos y enseñando los dientes para indicar que se resistía a seguir dando malas noticias.

—Él dice..., en fin..., dice que...

—¿Qué dice?

El mensajero suspiró.

—Se dice que la señora Adelia ha hechizado a la señorita Emma para que rechace a su legítimo futuro esposo.

Gyltha dio un paso adelante.

—De mi parte, puedes decirle a ese cabrón estúpido y sin dios... —comenzó a decir. De pronto se detuvo, al sentir que una mano se apoyaba en su hombro.

—No es conveniente crear más dificultades —dijo Emma, que ya vestía su capa.

Antes de que los presentes pudieran reaccionar, la joven bajó la escalera.

• • •

Las distintas facciones atrapadas entre los muros de la abadía se fracturaron como vidrios congelados. Sobre Godstow se abatió una oscuridad que no tenía relación alguna con la tenue luz invernal.

Las monjas se aislaron en señal de protesta contra la ocupación de su convento. La enfermería preparaba su comida y todas sus actividades se realizaban dentro del claustro.

La presencia de dos bandos de mercenarios comenzó a causar problemas. Los hombres de Schwyz tenían más experiencia, formaban un grupo unido, habían peleado en más de una guerra en distintos países de Europa, y consideraban que los soldados de Wolvercote eran simples rufianes contratados para organizar la rebelión contra el rey. Y en realidad, así era en la mayoría de los casos. Pero tenían trajes más elegantes, mejores armas y un líder que los mandaba. De todos modos, eran similares; no reconocían autoridad alguna. Los hombres de Schwyz habían montado un alambique en la herrería y se embriagaban. Los de Wolvercote asaltaban la despensa del convento, y se embriagaban también. Más tarde, inevitablemente

peleaban.

Las noches se tornaron horrendas. Los habitantes de Godstow y sus huéspedes oían las disputas que tenían lugar en los callejones. Acurrucados en sus habitaciones, temían que los mercenarios ebrios rompieran violentamente una puerta para entrar en ellas, imaginaban robos y violaciones.

Para proteger a sus mujeres y custodiar sus pertenencias, los hombres del lugar formaron su propia milicia. Mansur, Walt, Oswald y Jacques asumieron su responsabilidad y se unieron a ellos para hacer las rondas nocturnas.

A menudo las riñas nocturnas se transformaban en peleas de tres grupos.

El padre Egbert, el capellán, trató de reanudar los oficios religiosos para la grey que las monjas habían abandonado. La iniciativa se frustró cuando un domingo por la tarde, durante la comunión, Schwyz gritó a Wolvercote:

—¿Vais a controlar a vuestros hombres o debo hacerlo yo?

La pregunta desencadenó una pelea entre ambos bandos que llegó hasta la capilla de la Virgen, donde se destrozaron candiles, un atril y varias cabezas. Uno de los hombres de Wolvercote perdió un ojo.

• • •

El mundo parecía haberse congelado. En el asediado territorio de Oxfordshire nada variaba, salvo porque el sol brillaba durante el día y las estrellas por la noche. Ninguno de los dos lograba que el frío disminuyera.

Todas las mañanas Adelia abría los postigos para ventilar rápidamente la habitación y miraba el horizonte tratando de descubrir algo..., tal vez a Enrique Plantagenet... o a Rowley.

Pero Rowley estaba muerto.

Había caído más nieve, que había cubierto el camino que llegaba hasta el Támesis. Era imposible distinguir la tierra y el río. No había indicios de vida humana y era improbable que anduviera por allí algún animal. Huellas entrecruzadas, semejantes a una labor de punto, sugerían que las aves sedientas bajaban al amanecer para llenar de agua sus picos. Pero ¿dónde estaban? Tal vez, cobijadas en los árboles que se alzaban como centinelas de hierro al otro lado del río. ¿Podrían soportar condiciones tan extremas? ¿Dónde estaban los ciervos? ¿Los peces podían nadar debajo del hielo?

Al ver las alas de un cuervo solitario que volaba por el cielo azul, Adelia se preguntó si el ave era capaz de comprender que, en aquel mundo prístino e inerte, Godstow constituía el único reservorio de vida. De pronto el cuervo plegó sus alas y cayó al suelo, convertido en una víctima pequeña, negra y desaliñada en medio de aquella blanca inmensidad.

Si las noches de Godstow eran desalentadoras, los días se tornaron horripilantes. Constantemente se oía el ruido de las picas que abrían tumbas en la tierra congelada, mientras las campanas de la iglesia doblaban por los muertos; aparentemente, habían perdido la capacidad de sonar por cualquier otro motivo.

En lo posible, Adelia permanecía en la residencia de huéspedes. La intimidaban las miradas de las personas que encontraba a su paso al salir, y su costumbre de santiguarse y hacer la señal del demonio cuando pasaban junto a ella. No obstante, debía asistir a algunos funerales.

Por lo pronto, el de Talbot de Kidlington. Las monjas reaparecieron para la ocasión. Un hombrecito que estaba al frente de las personas reunidas —Adelia supuso que se trataba del primo, el señor Warin— gimoteó durante toda la ceremonia. Ella, desde atrás, se dedicó a mirar hacia el coro, donde Emma —pálida y sin llanto— se agarraba a la mano de la hermana Priscilla.

El funeral de Bertha se realizó por la noche, en la intimidad de la capilla de la abadesa. Asistieron las integrantes del capítulo del convento, la joven que ordeñaba las vacas, Jacques y Adelia, que había dejado entre las manos de Bertha una cadena rota y una cruz de plata antes de que el sencillo ataúd de pino fuera enterrado en el cementerio de las monjas.

En el funeral de Giorgio, el siciliano, no se hicieron presentes las monjas. En cambio, se vio allí a Schwyz en persona, y a la mayoría de sus mercenarios. Mansur, Walt y Jacques habían asistido al funeral de Talbot y también estuvieron en aquella ocasión, al igual que Adelia. Había rogado a la hermana Havis que dejara de lado sus reparos para que Giorgio fuera sepultado como un cristiano, argumentando que, a pesar de su profesión, no había causado daño al convento. Gracias a ella, el siciliano fue enterrado en una fría tumba con la bendición de santa Águeda.

Cross, su amigo, no se mostró agradecido. Se marchó del cementerio después del entierro, sin decir una palabra. Sin embargo, más tarde dejó frente a la puerta de Adelia tres hermosos pares de patines de hueso tallado con sus correspondientes correas.

Dos aldeanos de Wolvercote que habían muerto a causa de una neumonía también tuvieron su funeral. Asistieron la hermana Jennet y sus enfermeras, no así lord Wolvercote.

Y se realizó un funeral para los dos hombres ahorcados. Solo estuvo presente el sacerdote que ofició la ceremonia. No obstante, esos cuerpos también fueron enterrados en el cementerio de la iglesia.

Una vez cumplida su tarea, el padre Egbert cerró la iglesia y, al igual que las monjas, se retiró a su refugio privado. Dijo que no celebraría oficios mientras cualquier mercenario pudiera mezclarse entre los feligreses. El Adviento no sería

perturbado por un grupo de paganos beligerantes que no podrían reconocer a la Paloma de la Paz aunque ella defecara en sus cabezas, lo cual habría complacido al sacerdote.

Toda la comunidad se hacía la misma pregunta: «¿No celebraremos la Navidad?».

Los Bloat hicieron oír su grito más estridente: habían llegado hasta Godstow para presenciar el casamiento de su hija, que se realizaría en la época de los festejos navideños, y a causa de la maléfica influencia de una mujer de dudosa reputación, la joven decía que no quería casarse. No pagaban su diezmo para oír cosas semejantes.

Sin embargo, otra voz logró imponerse, y fue más efectiva. La hermana Bullard, la encargada de la despensa, era en la práctica la persona más importante de la abadía, y aquella a quien la situación había puesto más duramente a prueba. Aun cuando la nueva milicia del convento trataba de protegerlo, el granero que servía como despensa era asaltado todas las noches por mercenarios que robaban los toneles de cerveza, las cubas de vino y los alimentos. La hermana Bullard temía que en poco tiempo el convento careciera de los víveres más indispensables. En consecuencia, decidió apelar a la única autoridad terrenal que tenía a mano: la reina de Inglaterra.

Leonor no había salido de sus aposentos, preocupada exclusivamente por procurarse diversión. El resto de la abadía le parecía tediosa y había ignorado sus problemas.

No obstante, dado que la nieve seguía cayendo, ella se encontraba aislada en Godstow y no tuvo más alternativa que escuchar a la hermana Bullard, que le anticipó discordias y hambrunas.

La reina despertó.

Lord Wolvercote y el señor Schwyz fueron convocados a la casa de la abadesa, donde Leonor se hospedaba. Allí les señaló que si ganaban aliados se debía solo a que exhibían el emblema real y que ella no tenía intención de liderar a la clase de gentuza en la que se estaban convirtiendo ellos y sus subordinados. Y estableció normas: la iglesia reanudaría los servicios religiosos, a los cuales solo podrían asistir quienes estuvieran sobrios. Los soldados de Wolvercote debían cruzar el puente todas las noches y dormir en la finca que su amo poseía en la aldea. Solo seis de ellos permanecerían en la abadía, donde, junto a los hombres de Schwyz, vigilarían que se acatara el toque de queda. Los mercenarios que asaltaran nuevamente la despensa o protagonizaran una pelea recibirían azotes.

Lord Wolvercote habría debido salir de la reunión en posición ventajosa. Al fin y al cabo, Schwyz era un hombre a quien se pagaba por sus servicios, mientras que él los prestaba voluntariamente. Pero el abad de Eynsham, que, además de ser amigo de Schwyz, también era más inteligente y persuasivo, había participado en el cónclave.

Quienes lo habían visto dijeron que lord Wolvercote salió gruñendo de las habitaciones de la reina.

—Porque tampoco tendrá a Emma —informó Gyltha—. Ya no, de ningún modo.

—¿Estás segura? —preguntó Adelia.

—Completamente. La chica ha suplicado a la madre Edyve y ella ha pedido a Leonor que la proteja. La reina ha dicho que el viejo Wolfy debe esperar.

Una vez más, la información provenía de la cocina del convento. Polly, una amiga de Gyltha, había ayudado a los sirvientes de la reina a llevar un refrigerio para la reunión entre Leonor y los comandantes mercenarios. Había tenido oportunidad de escuchar muchas cosas, entre ellas, que la madre Edyve había pedido a la reina que la boda de Emma se suspendiera por tiempo indefinido... hasta que la joven se recuperara de la aflicción que embargaba su espíritu.

—Su señoría Wolfy no se alegró.

Adelia pensó, aliviada, que seguramente tampoco se habían alegrado los Bloat. Pero ya todos sabían cuál era la aflicción que embargaba el espíritu de Emma y, de acuerdo con las palabras de Gyltha, todos se solidarizaban con ella tanto como desaprobaban a Wolvercote.

La cocina también había proporcionado más noticias alentadoras. Leonor habría anunciado que, una vez restablecido el orden, la iglesia se abriría nuevamente, los servicios religiosos se reanudarían y llegado el momento, se celebraría la misa de Navidad con un gran festejo.

—Una verdadera fiesta inglesa —dijo Gyltha. En sus ojos destelló un brillo pagano—. Con villancicos, fiestas, actores, el tronco de Navidad y todos los adornos. Ahora mismo están matando y colgando los gansos.

Era una actitud típica de Leonor: después de haber preservado las reservas de comida y bebida del convento, las ponía en peligro. Un festejo para toda la comunidad era una empresa enorme y costosa. Por otra parte, las órdenes de la reina habían sido necesarias y perspicaces. Lograrían atenuar una situación que se tornaba intolerable. Y si un festejo podía proporcionar a Godstow la alegría que tanto necesitaba, había que dar gracias a Dios por ello.

• • •

El resurgimiento del poder de Leonor coincidió con una invitación.

—Para la señora Adelia, una citación de Su Graciosa Majestad, la reina Leonor —dijo Jacques.

—¿Ahora trabajas para la realeza? —preguntó Gyltha, al verlo en la puerta.

El mensajero había encontrado en algún lugar ropas más vistosas y se había rizado el cabello, detrás del cual se escondían sus orejas. Su perfume atravesó la habitación y llegó hasta Adelia. Era evidente que ocupaba una nueva posición.

—Me siento sumamente honrado, señora. Y ahora debo ver al señor Mansur. Él también ha sido citado —explicó Jacques.

Gyltha lo observó mientras se marchaba.

—Imita a los cortesanos —comentó con desagrado—. Cuando Rowley regrese, le dará una patada en el culo.

—Rowley no regresará —dijo Adelia.

• • •

Cuando Mansur entró en la cámara real, uno de los cortesanos murmuró audiblemente:

—Ahora recibimos a los paganos. —Y al ver detrás a Adelia, y a Guardián, que le pisaba los talones, exclamó—: ¡Oh, por Dios!, miren ese sombrero. Y ese perro, por favor.

Sin embargo, Leonor fue sumamente amable. Se abrió paso entre sus cortesanos y se adelantó tendiendo su mano para que la besaran.

—Señor Mansur, cuánto nos alegra veros —dijo, y, dirigiéndose a Adelia, afirmó—: Mi querida niña, hemos sido negligentes. Hemos estado ocupados con asuntos de Estado, por supuesto, pero, aun así, me temo que hemos abandonado a quien me auxilió en la lucha contra el demonio.

Era evidente que aquella larga habitación de la planta alta, que había pertenecido a la abadesa, se había transformado en el aposento de Leonor. Sin duda no había sido la madre Edyve quien lo perfumó con los penetrantes aromas del Oriente pagano, ni quien lo llenó de objetos tan coloridos —mantos, almohadones, un espléndido tríptico otoñal— que eclipsaban las ingenuas escenas bíblicas de tonos pastel que decoraban las paredes. La religiosa jamás se habría arrodillado en un reclinatorio de oro; en los postes de su cama no se habrían tallado leones rugientes y desde el dosel no habría caído hasta su almohada una gasa finísima, etérea como una telaraña; ningún cortesano de sexo masculino habría permanecido allí como una escultura digna de admiración; en el silencio monástico no se habrían oído las canciones de amor de ningún trovador.

Adelia —asombrada al ver la cama, porque no comprendía cómo habían logrado transportarla en la barca— pensó que, no obstante, el efecto no tenía connotaciones sexuales. Era indudablemente sensual, pero aquella no era la habitación de una hurí, todo aquello era simplemente... Leonor.

Y sin duda había cautivado a Jacques, que desde el rincón donde holgazaneaba le hizo una reverencia, sonriendo y agitando los dedos. Allí estaba, y a juzgar por la alegría que irradiaba, por sus botas —aún más altas que las anteriores— y por el nuevo peinado que le permitía ocultar sus enormes orejas, consideraba que había logrado encarnar el refinamiento de la moda de Aquitania.

La reina convidó a Mansur a dátiles secos y confituras de pasta de almendras.

—Quienes hemos viajado a Tierra Santa sabemos que no debemos ofreceros vino.

Nuestro cocinero prepara un zumo de frutas aceptable —dijo Leonor, chasqueando con elegancia sus dedos regios dirigiéndose a un paje.

El rostro de Mansur se mantuvo inexpresivo.

—Querida, ¿el doctor no comprende lo que digo? —preguntó la reina a Adelia.

—Me temo que no, Majestad. Lo traduciré para él.

Mansur comprendía sin dificultad el francés normando que se hablaba allí, pero tanto para él como para Adelia había sido conveniente —y probablemente lo sería también en aquella ocasión— fingir que solo dominaba el árabe. Había oído decir cosas asombrosas a quienes creían que no era capaz de entenderlos. Y si el asesino de Bertha era uno de los allí presentes...

¿Qué deseaban de él? Le dispensaban honores que no correspondían a un hombre perteneciente a la raza contra la cual la reina había combatido en las Cruzadas.

Leonor le pidió que felicitara a Mansur por su destreza como médico, gracias a la cual había salvado la vida de «uno de los queridos mercenarios de Schwyz». Y destacó que la hermana Jennet no había ahorrado elogios con respecto a él.

De eso se trataba. Siempre era conveniente contar con un buen médico. El desprecio que los cristianos sentían por los árabes y los judíos no se aplicaba a los médicos, que gozaban de la mejor reputación debido a que sabían curar a las personas de su propia comunidad. En opinión de Adelia, con la ayuda de las estrictas normas alimentarias que imponían sus religiones.

En aquella habitación Adelia era meramente una intérprete. O tal vez no: una nueva historia se estaba escribiendo, y ella había sido testigo del coraje de Leonor.

La reina apoyó una mano en su hombro para invitarla a dar un paso adelante. Luego relató al grupo reunido en la habitación que en aquella alcoba de Wormhold Tower, donde se albergaba un cadáver en descomposición, había aparecido un demonio empuñando una espada. Leonor, sin perder la calma, había tendido su mano hacia la figura demoníaca y le había dicho:

—Sois un demonio Plantagenet, vuestra raza desciende del Maligno. En nombre de Nuestro Salvador, regresad con vuestro amo.

Y he aquí que el demonio había dejado caer la espada y se había deslizado furtivamente hacia el lugar de donde había venido.

Adelia se preguntó cuál había sido su participación en aquel episodio.

—Y esta personita que está aquí, mi señora *Athalia*, tomó entonces la espada que el demonio había soltado, aunque estaba todavía muy caliente y olía a azufre, y la arrojó por la ventana.

Adelia se alegró de haber sido útil a la reina, aunque no pudo evitar preguntarse si Leonor creía en su historia absurda. Se dijo que no y que tal vez el ataque de Dakers la había asustado y, en consecuencia, la había avergonzado, por lo cual debía presentar una versión más ventajosa al mundo. O que probablemente lo hacía para

entretenerse. Esa clase de gente siempre estaba aburrida.

Después de haber soltado las debidas exclamaciones de sorpresa y admiración a lo largo del relato, los cortesanos coronaron el final con un aplauso. Montignard, en cambio, lanzó una mirada insolente a Adelia y exclamó:

—Pero fui yo quien cuidó de vos después, mi señora, ¿no es así?

Sin embargo, su relato fue eclipsado por el abad de Eynsham que, apoyado en uno de los postes de la cama, lo aplaudió con lentitud.

Leonor se dirigió bruscamente a Montignard.

—En realidad sois vos el responsable de que abandonáramos a esta criatura. Os habíamos encargado que cuidarais a nuestra valiente señora Adelia.

El abad miró a Adelia desde la punta de las botas salpicadas de nieve hasta el sombrero con orejeras que le cubría la cabeza y volvió a bajar la vista hasta que los ojos de ambos se encontraron.

—Mi señora, creí haber cumplido con el encargo —replicó Montignard.

La reina seguía hablando. Adelia no podía oírla a causa del asombro. Aquel hombre, que había intentado perjudicarla, la miraba como un espadachín cuando saluda a otro. De algún modo que aún no lograba comprender, ella, Vesuvia Adelia Rachel Ortese Aguilar, que en aquel lugar era tan solo la amante del obispo de Saint Albans y la persona que servicialmente había recogido la espada del demonio, era importante para el señor abad de Eynsham. Eso le había dicho su mirada.

La reina mostraba las palmas de las manos, a modo de interrogación, y sonreía. Los cortesanos soltaron una carcajada.

—La pobre criatura está abrumada —comentó uno de ellos.

—Perdón, Majestad, no comprendo —dijo Adelia.

—He dicho, querida, que debéis vivir aquí, con nosotros. No podemos permitir que nuestra buena compañera se hospede en cualquier lugar. Os mudaréis aquí, junto a mis damas de honor, sin duda hay espacio suficiente y os divertiréis con nosotros. Debéis estar muy aburrida allí fuera.

«Vos lo estáis», pensó nuevamente Adelia. Tal vez Leonor sentía íntimamente que estaba en deuda con ella porque le había salvado la vida. Pero, más importante aún, necesitaba una nueva mascota con la cual jugar.

El hastío era perceptible en los chillidos que llegaban desde la habitación contigua, donde las damas de honor peleaban por asuntos menores, y en las carcajadas frívolas dirigidas a su persona. Ya no tenían de quién burlarse y necesitaban que alguien les proporcionara nuevo entretenimiento.

Al fin y al cabo, era lo que hacían una reina y su séquito. Abandonaban un castillo en cuanto comenzaba a apestar, y se instalaban en otro, para cazar, recibir visitas y divertirse. Un ejército de cocineras, planchadoras, lavanderas y sirvientes de todo tipo —muchos de ellos habían quedado atrás cuando Leonor emprendió aquella

guerra y muchos más habían sido víctimas de la nieve— los mantenía limpios y alimentados. Sin esos recursos, no sabían sobrevivir.

Uno de los cortesanos acercaba exageradamente la nariz a Guardián, sin reparar en que sus propios calzones no olían mucho mejor.

«¿Mudarme aquí, con esta gente? Dios me libre», pensó Adelia. No aceptaría la invitación a sumarse a aquella muchedumbre infernal, aunque proviniera de una reina.

Por otra parte, si alguno de los integrantes del séquito era el asesino de Bertha, sería más fácil descubrirlo mezclándose entre ellos. No deseaba mudarse, pero si podía entrar en los aposentos reales durante el día...

Adelia hizo una reverencia.

—Majestad, sois la bondad en persona. Si mi bebé no os impidiera dormir durante la noche...

—¿Un hijo? ¿Por qué no lo dijisteis? —preguntó la reina, intrigada—. ¿Es un niño?

—Una niña. Le están saliendo los dientes y se desvela.

—¿Le están saliendo los dientes? —chilló Montignard.

—Según entiendo, eso es sinónimo de llanto —opinó Eynsham.

—A estos dos señores no les agradan los niños —dijo Leonor a Adelia.

—A mí me agradan, mi dulce señora —replicó el abad—. Por supuesto que sí. Asados a la parrilla, con un poco de perejil, me parecen deliciosos.

Adelia insistió.

—Además, debo ayudar a mi amo, el doctor Mansur, cuando por las noches lo requieren en la enfermería, lo cual sucede a menudo. Yo me encargo de los medicamentos.

—Eso es sinónimo de cacharros que huelen mal y hacen ruido.

Montignard unió las palmas de las manos en actitud suplicante.

—Señora, no tendréis descanso. Si no fuera suficiente con esa campana que marca las horas y las monjas que rezan, tendremos también llantos de bebé y solo Dios sabe qué otra travesura. Os sentiréis agotada.

«Bendito sea este cerdo», pensó Adelia.

Leonor sonrió.

—Sois un hedonista —dijo. Luego caviló un instante—. Necesito dormir, pero me niego a no recompensar a esta joven.

—Oh, permitid que venga y se marche cuando sea necesario —aconsejó Eynsham—. Aunque no con esa ropa.

—Por supuesto. La vestiremos.

La reina había encontrado una nueva distracción, un pasatiempo. Y Adelia había obtenido su pasaporte, aunque tuvo que pagar por él. Fue conducida a la sala de las

damas de honor. La puerta no se cerró por completo, de modo que los hombres pudieron asomar la cabeza y hacer a coro sus comentarios, que se sumaron a las demás humillaciones que se vio obligada a tolerar. Le quitaron el blusón para observar cómo combinaban con su piel y su cabello distintos géneros. Todos resultaban inapropiados. Se oyeron comentarios de todo tipo: «Malva no, querida, no casa bien con ese color de piel tan cadavérico». «¿Dónde consiguió un lino tan fino y blanco para el blusón?». «¿Por qué es rubia, acaso es sajona?». «No, los sajones tienen ojos azules, tal vez sea esclava».

Ni siquiera le habían preguntado si quería un vestido nuevo. En realidad, no lo deseaba. Sus propias prendas le permitían pasar desapercibida. Adelia era una observadora, no le gustaba ser observada. Solo deseaba causar alguna impresión en sus pacientes, y no precisamente por sus encantos femeninos. En realidad... había deseado impresionar a Rowley, pero lo había hecho completamente despojada de ropa.

Nadie consultó a las pobres costureras de la reina. El trabajo necesario para transformar el género elegido en un vestido muy ajustado en la parte de arriba, con una falda muy amplia, con mangas estrechas hasta el codo que luego se ensanchaban y caían casi hasta el suelo sería oneroso, en especial teniendo en cuenta que Leonor deseaba que llevara una filigrana bordada en el cuello y los extremos de las mangas y que debía estar terminado para el festejo de la Navidad.

Adelia admiró a esas costureras imprevistamente alistadas para la guerra, y se maravilló al pensar en los transportes que, en lugar de equipamiento militar, contenían cajas llenas de brocados de colores deslumbrantes, seda, lino y satén.

Por fin Leonor se decidió por un terciopelo de color azul muy oscuro que, según sus palabras, tenía el esplendor de las uvas de Aquitania.

Cuando la reina se proponía algo, no escatimaba esfuerzos: Adelia tendría una diadema de oro, una faja labrada, zapatillas bordadas y un manto con capucha de finísima lana.

—Es lo que os merecéis, querida. Era un demonio repulsivo —dijo Leonor, mientras le daba una palmada en la cabeza. Luego se dirigió a Eynsham—. Ahora estamos a salvo, ¿no es así, abad? Dijisteis que os habíais encargado de él.

Dakers. ¿Qué había sido de ella?

—No podía arriesgarme a que rondara por aquí y atacara otra vez a mi señora —dijo el abad con tono jovial—. La descubrí oculta entre los libros del convento y dudo de que sepa leer. Habrían debido ahorcarla inmediatamente, pero las bondadosas monjas se opusieron, de modo que *pendent opera interrupta*, ordené que la encerraran en la cárcel del convento. La llevaremos con nosotros cuando nos marchemos y entonces la colgaremos —aseguró, guiñando el ojo— si antes no ha muerto por congelación.

Se oyeron risas de agradecimiento, entre las cuales se incluyó la de Leonor. No obstante, la reina protestó.

—No, señor, la mujer está poseída. No podemos ejecutar a una demente.

—Poseída por el demonio de su ama. Es mejor que muera, mi señora, así como ha muerto Rosamunda.

La noche fue larga. Nadie podía retirarse sin autorización de la reina y Leonor era infatigable. Había juegos de mesa, «el zorro y el ganso», dados, damas. A todos los presentes se les pidió que cantaran, incluso a Adelia, cuya voz fue motivo de risas.

Cuando llegó el turno de Mansur, Leonor lo escuchó con embeleso y curiosidad.

—Hermosa voz. ¿Es un castrato?

Adelia, sentada en un banco a los pies de la reina, admitió que, en efecto, así era.

—Qué interesante. Los he oído en Tierra Santa, pero nunca en Inglaterra. Según creo, pueden brindar placer a una mujer, pero no pueden engendrar hijos. ¿Es verdad?

—No lo sé, Majestad —respondió Adelia. Leonor estaba en lo cierto, pero ella no se sentía en condiciones de conversar de ese tema con la reina.

La habitación se tornó calurosa. Siguieron los juegos y las canciones. Adelia comenzó a cabecear. La gente entraba y salía, y cada vez que la puerta se abría, la corriente de aire la despertaba abruptamente. Creyó que Jacques se había marchado, pero de pronto lo vio: regresaba de la cocina trayendo más comida. Montignard y Mansur salieron con destino desconocido y regresaron. También salió el abad, que reapareció con un cordel, para que Leonor pudiera hacer juegos de manos con él.

Allí estaba otra vez el gordo fraile, en esta oportunidad en compañía de Mansur. Ambos estaban sentados a una mesa, con la cabeza inclinada sobre un tablero de ajedrez. Un cortesano trajo nieve para enfriar el vino. Otro joven, el que había arrojado bolas de nieve a las monjas, cantaba y tocaba el laúd.

Adelia hizo un esfuerzo por ponerse de pie. Fue hacia la mesa de ajedrez y observó el tablero.

—Estáis perdiendo —dijo en árabe.

—Él es mejor jugador, que Alá lo maldiga —respondió Mansur sin mirarla.

—Decid algo más.

—¿Qué queréis que diga? —gruñó el árabe—. Estoy cansado de esta gente. ¿Cuándo nos marchamos?

Adelia se dirigió a Eynsham.

—Mi señor Mansur me pide que os pregunte qué podéis decirle acerca de la muerte de Rosamunda Clifford.

El abad levantó la cabeza y la miró. Otra vez se estableció entre ellos un vínculo intenso.

—¿Y por qué motivo el señor Mansur hace esa pregunta?

—Es un médico, le interesan los casos de envenenamiento.

Leonor, que había oído el nombre de Rosamunda, gritó desde el otro lado de la habitación:

—¿Qué ocurre? ¿De qué habláis?

El abad se transformó de inmediato en otro hombre, afable, sencillo y sociable.

—El buen doctor quiere saber algo más sobre la muerte de esa perra de Rosamunda. ¿No estaba acaso con vos cuando lo supimos, querida? Nos lo dijeron en cuanto pusimos pie en tierra, después de viajar desde Normandía. ¿No es verdad que caí de rodillas y di las gracias al Gran Vengador de todos los pecados?

Leonor tendió sus manos hacia él.

—Lo hicisteis, abad.

—Habíais conocido a Rosamunda antes de su muerte —dijo Adelia—, eso dijisteis cuando nos encontrábamos en Wormhold.

—¿Si conocía a Rosamunda? Oh, sí, la conocía. ¿Podía permitir la inmoralidad desenfrenada en mi propio condado? Mi padre se habría avergonzado. ¿Cuántos días pasé en la cueva de esa Jezabel, como Daniel, exhortándola a que dejara de fornicar?

El abad interpretaba su papel para la reina, pero miraba fijamente a Adelia.

Las canciones y los juegos cesaron solo cuando la propia Leonor se cansó.

—A dormir, señores. Id a dormir.

• • •

Mientras acompañaba a Adelia a la residencia de huéspedes, Mansur estaba callado, disgustado porque había perdido la partida de ajedrez, un juego en el que era especialmente diestro.

—Ese sacerdote es un buen jugador. No me gusta.

—Él tuvo alguna participación en la muerte de Rosamunda. Lo sé —dijo Adelia—. Se estaba burlando de mí.

—Él no estaba allí.

Era verdad. Eynsham estaba cruzando el Canal cuando Rosamunda murió. Pero había algo...

—¿Quién es el gordo con sífilis? Me llevó afuera para que lo examinara. Quiere un ungüento.

—¿Montignard? ¿Montignard tiene sífilis? Lo tiene merecido.

Adelia estaba irritable a causa de la fatiga. Pronto amanecería. La antífona de maitines que se oía desde la capilla los acompañaba mientras avanzaban con paso cansino.

Mansur levantó el farol para iluminar los peldaños de la entrada.

—¿La mujer dejó la puerta sin trabas para que podáis entrar?

—Eso espero.

—No debería hacerlo. No es seguro.

—Entonces, tendré que despertarla —dijo Adelia mientras subía los peldaños—. La mujer se llama Gyltha, ¿por qué nunca dices su nombre? —preguntó. De hecho, era asombroso, porque en la práctica eran matrimonio.

Adelia tropezó con un objeto grande, colocado en el último peldaño, que estuvo a punto de caer al callejón.

—Oh, por Dios. Mansur. Mansur.

Juntos llevaron la cuna a la habitación. La niña seguía dormida dentro de ella, abrigada con pieles. Aparentemente, el frío no la había dañado.

La vela se había consumido. Gyltha permanecía inmóvil en la silla donde había esperado que Adelia regresara. Consternada, por un instante ella creyó que la habían asesinado: su mano se balanceaba sobre el lugar que habitualmente ocupaba la cuna.

Al oír un ronquido se tranquilizó.

Después de despertar a Gyltha, los tres se sentaron alrededor de la cuna y miraron a Allie mientras dormía, como si temieran que pudiera evaporarse.

—¿Alguien vino hasta aquí, se la llevó y la dejó en la escalera? —preguntó Gyltha, que no lograba comprender qué había sucedido.

—Sí —respondió Adelia—. Si la hubieran dejado una pulgada más lejos, solo una pulgada... —En su mente surgió la imagen de la cuna que daba una vuelta en el aire y caía en el callejón, veinte pies más abajo.

—¿Alguien entró y yo no lo oí? ¿La dejó en el peldaño?

—Sí.

—¿Para qué lo hizo?

—No lo sé —respondió Adelia, aunque en realidad lo sabía.

Mansur lo dijo:

—Os está haciendo una advertencia.

—Lo sé.

—Habéis hecho demasiadas preguntas.

—También lo sé.

Gyltha seguía aterrada y no entendía de qué hablaban.

—¿Qué preguntas? ¿Quién no quiere que le hagas preguntas?

—No lo sé.

Y si lo hubiera sabido, se habría postrado ante él, se habría humillado a sus pies para decirle, suplicante: «Habéis ganado. Sois más listo. No interferiré, podéis sentirlos libre, pero dejadme a Allie».

CAPÍTULO 11

Instintivamente, Adelia trató de mantenerse oculta, junto con Allie, así como una liebre y su cría se esconden entre la hierba.

Cuando la reina envió a Jacques a preguntar por ella, dijo que estaba enferma y no podría acudir a su llamada.

En su imaginación, el asesino conversaba con ella.

—¿Os volvisteis sumisa?

—*Por completo, señor. No haré nada que pueda disgustaros. Solo os pido que no lastiméis a Allie.*

Ahora realmente lo conocía. No estaba segura de quién era, pero sí sabía qué era. Se había dado a conocer cuando arrebató la cuna de Allie sin que Gyltha pudiera oírlo y la depositó en la escalera.

De esa manera, tan sencilla, había reducido a su adversaria a la impotencia. Si no le hubiera inspirado tanto miedo, Adelia lo habría admirado por su audacia, su eficiencia, su imaginación.

Y de esa manera le había dicho de qué crímenes era responsable.

Se habían cometido dos tipos de asesinato. Ahora lo comprendía. Solo tenían en común el hecho de que, en pocos días, ella había visto todos aquellos cadáveres.

La muerte de Talbot de Kidlington era la más clara, porque su motivo era tan antiguo como el mundo: obtener un beneficio.

Wolvercote tenía una buena razón para matar al muchacho. Si se fugaba con Emma lo habría privado de una novia valiosa.

También era posible considerar que la herencia a la cual Talbot accedería al cumplir veintiún años habría privado a su tutor de una fuente de ingresos, porque tal vez el señor Warin estafaba al muchacho. No habría sido la primera vez que al tomar posesión de sus propiedades el heredero descubría que en realidad ya no existían.

Emma había sugerido —aunque ella misma no lo creía posible— que Fitchet habría podido avisar a dos amigos que un joven llegaría al convento por la noche y que llevaba dinero. Al fin y al cabo, el vigía había actuado como intermediario entre los amantes —por lo cual seguramente cobraba una tarifa—, lo cual indicaba que podía ser sobornado.

Y, si bien era menos probable, tal vez los Bloat habían descubierto el plan de su hija y habían contratado asesinos para frustrarlo.

Esas eran las hipótesis acerca de la muerte de Talbot. No obstante, ninguno de los potenciales asesinos tenía la personalidad del hombre que había entrado sigilosamente en la residencia de huéspedes y había dejado la cuna de Allie en la escalera. Sus características eran diferentes, no apelaba a la obvia brutalidad con que

había eliminado a Talbot. No, ese hombre era... ¿sofisticado?, ¿un profesional?

«Solo mato cuando debo hacerlo. Os hice una advertencia. Confío en que la tendréis en cuenta».

Él era el asesino de Rosamunda y Bertha.

• • •

La nieve siguió cayendo.

Gyltha se encargaba de ir a la cocina para buscar la comida, vaciar las bacinillas en la letrina y traer leña para el hogar.

—¿Nunca vamos a llevar a esa pobre niña a tomar un poco de aire? —preguntó.

—No.

El diálogo imaginario seguía.

—*Estoy fuera, vigilando. Quiero saber cuán sumisa sois.*

—*Totalmente sumisa, señor. No lastiméis a mi hija.*

—Nadie puede arrebatarnos a Allie si ese árabe nos acompaña —dijo la voz real de Gyltha.

—Dije que no.

—¿Nos quedaremos aquí, con la puerta atrancada?

—Sí.

Por supuesto, eso no fue posible.

• • •

La primera señal de alarma surgió por la noche. Desde algún lugar llegaba el sonido de una campanilla. La gente gritaba.

Gyltha se asomó por la ventana que miraba al callejón.

—Están gritando «fuego» —dijo—. Noto olor a humo. Oh, Dios, ayúdanos.

Las mujeres se vistieron, envolvieron a Allie en sus pieles y recogieron rápidamente algunas pertenencias antes de bajar la escalera llevando a la niña.

Todos los habitantes de ese sector de la abadía habían salido a causa del fuego, el más temido de los peligros. Fitchet llegó corriendo desde el portal. Traía dos cubos de agua. Los hombres salieron de la residencia de huéspedes. Entre ellos estaban Mansur y el señor Warin.

—¿Dónde? ¿Dónde es el incendio?

El sonido de la campanilla y el alboroto provenían de la zona vecina al estanque.

—¿En el granero?

—Diría que en la prisión.

—Oh, Dios. Dakers. —Adelia dejó precipitadamente a Allie en brazos de Gyltha y comenzó a correr.

Peg caminaba entre el estanque y la torre que servía de cárcel, agitando la campanilla con tanta fuerza como si estuviera aporreando con ella a una vaca díscola. Había visto las llamas mientras iba hacia el establo.

—Allí —dijo la muchacha, señalando con la campana una rendija. Por allí el aire entraba en la pequeña colmena de piedra que servía de prisión al convento.

El herrero clavaba un tubo de hierro en el estanque para obtener agua, mientras los voluntarios —que, con cubos en la mano, habían formado una fila— le gritaban que se diera prisa.

—No huelo humo —dijo Mansur, acercándose a Adelia.

—Tampoco yo.

El aire estaba algo gris, nada más, y a través de la saetera no se veían llamas.

—Sin embargo, había fuego —afirmó Peg.

La puerta de la prisión se abrió. Apareció un centinela malhumorado.

—Regresad —gritó—. No es necesario tanto jaleo, la paja se incendió, eso es todo.

El centinela no era otro que Cross. Cerró la puerta detrás de sí y apuntó a la multitud con su lanza. Ahora, marchaos.

La gente comenzó a dispersarse gruñendo. No obstante, todos se sintieron aliviados.

Adelia permaneció en su lugar.

—¿Qué significa esto? —preguntó Mansur.

—No lo sé.

Cross empuñó su lanza al ver frente a él una silueta familiar surgida de la oscuridad.

—Atrás, aquí no hay nada para ver. Idos a casa —ordenó—. Oh, sois vos... —dijo al reconocer a Adelia.

—¿Ella está bien?

—¿La vieja tenebrosa? Sí. Chilló un poco, pero ahora está muy bien, mucho mejor que cuando estaba allí fuera. No pasa frío, la alimentan. En cambio, nadie piensa en los pobres tipos que tienen que vigilarla.

—¿Cómo se encendió el fuego?

—Supongo que ella le dio un puntapié al brasero —dijo Cross, sin mirar a Adelia.

—Quiero verla.

—No es posible. El capitán Schwyz me lo dijo claramente: «Que nadie hable con ella, que nadie se acerque salvo para llevarle la comida. Y la maldita puerta debe estar siempre cerrada».

—¿Y quién le dio esa orden a Schwyz? ¿El abad?

Cross se encogió de hombros.

—Quiero verla —repitió Adelia.

Mansur se adelantó y, como si se tratara de un junco, arrancó la lanza de las manos del mercenario.

—La señora quiere ver qué sucede allí dentro.

Cross resopló, desató de su cinto una enorme llave y la introdujo en la cerradura.

—Solo un vistazo. El capitán llegará en cualquier momento. Seguramente oyó el alboroto. Malditos campesinos, maldito alboroto.

En efecto, fue solo un vistazo.

Mansur levantó a Adelia para que pudiera ver por encima del hombro del mercenario, que permaneció de pie delante de la puerta, impidiéndoles entrar.

El lugar estaba iluminado tan solo por los leños que ardían en el brasero. Un espeso anillo de paja seguía el contorno circular de la pared de piedra, salvo en un sector, donde se veían cenizas. Algo se movió.

Adelia recordó a Bertha. Por un instante un par de ojos reflejaron el resplandor del brasero; luego desaparecieron.

Unas botas hicieron crujir el hielo. Su dueño se acercaba a ellos. Cross le arrebató la lanza a Mansur.

—Es el capitán. Por el amor de Dios, marchaos.

Lo hicieron.

—Y bien, ¿qué sucedió? —preguntó Mansur mientras se alejaban.

—Alguien trató de que muriera entre las llamas. La saetera se encuentra en el lado opuesto a la puerta. Creo que alguien arrojó un trapo encendido a través de ella. Si Cross custodiaba la entrada, no pudo ver quién era. Pero sabe que así fue.

—El flamenco dijo que el brasero se había caído.

—No, está atornillado al piso. Además, sobre la paja no había rastros de brasas. Alguien quiso matarla, y no fue Cross.

—Es una mujer triste y loca. Tal vez trató de matarse.

—No.

Rosamunda, Bertha, Dakers. Las tres sabían algo que no debían saber. Y Dakers aún podía decirlo. Si Cross no hubiera reaccionado con rapidez, el fuego se habría propagado y su voz se habría silenciado.

• • •

Por la mañana mercenarios armados irrumpieron en la capilla donde las monjas oraban y se llevaron a Emma Bloat.

Adelia dormía. Lo supo cuando Gyltha volvió corriendo de la cocina, adonde había ido para buscar el desayuno.

—Pobre criatura. Se armó un tremendo alboroto. Cuando la priora trató de detenerlos, la golpearon y cayó al suelo. La golpearon. En su propia capilla.

Adelia se vistió de inmediato.

—¿Adónde llevaron a Emma?

—A la aldea. Fue obra de Wolvercote y sus malditos flamencos. La llevaron a su finca. Dicen que no dejaba de gritar, pobre chica.

—¿No pudieron evitarlo?

—Las monjas fueron tras ello, pero ¿qué pueden hacer?

Cuando Adelia llegó al portal, el grupo de rescate cruzaba el puente. Regresaban con las manos vacías.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Adelia cuando las monjas pasaron junto a ella.

La priora Havis estaba pálida y tenía un corte debajo del ojo.

—Nos obligaron a regresar a punta de lanza. Uno de los hombres de Wolvercote se rio de nosotras. Dijo que lo que hacían era legítimo porque allí había un sacerdote. —La religiosa movió la cabeza—. No sé a qué clase de sacerdote se refiere.

Adelia fue a ver a la reina. Leonor acababa de recibir la noticia y estaba furiosa con sus cortesanos.

—¿Mis súbditos no son más que unos salvajes? La muchacha estaba bajo mi protección. ¿Acaso no le había dicho a Wolvercote que debía darle tiempo?

—Sí, lo hicisteis, señora.

—Debéis traerla. Decidle a Schwyz... ¿Dónde está Schwyz? Decidle que reúna a sus hombres... —La reina miró a su alrededor. Nadie se había movido de su lugar—. ¿Y bien?

—Señora, me temo que... el daño está hecho —dijo el abad de Eynsham—. Tal parece que en la aldea de Wolvercote vive un pobre cura analfabeto, que consagró el matrimonio. Las palabras fueron pronunciadas.

—No por la muchacha, os lo aseguro, jamás en esas circunstancias. ¿Los padres estaban presentes?

—Aparentemente, no.

—En ese caso, se trata de un secuestro. —La voz de Leonor sonaba aguda y estridente. Se percibía en ella la desesperación propia de un monarca que pierde el control sobre sus súbditos—. ¿Cómo os atrevéis a ignorar mis órdenes? ¿Sois acaso bestias incivilizadas?

Aparte de Adelia, la reina era la única persona enfadada. Las demás personas presentes en la sala, en fin, los hombres estaban molestos, disgustados, pero también levemente entretenidos. El hecho de que una mujer —en tanto no fuera la propia— hubiera sido raptada y sometida les parecía verdaderamente cómico.

—Me temo que lord Wolvercote ha adoptado la actitud de los romanos con nuestra pobre sabina —dijo el abad insinuando un guiño.

Ya nada podía hacerse. Un sacerdote los había unido en matrimonio, Emma Bloat estaba casada. Aun sin su consentimiento, había sido desflorada y tal vez —tal como

suponían todos los hombres— lo había disfrutado.

Desesperanzada, Adelia abandonó la habitación. No era capaz de tolerar esa clase de compañía.

Uno de los jóvenes cortesanos de Leonor, que iba y venía por el sendero del claustro, le impidió seguir su camino. Indiferente a todo lo que sucedía a su alrededor, tocaba la viola y ensayaba una nueva canción. Adelia lo empujó bruscamente y lo hizo tropezar. Divisó al final del claustro la puerta de la capilla y se dirigió hacia allí. Afortunadamente el lugar estaba vacío. Solo entonces comprendió que necesitaba un consuelo urgente que —como también entendía— tal vez no encontraría.

Se arrodilló en la nave.

«Santa María madre de Dios, bríndale tu protección y tu consuelo».

La respuesta quedó flotando en el aire helado, cargado de olor a incienso.

—Ella solo es ganado, al igual que vos. Debéis aceptarlo.

Adelia dio puñetazos en el suelo de piedra y pronunció en voz alta su acusación.

—Rosamunda y Bertha han muerto. Emma ha sido violada. ¿Por qué permitís que esto suceda?

—Finalmente llegará el remedio para vuestro dolor, hija mía. Vos, que podéis curar, deberíais saberlo.

La voz era real, inexpresiva, parecía desprovista de energía vital. Aparentemente, sus propias alas la impulsaban fuera de la boca de quien pronunciaba esas palabras, para que desde el diminuto coro de la capilla llegara hasta Adelia.

La madre Edyve era tan pequeña que apenas asomaba del compartimiento donde estaba sentada, con las manos cruzadas sobre el bastón y el mentón apoyado en ellas.

Adelia se puso de pie.

—He entrado aquí sin permiso, madre. Me voy.

La voz se posó sobre ella mientras se dirigía a la puerta.

—Emma tenía nueve años cuando llegó a Godstow, nos colmó de alegría a todos nosotros.

—No hay alegría para ella ni para vos en este momento —replicó Adelia, dando media vuelta.

Imprevistamente, la madre Edyve preguntó:

—¿Cómo ha recibido la noticia la reina Leonor?

—Con furia —afirmó Adelia, pero considerando que tal vez no era así, y le atribuía su propia furia, agregó—: Supongo que está enfadada porque Wolvercote no ha acatado sus órdenes.

—Ya —dijo la madre Edyve, frotando el mentón contra sus manos cruzadas—. Creo que sois injusta.

—¿Injusta? ¿Qué puedo hacer además de vociferar? ¿Qué puede hacer cualquiera

de nosotros? Vuestra niña alegre será toda su vida esclava de un cerdo y ni siquiera la reina de Inglaterra tiene poder para impedirlo.

—He escuchado las canciones que le cantan a la reina. El laúd, la cítara y las voces de los jóvenes. He estado sentada aquí, pensando en ello.

Adelia levantó las cejas.

—¿Qué es lo que cantan? —preguntó la madre Edyve—. Hablan de *cortez amors*.

—«Amor cortés», una expresión de la Provenza. Lisonjas provenzales y basura sentimental.

—Entiendo, amor cortés, una serenata para una mujer inasequible. Es sumamente interesante: una visión elevada del amor terrenal. Podría decirse que aquello que esos jóvenes anhelan es un reflejo de la esencia de la Virgen María.

Adelia opinó, con crueldad, que la religiosa era una anciana tonta.

—Lo que esos jóvenes anhelan, abadesa, no es santidad. Su canción concluye con una altisonante descripción de la galería secreta, el nombre que dan a la vagina.

—Sexo, por supuesto —dijo sorprendentemente la abadesa—. Pero nunca había oído que se le atribuyera un deseo tan sereno. Básicamente, su canción dice más de lo que ellos creen. Cantan a la Madre Dios.

—¿La Madre Dios?

—Dios es nuestro padre y nuestra madre. No podría ser de otra manera. Aunque el padre Egbert me reprenda por decirlo, no sería ecuánime crear dos sexos y favorecer solo a uno de ellos.

No era sorprendente que el padre Egbert la reprendiera. En cambio, Adelia se asombró de que no la hubiera excomulgado por hablar de un Dios masculino y femenino a la vez. A ella, que se consideraba una mujer con ideas modernas, la desconcertaba ese concepto del Todopoderoso. En todas las religiones que conocía, Dios había creado a la mujer, débil y pecadora, para proporcionar al hombre placer y un reservorio abrigado donde prosperaría su simiente. El judío devoto agradecía diariamente no haber nacido mujer. No obstante, esa monjita despojaba a Dios de su barba y le otorgaba no solo los senos, sino también la mente de una mujer. Su filosofía era profundamente rebelde. Adelia advirtió entonces que la madre Edyve era una rebelde. De lo contrario no habría estado dispuesta a burlar a la Iglesia cediendo un espacio en su cementerio para sepultar a la amante de un rey. Y solo una mente independiente podía ser, al mismo tiempo, generosa con una reina que no había traído consigo más que tumulto.

—Sí —continuó la voz, similar al piar de un ave—, sufrimos por esa desigualdad tal como debe sufrir el Todopoderoso mujer. Sin embargo, nos han enseñado que la medida del tiempo no es igual para los seres humanos y para Dios. Una eternidad es un instante para quien es Alfa y Omega.

—Sí —dijo Adelia. Frunciendo el ceño, se acercó a la abadesa y se sentó a un

lado, en los peldaños del altar. Rodeó con los brazos sus rodillas, y observó aquella silueta inmóvil en el coro.

—Pienso que Leonor representa ese instante —prosiguió la abadesa—. Por primera vez, al menos no tengo conocimiento de que haya sucedido antes, tenemos una reina que ha alzado su voz a favor de la dignidad de las mujeres.

—¿Qué?

—Escuchad.

El trovador del claustro había terminado de componer su canción y ya se le oía cantar. Su bella voz de tenor fluía como la miel hacia la capilla gris.

Las! Einssi ay de ma mort exemplaire, mais la douleur qu'il me convendra traire, douce seroit, se un tel esoir avoie...

Aunque estuviera muriendo de amor, el cantor había elegido expresar su dolor con una melodía tan hermosa como un día de verano. Sin proponérselo, Adelia sonrió. Con esa combinación lograría conquistar a su dama.

Para el oído poco refinado de Adelia, la música que Leonor escuchaba dondequiera que fuera era otro de sus artificios, el acompañamiento adecuado para una mujer que reunía todas las debilidades atribuidas a la naturaleza femenina: era vanidosa, celosa, caprichosa, una persona que para hacer valer sus derechos había elegido ir a la guerra, desafiando a un hombre más eminente que ella.

Sin embargo, la abadesa escuchaba aquella música con la misma atención que merecía un texto sagrado.

Adelia reconsideró sus juicios. Había desechado la poesía elaborada y lánguida de los cortesanos, su interés por los trajes, sus rizos perfumados, porque los juzgaba con los parámetros de una masculinidad tosca establecida por el mundo masculino. Se preguntó si el aprecio por la amabilidad y la belleza eran decadentes. En un arrebato de cariño pensó que Rowley habría respondido que sí. Él detestaba a los hombres con características feminoides. La afición de su mensajero por los perfumes le parecía equiparable a los peores excesos del emperador Calígula.

No obstante, la actitud de Leonor difícilmente podía considerarse decadente, porque era nueva. Adelia se puso de pie. Por Dios, era nueva. La abadesa tenía razón: aun cuando no lo hiciera deliberadamente, en aquel territorio inculto que formaba parte de sus dominios, la figura de la reina encarnaba a las mujeres que exigían ser respetadas, consideradas y apreciadas por su valor personal en lugar de ser vistas como una mercancía. Exigía que los hombres fueran merecedores de esas mujeres.

Recordó que en los aposentos de Leonor había sido testigo del momento en que la reina, delante de sus cortesanos, se había referido a Wolvercote como una bruta bestia que arrastraba a su presa hacia el bosque para comerla, cuando habría debido describirlo como un hombre poderoso que conseguía algo que le pertenecía por derecho.

—Supongo que tenéis razón —dijo con cierta reticencia.

Vous que j’aim tres loyaument... Ne sans amours, emprende nel saroie.

—Pero es algo fingido, artificial —protestó Adelia—. Hablan de amor, honor, respeto, pero ¿cuál es el trato que se dispensa a las mujeres en la vida real? Dudo de que ese muchacho ponga en práctica aquello que dice en sus canciones. No son más que grata hipocresía.

—Oh, yo tengo en alta estima a la hipocresía —dijo la monjita—. Suele fingir que apoya un ideal que, en consecuencia, existe. Reconoce el bien y, a su manera, es un signo de civilización. No encontraréis hipocresía entre los animales salvajes. Tampoco en lord Wolvercote.

—¿Es posible hacer el bien sin convicciones firmes?

—Me lo he preguntado —respondió serenamente la madre Edyve—. Y he llegado a la conclusión de que quizá también se lo preguntaron los primeros cristianos, y que tal vez Leonor, a su manera, ha dado el primer paso, ha colocado la piedra fundacional para que, con la ayuda de Dios, las hijas de nuestras hijas puedan construir una nueva y mejor Jerusalén.

—No beneficiará a Emma.

—No.

Adelia pensó con tristeza que solo una mujer muy anciana podía depositar sus esperanzas en un ladrillo colocado en un páramo.

Las dos mujeres permanecieron sentadas, escuchando al trovador, que cantaba otra melodía y otros versos.

Al atardecer estarás, desnuda, en mis brazos. Nuestra dicha será paradisíaca, mi cabeza sobre tu pecho...

—Eso también, de alguna manera, es amor —dijo la madre Edyve. Y tal vez lo sea para nuestro Gran Padre, que hizo nuestros cuerpos tal como son.

Adelia le sonrió, pensó en sí misma, compartiendo el lecho de Rowley.

—Me han convencido de que así es.

—También a mí, lo cual habla a favor de los hombres que hemos amado —afirmó la religiosa, y suspiró largamente—. Pero no se lo digáis al padre Egbert.

La abadesa se puso de pie con dificultad y trató de caminar.

Adelia se sentía reconfortada. Se acercó a ella para ayudarla a ponerse su capa.

—Madre —dijo de pronto—, temo por la seguridad de la señora Dakers.

Una mano pequeña y venosa le hizo una seña para que se alejara. La madre Edyve estaba impaciente por marcharse.

—Sois un alma inquieta, hija, y agradezco que así sea, pero dejad a mi cargo la seguridad de Dakers —aconsejó. Y mientras se marchaba cojeando, dijo algunas palabras que no se oyeron con claridad. Algo semejante a «al fin y al cabo, yo tengo las llaves de la prisión».

• • •

Adelia había experimentado un cambio. Tal vez se debía a la indignación que le había causado la violación de Emma Bloat. O al enfado que le había provocado el intento de matar a Dakers, o al coraje que le había inspirado la madre Edyve. Cualquiera que fuese el motivo, al final del día supo que no podía seguir ocultándose cobardemente en la residencia de huéspedes mientras los asesinos y los secuestradores se movían con libertad.

El asesino de Rosamunda y Bertha había hecho un trato silencioso con ella: «Dejadme en paz y vuestra hija estará a salvo». Un contrato vergonzoso, al cual, no obstante, se había atenido, porque había dado por sentado que aquel hombre no volvería a matar. Sin embargo, él había arrojado un trapo ardiendo a través de una rendija, demostrando que la mujer que estaba en el interior de la torre le parecía un ser despreciable.

«No puedo permitirlo», se dijo Adelia. Tenía miedo, mucho miedo. Debía procurarle a su bebé toda la protección posible, pero ella y su hija no podrían vivir si el precio que debían pagar era la muerte de otras personas.

—¿Adónde vas? —gritó Gyltha al ver que salía.

—Voy a hacer preguntas.

• • •

Adelia encontró a Jacques en el claustro. Uno de los trovadores le enseñaba a tocar la viola. Los cortesanos estaban invadiendo el lugar y las monjas —intimidadas por todo lo que había sucedido— no se atrevían a detenerlos.

Arrastró al mensajero, que no se mostró deseoso de acompañarla, hacia el lugar donde se repartía limosna. Ambos se sentaron sobre una piedra.

—Y bien, señora, ¿en qué puedo ayudaros?

—Quiero que me ayudéis a descubrir quién mató a Talbot de Kidlington.

—No creo tener la habilidad necesaria, señora —dijo el mensajero, desconcertado.

Ella ignoró el comentario y le recordó quiénes eran los sospechosos: Wolvercote, el señor Warin, el vigía y los Bloat. Luego, pasó a los detalles.

Jacques se frotó la barbilla. Estaba cuidadosamente afeitado, como todos los jóvenes de la corte de Leonor.

—Puedo deciros algo que tal vez sea de utilidad —declaró—. El abogado Warin hizo gran aspaviento cuando le presentaron a lord Wolvercote en la iglesia: «Me siento verdaderamente honrado de conoceros, señor. No habíamos sido presentados pero desde hace tiempo deseaba...». Destacó especialmente que no se conocían. Yo estaba allí, lo oí. Lo dijo tres o cuatro veces.

—¿Cómo se dirigió lord Wolvercote al señor Warin?

—Como suele dirigirse a todas las personas, como si fueran una mierda. Lo siento, señora —agregó con una mueca, indicando que temía haberla ofendido.

—Pero creéis que Warin insistía en que no se habían visto antes porque en realidad se conocían.

Jacques meditó un momento.

—Sí, lo creo.

Adelia temblaba. Guardián se había deslizado debajo de su falda y se apretaba contra sus rodillas en busca de calor. Desde la casa de la abadesa, que se encontraba enfrente, una gárgola la observaba boquiabierta, con el mentón orlado de carámbanos.

«Os estoy observando».

—Emma apreciaba al señor Warin, lo cual significa que lo mismo le sucedía a Talbot, y eso implica que confiaba en él...

—Y que le había confesado su intención de fugarse —agregó Jacques, que comenzaba a interesarse en el asunto.

—Lo hizo. Lo sé porque Emma me lo dijo. El muchacho le dijo a Warin que había elegido el día de su cumpleaños para huir con ella, porque ya estaría en condiciones de recibir su herencia.

—La herencia que el señor Warin, sin que nadie lo supiera, había dilapidado —concluyó Jacques, decididamente entusiasmado.

Adelia asintió.

—En efecto, la había dilapidado, y por lo tanto necesitaba eliminar a su joven primo.

—Y al señor Warin se le ocurre que lord Wolvercote puede convertirse en su aliado. Si la fuga tenía éxito, el viejo Wolfy sería despojado de su novia y de la fortuna que ella poseía.

—Sí, de modo que abordó a lord Wolvercote y lo persuadió de que Talbot debía morir.

Los dos permanecieron sentados, tratando de resolver el caso.

—¿Por qué era tan urgente identificar el cuerpo de Talbot? —preguntó Adelia.

—Es sencillo, señora. El abogado Warin debía de necesitar dinero. Por su aspecto, diría que es un hombre a quien le gusta vivir bien. Si fuera el heredero de Talbot, le llevaría mucho tiempo probar ante los jueces que las propiedades de un cadáver anónimo le pertenecen. Los tribunales trabajan con lentitud. Los acreedores llegarían antes de que recibiera la herencia.

—Y a Wolvercote le convenía que Emma comprobara que su amante había muerto. Sí, todo concuerda. Él encontró a los asesinos. Probablemente Warin no conocía gente de esa clase.

—Y se deshizo de ellos una vez que hicieron su tarea. Es posible, señora.

Al cabo de esa conversación Adelia tenía la seguridad de que la teoría coincidía con la realidad. Dos hombres habían conspirado para terminar con la vida de un joven. La maldad estaba presente en las oficinas de los abogados y en las fincas donde los hombres que sabían aprovecharla compartían una jarra de vino. Gracias a la codicia, la bondad o la decencia eran bienes que podían negociarse. La inocencia estaba indefensa ante todo aquello. Adelia estaba indefensa. La maldad le murmuraba palabras silenciosas desde el tejado que tenía delante.

—Pero ¿cómo demostrarlo? —preguntó Jacques.

—Los intrigantes desconfían unos de otros. Creo que es posible, pero necesitare vuestra ayuda.

Adelia se despidió del mensajero y regresó presurosa a la residencia de huéspedes, preocupada por Allie.

—Mírala, está reluciente como una moneda de oro —dijo Gyltha.

Sin embargo, Adelia advirtió que Gyltha también tenía miedo. Le había pedido a Mansur que estuviera junto a ellas día y noche.

—Si alguien está molesto puede entrar y..., bueno, ya sabes —explicó Gyltha—. Haz lo que tengas que hacer. Mansur está alerta.

También el asesino.

• • •

Adelia debía hablar con el padre Paton. En esta ocasión decidió actuar con cuidado, esperó hasta que anocheciera, trató de descubrir posibles espías, se deslizó en las sombras hasta llegar al estrecho sendero que conducía a la escalera del calefactorio.

El sacerdote se encontraba a solas —era el momento de la oración vespertina— y no le agradó que lo interrumpieran.

Adelia le contó todo lo que sabía, comenzando por el descubrimiento del cuerpo de Talbot en el puente —el padre Paton tal vez lo había pasado por alto, dado que había permanecido dentro del carro, al amparo del frío—, prosiguió con el relato de los hechos que había presenciado en Wormhold y concluyó con los acontecimientos relacionados con la muerte de Bertha, ya de regreso en Godstow. Pronunció el nombre del sospechoso, dijo que había atentado contra Allie y la señora Dakers.

El padre Paton no quería escucharla. Inquieto y ansioso, miraba los documentos que tenía delante. En el relato de Adelia abundaban los pecados capitales, que él prefería considerar en abstracto.

—¿Estáis segura? No es posible. ¿Cómo os atrevéis a hacer esas suposiciones? —repitió el sacerdote una y otra vez.

Adelia insistió, hasta lograr que sus razonamientos lo dejaran tan inerte como una mariposa clavada con un alfiler. El padre Paton no le resultaba simpático —y

sabía que él no sentía la menor simpatía por ella—, pero lo necesitaba porque no estaba involucrado en la batalla y porque su mente, al igual que sus libros de contabilidad, llevaba un completo registro de todo.

—Debéis mantener todo esto en absoluto secreto. Solo podéis hablar del asunto con el rey —dijo Adelia.

Ese hombrecito insensible le serviría como depósito de información en caso de que ella muriera. Él podría transmitirla a Enrique Plantagenet.

—Cuando el rey llegue, sabrá lo que se debe hacer.

—Pero yo no.

—Sí, lo sabéis —replicó Adelia y le dijo qué debía buscar.

—Esto es descarado —dijo, sorprendido—. De cualquier manera dudo de que, si existiera, sirviera como prueba.

Adelia también lo dudaba, pero era la única arma con que contaba su arsenal.

—El rey vendrá —dijo, fingiendo un entusiasmo que no sentía— y, no lo dudéis, finalmente se impondrá.

Era su única certeza. Leonor era extraordinaria, pero se había enfrentado a un hombre que se erguía sobre su reino como un coloso. Ella no podía vencer. El padre Paton estaba de acuerdo.

—Sí, una reina es solo una mujer, incapaz de llevar a nadie a la victoria, mucho menos a sí misma. Todo lo que obtendrá es el castigo divino por haberse rebelado contra su legítimo señor —afirmó. Luego se dirigió a Adelia—. También vos, señora, sois simplemente una mujer, pecadora e impertinente. Aun cuando tuvierais razón, no deberíais poner en duda a vuestros superiores.

Ella trató de dominarse y le ofreció un estímulo:

—Cuando el rey llegue, deseará saber quién mató a Rosamunda. El hombre que pueda decírselo obtendrá un ascenso.

El padre Paton frunció los labios, mientras su mente registraba en un imaginario balance la posibilidad de ser promovido a abad e incluso a obispo y, por otra parte, el riesgo y la lesa majestad que implicaba aquello que Adelia le pedía.

—Supongo que serviré a Dios, es decir, a la verdad —dijo lentamente.

—Así será —replicó Adelia, y se marchó, para permitirle que pusiera manos a la obra.

• • •

Llegó la Navidad.

La gente colmó la iglesia durante la Misa de Gallo. El calor que emanaba de los cuerpos creó una atmósfera opresiva y el olor a humanidad estuvo a punto de derrotar al aroma de las guirnaldas de hiedra y acebo.

Adelia estaba sofocada bajo su capa de piel de castor, pero no se la quitó porque

llevaba el vestido que las costureras de Leonor habían terminado justo a tiempo. Sabía que se veía bien con él y sentía que ese traje, con todos los ornamentos que la reina le había agregado, llamaría la atención.

—Debes mostrarte. No tienes mal aspecto —declaró Gyltha. Lo cual, tratándose de ella, era un elogio.

Pero el impulso de ocultarse del asesino fue más fuerte. Tal vez se quitara la capa en la fiesta que seguiría a la misa.

Los asientos del coro, reservados una vez más a las monjas, ofrecían un marco blanco y negro al altar adornado y engalanado con el resplandor de las velas y a los trajes coloridos del abad y dos sacerdotes que avanzaban cantando las letanías como brillantes piezas de ajedrez. El efecto era indudablemente mágico.

Entre las personas que formaban fila para tomar la comunión se contaban homicidas, miembros de facciones hostiles; toda una gama de miserias y desgracias humanas. No obstante, mientras avanzaban en silencio, todas ellas eran presa del mismo asombro. Al llegar a la barandilla, el molinero se arrodilló junto a uno de los hombres que lo había golpeado. Adelia recibió la hostia de manos del abad Eynsham, que se posaron un instante en la cabeza de Allie para darle la bendición. Un mercenario de Wolvercote entregó el cáliz a uno de los hombres de Schwyz, y luego ambos regresaron a sus lugares, con gesto pensativo y noble.

En el establo donde María daba a luz, a unas yardas de allí, los jadeos iban en aumento. Los pasos presurosos de los pastores se oían cada vez más cerca. Los ángeles cantaban sobre el techo de la iglesia cubierto de nieve, iluminado por las estrellas.

Cuando el abad levantó los brazos y declaró con voz grave: «El Niño ha nacido», las congratulaciones impidieron oír su exhortación: «Id en paz». Varias mujeres gritaron a la invisible pero presente María sus consejos para amamantar y la instaron a no descuidarse y abrigar al bebé de inmediato.

Belén estaba allí, en ese momento.

• • •

Adelia se dirigía al enorme granero. Jacques se abrió paso entre la multitud para tocarle el hombro.

—Señora, la reina os envía sus saludos. Se sentiría decepcionada si no lucierais lo que os ha regalado.

Adelia se quitó con cierta reticencia la capa con capucha, dejando a la vista el vestido y el tocado. Se sintió desnuda. Walt, que iba a su lado, la miró fijamente.

—Mirad quién era esta desconocida —dijo.

Ella supuso que era un cumplido. Y en efecto, recibió una infinidad de miradas asombradas, la mayoría de ellas, amistosas. Porque, sin darse cuenta, Leonor le había

hecho otro regalo: al mostrarle su simpatía había borrado el estigma de la brujería.

Leonor y su corte habían organizado el entretenimiento. Sin embargo, los ingleses se apropiaron del festejo de una manera avasalladora.

Los brindis y las carcajadas ahogaban los encantadores villancicos de Aquitania, mientras el tronco de Navidad ardiendo —que un buey había arrastrado en un arnés— era colocado en la chimenea, situada en el centro del gran cuadrilátero formado por las mesas. En la galería —en realidad era el pajar— un juglar trataba de entretener con su canto a los comensales, pero, dado que toda la población del convento y la mayor parte de los habitantes de la villa habían sido invitados y el ruido impedía que lo oyeran, desistió y bajó a comer con los demás.

La cena fue digna de vikingos. Carne y más carne. La cámara de hielo había cedido sus mejores reservas.

El cocinero de Leonor se había esmerado, pero sus ensaladas invernales y sus potajes, sus hermosos pasteles decorados con forma de castillos y sus delicadas jaleas aromatizadas con esencias de flores pasaron inadvertidos mientras la manteca de cerdo y la carne sanguinolenta chorreaban sobre ellos. Desalentado, el virtuoso cocinero se había sentado con la mirada perdida en el horizonte, mientras su aprendiz se llevaba a la boca reconfortantes trozos de cerdo asado.

Tampoco se ofrecieron sucesivos platos. Los sirvientes del convento habían satisfecho las exigencias de los numerosos huéspedes de Godstow durante mucho tiempo y el Adviento les había exigido aún más esfuerzo. Habían pasado los días previos junto a los fogones de la cocina y ocupados en decorar el granero para que pareciera un claro del bosque. No estaban dispuestos a perderse el festejo atendiendo a aquellos por quienes habían sudado, de modo que, en cuanto apilaron en la mesa todo lo que habían preparado —entremeses, confituras, platos elaborados, productos naturales, panes y postres—, se sentaron en los bancos próximos a la puerta del granero para disfrutarlo.

Fue una buena decisión. Había abundante comida para trinchar, los platos iban y venían a lo largo de las mesas, los pedidos —«Un poco de ese relleno para mi señora», «Un trozo de ganso, por favor», «Pasadme el puré de nabo» y otros por el estilo— resonaban por doquier. La camaradería gastronómica cundió entre nobles y plebeyos. Sin embargo, no se extendió a los perros, que esperaban debajo de las mesas que alguien arrojara las sobras y se disputaban las que caían cerca de ellos.

Guardián permaneció junto a las rodillas de Adelia, que lo alimentó como a un rey. Su ama no comía mucho y, para no ofender a Mansur, que, sentado a su lado, llenaba constantemente su bandeja, deslizaba furtivamente trozos de carne en dirección a su perro.

Todo indicaba que Leonor aceptaba de buen grado aquella situación. La reina dio muestras de buen humor y se puso la monstruosa corona de hiedra y laurel que le

había entregado la esposa del herrero. Estropeó así su sencillo tocado y adquirió el aspecto de una diosa de la fertilidad, lo cual acentuó el carácter pagano que poco a poco prevalecía en el festejo.

Además del cocinero real, la única persona que no participaba de la algarabía era Emma. Permanecía inmóvil e indiferente junto a su esposo, que la ignoraba. Adelia trató de atraer su atención, pero la muchacha tenía la mirada perdida.

¿Cómo afrontaban la situación el señor y la señora Bloat? ¿Condenaban el secuestro de su hija? No. Habían decidido pasarlo por alto. Se habían ubicado en una de las mesas, frente al secuestrador. Sin embargo, Wolvercote desairaba la mayoría de sus intentos de entablar conversación. El señor Bloat se atrevió incluso a ponerse de pie y proponer un brindis por la feliz pareja, pero en cuanto lo hizo, el ruido que se oía en el granero aumentó de volumen de manera alarmante. Emma pareció cobrar vida y dirigió a su padre una mirada implacable: el señor Bloat enmudeció y volvió a tomar asiento.

Adelia se había asegurado de que no habría más secuestros: llevaba a Allie sujeta a su cadera con un cabestrillo, y a su izquierda se encontraba Mansur. Decidió entonces dirigir su atención al hombre que estaba sentado a su derecha. Se había esforzado por conseguir un lugar junto a él.

Hasta ese momento el señor Warin había evitado conversar con otras personas. El hecho de que se viera obligado a preguntar amablemente quién era ella y que no reaccionara negativamente cuando le dijo su nombre dejaba en evidencia que se había mantenido alejado de los chismes del convento. Tenía el hábito de humedecerse nerviosamente los labios y no se percibía en él ese leve aire de superioridad propio de la mayoría de los abogados. Era una persona intachable que había suavizado, aunque sin tratar de eliminarlo, su marcado acento de Gloucestershire. Adelia tuvo la impresión de que había obtenido su título con gran esfuerzo, intelectual y económico, y que se limitaba —*consilio et auxilio*— a asesorar sobre asuntos tales como testamentos, apropiación de tierras, disputas sobre límites territoriales, contratos de servicio; todas las minucias cotidianas contempladas en las leyes que, no obstante, eran de suma importancia para las partes involucradas.

Ella le expresó sus condolencias por la muerte de su joven primo. El señor Warin se humedeció los labios y sus ojos miopes derramaron lágrimas que parecieron verdaderas. Dijo que el asesinato lo había privado de su familia, dado que por el momento no tenía esposa.

—Señora, no sabéis cuánto os envidio esta preciosa niñita. Me encantaría tener hijos.

Adelia había fundado su explicación del asesinato de Talbot de Kidlington en la culpabilidad del abogado. No debía olvidar que alguien había transmitido la información que llevó a los asesinos a esperar al joven en el puente, y ese hombrecito

—que había dicho de Talbot: «Éramos más que primos. Después de la muerte de sus padres, él fue un hermano menor para mí. Me ocupé de todos sus asuntos»— parecía el más indicado para hacerlo. Si bien era modesto, la calidad de su traje no era la habitual en un abogado de su categoría, y el gran anillo de sello que lucía en el dedo era de oro. El señor Warin había prosperado. Sus gustos también lo sugerían. No bebía cerveza o hidromiel. En cambio, con frecuencia alargaba su mano hacia la jarra de vino que hacía su ronda por la mesa.

Adelia lo azuzó.

—¿Vuestro primo os había confiado su intención de huir con la señorita Bloat?

—No, por supuesto —replicó el señor Warin con brusquedad—. Era una idea descabellada. De haberlo sabido, lo habría disuadido. Lord Wolvercote es un hombre importante, no habría permitido que un miembro de mi familia lo humillara.

El señor Warin mentía. Emma había dicho que él formaba parte del plan.

—¿Ya conocíais a Wolvercote?

—No —respondió el señor Warin, humedeciendo sus labios—. Nos vimos por primera vez en la iglesia, la otra noche.

Mentía otra vez. Era culpable.

—Solo me preguntaba si conocíais los planes de vuestro primo, porque la gente dice que veníais hacia aquí pisándole los talones.

—¿Quién lo dice?

—Es que llegasteis a la abadía muy poco después que él...

—Es una calumnia. Me preocupaba que mi primo viajara en medio de la tormenta de nieve. ¿Quiénes son esos difamadores? ¿Quién sois vos? No debo seguir sentado aquí... —Al decirlo, entre sus labios asomó una lengua similar a la de una serpiente.

El señor Warin se llevó su copa de vino y buscó otro lugar donde sentarse, lejos de Adelia.

Mansur giró la cabeza para mirar la agitada huida del abogado.

—¿Él mató al muchacho? —preguntó, en árabe.

—Puede decirse que sí. Él habló con Wolvercote para que lo matara.

—Entonces, es igualmente culpable.

—Tanto como si él mismo hubiera disparado la flecha. Habría podido decir que estaba al tanto del plan de la fuga y que había llegado hasta la abadía para impedirlo. De ese modo habría explicado por qué llegó tan pronto al lugar del crimen. Pero no lo dijo, aunque le di la oportunidad de hacerlo, porque la gente podría pensar que respondía a Wolvercote y él insiste en que jamás se habían visto. En realidad, si admitiera que se conocían, eso no lo incriminaría, pero su razonamiento está influido por el hecho de que, en efecto, ambos conspiraron para matar al muchacho. La culpa lo lleva a distanciarse de Wolvercote sin necesidad alguna.

—Traicionó a su pariente, que Alá lo castigue. ¿Podemos probarlo?

—Lo intentaremos. —Adelia sacó a Allie del cabestrillo y rozó con su mejilla la cabeza aterciopelada de su hija. La vulgaridad banal de un asesino como el abogado Warin era mucho más deprimente que la brutalidad de un hombre como Wolvercote.

De pronto sintió que la empujaban con brusquedad hacia un costado. Cross ocupaba el lugar que había dejado libre el señor Warin. Traía consigo el frío del exterior.

—Moveos —dijo, mientras comenzaba a proveerse de comida. Parecía famélico.

—¿Qué estabais haciendo? —preguntó Adelia.

—¿Qué creéis? Iba y venía delante de la puerta de la maldita cárcel. Y no era más que una pérdida de tiempo: ella ya no estaba allí.

—¿Quién?

—El demonio. El abad me dijo que era un demonio. ¿De quién creíais que se trataba?

—¿Dakers? ¿Dakers ha escapado? —preguntó Adelia, poniéndose súbitamente de pie. Allie, que succionaba el tuétano de un hueso de ternera, se sobresaltó—. Oh, Dios, se la han llevado.

Cross la miró. Los jugos de la carne chorreaban por la comisura de sus labios.

—¿De qué habláis? Nadie se la ha llevado. Se esfumó. Eso hacen los demonios, desaparecen.

Adelia volvió a ocupar su asiento.

—Decidme qué sucedió.

Cross no estaba en condiciones de decir cómo o cuándo había ocurrido. Nadie lo sabía. Lo habían descubierto hacía poco rato, cuando —siguiendo instrucciones de la encargada de la despensa— un sirviente de la cocina había llevado una bandeja con la cena de Navidad para la prisionera y Cross había abierto con su llave la puerta de la prisión.

—La llave está sujeta a un aro, cada centinela se la entrega al siguiente cuando asume la guardia. Oswald me la entregó a mí cuando me hice cargo de mi turno y antes Walt se la había entregado a él. Los dos juran que no abrieron la maldita puerta. Y yo tampoco la había abierto hasta entonces.

Cross hizo una pausa para llevarse a la boca un trozo de carne.

—¿Y luego? —preguntó Adelia con impaciencia.

—Y entonces pongo la llave en la cerradura, la giro, abro la puerta, el chico entra con la canasta y veo que ella no está. El lugar está completamente vacío.

—Alguien la dejó salir —sugirió Adelia con preocupación.

—No, nadie lo hizo. Ya os dije que nadie había abierto la puerta hasta ese momento. Ella desapareció. Eso hacen los demonios, desaparecen. Se convirtió en una bocanada de humo y salió por una de las rendijas, eso hizo.

Cross movió la cabeza en dirección al lugar de la mesa que ocupaban las personas

eminentes, donde se veía el lugar que Schwyz había dejado vacío. Él había pedido que su jefe fuera a la prisión. También habían convocado a la priora Havis.

—Pero, como os dije, no la encontraron, porque desapareció, regresó al infierno de donde había venido. ¿Qué otra cosa puede esperarse de un demonio? Aquí viene, mirad, no se le quita el susto.

Schwyz había entrado con el ceño fruncido y se dirigía hacia la mesa donde, junto a la reina, se encontraba el abad de Eynsham. Todos los comensales estaban entretenidos bebiendo y comiendo. Solo aquellos a quienes dio la noticia le prestaron atención. Adelia vio que Leonor se limitó a levantar las cejas; el abad, en cambio, se puso súbitamente de pie. Aparentemente gritaba, pero el alboroto le impedía oírlo.

—Quiere que registren la abadía —dijo Cross, que ofició de intérprete—. Es imposible, nadie se marchará de la cena de Navidad para cazar un demonio en la oscuridad. Lo sé.

Eso era obvio. El abad urgió a lord Wolvercote, que se libró de él como si se tratara de un hombre sin importancia. Se dirigió entonces a la abadesa, cuya respuesta fue más cortés, aunque también se negó a colaborar. Cuando la madre Edyve enseñó las palmas de las manos para indicar que era inútil interrumpir a los comensales, sus ojos inexpresivos se posaron un instante en Adelia, que la observaba desde el lado opuesto del granero.

«Al fin y al cabo, yo tengo las llaves de la prisión».

—¿De qué os reís? —preguntó Cross.

—De un hombre que cae en su propia trampa.

Si la abadesa había ideado la huida y alguno de los centinelas había recibido la orden de mirar hacia otro lado, el abad de Eynsham nunca podría acusarlos ni castigarlos. Él mismo, al encarcelar al ama de llaves de Rosamunda, la había demonizado. Debía de estar de acuerdo en que, tal como Cross había dicho, ella se había comportado como un demonio.

Aún sonriente, Adelia se inclinó hacia delante para contarle a Gyltha, que estaba sentada a la izquierda de Mansur, lo que había ocurrido.

—Le deseo suerte a la vieja gárgola —dijo, y bebió otro trago de su jarra. Desde hacía rato bebía con entusiasmo.

Mansur dijo en árabe:

—Por orden de la abadesa, los hombres del convento han estado cavando en la nieve para abrir un sendero hacia el río. Oí a ese hombre, Fitchet, cuando decía que lo hacían para que la reina pudiera patinar en el hielo. Pero ahora creo que se trataba de una vía de escape para esa mujer.

—¿Permitieron que se marchara con este tiempo? Creí que la ocultarían en algún lugar de la abadía —dijo Adelia. La preocupación había regresado.

Mansur negó con la cabeza.

—Hay demasiada gente, la encontrarían. Sobrevivirá, si esa es la voluntad de Alá. Oxford no está lejos.

—Ella no irá a Oxford.

La señora Dakers solo iría a un lugar.

Durante el resto de la cena y mientras apartaban las mesas para transformar el granero en una pista de baile, Adelia pensó en el río y la mujer que seguiría su curso rumbo al norte. ¿El hielo sería un obstáculo insalvable? ¿Lograría sobrevivir al frío? Tal vez el abad, que sabía a dónde se dirigía, enviaría hombres y perros tras ella.

Mansur, que la observaba, dio su opinión.

—Alá protege a los dementes. Él decidirá si la mujer debe vivir o morir.

Pero precisamente porque Dakers era una demente, y porque no tenía amigos, y sabía demasiado, Adelia se sentía responsable por lo que pudiera sucederle.

«Alá, Dios, quienquiera que seas, protégela».

No obstante, al ver que —después de haber comido y dormido— la pequeña Allie necesitaba que la limpiaran de pies a cabeza, que le cambiaran la ropa y jugaran con ella, Adelia no tuvo más alternativa que pensar en lo inmediato.

La fiesta estaba en su apogeo. Los trovadores se habían reunido en el pajar y tocaban con un entusiasmo y un ritmo irresistibles. La reina y su corte danzaban de puntillas, moviendo las manos con elegancia, en un extremo del granero. En el otro, los ingleses se sacudían y giraban en bulliciosos círculos. Un sirviente del convento hacía malabares con manzanas, con una destreza que contradecía su edad, y el herrero, a pesar de las advertencias de su esposa, intentaba tragar una espada.

La actividad y los murmullos que llegaban hasta el pajar finalmente se transformaron en una increíble variedad de siluetas que representaron una versión improvisada y profana del Arca de Noé, con tal exuberancia que los bailarines hicieron una pausa para observarlos. Adelia se sentó en el suelo con Allie —que cantaba y señalaba a los actores— en sus rodillas y disfrutó del espectáculo. Difícilmente Noé habría reconocido a alguna de las especies que brincaban por la invisible pasarela en dirección a un arca igualmente invisible. El único animal verdadero, el burro del convento, eclipsó al resto del elenco, dejando caer su olorosa señal de reprobación en el pie de un unicornio, interpretado por Fitchet. Gyltha no podía dejar de reír. Mansur la apartó del lugar hasta que logró recuperarse.

A pesar de su refinamiento, los hombres que acompañaban a Leonor no pudieron evitar un aplauso acorde con aquella vulgaridad. Dejaron de lado sus remilgos y se mezclaron entre los actores. Aparecieron con pelucas y faldas deslumbrantes, y el rostro pintado con harina, dejando en evidencia que eran comediantes frustrados.

Mientras abucheaba a la irascible esposa de Noé —interpretada con brío por Montignard—, que reprendía a su esposo porque se había emborrachado, Adelia se preguntó por qué algunos hombres sentían el impulso de imitar a las mujeres. ¿Era

Jacques quien se escondía debajo de las verrugas, la peluca de paja y el pecho postizo para representar a la esposa de Jafed? ¿El personaje con la cara pintada de negro que giraba de puntillas a toda velocidad, haciendo flamear vertiginosamente su enagua, era acaso el abad de Eynsham?

Allie se había dormido otra vez, abrazando su hueso. Era hora de ir a dormir, antes de que la frenética hilaridad de la velada diera paso a las riñas, lo cual inevitablemente sucedería. Los hombres de Schwyz y los de Wolvercote ya formaban tertulias separadas e intercambiaban miradas borrosas, producto del alcohol: un indicio de que el espíritu navideño estaba próximo a extinguirse. El propio Wolvercote se había marchado llevando consigo a Emma. La reina daba las gracias a la abadesa antes de partir y la madre Edyve hacía señas a sus monjas. El señor Warin había desaparecido. El herrero se apretaba la garganta mientras se dirigía a la salida, guiado por su esposa.

Adelia miró a su alrededor, buscando a Gyltha y Mansur. Oh, Dios, habían halagado a su querido árabe —además de ella, tal vez la única persona sobria en todo el granero—, para que deleitara a algunos sirvientes del convento con la danza de la espada. Gyltha giraba a su alrededor como un armiño ebrio. No solía beber, pero no podía resistirse al alcohol si era gratis.

Bostezando, Adelia alzó a Allie y la llevó hacia el rincón donde habían dejado su cuna. La colocó dentro, le quitó el hueso y se lo arrojó a Guardián. Luego arropó a su hija y levantó la capota de cuero de la cuna y se sentó junto a ella para esperar a sus amigos. Y se quedó dormida.

Tuvo un sueño frenético, escandaloso, violento, que se tornó espantoso cuando un oso la apretó contra su piel y comenzó a arrastrarla hacia el bosque. Oyó que Guardián gruñía y atacaba al animal y luego soltó un aullido, cuando el oso lo alejó de un puntapié.

Forcejeando, casi asfixiada, arrastrando las piernas, Adelia despertó. El abad de Eynsham la llevaba en sus brazos hacia el rincón más oscuro del granero, debajo del pajar. Al apretar su enorme cuerpo contra ella, hizo que se golpeará contra la pared con tal fuerza que sobre ambos llovieron trozos de yeso y molduras.

Él estaba completamente ebrio y susurraba:

—Sois su espía. Del obispo. Os conozco, ramera, ante mí simuláis ser una mojigata, pero sois una prostituta. Yo sé a qué os dedicáis. ¿Cómo lo hace él? ¿Por el culo? ¿En la boca?

Un vaho con olor a brandy la envolvió mientras aquella cara pintada se acercaba a la suya. Ella apartó la cabeza y flexionó enérgicamente la rodilla, pero la ridícula falda que llevaba protegió al atacante, que gruñó, pero siguió tendido sobre su cuerpo.

Los susurros continuaron.

—Os creéis muy lista, lo veo en vuestros ojos, pero sois una puta apestosa. Una espía. Soy mejor que el obispo de Saint Albans..., soy mejor —la mano del abad había encontrado sus senos y comenzaba a apretarlos—. Miradme, puedo hacerlo, haced el amor conmigo, perra —ordenó, mientras lamía la cara de Adelia.

Fuera del sofocante cubículo donde estaba atrapada, alguien trataba de intervenir, de arrancar al monstruo que palpitaba y susurraba encima de ella.

—Dejadla, Rob, no vale la pena.

Era la voz de Schwyz.

—Sí vale la pena. Me mira como si fuera una mierda..., como si supiera...

Se oyó una sonora bofetada y Adelia sintió que podía respirar y moverse. Libre del peso que la oprimía, se deslizó hacia el muro, jadeando.

El abad yacía en el suelo, adonde Mansur lo había arrojado, y sollozaba. Junto a él estaba Schwyz, de rodillas, tratando de consolarlo como una madre.

—Es solo una ramera, Robert, no puede interesaros.

Mansur se erguía por encima de ellos, chupándose los nudillos, tan impasible como siempre. Dio media vuelta y tendió su mano. Adelia la tomó y se puso de pie. Juntos caminaron hacia la cuna. Antes de llegar, ella hizo una pausa, se limpió la cara y se alisó el vestido. Sin embargo, no podía mirar a su hija. Se sentía impura.

Detrás de ella Schwyz seguía pronunciando palabras de consuelo, pero el abad no cesaba de lamentarse:

—¿Por qué? ¿Por qué no me quiere a mí?

Mansur cargó la cuna y recogió a Gyltha, que se tambaleaba y cantaba, y en la fría atmósfera nocturna los tres emprendieron el camino a la residencia de huéspedes.

Adelia estaba abrumada, la conmoción ocultaba su ira, pero sabía que tarde o temprano esta irrumpiría. Aun cuando en general se aceptaba que la violación era el precio que se pagaba por ser mujer, ella tenía un gran respeto por sí misma.

—No comprendo —dijo sollozando—. Creí que era otra clase de adversario.

—Qué Alá lo castigue, aunque no os haya hecho daño —dijo Mansur.

—¿Qué decís? Por supuesto que me hizo daño. Trató de violarme.

—Diría que es incapaz de hacerlo.

A causa de su propia condición, Mansur era un observador atento. El comportamiento sexual de los hombres «normales» le despertaba interés. Aunque estaba esterilizado y no podía tener hijos, tenía relaciones sexuales con mujeres, y en su voz se advertía una noble compasión por aquellos hombres que carecían de esa capacidad.

—A mí me pareció bastante capaz —replicó Adelia entre sollozos. De pronto se detuvo. Recogió un poco de nieve y se frotó con ella la cara—. ¿Por qué sois tan tolerante?

—Él quiere, pero no puede hacerlo. Solo puede hablar.

¿Mansur estaba en lo cierto? ¿El abad era impotente? En medio de toda aquella inmundicia, había existido una desesperada petición de amor, sexo, algo.

Recordó lo que Rowley había dicho de él: «Es un canalla inteligente, el Papa lo aprecia».

A pesar de su inteligencia, ese amigo del Papa, cuando estaba ebrio, rogaba que una mujer a la que despreciaba lo tuviera en cuenta, como un niño que ansiaba un juguete que no era suyo.

Tal vez precisamente la deseaba porque ella lo despreciaba. Y así era, en efecto. La vulnerabilidad del abad lo volvía más detestable. Adelia prefería que sus enemigos fueran clara e incondicionalmente inhumanos.

—Lo odio. —La ira ya había aflorado—. Mansur, voy a vencer a ese hombre.

El árabe bajó la cabeza.

—Recemos para que Alá así lo quiera.

—Más le vale.

La furia le despejaba la mente. No obstante, mientras Mansur persuadía a Gyltha para que dejara de besarlo y se fuera a dormir, Adelia se lavó de pies a cabeza con el agua helada del aguamanil. Y se sintió mejor.

—Lo venceré —dijo otra vez—. De alguna manera lo lograré.

Abrió un minuto el postigo y observó las sombras geométricas que los techos inclinados de la abadía proyectaban en la nieve, más allá de sus muros.

Una cicatriz negra atravesaba, como un arroyuelo, la blancura del paisaje iluminado por la luna: era el nuevo sendero hacia el río. Ahora la abadía estaba comunicada con el Támesis. Por primera vez había una ruta para escapar de aquel caldero hirviente, desbordante de humanidad, donde el bien y el mal disputaban su batalla, fundamental y eterna.

Al menos una persona había emprendido ese camino. En algún lugar, en medio de ese desierto metálico, Dakers arriesgaba su vida. Y Adelia sabía que no lo hacía para huir de sus captores, sino para estar junto a aquello que amaba, aunque estuviera muerto.

CAPÍTULO 12

Cuando, a la mañana siguiente —era el día de San Esteban—, Adelia abrió los postigos, descubrió que algo había sucedido en el paisaje que se divisaba desde la residencia de huéspedes. Por supuesto, un nuevo camino iba hacia la orilla del río: toscos peldaños se habían tallado en el hielo. Pero era más que eso: la sensación de aislamiento había desaparecido y había sido reemplazada por la expectativa.

Era difícil comprender el motivo. El amanecer bendecía el campo desierto, con su habitual y efímero color albaricoque. La nieve seguía tan sólida como de costumbre y, hasta donde alcanzaba la vista, no se distinguían huellas humanas.

No obstante, el bosque blanco que se extendía al otro lado del río se veía ahora menos rígido...

—¡Han llegado!

Mansur se acercó a la ventana.

—No veo nada.

—Me pareció ver algo entre aquellos árboles.

Ambos siguieron observando. El entusiasmo de Adelia fue desvaneciéndose poco a poco. Lo que había visto no estaba en el paisaje, sino en su imaginación.

—Seguramente son lobos —opinó Gyltha, que se ocultaba en el fondo de la habitación para evitar la luz—. Los oí anoche, estaban horriblemente cerca.

—¿Mientras vomitabas en la bacinilla? —preguntó Adelia.

Gyltha la ignoró.

—Estaban junto a los muros. Supongo que encontraron el caballo de Talbot, que se quedó en el bosque.

Adelia no los había oído, en sus sueños habían merodeado los osos. Pero tal vez Gyltha tenía razón, y en el bosque había lobos, no tan temibles como los que vivían dentro de los muros.

Sin embargo, la súbita esperanza de que Rowley estuviera vivo y hubiera traído al rey y sus hombres hasta allí había sido tan poderosa que no podía resignarse por completo.

—Es posible que allí fuera se oculte un ejército. No atacarán sin saber cuál es la fuerza del bando enemigo. Podrían lastimar a las monjas. Esperarán. Enrique esperará.

—¿Para qué? —preguntó Mansur.

—Sí, ¿para qué? —repitió Gyltha, que trataba de ser locuaz para simular que se sentía bien—. No necesita un ejército para tomar este lugar. La pequeña Allie y yo podríamos hacerlo. Además, ¿cómo podría llegar el rey hasta aquí? El viejo Wolfy

sabe que está a salvo hasta que la nieve se derrita. Ni siquiera ha apostado centinelas.

—Lo está haciendo ahora —dijo Mansur.

Adelia se asomó, seguida por Gyltha. Debajo de la ventana, una silueta negra y dorada —era uno de los hombres de Wolvercote— patrullaba el sendero que se extendía junto a los parapetos del muro, a todas luces ineficaces. Mientras avanzaba, su sombra se proyectaba regularmente sobre los merlones y desaparecía en cada almena. En una mano llevaba una pica, y en la otra, un cascabel.

—¿De qué nos protege? ¿De las urracas? Allí no hay ningún ejército. Nadie pelea en invierno.

—Enrique lo hace —replicó Adelia. Oía la voz de Rowley, vibrando con la alegría casi increíble con que solía hablar de las hazañas de su rey, narrando la historia del joven Plantagenet, que peleó con su tío Esteban para defender el derecho de su madre a ocupar el trono de Inglaterra, para lo cual una Navidad había cruzado con un pequeño ejército el Canal azotado por un terrible vendaval, había sorprendido a sus enemigos hibernando y los había vencido.

Hasta ese momento, Wolvercote había confiado en que el invierno inglés impediría que su enemigo se acercara. Pero aquella mañana del día de San Esteban —tal vez porque un cordón umbilical conectaba el convento con el mundo exterior o porque algo especial flotaba en el aire— había apostado un centinela.

—Tiene miedo. —Adelia percibió en su propia voz una emoción similar a la de Rowley—. Cree que el rey Enrique está cerca. Y eso es posible, Mansur. El rey y sus hombres podrían patinar sobre el río helado y llegar hasta aquí. —De pronto, tuvo otra idea—. Supongo que Wolvercote también puede llegar patinando hasta Oxford para ponerse al frente de los rebeldes. ¿Por qué no lo hizo?

—Ese hombre, Schwyz, lo pensó. Es un buen estratega —respondió Mansur—. Le preguntó a Fitchet si era posible. Pero río abajo el Támesis es más profundo y recibe más afluentes. No puede arriesgarse a que el hielo no resista. Nadie puede hacerlo —explicó el árabe, y abrió los brazos en señal de disculpa por haber desilusionado a Adelia—. La gente del lugar lo sabe: nadie se mueve hasta que la nieve se funde.

—Cierra esos malditos postigos —pidió Gyltha—. ¿Quieres que esta niña se congele? —Y con súbita ternura, agregó—: Allí fuera nadie sabe que nosotros estamos aquí, mi tesoro.

—La mujer tiene razón —coincidió Mansur.

Adelia pensó que sus amigos habían perdido la esperanza. Finalmente habían dado por muerto a Rowley. Godstow era una heridita ignorada en la piel blanca del mundo, que esperaba el momento de empezar a supurar. Solo los pájaros que sobrevolaban el convento podían saber que allí ondeaba el pendón de una reina rebelde, y no eran capaces de decírselo a nadie.

Pero aquel día, en contra de toda evidencia, la esperanza le decía a Adelia que más allá de esos postigos había algo..., al menos peldaños que conducían al río. Y si bien era traicionero, el río conducía al mundo exterior. Brillaba el sol, en el aire flotaba algo indefinible.

Durante mucho tiempo había sentido miedo, se había visto acorralada, amenazada, encerrada en oscuras habitaciones, privada de la luz del día, como un rehén. Y también sus amigos. De pronto oyó voces y risas. Abrió enérgicamente los postigos y volvió a asomarse.

El portal del convento se abrió y una multitud de hombres y mujeres parlanchines se reunieron frente a él. En el centro se distinguía una figura delgada y elegante cubierta de pieles que brillaban bajo el sol.

—La reina se dispone a patinar —dijo Adelia. Y dando media vuelta, añadió—: Y nosotros también. Todos, incluso Allie.

No solo ellos lo hicieron. Al fin y al cabo, de acuerdo con la tradición, el festejo del día de San Esteban pertenecía a los sirvientes y, dado que no podían regresar a sus aldeas, debían disfrutarlo in situ. Esa noche tendrían el privilegio de celebrar su propia fiesta con las sobras del banquete de Navidad.

La mayoría de los sirvientes hizo piruetas en el hielo, algunos incluso sin patines. Pero todos llevaban la tradicional vasija de cerámica que agitaban persuasivamente frente a los huéspedes.

Después de hacer su contribución, Adelia se dedicó a entretener a su hija: sujetó la cuna a su cinto para que se deslizara sobre el hielo mientras ella patinaba. Otras personas hicieron lo mismo con aquellos que no tenían patines, de modo tal que el ancho curso del Támesis se convirtió en un torbellino de trineos, bromas jadeantes y mejillas sonrosadas, entre los cuales una reina sonriente se deslizaba como un cisne, mientras sus cortesanos se esforzaban por seguirla.

Las monjas acudieron también después de laudes. Las más jóvenes chillaban con alegría y competían con la priora Havis, que con aire majestuoso dejaba atrás a las demás.

Junto a la orilla, sobre el hielo, se colocaron un brasero y una silla para que la madre Edyve pudiera sentarse, en compañía de un herido de guerra que la hermana Jennet había traído de la enfermería. Con gran esfuerzo, Guardián trató de seguir a Adelia, pero sus vanos intentos terminaron cuando cayó despatarrado. Decidió rendirse y se instaló en la pequeña alfombra sobre la cual se había apoyado la silla de la abadesa.

De pronto Adelia reconoció a su paciente y patinó hacia él arrastrando la cuna.

—¿Os estáis recuperando?

En el joven rostro de Poyns se dibujó una clara sonrisa.

—Estoy muy bien, señora. Os lo agradezco. Y la abadesa me ha dado trabajo:

seré ayudante de Fitchet, el vigía. No se necesitan dos brazos para vigilar el portal.

Adelia le devolvió la sonrisa. Sintió que ese día la abadía era un hermoso lugar.

—Y dadle las gracias al señor Man..., Manum..., el doctor, de mi parte. Que Dios y los santos lo bendigan.

—Lo haré.

Aparecieron mesas con sobras del festejo de Navidad. Adelia y Gyltha se dirigieron a la otra orilla —Guardián las acompañó—, donde se sentaron en un trineo de fabricación casera para mascar la comida de Allie y comer la propia, ignorando a la pequeña, que constantemente decía «ba, ba», para que su madre la llevara a patinar otra vez.

—Trata de decir «más» —explicó Adelia con orgullo—. Es la primera palabra que pronuncia.

—La primera orden. Es una pequeña tirana —dijo Gyltha. Luego obsequió su chuleta de cordero a Guardián, recogió el cinto y se alejó sobre los patines arrastrando la cuna, que arrojaba a su paso hielo pulverizado.

Adelia y su perro se levantaron. Desde allí se veían los muros del convento. Ahora eran dos los hombres que lo patrullaban. Ambos observaban los árboles que se encontraban detrás de ella. En el sector de la residencia de huéspedes destinado a los hombres, distinguió una silueta detrás de una de las ventanas. Creyó que se trataba del señor Warin.

Gracias a Dios, el abad no había aparecido por allí; para ella se había convertido en un ser atroz, y seguramente, después de haber sido rechazado, a él le sucedía lo mismo con respecto a Adelia.

El puente estaba cerrado. Lo sabía porque algunos aldeanos de Wolvercote se apiñaban en el extremo opuesto, y miraban con melancolía a quienes se divertían en el hielo. Otros cavaban su propio sendero hacia el río.

A espaldas de Adelia, en el bosque —allí donde deseaba que Enrique Plantagenet se hubiera ocultado con su ejército—, se oían los gritos de los jóvenes del convento, que, sin preocuparse por los lobos, habían cazado un ave, seguramente un chochín, y escarbaban en la maleza para cobrarlo. El ruido indicaba que no habían encontrado algo más grande.

Ella miró hacia atrás: los vio corretear entre los árboles; de acuerdo con la tradición, tenían la cara tiznada de hollín. No entendía por qué era necesario cazar un chochín el día de San Esteban. Nunca lograría comprender las costumbres inglesas, en su mayoría paganas. Volvió a mirar la escena que se desarrollaba en el hielo. Frente a una mesa, Wolvercote hablaba con Leonor. ¿Dónde estaba Emma?

Adelia se preguntaba qué lo había impulsado a apostar un centinela después de haber ignorado cualquier precaución durante tanto tiempo. Tal vez había percibido en el aire aquello que tanto la había fortalecido a ella. O había descubierto una

oportunidad de reafirmar su poder. De cualquier manera, era un imbécil y un bruto. No tenía sentido custodiar la abadía previendo la posibilidad de que fuera sitiada, cuando casi todos sus habitantes brincaban fuera de sus muros y cualquiera de ellos podía contar al enemigo en qué condiciones estaba allí.

Se llenó de nueva esperanza. La liberación era inminente. Si no hubiera significado dejar atrás a sus seres queridos, ella misma habría salido a buscar a Enrique.

De pronto vio que Schwyz cruzaba el portal de la abadía y observaba la euforia que reinaba ante sus ojos con la expresión de quien se siente capaz de organizar mejor el festejo. Y estaba decidido a hacerlo. Bajó los peldaños, se acercó a Wolvercote y lo reprendió.

Unos minutos después ya había apostado a sus mercenarios en los dos extremos de la curva del río. Nadie podría huir. Incluso amonestó a Leonor, mientras señalaba el portal del convento. Ella movió la cabeza y se alejó para continuar con la diversión.

Pronto sería hora de regresar. El sol estaba cayendo y los privaría de su luz y su calor. Por fin se escuchó la voz de Leonor, que con su clara dicción dio gracias a la madre Edyve por aquella jornada «tan estimulante». La gente comenzó a trepar por los peldaños del sendero.

—Señora —dijo una voz animada a espaldas de Adelia. Era el padre Paton. Los patines le daban al secretario de Rowley un aspecto ridículo. Sin embargo, estaba perfectamente equilibrado sobre ellos. Los guantes ocultaban sus manos entintadas, cruzadas en el pecho como si de esa manera pudiera protegerse de los infieles—. La tengo.

Ella lo miró atentamente.

—¿La habéis encontrado? No puedo creerlo. Era arriesgado. —Adelia trató de conservar la calma—. ¿Y es igual?

—Sí —afirmó el padre Paton—. Lamento decir que la similitud con la que me entregasteis es innegable.

—¿Servirá como prueba ante un tribunal?

—Sí. Ambas tienen en común ciertas peculiaridades que incluso un iletrado podría reconocer. La tengo aquí, tengo las dos —dijo, y comenzó a desatar el pequeño saco que pendía de su cinto.

Adelia lo detuvo.

—No las necesito. Conservadlas junto con mi declaración en algún lugar verdaderamente seguro hasta que llegue el momento oportuno. Y, en el nombre de Dios, nadie debe saber que las tenéis.

El padre Paton frunció los labios.

—He escrito mi propia versión de los hechos, para explicar a quien tenga interés

en saberlo que he hecho esto porque creo que esa habría sido la voluntad de mi señor, el difunto obispo de Saint Albans.

Un remolino de hielo les anunció la presencia de Jacques, que se deslizaba trazando un círculo a su alrededor. El mensajero disminuyó la velocidad y se detuvo, con el rostro colorado y brillante a causa del ejercicio. Estaba radiante, casi apuesto, aunque su obispo no habría aprobado la reverencia exagerada que dedicó a Adelia, moviendo las manos como se estilaba en Aquitania.

—Está arreglado, señora. Si la suerte nos acompaña, se reunirán en la iglesia durante las vísperas. Este caballero y vos deberíais llegar antes.

—¿Qué locura es esta? —exclamó el padre Paton, para quien Jacques resultaba casi tan reproable como Adelia.

—Jacques ha enviado dos invitaciones que yo he redactado. Escucharemos a escondidas, para probar quién planeó el asesinato de Talbot de Kidlington.

—No me involucraré en el lío de vuestros supuestos asesinatos. ¿Esperáis acaso que escuche a escondidas? Es ridículo. Me niego.

—Ambos estaremos allí. —Adelia alzó la voz, interrumpiendo sus protestas—. Necesitamos un testigo independiente. Por Dios, padre, mataron a un joven.

Una figura ruda, con una voz aún más ruda, surgió ante ellos.

—Entrad, todos vosotros, y rápido. —Cross, con los brazos extendidos, les indicaba que se dirigieran juntos hacia los peldaños. Su gesto no admitía objeciones.

El padre Paton, contento con la posibilidad de marcharse, se alejó sobre sus patines.

—¿Él puede ayudarnos a aclarar la muerte de Bertha? —preguntó Jacques en voz baja.

—No lo repetiré —dijo Cross—. El jefe dice que debéis entrar, de modo que os ordeno que lo hagáis.

Jacques obedeció. Adelia permaneció en su lugar.

—Venid conmigo, señora. Aquí ya hace mucho frío —la invitó, ahora con suavidad, el mercenario, tomándola amablemente del brazo—. ¿Lo veis? Estáis temblando.

—No quiero entrar —protestó Adelia. Otra vez quedaría atrapada entre los muros del convento, junto con el asesino. No quería que la arrastraran a la jaula que habitaba un monstruo con los colmillos manchados de sangre.

—No podéis quedaros aquí toda la noche —objetó Cross, mientras la guiaba por el hielo—. Muchachos, es hora de entrar —gritó luego, dirigiéndose a los cazadores que seguían en el bosque.

Cuando llegaron a los peldaños, el mercenario se vio obligado a arrastrar a Adelia como si condujera a un condenado a la horca.

En la otra orilla apareció un grupo de hombres que salía del bosque. Gritaban

victoriosos en torno a una pequeña jaula de junco, donde revoloteaba un chochín asustado. Estaban encapuchados, cubiertos de nieve, y las caras ennegrecidas los volvían irreconocibles.

Y si, entre brincos y chillidos, en el convento entró una persona que no había salido de él, nadie lo advirtió.

• • •

En la capilla lateral de la iglesia, los carpinteros del convento habían colocado tablas entre los extremos de las vigas para facilitar el trabajo de cambio de los puntales corroídos, creando así un pequeño ático donde era posible oír sin ser visto. Era lo que se disponían a hacer Adelia y el padre Paton.

Después de mucha insistencia, ella había logrado que subiera hasta las vigas. Él había protestado ante lo que consideraba un engaño, un peligro, un acto indigno.

Tampoco a ella le agradaban las actitudes arbitrarias y poco científicas, no concordaban con su personalidad. Es más, el miedo que le producía encontrarse otra vez en la abadía la debilitaba, le provocaba una leve sensación de futilidad.

Pero en cuanto entraron por la puerta de la capilla, una corriente de aire agitó la llama de las velas que ardían en el altar de la Virgen; Emma había encendido una de esas velas en honor a Talbot de Kidlington: por ese motivo Adelia había intimidado, reprochado y engatusado al sacerdote.

—Tenemos un deber para con los muertos, padre.

Era el cimiento de su fe, algo tan fundamental para ella como el credo de san Atanasio para la liturgia de la iglesia occidental, y tal vez el padre Paton había reconocido su virtud, porque había dejado de discutir y había trepado por la escalera que Jacques instaló allí para ellos.

Las campanas habían dado por terminadas las vísperas, el eco de las oraciones que llegaban desde el claustro se había silenciado. La iglesia estaba vacía. Dado que los mercenarios habían creado problemas, las monjas velaban a los muertos en su propia capilla. En algún lugar ladró un perro, el de Fitchet, tal vez. Guardián, que no era famoso por su coraje, se tendía en el suelo, con las patas hacia arriba, en cuanto veía a aquella bestia hirsuta.

Los espías estaban en la parte trasera del ático, de modo que no podían ver qué sucedía abajo. Solo llegaba hasta ellos el resplandor de las velas que ardían en el altar, gracias al cual al menos podían distinguir el techo abovedado. Adelia tenía la incómoda sensación de estar junto al sacerdote en el asiento de un bote volcado. Con sus ojos brillantes como pequeños abalorios los murciélagos que pendían de las molduras le lanzaban miradas feroces.

Algo pasó a toda velocidad cerca de ellos. El padre Paton chilló.

—Aborrezco las ratas.

—Silencio —ordenó Adelia.

—Esto es una tontería.

Tal vez lo era, pero ya no podían arrepentirse. Jacques se había llevado la escalera y la había colocado nuevamente junto a la puerta del campanario, donde se había escondido.

Se oyó el ruido de un picaporte. Los goznes sin engrasar de la puerta lateral de la capilla chirriaron. Alguien murmuró al oír el ruido. La puerta se cerró. Se hizo silencio.

Debía ser Warin, el abogado. Wolvercote no se movía con tanto sigilo.

Adelia sentía una extraña desesperanza. Teorizar sobre la culpabilidad de un hombre no era lo mismo que confirmarla. En algún lugar, allí abajo, quizás se encontraba un ser que había traicionado a su único pariente, un muchacho que estaba bajo su cuidado, que había confiado en él y había sido asesinado.

Los goznes chirriaron otra vez. En esta ocasión a ese ruido lo acompañaron las enérgicas pisadas de un hombre calzado con botas. Se percibió la vibración de otra energía.

—¿Vos me enviasteis esta nota? —gritó Wolvercote, furioso. Si Warin trató de defenderse, los espías no lo oyeron, porque él siguió gritando, sin pausa—. Sí, lo hicisteis, sois igual que una ramera, sois una inmundicia llorona, sois un escupitajo apestoso, sois un canalla asqueroso. No me pondréis en aprietos...

La diatriba, y su asombrosa reiteración, sorprendente si se tenía en cuenta de quién provenía, estaba acompañada por bofetadas —todo hacía suponer que las recibía el señor Warin— que resonaban en las paredes como latigazos. El padre Paton daba un brinco tras otro al oírlas y hacía que Adelia, de pie detrás de él, retrocediera instintivamente.

El abogado trataba de proteger su cabeza, aunque ya debía de estar aturdido. De pronto, gritó:

—Mirad, señor. En el nombre de Cristo, mirad.

Las bofetadas se interrumpieron.

«Warin le está mostrando su carta».

El mensaje que Adelia había escrito para cada uno de ellos mencionaba el lugar y la hora del encuentro propuesto. Por lo demás, era breve: «Nos han descubierto».

Se hizo una larga pausa mientras Wolvercote —un hombre poco habituado a leer — trataba de descifrar la nota que había recibido Warin. El abogado dijo serenamente:

—Es una trampa. Alguien está en este lugar.

—¿Quién está en este lugar? ¿De qué trampa habláis? —gritó Wolvercote, sin moverse de su lugar, mientras Warin se dirigía a la nave principal de la iglesia para investigar—. ¿Vos no habéis enviado esta nota?

—¿Qué hay allí arriba? —preguntó el señor Warin al regresar—. Deberíamos echar un vistazo.

«Está mirando hacia arriba», pensó Adelia. Tuvo la sensación de que los ojos de ese hombre podían ver a través de las tablas y sus músculos se tensaron. El padre Paton permaneció inmóvil.

—Allí no hay nadie. ¿Cómo podría alguien llegar hasta allí? ¿Cuál es la trampa?

—Señor, alguien lo sabe —afirmó el señor Warin, que se había calmado un poco—. No debisteis colgar a esos bribones. Fue un error. Yo les había prometido el dinero necesario para abandonar el país.

Por lo tanto, él había contratado a los asesinos.

—¡Debía colgarlos, por supuesto! ¿Cómo podía asegurarme de que mantuvieran la boca cerrada? —Wolvercote seguía gritando—. Que Dios os maldiga, Warin. Si todo esto es una treta para obtener más dinero...

—No lo es, señor. La Virgen María sabe que os he prestado un gran servicio.

—Sí, es verdad —concedió Wolvercote, en un tono más sereno, más reflexivo—, y comienzo a preguntarme por qué.

—Os lo dije, señor. No habría permitido que un miembro de mi familia os ofendiera. Cuando supe cuáles eran las intenciones del muchacho...

—¿Y no esperabais que hubiera problemas? Entonces, ¿por qué demonios habéis venido hasta aquí? ¿Por qué motivo cabalgasteis hasta la abadía para comprobar que había muerto?

Ambos se alejaron hacia la nave de la iglesia. Sus voces fueron desapareciendo entre expresiones de queja y animosidad.

Después de largo rato se oyeron pasos que indicaban su regreso. La puerta se abrió chirriando y volvieron a oírse pisadas de botas tan enérgicas como las anteriores. Luego se desvanecieron.

El padre Paton se movió, pero Adelia le sujetó el brazo y se llevó un dedo a los labios para indicarle que no hablara.

—Esperad. No quieren que los vean juntos. Wolvercote salió primero —susurró. Nuevamente se hizo el silencio. El abogado era un hombrecito callado.

Al cabo de un rato, Warin salió. Adelia esperó hasta oír que cerraba la puerta. Luego se escabulló hacia delante para espiar por encima de las tablas.

La capilla estaba vacía.

—Hombres respetables. Uno de ellos, un noble del reino. Dos monstruos. —El padre Paton hablaba con un espanto teñido de emoción—. El alguacil debe saberlo, le escribiré. Soy testigo de la conspiración para el asesinato. Necesitaré una declaración completa, mi testimonio es importante. Jamás lo habría creído, ¡un noble del reino!

El sacerdote esperaba con impaciencia que Jacques llevara la escalera. Cuando bajó, comenzó a interrogar al mensajero sobre lo que se había dicho en la iglesia.

Por un instante Adelia permaneció inmóvil. Para ella, eso no tenía importancia: dos asesinos se habían delatado. Habían conspirado para eliminar a un hombre con la misma liviandad con que podían cortar una hoja de hierba.

«Oh, Emma».

Pensó en la flecha que se había clavado en el pecho del joven y había detenido los latidos del corazón, ese órgano maravilloso. En la indiferencia del ballestero que la había disparado hacia la infinita complejidad de sus venas y músculos, la misma que habían demostrado el primo de la víctima al ordenarle que lo hiciera y el hombre poderoso que le había pagado por hacerlo.

«Emma, Emma».

El padre Paton se dirigió, presuroso, al calefactorio. Quería escribir su declaración sin demora.

Era una noche de luna, clara y fría. No era necesario alumbrarse con un farol. Mientras la acompañaba a la residencia de huéspedes, Jacques le contó lo que había oído en la iglesia. En general, se repetían las frases pronunciadas en la capilla.

—Antes de marcharse llegaron a la conclusión de que alguien les había gastado una broma. Lord Wolvercote sospecha que fueron sus mercenarios. El señor Warin aún temblaba. Apuesto a que en cuanto pueda se marchará del país.

Adelia y Jacques se despidieron al pie de la escalera.

Increíblemente cansada, Adelia se arrastró escalera arriba. Subió el último tramo con cautela, como lo hacía siempre en los últimos tiempos, reviviendo un episodio imaginario en el cual veía una cuna que caía.

Se detuvo. La puerta estaba entreabierta y la habitación se encontraba a oscuras. Aunque su reducido séquito estuviera durmiendo, siempre dejaban una vela encendida para ella, y la puerta nunca estaba abierta.

Se tranquilizó cuando Guardián salió a recibirla. Su perro meneaba la cola con fuerza, desprendiendo más olor de lo habitual.

La puerta se cerró detrás de ella. Un brazo le rodeó el pecho, una mano le cubrió la boca.

—Tranquila —susurró alguien—. Adivinad quién soy.

Ella no necesitó adivinar. Eufórica, se retorció entre los brazos que la aprisionaban, para darse la vuelta y mirar a aquel hombre, el único.

—Sois un cabrón.

—En cierto modo es verdad —dijo él, alzándola en sus brazos para arrojarla en la cama más cercana y dejarse caer sobre ella—. En el cuento, mamá y papá al final se casaban. Lo recuerdo claramente, yo estaba allí.

No era momento de reír. Sin embargo, Adelia lo hizo, aunque Rowley apretaba los labios contra los suyos.

No había muerto, estaba deliciosamente vivo. Su olor, toda su persona, el mundo

entero era algo maravilloso en ese momento, porque él estaba allí. Rowley la conmovía hasta lo más hondo del alma, hasta las entrañas, que se humedecieron al sentir sus manos. Habían pasado mucho tiempo resacas.

Sus cuerpos subieron y bajaron como enormes alas, para llevarlos cada vez más alto, en un vuelo hacia un cielo volcánico, y luego se plegaron para abandonarse en una larga y palpitante caída hacia una pequeña cama en una habitación oscura y fría.

Cuando la tierra dejó de sacudirse, ella se escurrió debajo de él y se incorporó.

—Sabía que estabais cerca —dijo—. De alguna manera lo supe.

Él respondió con un murmullo.

Adelia se sentía plena de energía, como si una infusión maravillosa le hubiera devuelto la vida. Se preguntó si habrían engendrado otro hijo, y esa posibilidad la hizo feliz.

Su amante había caído en la inercia posterior al coito. Ella le tocó la espalda con la yema de los dedos.

—¿Dónde está Allie? ¿Dónde están Gyltha y Mansur?

—Les dije que fueran a la cocina, los sirvientes están de juerga —explicó, con un suspiro—. No debí hacerlo.

Para poder verlo, ella se puso de pie y a tientas fue hasta la mesa, buscó la yesca y el pedernal y encendió una vela.

Estaba delgado, pero hermoso: vestido con pantalones —en aquel momento, caídos en los tobillos— como un campesino, con la cara embadurnada, aparentemente con corteza de árbol.

—Sois uno de los cazadores de chochines —dijo, fascinada—. Habéis entrado con ellos. ¿Enrique está aquí?

—Tenía que entrar de alguna manera. Gracias a Dios, es el día de San Esteban. De otro modo, me habría visto obligado a trepar el maldito muro.

—¿Cómo sabíais que nos encontraríais en Godstow?

—El río está helado. ¿En qué otro lugar habría podido encontraros?

La respuesta no era satisfactoria.

—Podríamos estar muertos —señaló ella—. Poco faltó para que así fuera.

Rowley se incorporó.

—Estaba en el bosque, os vi mientras esquiabais, con mucha gracia, tal vez los giros eran un poco inestables... Por todos los santos, la niña es preciosa.

«Nuestra niña —pensó Adelia—. Es nuestra preciosa niña».

Ella le dio un golpe, no del todo juguetón, en el hombro.

—Maldición, Rowley. Sufrí pensando que habíais muerto.

—Conocía esa parte del Támesis —dijo él—. Por eso huí. Esos terrenos pertenecen a Enrique, son parte del bosque de Woodstock. Cerca de allí vive un guardabosques. Bauticé a su hijo. Me dirigí a su cabaña. No fue sencillo, pero llegué.

—Hizo una pausa y súbitamente preguntó—: Y ahora, decidme, ¿qué ha sucedido por aquí?

—Rowley, os dije que sufrí.

—Innecesariamente. El guardabosques me llevó a Oxford. Usamos calzado para la nieve. El maldito lugar estaba lleno de rebeldes, todos los cabrones que habían peleado en el bando de Esteban y estaban resentidos se habían alzado en armas y hacían flamear el estandarte de Leonor y el joven Enrique. Evitamos la ciudad y nos dirigimos a Wallingford. Siempre ha sido un bastión real. Brian Fitz Count lo tomó en nombre de la emperatriz durante la guerra. Sabía que el rey iría hacia allí. — Terminado el relato, se secó la frente con el dorso de la mano—. Jesús me salvó, pero no fue fácil.

—Os lo merecíais —dijo ella—. ¿Habéis encontrado al rey? ¿Está aquí?

—En realidad, él me encontró a mí. Estaba en cama, con pleuresía, al borde de la muerte. Necesitaba un médico.

—Lamento no haber podido ayudaros —dijo Adelia con tono algo mordaz.

—En fin, al menos desde allí podía mirar el río. Y él llegó con toda una flota. — Rowley sacudió la cabeza con admiración—. Cuando recibió la noticia de la muerte de Rosamunda estaba en Touraine, sofocando la rebelión del joven Enrique. Que Dios castigue a ese muchacho, ahora se ha aliado con Luis, el rey de Francia, en contra de su propio padre. Luis, ¿podéis creerlo? —exclamó llevándose las manos a la cabeza para expresar su desconcierto—. Todos sabíamos que era un idiota, pero nadie habría imaginado que ese cachorro traicionero pediría ayuda al mayor enemigo de su padre. —Tragó saliva e, inclinándose hacia delante, agregó—: Y Leonor insistió en que debía hacerlo. ¿Lo sabíais? Nuestros espías nos lo dijeron. Instigó a su hijo a rebelarse contra su padre.

—No me importa —declaró Adelia—. No me importa lo que hagan. Solo me interesa lo que está sucediendo ahora.

Pero no pudo desviar su atención. Rowley seguía pensando en Enrique Plantagenet, que en Touraine había tomado dos castillos pertenecientes a aliados del joven Enrique antes de dirigirse a Inglaterra con un puñado de hombres, en medio del invierno más duro que se recordaba desde hacía años.

—No sé cómo lo logró. Pero ya se acerca, remontando el Támesis, seguido de embarcaciones repletas de hombres. ¿Os dije que lo han visto remar? El cabrón dijo que la tripulación de la barca no lograba que avanzaran con suficiente rapidez, de modo que empuñó el remo, como un pirata, y soltó unas palabrotas.

—¿Dónde está ahora?

—Viene hacia aquí —dijo Rowley, e hizo una pausa—. Quiere veros.

—¿Quiere verme?

—Me envió a buscaros. Quiere saber si Leonor es culpable de la muerte de

Rosamunda. Le dije que tendríais la respuesta.

—Dios bendito —dijo Adelia—, ¿ese es el motivo que os trajo hasta este lugar?

—Habría venido de todos modos. Estaba preocupado porque os había abandonado..., pero habría debido suponer que estabais a salvo. —Rowley inclinó la cabeza e hizo un gesto de admiración ante su capacidad para sobrevivir—. Dios os tendió Su mano. Yo se lo pedí.

—¿A salvo? Me abandonasteis en una barca, a la intemperie, donde habría podido morir —chilló Adelia. Rowley la apaciguó con un gesto. Ella siguió hablando con más serenidad—. ¿A salvo? Hemos estado aquí encerrados en compañía de asesinos; vuestra hija, yo, todos. Ha habido homicidios, traiciones... Durante semanas he temido por la suerte de Allie, por todos nosotros. —Mientras hablaba, con los puños se secaba las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Fueron diez días —replicó él, con suavidad—. Nos separamos hace diez días. —Rowley ya estaba de pie. Se subió los pantalones y se arregló la camisa—. Vestíos, debemos partir.

—¿Adónde iremos?

—A ver a Enrique. Os lo he dicho, quiere veros.

—¿Sin Allie? ¿Sin Gyltha y Mansur?

—No creo que podamos llevarlos con nosotros. He descubierto un camino a través de la nieve, pero el viaje será difícil, incluso a caballo, y, por otra parte, solo he traído dos.

—No.

—Sí. —El obispo suspiró—. Sabía que esto sucedería. Se lo anticipé al rey: «Ella no vendrá sin la niña» —dijo, intentando imitarla.

La paciencia de Adelia se había agotado.

—¿Me diréis dónde está Enrique?

—En Oxford. Al menos, hacia allí se dirigía.

—¿Por qué no está aquí?

—Veamos. Godstow es un asunto menor. Lo importante es Oxford. Enrique enviará al convento al joven Geoffrey Fitzroy, con un pequeño ejército. No se necesitará más que eso. Mansur dice que Wolvercote y Schwyz tienen pocos hombres bajo su mando. Enrique no vendrá... —Adelia advirtió que una súbita sonrisa se dibujaba en el rostro de Rowley—. No creo que nuestro buen rey se encuentre con Leonor, podría agredirla. Y también le resultaría vergonzoso arrestar a su propia esposa.

—¿Cuándo llegará el tal Geoffrey?

—Mañana, si puedo regresar a tiempo para guiarlo y enseñarle el convento; quiero asegurarme de que no matará a las personas equivocadas.

«Lo hará —pensó Adelia—. Empezará el camino de regreso a través de ese

horrendo páramo, malhumorado porque no quise abandonar a mi hija, pero con la tranquilidad de que ella y yo estaremos a salvo. Él es sinónimo de hombría y coraje, como su maldito rey. No nos comprendemos. Pero él es así, es ese hombre, y yo lo amo».

Sin embargo, percibía en Rowley una creciente frialdad, algo extraño. Había creído que el Rowley de otro tiempo estaba de regreso, y durante unos gloriosos momentos eso había ocurrido. Pero existía una restricción. Ahora hablaba con aquella despreocupada indiferencia que ella recordaba y ni siquiera la miraba. Había tendido su mano para secarle las lágrimas y la había retirado.

Ella, impulsivamente, preguntó:

—¿Me amas?

—No sabéis cuánto. Que Dios se apiade de mí —dijo él—. Más de lo que debería, os lo juro. No debí hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Que el Todopoderoso me perdone. Le prometí..., le juré que si os salvaba me abstendría de acercarme a vos, que no os haría pecar otra vez. Pero al tocaros..., no pude. Os deseo tanto que al sentirlos no pude contenerme.

—¿Qué soy para vos? ¿Algo de lo que debéis absteneros durante la Cuaresma?

—En cierto modo —dijo Rowley, con el tono mesurado de un obispo—. Querida, todos los domingos debo predicar en contra de la fornicación en una u otra iglesia. Y cuando lo hago, oigo que mi exhortación se confunde con la voz de Dios, que me susurra: «Sois un hipócrita, la deseáis, vuestra alma está condenada, y también la de ella».

—Podemos hablar largamente sobre la hipocresía —comentó Adelia, con indiferencia, y comenzó a vestirse.

—Debéis comprenderlo. No puedo permitir que seáis castigada por mi pecado. Os encomendé a Dios. Hice un trato con él: «Señor, si ella está a salvo, seré vuestro obediente servidor». Para sellar mi juramento, pronuncié esas palabras en presencia del rey. Y ahora, buena la he hecho.

—No me importa que sea pecado —dijo Adelia.

—Me importa a mí —dijo Rowley con solemnidad—. Me habría casado con vos si no hubierais preferido conservar vuestra independencia, gracias a la cual Enrique tuvo el obispo que deseaba. Y un obispo, como comprenderéis, es el custodio de las almas de otras personas, de su propia alma, de la vuestra —explicó, y mirándola a la cara, agregó—: Adelia, es importante. Creí que no lo sería, pero no es así. Es sorprendente, más allá del fasto de los altares y de los coros magníficos, oigo una vocecita serena, pero insistente, que me dice que lo comprendéis.

Ella no comprendía. En un mundo lleno de muerte y odio, no podía comprender a un Dios para el cual el amor era pecado. Tampoco a un hombre que obedecía a esa

deidad.

El obispo levantó la mano para hacer el signo de la cruz. Ella la apartó de un golpe.

—No os atreváis a bendecirme.

—Bien. De todos modos, escuchadme. Cuando Geoffrey ataque, en realidad, antes de que lo haga, debéis ir al claustro. Él evitará que la pelea llegue hasta allí. Llevad a Allie y a los demás. Le he pedido a Walt que se asegure de que estéis allí. Le he dicho que sois una persona importante para el rey.

Adelia no lo escuchaba. Si nunca había podido competir con Enrique Plantagenet, sin duda no podría rivalizar con Dios. Al fin y al cabo, era invierno y, de alguna manera, siempre lo sería para ella.

No obstante, algo se clavó como un anzuelo en su mente y la distrajo de su tristeza.

—¿Habéis hablado con Walt?

—Mansur lo trajo hasta aquí mientras os esperaba. A propósito, ¿dónde estabais?

—¿Habéis hablado con Walt? —repitió Adelia.

—Y con Oswald. Ellos no sabían dónde estaban Jacques y Paton. Les pedí que hicieran correr la voz, necesitaba que todos mis hombres estuvieran listos para apostarse en el portal y abrirlo cuando Geoffrey llegue.

—Dios santo —dijo ella.

Guardián soltó un leve gruñido.

Adelia se dirigió precipitadamente a la puerta. Estuvo a punto de chocar con ella. Echó el cerrojo y puso la oreja en el panel de madera para escuchar. No se demorarían. Solo la gracia de Dios los había protegido hasta ese momento.

—¿Cómo saldréis del convento?

—Sobornaré al vigía. ¿Qué sucede?

Chistó.

Adelia oyó el ruido de las botas que atravesaban la nieve medio derretida del callejón.

—Vienen a buscaros. Oh, Dios.

—La ventana —dijo Rowley. De inmediato fue hacia allí y abrió los postigos para que la luna iluminara la habitación. Arrancaron las sábanas de la cama y las ataron. Mientras las arrojaban a través de la ventana, comenzaron a golpear la puerta.

—¡Abrid!

Guardián comenzó a ladrar.

Rowley amarró al marco de la ventana la cuerda improvisada con sábanas y probó su resistencia.

—Después de vos, señora.

Adelia no olvidaría jamás el gesto cortés de su mano, que parecía invitarla a

bailar.

—No puedo —dijo—. Ellos no me harán daño. Os buscan a vos.

Él miró hacia abajo, y luego, otra vez a Adelia.

—Debo irme. Esos hombres necesitan que los guíe hasta aquí.

—Lo sé —respondió ella. La puerta sería derribada de un momento a otro—. Hacedlo entonces —susurró.

Rowley sonrió, sacó de su cinto un sable corto y se lo entregó.

—Hasta mañana.

Cuando él llegó al pretil, Adelia trató de deshacer el nudo amarrado al marco de la ventana, pero estaba muy ajustado y comenzó a cortarlo con el sable, sin dejar de mirar hacia fuera. Vio que Rowley se dirigía a la almena más cercana y desde allí saltaba, haciendo ondear su capa. Aterrizaría sobre la nieve, gruesa y mullida, pero ¿podría llegar a la escalera?

Sí. Mientras la puerta se hacía añicos detrás de ella y Guardián soltaba un espantoso aullido, vio a su hombre deslizándose por el hielo como un niño.

La apartaron con brusquedad. Schwyz bramó:

—Allí está. Enfrente. Loso, Johannes.

Dos hombres corrieron hacia la puerta. Otro reemplazó a Schwyz en la ventana, blandiendo una ballesta. La tensó colocando el pie en el arco y disparó. Falló.

—*Ach, scheiss* —exclamó. Y mirando a Schwyz, dijo—: *Nein*.

Adelia cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, Rowley daba otro paso en el descanso de la escalera.

Una gigantesca figura agachó la cabeza para atravesar el vano de la puerta y miró serenamente a su alrededor.

—Sería mejor que libráramos a la señora Adelia de esa daga.

De todos modos, ella no la habría utilizado contra un ser humano. Tendió la empuñadura hacia el abad de Eynsham, el mismo que había escrito las cartas que Rosamunda había copiado, las había enviado a la reina y luego había tramado el homicidio de la copista.

El abad le dio las gracias. Ella se arrodilló para atender a Guardián, que se había refugiado debajo de una cama. Cuando palpó la costilla que un puntapié había fracturado, el perro la miró con tristeza.

—Viviréis —dijo Adelia—. Sois un buen perro, quedaos aquí.

El abad le alcanzó amablemente la capa. Luego le ató las manos a la espalda y la amordazó.

Los hombres la llevaron al pabellón del vigía. No había nadie a la vista. Todos dormían. Aunque hubiera podido gritar para pedir auxilio, en ese sector del convento nadie la habría oído. Y aunque lo hicieran, no habrían acudido a rescatarla. El señor y la señora Bloat no estaban de su lado, menos aún el abogado Warin. No había rastro

de los hombres de Wolvercote; de todos modos, tampoco la habrían ayudado.

El gran portal estaba abierto. Sin embargo, toda la actividad se desarrollaba en el pabellón que comunicaba con el atrio, donde los hombres de Schwyz iban de aquí para allá. Empujaron a Adelia para que entrara. Fitchet estaba muerto, en el suelo. Le habían cortado la garganta. A su lado estaba tendido el padre Paton, que escupía algunos de sus dientes.

Ella se arrodilló junto al sacerdote. Debajo de los hematomas en su rostro se advertía indignación.

—Las ten... Las car... —dijo, y con esfuerzo logró hablar—. Llevaos las cartas.

Los mercenarios se ponían mantos y capuchas, recogían las armas, vaciaban la despensa de Fitchet y rodeaban a las asustadas gallinas para encerrarlas en una caja de madera.

—¿En la despensa de vuestro digno vigía había algo llamado vino? —preguntó el abad—. ¿No? Qué horror, detesto la cerveza. —Gruñó y se sentó en un banco para mirar el ajetreo, mientras jugueteaba con la cruz de plata que llevaba en el pecho.

Los dos mercenarios que habían perseguido a Rowley entraron jadeando.

—Tenía caballos.

—*Siech*. Es suficiente. Nos vamos —dijo Schwyz. El mercenario sujetó la cuerda que ataba las manos de Adelia, la obligó a ponerse de pie con un empujón que casi le dislocó el hombro y la arrastró hasta el lugar donde se encontraba el abad—. No la necesitamos, permitidme matar a esta ramera.

—Schwyz, mi buen y querido Schwyz —dijo el abad, moviendo la cabezota—. Al parecer, aún no has comprendido que nada en este convento es más valioso que la señora Adelia. Para el rey su presencia es tan importante que ha enviado a un obispo a buscarla. Aún no sabemos si se debe a su destreza sexual o a cierta información que tal vez ella posee. Es nuestra carta de triunfo, mi querido amigo, la manzana dorada del Jardín de las Hespérides que debemos arrojar tras de nosotros para detener a nuestros perseguidores. —El abad hizo una pausa para reflexionar sobre el asunto—. Y si el rey nos pusiera en aprietos, incluso podríamos entregársela para apaciguarlo. Sí..., es una posibilidad.

Schwyz no tenía tiempo para detenerse en esas consideraciones.

—¿La llevamos o no?

—Sí.

—¿Qué hacemos con el cura?

—En fin, me temo que en su caso debemos ser menos piadosos. El señor Paton es el desafortunado portador de las cartas. No desearía que el rey o la reina conocieran la existencia de esas pruebas, aun suponiendo que pudiera hablar, lo cual...

—Por Dios, ¿lo liquidó?

Adelia se arrojó hacia delante para impedirlo. Schwyz la obligó a retroceder.

—Lo sé —dijo el abad—. Estas cosas son tristes, pero no deseo perder el afecto de la reina y me temo que el padre Paton podría abrirle los ojos. ¿Le enseñasteis el texto que yo escribí para que Rosamunda enviara las cartas? Por supuesto, lo hicisteis. Sois una personita muy diligente. —El abad siguió hablando. Había condenado a muerte al sacerdote, y allí estaba, hablando, muy entretenido—. Dado que nuestra bendita Leonor me tiene en alta estima, sería..., ¿cómo decirlo?, inconveniente que ella supiera que fui yo quien la instigó a rebelarse contra el rey. Si descubriera el engaño, se lo diría a Enrique. En cambio, le dirán que un asesino desconocido trató de entrar en la abadía, tendrá pruebas de ello, y que el buen Schwyz y yo emprendimos una valerosa persecución para atraparlo antes de que regresara a las filas del rey. En realidad, abandonaremos a esa dama a su inevitable destino. La nieve nos ha ayudado mucho. El amable lord Wolvercote, muy poco. Como suele decir el señor Schwyz, con su lenguaje rudo, ese hombre no podría pelear contra un saco de mierda.

Schwyz había soltado a Adelia y se acercaba al padre Paton. Ella cerró los ojos.

«Dios, te lo ruego».

Al gemido del padre Paton le siguió un extraño silencio. Incluso a esos hombres parecía impresionarles que un ser se reuniera con el Creador.

Luego alguien dijo algo, alguien rio. Los hombres comenzaron a cargar bultos y cajones para llevarlos al atrio y, desde allí, al río.

El abad apoyó un dedo bajo el mentón de Adelia para inclinar su cabeza.

—Siempre me habéis interesado, señora. Me preguntaba por qué no solo un obispo, sino también un rey se sentían atraídos por una vulgar extranjera como vos. Y, perdonadme, pero no se debe a que el Señor os haya bendecido con una belleza visible.

Adelia mantuvo los ojos cerrados y se apartó, pero él sujetó su cabeza y la inclinó hacia ambos lados.

—¿Los satisfacéis a ambos? ¿Al mismo tiempo? ¿Sois experta en tríos? ¿Descolláis en el *ménage à trois*? ¿Un pene por adelante y otro por atrás? ¿El culo y el *pudendum muliebre*, lo que mi padre, con su estilo elegante, llamaba culo y barriga?

Adelia pensó que tendría que oír cosas semejantes muchas veces antes de que todo terminara. Lo miró a los ojos: el abad era virgen. No podía precisar cómo lo había descubierto en una situación tan extrema, pero no tenía dudas.

En el rostro que la miraba desde arriba surgió una angustiosa, implorante vulnerabilidad. «No me conocéis, no sabéis quién soy», pareció decir, antes de recuperar la máscara habitual del abad de Eynsham.

Schwyz, que los había llamado a gritos, se acercó y levantó a Adelia con brusquedad.

—Espero que no cause problemas. Ya tenemos suficientes.

—Estoy seguro de que no los causará —dijo el abad, sonriendo a Adelia—. Podemos enviar a alguno de nuestros hombres a la cocina, para que busquen al bebé. Si lo deseáis, lo llevaremos con nosotros, aunque no sabemos si sobrevivirá a la travesía.

Ella negó con la cabeza.

Aún sonriente, Eynsham señaló la puerta.

—Os seguiré, señora.

Ella salió y se dirigió a los peldaños helados, como un cordero.

CAPÍTULO 13

Dos mercenarios encapotados proyectaban largas sombras en el hielo —la luna se había movido un poco hacia el oeste— mientras cargaban un trineo con los bultos que los demás les entregaban. Uno de ellos levantó a Adelia y la arrojó sobre un montón de fardos. Al aterrizar, se hizo daño en los brazos. Otro hombre arrojó una lona impermeable sobre su cabeza. Después de sacudirla logró echar hacia atrás una parte de la lona y pudo ver.

«Dios, haz que se dirijan al sur. Enrique está allí», pensó.

El abad, Schwyz y otros hombres se habían reunido en torno a ella, para equilibrar el trineo mientras se ponían los patines. Deliberadamente, lo hacían en silencio.

No había motivo para ir en otra dirección. Ellos no sabían que el rey había atacado Oxford.

Oh, sí, lo sabían. Sin quererlo, Rowley se lo había dicho.

«Dios, haz que se dirijan al sur».

El abad ensayó algunas piruetas en el hielo y admiró su sombra en el espejo de acero del río.

—Sí —dijo—. Es algo que nunca se olvida.

No prestaba atención a Adelia. En ese momento, no era más que parte de su carga. Hizo una señal a Schwyz, quien a su vez la transmitió a sus hombres. Dos mercenarios recogieron los arneses que estaban delante del trineo y sujetaron las correas a su cuerpo. Otro tomó asiento detrás de Adelia y agarró el armazón.

El abad miró el muro del convento, que se cernía sobre él.

—Reina Leonor, querido junco roto, adiós. —Luego elevó sus ojos hacia el cielo, donde brillaban las estrellas—. Bien, parece que está ocupada con otras cosas. Podemos marcharnos.

—Sin ruido ni el menor alboroto —agregó Schwyz.

Adelia oyó el rumor que el trineo producía al moverse. Se dirigían al norte. Vomitó en la mordaza. Nadie podría impedir que la mataran. Durante un rato tuvo tanto miedo que apenas pudo aceptarlo. Él iba a matarla. Debía hacerlo.

De pronto la agobió una tristeza espantosa. Surgieron en su mente imágenes de Allie, huérfana, creciendo sin ella, pequeña y carente de afecto.

«Os amaré hasta el último minuto de vida. Sabedlo, pequeña: siempre os amé».

Luego la asaltó la culpa.

«El error fue mío, querida hija. Si hubiera sido una madre mejor, habría ignorado lo que sucedía, habría dejado que se matasen unos a otros sin que me importara, en tanto vos y yo hubiéramos estado a salvo. Un doloroso error».

El miedo y el dolor se sucedieron incesantemente, mientras la ribera blanca y desaliñada pasaba junto a ella. Se oían los susurros y los chirridos del trineo; los hombres que esforzadamente lo arrastraban echaban su aliento, que dibujaba volutas de vaho a la luz de la luna, mientras se acercaban al infierno.

El malestar distrajo su atención. El bulto sobre el cual estaba sentada contenía lanzas. La mordaza tenía un gusto abominable. Y le dolían los brazos y las muñecas.

Súbitamente irritada, se movió, se incorporó y comenzó a prestar atención a lo que sucedía a su alrededor.

Dos mercenarios tiraban del trineo. Otro de ellos iba detrás. Cuatro hombres patinaban a cada lado; Schwyz y el abad marchaban delante. En total, eran nueve. Entre ellos no se contaba Cross, su amigo. No había podido distinguir las caras de los dos hombres que habían cargado el trineo, pero ambos eran más delgados que él.

Nadie la ayudaría. Dondequiera que se dirigieran, Schwyz solo había llevado a los soldados en los que depositaba toda su confianza. Había abandonado a los demás.

¿Adónde se dirigían? ¿A Midlands? Allí el rechazo a Enrique Plantagenet seguía latente.

Adelia se movió y con las muñecas comenzó a palpar el contenido del saco. Siguió la línea de las lanzas hasta llegar al extremo afilado.

Al presionarlo, la punta le pinchó la palma de la mano. Trató de frotar la cuerda contra el filo, pero no lo logró. En cambio, se encontraba con la punta de la lanza, que entraba y salía inútilmente en las fibras. Si hubiera dispuesto de dos o tres semanas, finalmente habría tenido éxito.

No obstante, podía hacer algo para vencer la inercia de la desesperación. Sin duda, Eynsham no tendría más opción que matarla. La posibilidad de utilizarla para negociar con su adversario solo duraría mientras no tuviera la seguridad de haberse librado de Enrique. Y esa posibilidad disminuía a cada milla de camino recorrido hacia el norte. Pero, por encima de todo, tenía que matarla porque había visto al gusano que se retorció dentro de ese caparazón brillante, multifacético y vacío. Y él lo sabía.

Los brazos de Adelia comenzaron a cansarse. Con la cara todavía humedecida por las lágrimas, se durmió.

La marcha era agotadora para los hombres que tiraban del trineo, y también para los que simplemente patinaban. Temerosos de sus posibles perseguidores, no habían encendido antorchas y, aunque brillaba la luna, el hielo daba un resplandor tenue y engañoso a las ramas y otros desechos vegetales que habían quedado atrapados, y en consecuencia los mercenarios se caían con frecuencia o debían desviarse para esquivar obstáculos, en ocasiones, cargando el trineo.

Mientras dormitaba, Adelia percibía vagamente que se tambaleaba cuando levantaban el trineo, y oía insultos difusos. También advertía que los hombres se

arrastraban debajo de la lona que la cubría para descansar y recuperar fuerzas. No había ningún interés sexual en su actitud, estaban demasiado cansados. Ella, por su parte, se negaba a despertar. Dormir era una manera de olvidar.

Otro pasajero subió al trineo. Lejos del hielo, suspiró aliviado. Sus dedos se movieron a tientas en la cabeza de Adelia y aflojaron la mordaza.

—Esto no es necesario, señora. Tampoco esto —dijo, y suavemente la empujó hacia delante. Luego cortó con un cuchillo la cuerda que le sujetaba las muñecas—. Ya está. ¿Os sentís más cómoda?

Adelia sintió el hálito de un perfume dulce, familiar. Se lamió los labios, movió los hombros y las manos. Le dolían. La travesía continuaba. Todo estaba en silencio y hacía mucho frío. Las estrellas se habían apagado un poco, la luna brillaba a través de un velo de niebla.

—No teníais necesidad de matar a Bertha —dijo.

—Yo, en cambio, creo que sí —respondió con serenidad Jacques después de unos instantes—. Su nariz me habría traicionado, tarde o temprano. Me temo que la pobre criatura me descubrió.

Sí, así era. Recordó a Bertha, acercándose a ella a gatas en el establo, olisqueando, utilizando el más agudo de sus sentidos para describir a la anciana del bosque que le había entregado las setas para Rosamunda.

«Olía bien, como vos», había dicho.

«No como yo, Bertha, sino como el hombre que estaba a mi lado», pensó Adelia.

No era una mujer, era un hombre.

La muchacha había olido el perfume del mensajero, el que lo caracterizaba incluso cuando se disfrazaba como una anciana que recogía setas.

—¿Lo desaprobáis? —preguntó Jacques, ansioso por saber si ella estaba disgustada—. En realidad, no fue una pérdida importante, ¿verdad?

Adelia mantenía la vista fija en los dos mercenarios que arrastraban el trineo. Jacques la arropó con la lona y se sentó de lado, para mirarla a la cara. Su expresión era sensata, inteligente, ya no era el joven con ojos asombrados y grandes orejas, parecía mucho mayor, más seguro. Supuso que era precisamente eso, un hombre capaz de metamorfosearse según lo exigieran las circunstancias.

Él había llevado la cuna de Allie hasta la escalera.

—En general no se necesita lo que yo denomino una acción auxiliar, como en el caso de Bertha. Habitualmente cumplo con lo convenido y me voy, todo mi trabajo es muy simple y ordenado. Pero este encargo ha sido particularmente complicado. Interesante, no lo niego, pero difícil. —Jacques suspiró—. Estar cercado por la nieve en un convento, no solo en compañía de la persona que me contrató, sino, como queda en evidencia, de un testigo, es una experiencia que no deseo repetir.

Un asesino. El asesino.

—Comprendo —dijo Adelia.

Ella sintió una enorme repulsión desde el momento en que descubrió que él había envenenado a Rosamunda. La obligación que se impuso de utilizarlo para lograr que Wolvercote y Warin confesaran su culpabilidad había supuesto un terrorífico ejercicio de autodomínio, pero no se le había ocurrido una estratagema mejor para lograrlo. Ella había descubierto que se trataba de un ser más temible que Wolvercote, porque carecía de limitaciones, era un individuo incapaz de distinguir el bien y el mal.

Procuró conquistarle, cautivar su mente. Jugó con él, lo utilizó. Logró que observara cómo resolvía el único asesinato del que era inocente. Así había logrado neutralizarlo, tenerlo de su lado mientras hacía preguntas.

—¿Eynsham os lo ordenó?

—¿Os referís a lo de Bertha? Oh, no —dijo, indignado—. Tengo iniciativa, ya lo sabéis. —Hizo un guiño y dio un codazo cómplice a Adelia—. Tendrá que pagar lo que hice con ella. Lo cargaré en su cuenta.

—Su cuenta —repitió ella, y asintió.

—En efecto. No soy vasallo del abad, señora. Debéis tenerlo en claro: soy independiente, viajo por todos los territorios de la cristiandad ofreciendo un servicio. Algunos no lo aprueban, lo sé, pero, de todos modos, es un trabajo.

—Sois un asesino.

Jacques pareció pensar en aquel calificativo.

—Supongo que sí, pero prefiero pensar que es un trabajo como cualquier otro. Debéis admitir, doctora, que para aquellos que no entienden, vuestra profesión es cosa de brujería. Así que ambos somos profesionales que no podemos declarar públicamente cuál es nuestra actividad. Los dos trabajamos y convivimos con la vida y la muerte. —Parecía tranquilo, aunque estaba claro que, al descubrirlo, había herido su orgullo—. Me delaté al tratar de advertiros de que vuestra curiosidad era peligrosa, ¿verdad?

Sus visitas a Bertha, su constante aparición en todas partes, la indefinible sensación de amenaza que acechaba el establo cuando él se encontraba allí. El aroma que Bertha había reconocido. La libertad de rondar por la abadía y pasar inadvertido, que ninguna otra persona poseía. No podía ser más que él.

—Recordad la fiesta de Navidad —dijo Adelia.

Esa noche casi había tenido la certeza de que él era el asesino. En la anciana con verrugas que brincaba en el arca de Noé había reconocido a la vieja que Bertha había visto en el bosque.

—Ah —dijo Jacques—, me temo que tengo debilidad por los disfraces, y esa debilidad me delató ante vos.

—¿Cuándo os contrató Eynsham para matar a Rosamunda?

—Hace siglos. Había llegado a Inglaterra para buscar clientes poco tiempo antes.

Acababa de convertirme en el mensajero del obispo; en mi trabajo siempre es útil tener un motivo para viajar. Aunque no viene al caso, espero haber prestado buenos servicios al obispo —dijo sinceramente—. Me gusta pensar que hago bien mi trabajo, sea cual sea.

Sí, era excelente. Cuando Rowley se deslizó dentro de la abadía y le pidió a Walt que alertara a los demás, no se le ocurrió que su mensajero —el irritante, voluntarioso Jacques, uno de los suyos— no debía ser informado del ataque que se avecinaba.

—En realidad —prosiguió—, echaré de menos al obispo de Saint Albans, pero en cuanto Walt me dijo que el rey estaba en camino, no tuve más alternativa que informar a Eynsham. No podía permitir que el señor abad fuera capturado, él me debe dinero.

—¿Así son las cosas? ¿Se ha corrido la voz y se sabe que matáis por dinero?

—Creo que sí. Hasta ahora no me ha faltado trabajo. Las personas que me contratan nunca quieren darse a conocer, por supuesto, pero ¿sabéis cómo descubrí que mi cliente misterioso era nuestro abad?

Excitado, feliz por su perspicacia, Jacques había alzado la voz. Un búho salió volando de su árbol y Schwyz, que iba delante, se dio la vuelta para insultarlo. El mensajero seguía a lo suyo.

—¿Sabéis cómo lo descubrí?

Adelia negó con la cabeza.

—Por sus botas. El señor abad usa unas botas extraordinariamente finas, al igual que yo. Oh sí, y se dirigió a su sirviente diciendo «Hijo mío». Entonces me dije: por todos los santos, es un religioso, y además rico. Solo tuve que preguntar a los mejores zapateros de Oxford. Ahora el problema es conseguir la otra mitad del pago acordado. —El asesino explicó las dificultades propias de su oficio—. Cobro la mitad como anticipo y la otra cuando el trabajo está terminado. Nunca quieren pagar la segunda cuota, ¿comprendéis?

Ella no respondió.

—Para cobrar la otra mitad del precio acordado me vi obligado a permanecer pegado a mi señor Eynsham, como una lapa. En realidad, en esta ocasión, no es su culpa. Las circunstancias no lo han favorecido. La retirada de Wormhold, la nieve..., pero nos dirigimos hacia el norte para llegar a su abadía, y allí tiene el oro.

—Os matará —dijo Adelia, no porque estuviera segura de ello, sino para que siguiera hablando—. Le pedirá a Schwyz que lo haga.

—Son una pareja interesante, ¿verdad? Schwyz lo adora. Tal parece que se conocieron en los Alpes. Me he preguntado si serían..., bueno, ya sabéis..., pero creo que no. Tendréis vuestra opinión como médica.

Uno de los mercenarios que arrastraban el trineo estaba disminuyendo la velocidad y agitaba el brazo para que el mensajero tomara su lugar.

La voz que susurraba en el oído de Adelia se volvió confidencial. Ya no era la voz de un chismoso, sino la de un asesino.

—No os preocupéis por mí, señora. Nuestro abad tiene muchos enemigos que deben ser eliminados de manera silenciosa. Schwyz deja tras de sí los rastros de sus carnicerías, yo no. Mis servicios siempre tendrán demanda. Preocupaos por vos. — Suspiró y echó la lona hacia atrás para bajar del trineo.

—Jacques, ¿seréis vos el encargado de matarme?

—Espero que no, señora. Sería una pena —dijo con amabilidad, y se fue, negándose a colocarse el arnés—. Mi buen amigo, no soy un buey.

Adelia pensó que tampoco era un ser humano, sino una herramienta, tan responsable por lo que hacía como podía serlo un objeto, tan inocente como un arma que se exhibe en una pared, a la cual su dueño admira por su maravillosa utilidad.

El olor a sudor y a sucia humedad del hombre que se arrastró bajo la lona para dormir y roncar borró el rastro del perfume de Jacques.

El abad se había colocado frente al travesaño que se encontraba detrás de Adelia, pero en lugar de ayudar a impulsar el trineo se convirtió en un pasajero. Su peso hizo más lenta la marcha de los hombres que lo arrastraban y la transformó en un paso torpe y lento que puso en peligro su equilibrio. Al advertir que se quejaban, Schwyz les ordenó que se quitaran los patines y continuaran solo con sus botas para permitir un mejor agarre.

Adelia advirtió que ahora, al avanzar, chapoteaban. El trineo había comenzado a arrojar escarcha a los lados. Ya no se veían las estrellas y la difusa luna tenía un resplandor aún más difuso. Schwyz había encendido una antorcha y la llevaba en alto mientras esquiaba. El hielo se derretía.

Una chillona voz resonó por encima de la cabeza de Adelia.

—No es mi intención quejarme, mi querido Schwyz, pero si seguimos así pronto caminaremos por el fondo del río. ¿Estamos lejos?

—Estamos cerca.

Adelia se preguntó dónde estaban. No sabía cuánto tiempo había dormido y no podía calcular la distancia que habían recorrido. Las orillas eran tan monótonas como siempre, una confusa masa de juncos y nieve que siempre parecía igual.

Hacía más frío, seguramente a causa de la humedad creciente y también del miedo. Eynsham solo se tranquilizaría cuando finalizara la marcha a través del río. En cuanto llegara a territorio seguro, podría librarse de la carga que había transportado.

—Allí, delante —gritó Schwyz.

Solo se veía una luz que brillaba débilmente en el cielo, hacia el oeste, como una estrella solitaria que lucía lo suficiente para atravesar la niebla que ocultaba a las demás. Tal vez fuera un castillo o una torreta.

Pronto se aproximaron a un embarcadero bordeado de nieve, de aspecto familiar.

Fue entonces cuando Adelia supo que Rosamunda la esperaba.

• • •

En el recuerdo que Adelia conservaba de Wormhold, el lugar estaba poblado de destellos de colores estridentes, entre los cuales hombres y mujeres se movían y hablaban como enajenados. En aquel momento, a través de la niebla del alba, la torre era nuevamente un mausoleo. Las insinuaciones implícitas en su arquitectura habían desaparecido. Y para aquellos que arrastraban el trineo sobre la nieve derretida, el laberinto era tan solo un túnel recto y lóbrego flanqueado por arbustos grises, que conducía a un monumento similar a una lápida gigantesca, recortada contra un cielo aun más lóbrego.

Al final de los peldaños la puerta permanecía abierta. La pira que no se había encendido seguía intacta y, a causa de la humedad concentrada en el salón, las paredes y un montón de muebles rotos brillaron bajo la antorcha de Schwyz.

Al entrar, el correteo de las ratas que escapaban acentuó el silencio reinante. Lo mismo sucedió cuando el abad intentó llamar al ama de llaves.

—Dakers, ¿dónde estáis, criaturita? Vuestro viejo amigo, Robert de Eynsham, ha llegado. —Cuando el eco de sus palabras se desvaneció, se dirigió a Schwyz—. Ella no sabe que fui yo quien ordenó que la encerraran, ¿verdad?

—La engañamos —replicó Schwyz, moviendo la cabeza.

—Bien, entonces aún soy su aliado. ¿Dónde está ese viejo cuervo? Queremos cenar. ¡Dakers!

—Rob, no podemos quedarnos aquí mucho tiempo. Ese cabrón vendrá a por nosotros.

—Mi querido amigo, debéis dejar de atribuirle poderes sobrenaturales. Somos más astutos que él —afirmó, sonriente—. Supongo que debería subir a buscar mis cartas. Tal vez nuestra bella Rosamunda guardó más de una. Le dije a esa puta gorda que las quemara, pero quién sabe si lo hizo. Las mujeres son totalmente indignas de confianza. —Suspiró y señaló la pira—. La encenderemos cuando llegue el momento. Primero comeremos algo, luego dormiremos una siesta y cuando nuestro afable rey llegue, ya no estaremos aquí, habremos partido mucho antes, dejando un buen fuego encendido para recibirlo. Buscad a Dakers.

«Sin duda, sabe dónde está. El único ser humano que habita este lugar está en la habitación de la cúpula, con la muerta», pensó Adelia.

—De acuerdo —dijo Schwyz y se alejó para dar órdenes a sus hombres. De pronto, dio media vuelta—. ¿Qué queréis hacer con la ramera?

—¿Os referís a esta ramera? —preguntó el abad mirando a Adelia—. La conservaremos con nosotros hasta el último momento. Solo por precaución. Puede subir conmigo y ayudarme a buscar las cartas.

—¿Por qué? Sería mejor que permaneciera aquí —dijo Schwyz, receloso.

El abad fue paciente con él.

—Porque no encontré cartas la última vez que estuvimos aquí, pero la inteligente señora tiene una, ¿verdad, querida? Si encontró una, puede encontrar las demás. Si lo preferís, podéis atarle las manos, pero esta vez por delante y sin apretar mucho la cuerda. Se la ve pálida.

Una vez más, un hombre amarró las manos de Adelia con brusquedad.

—Arriba —dijo el abad, señalando la escalera. Luego se dirigió al mercenario—. Que vuestros hombres se ocupen de mi cena. —Y cambiando el tono, añadió—: En cuanto a..., apostad un vigía en el río.

Adelia advirtió súbitamente que no solo ella sentía miedo. En el fondo, el abad creía que Enrique tenía poderes sobrenaturales. Rogó al cielo que eso fuera verdad.

No era sencillo subir aquellos peldaños en forma de cuña, diminutos, resbaladizos y serpenteantes, sin utilizar las manos para mantener el equilibrio. No obstante, Adelia lo hizo con menos esfuerzo que el abad, que comenzó a protestar en cuanto llegó al segundo descanso. En ese nivel la torre se distanciaba del ruido que reinaba en la base, y en el silencio el eco de sus pasos era perturbador, parecía desafiar el descanso de los muertos.

«Atrás. Esto es una tumba».

Una luz casi imperceptible entraba por las saeteras y permitía ver los mismos objetos desparramados que había descubierto al subir con Rowley. Nadie los había barrido, y nadie lo haría.

Pasaron por los aposentos de Rosamunda, despojados de sus alfombras y sus ornamentos de oro, saqueados por los mercenarios e incluso por los hombres de Aquitania mientras Leonor vigilaba el cadáver. Habían recibido su merecido: tanto los saqueadores como el botín habían terminado en el fondo del Támesis. Ya estaban cerca de la cúpula.

«No quiero entrar allí. ¿Es posible parar esto? No puedo creer que moriré en esa habitación. ¿Alguien puede impedirlo?».

Llegaron al último rellano. La puerta chirrió al abrirse, pero su exquisita llave seguía en la cerradura.

Adelia se detuvo.

—No entraré.

El abad la agarró por el hombro y la empujó delante de sí. Luego, se anunció.

—Dakers, aquí está el abad de Eynsham, vuestro amigo, que ha venido a saludar a vuestra señora. —Algo semejante a una ráfaga de viento lo detuvo en el umbral.

La habitación seguía amueblada tal como la última vez que Adelia la había visto. Nadie había tenido la oportunidad de saquearla.

Rosamunda ya no estaba sentada frente a su escritorio. Yacía en el lecho, entre las

tenues cortinas que lo rodeaban. Una capa le cubría la parte de arriba.

No había señales de Dakers. Si quería preservar a su ama, había cometido el error de cerrar las ventanas y encender cirios funerarios.

—Por Dios —exclamó el abad, llevándose un pañuelo a la nariz. Recorrió rápidamente la habitación apagando las velas y abriendo las ventanas—. Por Dios, la perra apesta.

El aire húmedo y gris ventiló un poco la alcoba.

Eynsham regresó junto a la cama, muy excitado.

—No la toquéis —le aconsejó Adelia.

Él apartó la capa y la dejó caer al suelo.

—Puaf.

Desde el rostro en descomposición, el hermoso cabello de Rosamunda caía sobre una almohada, mientras otra sostenía su corona cerca de la cabeza. Las manos, cruzadas sobre el pecho, estaban piadosamente ocultas por un libro de oraciones. Los pies hinchados sobresalían de las minúsculas zapatillas doradas que asomaban debajo de los primorosos pliegues del vestido, azul como un cielo de verano. En la seda se distinguían manchas fangosas.

—Dios mío —dijo el abad, en voz baja—. *Sic transit gloria mundi*. La reina se pudre, como cualquier otra criatura. Rosamunda, la repulsiva.

—¿Cómo osáis...? —gritó Adelia. Si sus manos hubieran estado libres, lo habría golpeado—. No os atreváis a burlaros de ella. Sois el causante de esto y, por Dios, también vuestro cuerpo se corromperá, tal como se ha corrompido vuestra alma.

—Ya —exclamó el abad, y retrocedió como un niño ante la reprimenda de un padre furioso—. Es que... es horroroso. Debéis admitirlo.

—No me importa. Eso no os exime de la obligación de tratarla con respeto.

Por un instante el abad de Eynsham pareció desconcertado por su propia actitud. Titubeando, sin acercarse a la cama, su mano dibujó en el aire una bendición para Rosamunda: *requiescat in pace*. —A continuación, preguntó—: ¿Qué es eso blanco que aparece en su cara?

—Cera —respondió Adelia.

El fenómeno era realmente interesante. Nunca lo había visto en seres humanos, solo en los cerdos que había estudiado. Por unos momentos volvía a ser la señora del arte de la muerte, solo tenía conciencia del proceso que se desarrollaba en el cadáver que tenía a la vista y de la vaga irritación que le producía la falta de tiempo y la carencia de los elementos necesarios para analizarlo.

Pensó que se debía a que Rosamunda estaba gorda, al igual que los cerdos de Salerno. Gordinus los conservaba en herméticos cofres de metal, a salvo de las moscas.

—¿Lo veis, hija mía? Libre de insectos, esta grasa blanca a la cual denomino

corpus adipatum prosperará en las zonas más regordetas: las mejillas, los senos, las nalgas, etcétera. Y retrasará la putrefacción. Sí, la demorará. No obstante, aún no se ha determinado si la grasa es la causa o el efecto de ese retraso.

Bendito Gordinus. Había dicho que el fenómeno era una maravilla, y lo era en verdad. Y su manifestación en el cadáver de un ser humano aparecía ante ella en el momento menos apropiado.

Era especialmente interesante que el calor de la habitación, a juzgar por el líquido que se filtraba por el vestido de Rosamunda, al mismo tiempo provocara putrefacción. No podía ser causada por las moscas, no las había en esa época del año. Si sus manos hubieran estado libres, habría podido descubrir qué ocurría debajo de esa seda.

—¿Qué sucede? —preguntó con enfado al notar que el abad la arrastraba hacia el otro lado de la habitación.

—¿Dónde guardáis las cartas?

—¿Qué cartas? —replicó. Sabía que aquella oportunidad para aumentar sus conocimientos era excepcional. Si no eran las moscas...

El abad la hizo darse la vuelta con brusquedad para lograr que lo mirara.

—Permitidme que os explique cuál es mi posición, querida mía. En todo este asunto yo solo he cumplido con mi deber cristiano de derrocar al rey que ordenó asesinar al buen Tomás en los peldaños de su propia catedral. Intenté provocar una guerra civil en la que nuestra reina resultaría victoriosa. En virtud de que ahora ese resultado parece poco probable, debo regresar a mi puesto. Y si Enrique encuentra esas cartas, las enviará al Papa. ¿Y qué hará el Santo Padre? ¿Aprobará lo que hice? ¿Dirá: «Bien hecho, vos, el buen y fiel Robert de Eynsham, habéis defendido nuestra gran causa»? No. Simulará estar indignado porque una prostituta cualquiera fue envenenada en la persecución de ese fin. Se lavará las manos como Pilatos. ¿Habrán laureles? ¿Recompensa? Sin duda, no. —Robert de Eynsham dejó de deleitarse con el sonido de su propia voz—. Encontrad esas cartas para mí, señora. De lo contrario, cuando Enrique llegue, no solo descubrirá entre las cenizas de su burdel los huesos de una de sus rameras, sino la osamenta de dos de ellas —dijo. Aparentemente, la idea le pareció divertida—. Juntas, abrazadas tal vez. Sí...

Él no debía saber que Adelia tenía miedo. Debía ignorarlo.

—En ese caso, las cartas también se quemarán.

—No arderán si esa perra las guardaba en una caja de metal. ¿Dónde están? Vos tenéis una, señora, y la disteis a conocer con gran rapidez. ¿Dónde guardaba las cartas?

—En el escritorio. De allí la tomé.

—Si ella conservaba una, tal vez conservara otras. —Alzó la cabeza y llamó una vez más al ama de llaves—. ¡Dakers! Ella lo sabe. ¿Dónde está esa vieja bruja?

Fue entonces cuando Adelia supo dónde estaba Dakers.

El abad había visitado muchas veces aquella habitación, y nunca supo que desde un baño privado lo observaban a través de una mirilla. Tampoco sabía que lo estaban espionando en ese mismo momento.

Eynsham buscó en el escritorio y apartó de un manotazo los elementos que Rosamunda utilizaba para escribir. El cuenco que habitualmente contenía confituras cayó al suelo, donde se rompió. Luego se agachó para mirar debajo del escritorio. Se oyó un gruñido de satisfacción. Se incorporó con un trozo de pergamino arrugado en la mano. ¿No había más que esto?

—¿Cómo puedo saberlo?

El abad había encontrado la carta que Rosamunda había escrito para la reina, la misma que Leonor, en un ataque de furia, había arrojado al suelo. Adelia había entregado una copia al pobre padre Paton y, aunque muriera por eso, no le diría a ese hombre que había otras cartas, ocultas en un cajón camuflado en un banco, a unas pulgadas de su pie derecho.

«Que la duda, el gusano de la inquietud, no lo abandone mientras viva. Por Dios, la está leyendo», pensó Adelia.

El abad se había acercado lentamente a la ventana abierta, donde expuso el pergamino a la luz.

—Qué caligrafía horrenda tenía esta ramera. De todos modos, es asombroso que supiera escribir —dijo.

Adelia deseó que también Dakers dudara de él. No le sorprendía que el ama de llaves hubiera reído aquella noche, mientras los llevaban a las embarcaciones. Había visto a Eynsham, el hombre que siempre había sido amigo de Rosamunda, y en consecuencia, había creído que también sería su amigo.

Si estaba escuchando...

Adelia levantó la voz.

—¿Por qué le propusisteis a Rosamunda que escribiera cartas a Leonor?

El abad bajó el pergamino, con una mezcla de irritación y diversión.

—Escuchad a esta criatura. ¿Por qué hace una pregunta si su cerebro no puede aceptar la respuesta? ¿Qué sentido tiene que os lo diga? ¿Podríais acaso comprender someramente las exigencias que nosotros, los ministros de Dios, debemos afrontar para que el mundo se mantenga en orden, los tratos que debemos hacer con la escoria, los instrumentos que debemos utilizar, prostitutas como la que yace en ese lecho, asesinos, toda la inmundicia de la letrina, para lograr el objetivo sagrado?

De todos modos, lo decía. Era un hombre locuaz. Un hombre que para serenarse necesitaba oír el sonido de su propia voz. Más aún, necesitaba santificar lo que había hecho.

Y, sorprendentemente, no perdía las esperanzas. Se veía obligado a dar por

perdida su gran apuesta y abandonar la causa de Leonor y, no obstante, encontraba estímulo en la certeza de que podía recomponer la situación con seducción, táctica, un homicidio aquí o allá, utilizando su falsa urbanidad, sus modales de plebeyo instruido; todo aquello que lo había propulsado a los salones de los papas y la realeza.

«Un auténtico farsante», pensó Adelia.

Y también virgen. Mansur lo había notado, se lo había dicho, pero, con la superioridad propia de un hombre que puede tener una erección, había ignorado que la frustración y el sufrimiento causado por aquello que se consideraba un fracaso podían convertirse en maldad. Otro religioso habría podido agradecer esa condición que le garantizaba la castidad, pero no él. Deseaba, codiciaba ese don natural y ordinario que le era negado.

Tal vez quería que el mundo lo compensara. Introducirse con éxito en las altas esferas de la política, eliminar de su tablero de ajedrez a hombres y mujeres, descartar a unos, cambiar de lugar a otros...; eran sus maneras de consolarse por el terrible incordio que le vedaba la entrada al Jardín del Edén, a pesar de que brincaba de un lado a otro tratando de ver qué había allí.

—Para provocar la guerra, querida —seguía diciendo—. ¿Podéis comprenderlo? No, por supuesto, sois el barro con el cual os han hecho y al cual regresaréis. Una guerra para librar a esta tierra de un rey bárbaro e impuro. Para vengar al pobre Becket. Para que Inglaterra sea regida otra vez por el mandato divino.

—¿Las cartas de Rosamunda lo conseguirán?

—Sí, por supuesto. Una mujer ofendida y vengativa, y creed lo que os digo, no existe persona más vengativa que nuestra graciosa Leonor. Se librá de cualquier cadena, escalará cualquier montaña, cruzará cualquier océano para destruir a quien la ofende. Y así está ocurriendo.

—Entonces, ¿por qué encargasteis que envenenaran a Rosamunda?

—¿Quién dice que lo hice? —preguntó con tono mordaz.

—El asesino.

—El alegre Jacques ha estado parloteando, ¿verdad? Debo pedir a Schwyz que se ocupe de ese hombre.

—La gente creerá que la reina lo hizo.

—También el rey lo cree, esa era la intención —dijo con cierta indiferencia—. Es sencillo manipular a los bárbaros, querida.

Bajó los ojos y reanudó la lectura de la carta:

—Excelente. Lo había olvidado: «A lady Leonor, duquesa de Aquitania y supuesta reina de Inglaterra. Reciba los saludos de la verdadera y única reina de este país, Rosamunda, la Bella». Cuánto tuvo que tolerar un hombre tan sutil como yo hasta persuadir a esa mujerzuela aburrida.

Una corriente de aire agitó la capa de Adelia. El tapiz que se veía detrás de la

cama de Rosamunda se había levantado. El aire que entraba desde el voladizo del baño privado traía un hedor distinto, vulgar, que contrarrestaba el que emanaba del triste cadáver. La corriente cesó cuando el tapiz regresó a su lugar.

Adelia caminó hacia la ventana. El abad seguía sosteniendo la carta cerca de la luz para poder leerla. Ella se colocó de tal modo que, si él levantaba la vista, no advirtiera que una silueta se arrastraba junto a la cama. No llevaba un cuchillo en la mano, pero aun así, de nuevo era la Parca, y esta vez anunciaba su propia muerte.

Dakers estaba a punto de morir. Adelia había visto muchas veces esa piel amarillenta y esos ojos hundidos: sabía lo que anunciaban. Era un milagro que esa mujer pudiera caminar, pero lo hacía, y en silencio.

«Haz algo para ayudarme —rogó silenciosamente Adelia, tratando de llamar la atención de Dakers con la mirada—. Necesito vuestra ayuda».

Pero Dakers no la miró, tampoco al abad. Toda su energía estaba dirigida a llegar al rellano de la escalera.

Adelia la observó mientras se deslizaba entre la puerta entreabierta y el marco sin tocarlos, antes de desaparecer. La invadió un profundo resentimiento.

«Habría podido golpearlo con algo», se dijo.

El abad se había sentado en la silla de Rosamunda y seguía leyendo en voz alta algunos párrafos de la carta.

—«... y que he complacido al rey en la cama como vos nunca lo hicisteis, él mismo lo dijo». Apuesto a que sí, chupando y lamiendo, claro que sí, «gimiendo de placer». Sin duda lo hacía, puta asquerosa.

«Se excita con sus propias palabras», advirtió Adelia. El abad la miró a los ojos, con expresión de hartazgo.

—¿Qué miráis?

—Nada, os miro sin prestar atención.

Schwyz gritó desde la escalera, pero su voz fue tapada por el grito del abad de Eynsham.

—¿Me estáis juzgando? ¿Vos, una prostituta, os atrevéis a juzgarme?

Cuando el abad se puso de pie, Adelia sintió que una ola gigante surgía ante ella y la envolvía. La apretó contra su pecho y la levantó. Mientras la cargaba a través de la habitación, los pies de Adelia colgaban entre sus rodillas. Ella no podía ver adónde se dirigían y creyó que la arrojaría por la ventana, pero de pronto, agarrándola del cuello, la hizo girar. Por un instante distinguió la cama y oyó un gruñido mientras era arrojada sobre el cuerpo que yacía allí.

Cuando Adelia cayó, el cadáver expulsó los gases acumulados en el vientre con un silbido.

—Besaos, chupaos, lameos, putas —gritó el abad, empujando la cabeza de Adelia hacia el rostro de Rosamunda, apretándola contra la grasa.

Ella estaba a punto de asfixiarse entre la carne putrefacta.

—Rob, Rob —gritó Schwyz.

Al oírlo, el abad disminuyó levemente la presión que ejercía sobre la cabeza de Adelia. Ella logró apartar el rostro embadurnado y respirar.

—Rob, hay un caballo en el establo.

La presión se detuvo.

—No he visto al jinete —explicó Schwyz—. No puedo encontrarlo, pero está aquí.

—¿Cómo es el caballo?

—Un buen animal, de los que se usan en la guerra.

—No es posible que él esté aquí. Que Jesús se apiade de nosotros. ¿Él está aquí?

El ruido de la puerta dio por terminado el diálogo.

Adelia rodó para bajar de la cama y, al llegar al suelo, fue a tientas hacia la ventana. Con sus manos amarradas buscó en el alféizar algún resto de nieve. Lo encontró y se lo llevó a la boca. Caminó hasta la ventana siguiente, se frotó los dientes con más nieve y escupió. Y siguió caminando, recorrió todas las ventanas, buscando nieve para lavarse la cara, las fosas nasales, los ojos, el pelo. En todo el mundo no había nieve en cantidad suficiente, ni era tan limpia y fría como hubiera deseado.

Empapada, temblando, se dejó caer en la silla de Rosamunda y, mientras con las manos atadas seguía frotándose el cuello, apoyó la cabeza en el escritorio y, entre suspiros entrecortados, comenzó a sollozar. Sin inhibiciones, como un bebé. Lloraba por sí misma, por Rosamunda, por Leonor, por Emma, por Allie, por todas las mujeres del mundo y por el trato que recibían.

—¿Por qué lloráis? —preguntó con pena una voz masculina—. ¿Os parece tan terrible? Deberíais pasar algún tiempo encerrada en una letrina en compañía de Dakers.

Un cuchillo cortó la cuerda que le sujetaba las manos. Un pañuelo rozó su mejilla. Olía a linimento para caballos. Era un aroma delicioso.

Con infinito cuidado, giró la cabeza de manera tal que su mejilla siguiera en contacto con el pañuelo, y pudo verlo.

—¿Habéis estado allí todo el tiempo?

—Todo el tiempo —respondió el rey.

Sin levantar la cabeza del escritorio, lo vio acercarse al lecho, recoger su capa y colocarla otra vez, con sumo cuidado, sobre el cadáver. Luego se dirigió a la puerta y trató de mover el picaporte. No se movía. Se inclinó para espiar a través del ojo de la cerradura.

—Han echado el cerrojo —dijo, como si fuera un consuelo.

El gobernante de un imperio que se extendía desde el límite con Escocia hasta los

Pirineos estaba vestido con ropa de caza. Adelia nunca lo había visto ataviado de otra manera. Pocas personas habían tenido esa oportunidad. Caminaba con el balanceo típico de un hombre que ha pasado la mayor parte de su vida sobre una montura. No era alto, ni apuesto, no había en él rasgos sobresalientes, pero irradiaba una energía que llamaba la atención. Si Enrique Plantagenet estaba en la sala, nadie miraba hacia otro lugar.

Las líneas que iban desde la nariz hasta la comisura de los labios se habían acentuado desde que ella lo viera por última vez. En sus ojos había una apatía desconocida y su cabello rojo tenía un color más apagado. En su persona algo había desaparecido para siempre.

Aliviada, Adelia comenzó a frotarse las muñecas, sin poder evitar una risa nerviosa.

—¿Dónde están vuestros hombres, Majestad?

El rey hizo una mueca de disgusto. Se alejó de la puerta, rodeó el escritorio y espió cautelosamente por la ventana.

—Vienen hacia aquí. Solo son unos pocos, pero escogidos entre los mejores. Eché un vistazo a lo que ocurría en Oxford y dejé al mando al joven Geoffrey, que tomará la ciudad antes de dirigirse a Godstow.

—Pero ¿habéis hablado con Rowley? ¿Sabéis que la reina está en el convento?

—También por ese motivo Geoffrey debe tomarlo —dijo, con irritación—. En ambos casos, será sencillo derrotarlos. Los rebeldes, los comeré vivos, estaban a punto de hacer izar la blanca en Oxford, de modo que...

—Mi hija está en Godstow —dijo Adelia—. Y mi gente.

—Lo sé, Rowley me lo dijo. Y Geoffrey lo sabe, porque yo se lo dije. Basta de tonterías. He visto muñecos de nieve más perspicaces que Wolvercote. Dejemos que el joven Geoffrey se ocupe de él.

Adelia comprendió que no tenía otra opción.

El rey miró a su alrededor.

—A propósito, ¿cómo está la pequeña Rowley-Powley? ¿Ya le ha salido algún diente? ¿Tiene talento para la medicina?

—Está bien —respondió Adelia. Enrique tenía la capacidad de serenarla. Pero habría sido bueno salir de ese lugar—. Esos hombres selectos —dijo, pensando nuevamente en Rowley—, ¿por qué no están ya aquí?

—Vienen hacia aquí, pero me temo que los aventajé —dijo el rey, regresando a la ventana—. Me dijeron que aún no la habían enterrado. Mis muchachos traen un ataúd. Los cabrones no pudieron cabalgar a la misma velocidad que yo.

Era imposible. Habrían debido cabalgar como demonios, fundiendo la nieve que tenían delante, para despedirse de esa mujer, para enmendar el ultraje del que había sido víctima.

—Llegué poco antes de que vos aparecierais aquí. Cuando oí que subíais la escalera, Dakers y yo emprendimos la retirada. Regla número uno: si el enemigo nos supera en cantidad, es preciso reconocer su superioridad —comentó Enrique.

Y también debía reconocer que Rosamunda, víctima de su estúpida ambición, lo había traicionado. Al igual que su esposa y su hijo mayor.

Adelia sintió enorme pena por él.

—Esas cartas, Majestad... Lo siento mucho.

—No debéis mencionarlas —ordenó el rey. En su voz ahora no había amabilidad. Después de cubrir el cadáver, no había vuelto a mirar a Rosamunda—. Y bien, aquí estamos —dijo Enrique, asomándose por la ventana con cautela—. Parece que no hay demasiada vigilancia, solo un par de hombres patrullan la explanada. ¿Qué demonios hacen los demás?

—Se preparan para incendiar la torre —explicó Adelia—, con nosotros dentro de ella.

—Si pretenden usar la madera apilada en la sala, no será sencillo. No arderá. —El rey se asomó un poco más y olisqueó el aire—. Están en la cocina, eso es lo que hacen... Alguien está cocinando. Cabrones incompetentes, dilapidan su tiempo para comer.

Enrique detestaba la ineficiencia, incluso en sus enemigos.

—No los culpo —dijo Adelia, que tenía un apetito voraz. Un rey mágico había transformado esa cámara mortuoria en algo tolerable. Sin gestos solidarios, sin hacer concesiones por tratarse de una mujer, considerándola un camarada, la había reanimado.

—¿Tenéis algo que pueda comer?

Enrique se frotó la frente con la palma de la mano.

—Bueno, la comida está allí abajo, y me estoy perdiendo el festejo. No tengo nada, al menos eso creo. —Con una mano, el rey vació el bolsillo interior de su chaqueta, sin dejar de mirar hacia la explanada.

Sobre el escritorio Adelia vio una cuerda, una lezna, algunas bellotas secas, una pizarra y su tiza y un pequeño trozo de queso, todos cubiertos con la avena que alimentaba a su caballo. Adelia tomó el queso y lo limpió.

Cuando se sintió más serena, pudo relacionar los hechos. Ese rey, ese hombre violento que, con intención o sin ella, había instigado a los caballeros a que desparramaran los sesos del arzobispo Becket en el suelo de su catedral, se había sentado en silencio detrás de un tapiz y había escuchado, sin emitir sonido alguno, sin moverse, el relato de la suprema traición. Y estaba armado.

—¿Por qué no salisteis del escondite? ¿Por qué no lo matasteis? —No habría deseado que lo hiciera, pero quería saber cómo había logrado contenerse.

—¿A quién? ¿Al abad, ese amigo del Papa? No, gracias. Morirá, pero no seré yo

quien lo mate. He aprendido la lección.

Le había concedido el arzobispado de Canterbury a Becket porque lo estimaba, y desde ese momento el religioso se había opuesto a todas sus reformas. El asesinato del insidioso arzobispo que odiaba a los judíos, a quien la Iglesia había canonizado, había puesto a toda la cristiandad en su contra. El rey había hecho penitencia, había permitido que los monjes de Canterbury lo azotaran en público, solo para evitar que el Papa sancionara a su país con la prohibición de celebrar matrimonios, bautismos y funerales.

Ahora podía controlar su ira. Leonor, el joven Enrique, incluso el abad de Eynsham estaban a salvo de la ejecución.

Adelia pensó que, extrañamente, encerrada en una habitación con un hombre tan indefenso como ella, en la cúpula de una torre que en cualquier momento podía arder como una chimenea, se sentía tranquila.

Enrique, sin embargo, no daba muestras de tranquilidad.

—En el nombre de Dios, ¿dónde están? Jesús, si yo puedo llegar rápido hasta aquí, ¿por qué ellos no pueden?

«Porque los aventajáis. Vuestra impaciencia os hace aventajar a cualquiera: a vuestra esposa, a vuestro hijo, a Becket. Y tenéis la esperanza de que en cualquier caso os amarán. Ellos son personas de nuestra época. Vos podéis ver más allá de los límites que ellos establecen. Veis en mí lo que soy, y me utilizáis para beneficiaros, veis a los judíos, a las mujeres, incluso a los herejes como seres humanos, y a todos los utilizáis para beneficiaros. Creéis en la justicia, en la tolerancia, en cosas imposibles. Por supuesto, nadie puede estar a vuestra altura», pensó Adelia.

Por extraño que pareciera, para Adelia la única persona que poseía una mente equiparable era la madre Edyve. El mundo creía que la realidad del momento era permanente, y que así lo quería Dios. Cualquier modificación lo ofendería. Solo una mujer muy anciana y ese hombre turbulento cometían el sacrilegio de cuestionar el orden reinante y creer que las cosas podían y debían ser modificadas para bien de todas las personas.

—Dado que tenemos tiempo —dijo el rey—, hablemos. Sois mi investigadora. ¿Qué habéis descubierto?

—No me pagáis para que sea vuestra investigadora —dijo Adelia, aprovechando la ocasión para desahogarse.

—¿No? Pensaba que sí. Hablaré nuevamente con los administradores del tesoro —replicó Enrique—. Vamos al grano. —Golpeteaba el alféizar con sus dedos regordetes—. Contadme qué sucedió.

Adelia le contó lo ocurrido, desde el principio.

Al rey no le interesó la muerte de Talbot de Kidlington.

—Qué cabrón tonto. Supongo que fue el primo, ¿verdad? No debéis confiar en el

hombre que maneja vuestro dinero. ¿Wolvercote? Una familia repulsiva. Todos rebeldes. Mi madre hizo ahorcar al padre en el puente de Godstow y yo haré lo mismo con el hijo. Pasemos a las cosas importantes.

Enrique se refería a la muerte de Rosamunda. Para Adelia, sin embargo, todo era importante, y no estaba dispuesta a ahorrarle ningún tramo ni detalle alguno del relato. Lo sabría todo: que ella había sido inteligente y valiente, que lo ocurrido había costado varias vidas. Al fin y al cabo, escucharla no le costaba dinero.

Adelia siguió adelante, mordisqueando el queso de vez en cuando. Sobre el alféizar caían las gotas de los carámbanos que se fundían. El rey miraba la explanada. El cuerpo de la mujer que había dado origen a todo aquello yacía en su cama pudriéndose.

Enrique la interrumpió.

—Por los cojones de los santos, ¡se lleva mi caballo!, ¡lo roba! Lo haré pedazos, haré picadillo con sus tripas...

Adelia se puso de pie para ver quién estaba robando el caballo del rey.

Una niebla cada vez más espesa ocultaba la colina e impedía ver con claridad la explanada, pero la figura que azuzaba al caballo hacia la entrada del laberinto era reconocible, aun cuando estaba agachada.

Adelia dio un grito.

—Es él. No debe escapar, detenedlo, por el amor de Dios. Debéis detenerlo.

Pero nadie podía detenerlo. Algunos de los hombres de Schwyz habían oído el ruido de los cascos y corrían inútilmente hacia el laberinto.

—¿Quién era? —preguntó el rey.

—El asesino —respondió Adelia—. Oh, Dios, no debe escapar. Quiero que sea castigado. Por Rosamunda, por Bertha...

Sin duda algo lo había asustado. De lo contrario no habría abandonado a Eynsham, renunciando a la segunda cuota de su preciado pago.

—Es el hombre que buscáis —dijo, tirando de la manga del rey—. Seguramente os oyó. Sin duda, vuestros hombres han llegado. Gritadles, decidles que lo persigan. ¿Lo atraparán?

—Será difícil que lo hagan —replicó el rey—. Es muy buen caballo.

No obstante, si los hombres de Enrique efectivamente habían llegado y el asesino los había oído y había decidido reducir las posibles pérdidas, no había señal de ellos en la explanada, y no se oían ruidos.

Adelia y el rey observaron juntos a los perseguidores, hombres de Schwyz, que regresaron encogiéndose de hombros y desaparecieron en la cocina.

—¿Sabéis con certeza que vuestros hombres vienen hacia aquí? —preguntó Adelia.

—No los veréis hasta que sea el momento apropiado. Puede que ya estén

entrando por la parte trasera del laberinto.

—¿El laberinto tiene otra entrada?

El rey sonrió con suficiencia.

—Recordad al topo: su cueva nunca tiene una sola salida. Ahora, sigamos. Contadme el resto.

La huida de Jacques la había angustiado. Pensó en la pequeña tumba sin nombre en el cementerio de las monjas. Solo podía encontrar un aspecto positivo: había dejado sin transporte al hombre que lo había contratado.

Los dedos del rey golpeteaban otra vez, de modo que Adelia reanudó su relato donde lo había interrumpido.

El rey la interrumpió otra vez.

—¿Adónde va Dakers?

En un instante, Adelia estaba junto a él, intentando ver a la terrible mujer. La niebla había comenzado a bajar y fluía en espirales que producían efectos engañosos para el ojo: los montículos de nieve se transformaban en animales y hombres agazapados, pero no lograban ocultar la delgada silueta negra del ama de llaves de Rosamunda, que, encogida, se dirigía al laberinto.

—Arrastra algo, ¿qué es?

—Solo Dios lo sabe —dijo el rey—. Parece la trampa.

Era un objeto grande y anguloso, demasiado pesado para el manojó de huesos que lo arrastraba. Dakers caía una y otra vez, después de avanzar un tramo, pero inexplicablemente lograba ponerse de pie de nuevo para seguir adelante.

—Sin duda, es una loca —dijo el rey—. Siempre lo fue.

Aunque era penoso ver tanto esfuerzo, siguieron observándola. Mientras Dakers avanzaba lentamente con su carga, como una hormiga entre los arbustos grises, sus observadores se esforzaban por no perderla de vista.

«Dejad eso, sea lo que sea. No os han visto. Podéis morir en paz, como os plazca», rogó silenciosamente Adelia.

De pronto, no vieron más que niebla.

—Y bien —dijo el rey—, os habíais llevado de su alcoba una de las cartas modelo escritas por Eynsham, y una vez en Godstow se la habíais entregado al sacerdote. Adelante, seguid contando.

—Su caligrafía es fácilmente reconocible. Nunca he visto otra similar. Con muchas florituras, verdaderamente hermosa. Utiliza las mayúsculas romanas, pero las adorna con trazos curvos, y las minúsculas...

Enrique suspiró, impaciente, y Adelia prosiguió.

—La hermana Lancelyne, la bibliotecaria de Godstow, escribió una vez una carta al abad de Eynsham pidiendo prestada la copia de una obra de Boecio, la *Consolación*, para copiarla. Y él le había respondido con una negativa.

En la mente de Adelia surgió la imagen de aquella monja, anciana, pequeña e instruida, entre sus estantes vacíos.

—Si logramos salir de aquí, me gustaría que la hermana Lancelyne recibiera el libro.

—¿Eynsham tiene un tomo de la *Consolación de la filosofía* de Boecio? —exclamó el rey Plantagenet. Sus ojos brillaron. Los libros eran objetos codiciados por él y no estaba dispuesto a cederlos.

—Desearía —insistió enfáticamente Adelia— que la hermana Lancelyne lo recibiera.

—Oh, muy bien. Ella sabrá cuidarlo. Ahora, continuad con el relato.

—A propósito... —dijo ella, pensando que podía obtener algún provecho de aquella situación—, también desearía que, si Emma Bloat se convirtiera en viuda..., no la obliguen a casarse otra vez.

—Así será —prometió el rey—. Sin duda, así será.

Dueña de su propia fortuna y la de Wolvercote, Emma sería una mujer codiciada. Además, por ser la viuda de un noble, vasallo del rey, se convertiría para Enrique en un objeto valioso que podía ofrecer a los miembros de la realeza.

—¿Qué es esto, una feria de caballos? —preguntó Enrique—. ¿Estáis regateando conmigo, con el rey?

—Estoy negociando. Podéis considerar que son mis honorarios.

—Seréis mi ruina —dijo el rey—. Muy bien. ¿Podemos continuar? Necesito pruebas de la calumnia de Eynsham para llevarlas ante el Papa. Y dudo de que él considere que una hermosa caligrafía sea prueba suficiente.

—El padre Paton creía que era suficiente —observó Adelia, con un gesto de dolor—. Pobre padre Paton.

—De todos modos —comentó Enrique mirando el escritorio— aparentemente el cabrón se llevó su modelo.

—Hay otros. Lo que no podemos probar es que contrató a un asesino, a una persona que cometió el homicidio.

—No me preocuparía por eso, probablemente él nos lo diga.

Adelia pensó que había condenado al abad de Eynsham a la tortura. Se sintió súbitamente cansada y no quiso seguir hablando. De todos modos, si Schwyz lograba encender la hoguera, no tenía sentido hacerlo. Decidió resumir el resto.

—Luego llegó Rowley. Le pidió a Walt, su mozo de cuadra, que me cuidara cuando se produjera el ataque. Sin saberlo, Walt se lo dijo al asesino, que a su vez se lo dijo al abad, quien os teme y decidió huir llevándome con él. —Ahora hablaba como si relatará un cuento para niños. Adelia cerró los ojos—. Creo que eso es todo.

Los carámbanos chorreaban cada vez más, las gotas golpeteaban sobre el alféizar. En la habitación silenciosa se oía un rumor similar al de la lluvia. Agotada, la joven

se quedó adormilada.

—Vesuvia Adelia Rachel Ortese Aguilar —dijo el monarca, pensativo.

Era un elogio. Ella abrió los ojos, intentó sonreírle y los cerró otra vez.

—El joven Geoffrey es un buen chico —dijo Enrique—. Muy cariñoso. Dios lo bendiga. El hijo que me dio una prostituta llamada Ykenai, un nombre extraño, tal vez los santos saben cuál era el origen de sus padres, porque ella no lo sabe. Una mujer grande, mullida. Aún la veo, de tanto en tanto, cuando estoy en Londres.

Adelia se había despertado del todo. A modo de retribución, de recompensa por su esfuerzo, el rey le estaba contando algo sobre sus mujeres, incluida Rosamunda, sin mencionarla.

—Monté una pastelería para ella y fue muy bien, aunque Ykenai engordó como nunca. Hablamos mucho sobre pasteles, tiene mucha habilidad para la pastelería.

Mujeres grandes, mullidas como colchones. Mujeres que hablaban de cosas simples, que no lo juzgaban. Como Rosamunda. Mujeres que tenían en común con Leonor tanto como la tiza con el queso. Probablemente él las había amado a todas.

Esposa y amante, ambas traicioneras. Tal vez Rosamunda había sido ambiciosa, quizás el astuto abad había despertado en ella la codicia; en cualquier caso, el resultado era el mismo: había estado a punto de desencadenar una guerra. La única mujer en la cual ese hombre, ese emperador, podía refugiarse, vivía en una pastelería londinense, donde al menos le había dado un hijo leal.

Desde la ventana se oyó la voz cruel de Enrique.

—Cuando el obispo de Saint Albans estuvo con vos, ¿os habló de su juramento?

—El rey, al parecer, quería herir a otra persona que también había sido traicionada.

—Sí.

—Hizo su promesa frente a mí, con la mano sobre la Biblia: «Juro por ti, Señor, y por todos los santos del Cielo, que si la protegéis y la mantenéis a salvo, me abstendré de ella».

—Lo sé.

—Bien.

Por primera vez, después de muchos días, Adelia oyó el canto de los pájaros, como diminutos corazones congelados que se fundían y revivían.

Enrique tendió su mano y le arrebató el queso, lo aplastó y esparció las migas en el alféizar. De inmediato, un petirrojo bajó a picotearlas, rozando con sus alas las manos del rey antes de remontar el vuelo otra vez.

—La primavera regresa a Inglaterra —dijo el monarca—. No me vencerán, por Cristo, no lo harán.

«Os han vencido. Vuestros hombres no vendrán. Todos os traicionan», pensó Adelia.

Enrique había levantado la cabeza.

—¿Lo oís?

—No.

—Yo sí. Han llegado —dijo, y desenvainó la espada—. Bajemos a luchar contra esos cabrones.

Sus hombres no estaban allí. Había oído el canto de los pájaros. Ellos dos permanecerían allí para siempre y se pudrirían junto con Rosamunda.

Adelia se acercó a la ventana. Hombres alarmados salían de la cocina, iban de un lado a otro, desorientados por la niebla, regresaban para buscar sus armas. Oyó que Schwyz gritaba:

—Hacia el otro lado, el ruido viene de la parte trasera.

Con pasos indecisos, el abad de Eynsham se dirigió a la entrada del laberinto y luego se alejó.

—Han llegado —dijo Adelia, emocionada. La daga que Enrique había utilizado para liberarla de la cuerda se hallaba sobre el escritorio. La tomó con incontenible alegría. Quería pelear, pero no podía—. Majestad, estamos encerrados.

El rey, de puntillas, tanteaba el dosel del cual pendían las cortinas de la cama de Rosamunda. Su mano encontró una llave, y la agitó frente a Adelia.

—Nunca entréis en una cueva que solo tiene una salida.

Abrieron la puerta y bajaron la escalera. Enrique iba delante. Dos tramos más abajo, se encontraron con uno de los hombres de Schwyz, que subía empuñando su espada. Adelia nunca sabría si lo hacía para buscarla o trataba de encontrar un lugar donde ocultarse. El mercenario abrió desmesuradamente los ojos al ver al rey.

—Vais en la dirección equivocada —dijo Enrique y le dio un golpe en la boca. El hombre cayó. El rey arremetió contra él otra vez, lo levantó con la punta de la espada y lo arrojó a la curva de la escalera. Mientras bajaban, siguió lanzándolo de un tramo a otro de escalones, y aunque el hombre era corpulento, murió mucho antes de que llegaran al salón de la planta baja.

Fuera la atmósfera era caótica, se oían gritos y espadas que chocaban entre sí. La niebla era más densa, no era sencillo distinguir quiénes peleaban.

El rey desapareció. Adelia lo oyó aullar, eufórico: *¡Dieu et Plantagenet!*, al descubrir a un enemigo. Ella se sintió rodeada de guerreros fantasmas, invisibles. Empuñó la daga y comenzó a caminar hacia el lugar donde había visto al abad de Eynsham por última vez. Un asesino había escapado, no se perdonaría si otro burlaba a la justicia. Y el abad lo haría si tuviera esa posibilidad. No era un hombre valiente, solo mataba por medio de otros. Dos figuras corpulentas surgieron a su izquierda. Sus espadas echaban chispas mientras luchaban. Adelia dio un salto para apartarse de ellos y sus siluetas se desvanecieron en el acto.

Pensó que, si lo llamaba, él acudiría. Aún era una pieza valiosa para una negociación, podía utilizarla como escudo. Por otra parte, ella tenía un cuchillo, podía

amenazarlo para que no se moviera.

—Abad —lo llamó, con voz aguda.

Le respondió una voz aún más aguda, sorprendida, cuya creciente angustia la transformó en un falsete bestial, en aullidos que atravesaban la niebla, contrarrestaban todos los ruidos de la batalla y los silenciaban. Algo que se impuso a cualquier otro sonido.

Llegaba desde el laberinto. Adelia comenzó a correr hacia allí. Resbaló en la nieve derretida, cayó, se levantó y siguió dando tumbos. No importaba de quién se trataba, necesitaba ayuda, era intolerable oírlo.

Alguien pasó a su lado, no vio quién era.

Un muro de arbustos surgió frente a ella. Guiándose furiosamente con las manos, fue hacia la entrada del laberinto, hacia el lugar de donde provenían los gritos. El sonido se debilitó. Se oyeron palabras, una oración, tal vez una súplica. Por fin descubrió la entrada.

Extrañamente, era más sencillo ver dentro del túnel que fuera, era solo un lugar sombrío. Posiblemente porque los túneles eran lo suficientemente desconcertantes por sí mismos, en sus recovecos la niebla seguía ciertas normas. Los pasajes en los cercos aún estaban abiertos y permitían atravesar directamente el túnel.

El abad había recorrido un largo trayecto, casi hasta la salida que conducía a la colina. El sonido fue amortiguándose hasta convertirse en un murmullo similar al de una persona que protesta. Mientras Adelia avanzaba, cesó por completo.

Como consecuencia del último espasmo, la espalda del abad se había arqueado y, simultáneamente, su vientre se había combado. Tenía la boca abierta, con las comisuras estiradas, como si hubiera muerto lanzando una carcajada.

Adelia caminó en torno a la trampa y se colocó frente a él. Schwyz tanteaba la masa informe de la inglete, en la cual se habían clavado los dientes del artefacto.

—Tranquilo, Rob, no es nada —le decía Schwyz. De pronto, miró a Adelia—. Necesito vuestra ayuda.

Era inútil. El abad había muerto. Se necesitarían dos hombres para abrir la trampa. Solo un odio tan potente como el fuego del Infierno había dotado a Dakers de la fuerza requerida para separar los puntales de modo tal que las gigantescas mandíbulas metálicas quedaran tendidas en la tierra, esperando para aprisionar al hombre que había envenenado a Rosamunda.

El ama de llaves se había sentado a unos pasos de distancia para verlo morir. Y había muerto junto con él, sonriendo.

• • •

Aún quedaban muchas cosas por resolver.

Adelia no quería regresar a la torre, de modo que llevaron a los heridos hasta el

embarcadero, donde ella los esperaba. No eran muchos y ninguno estaba malherido. La mayoría solo necesitó unos puntos de sutura, para lo cual ella utilizó el costurero del rey.

Todos eran hombres de Plantagenet. Enrique no había hecho prisioneros.

No preguntó qué suerte había corrido Schwyz, no le importaba demasiado. Probablemente tampoco a él.

En una de las barcas que habían remontado el río desde Godstow se encontraba el ataúd de Rosamunda. El obispo de Saint Albans había llegado a bordo de otra embarcación. Había acompañado al joven Geoffrey en el asalto a la abadía y, a juzgar por su aspecto, estaba extenuado. Al ver a Adelia mantuvo la distancia, aunque dio gracias a su Dios por haberla rescatado sana y salva. Godstow había sido liberado sin bajas en el bando leal a Enrique. Solo Wolvercote había opuesto alguna resistencia, pero ya era prisionero de los hombres del rey.

—Allie está a salvo, y se encuentra bien —dijo Rowley—. También Gyltha y Mansur. Nos saludaron desde la ventana de la residencia de huéspedes.

Adelia no necesitaba saber más que eso. O mejor dicho, sí..., una cosa.

—El abogado Warin —dijo—, ¿lo encontraron?

—¿Ese llorón? Trató de escapar por el muro trasero, de modo que le pusimos grilletes.

—Bien.

El Támesis se descongelaba con rapidez. Las desaliñadas placas de hielo que flotaban río abajo y chocaban contra el embarcadero eran cada vez más pequeñas. Adelia las observó. Cada una de ellas transportaba su propia nube de niebla densa en medio de la bruma. Aún hacía mucho frío.

—Vamos a la torre —dijo Rowley—. Debéis abrigaros.

—No.

Él la cubrió con su capa, sin tocarla.

—Leonor escapó —dijo—. Algunos hombres están recorriendo el bosque para encontrarla.

Adelia asintió. Ambas cosas le resultaban indiferentes.

Él se movió.

—Será mejor que me reúna con Enrique. Me necesitará para bendecir a los muertos.

—Sí.

Rowley se alejó caminando hacia la torre y su rey.

Otro ataúd, hecho con trozos de madera rescatados de la pira, llegó hasta el embarcadero. Dakers acompañaría a su ama a la tumba.

El resto de los muertos fueron colocados en la explanada, donde permanecerían hasta que el suelo se ablandara lo suficiente para cavar una fosa común.

Enrique llegó hasta la embarcación. A gritos exigió a sus hombres que se apresuraran a cargar, y amenazó a los remeros diciendo que, si no se dejaban los pulmones para llegar rápidamente a Godstow, les cortarían los testículos. Tenía prisa, quería pasar por allí y seguir luego hasta Oxford. El rey ayudó a Adelia a subir a la barca y le dijo que el obispo de Saint Albans permanecería en Wormhold para ocuparse de los funerales.

Aun cuando Adelia hubiera mirado hacia atrás, la espesa niebla no le habría permitido echar un último vistazo a la torre. De todos modos, no lo hizo.

Enrique Plantagenet no entró en la cabina, preocupado como estaba por guiar a los remeros para que evitaran los bajíos. De tanto en tanto apuntaba algo en su pizarra y observaba las condiciones del clima.

—Pronto soplará la brisa.

El rey tampoco permitió que Adelia entrara en la cabina. Dijo que necesitaba aire fresco y le indicó que tomara asiento en un banco de la popa. Al cabo de un rato, fue hacia ella.

—¿Os sentís mejor?

—Regresaré a Salerno.

Enrique suspiró.

—Ya hemos conversado sobre el asunto.

En efecto, lo habían hecho la última vez que Adelia había trabajado para él.

—No os pertenezco, soy una súbdita del rey de Sicilia.

—Sí, pero esto es Inglaterra y aquí yo digo quién viene o se va —replicó el rey. Ella permaneció en silencio y Enrique comenzó a persuadirla con astucia—. Os necesito. Y ahora no os sentiríais a gusto en Salerno, después de conocer Inglaterra. Hace demasiado calor, os secaríais como un melocotón.

Adelia apretó los labios y giró la cabeza.

«Maldición, no debo reírme», pensó.

—¿No es así? ¿Eh?

Ella no pudo evitar hacer una pregunta.

—¿Sabíais que Dakers utilizaría la trampa para matar al abad de Eynsham?

El rey la miró asombrado, ofendido. Si no hubiera tenido necesidad de obtener su apoyo, se habría enfadado.

—¿Cómo podía saber qué demonios arrastraba esa mujer en medio de esa condenada niebla?

Adelia nunca podría descubrirlo. Durante el resto de su vida imaginaría la escena en la cual Enrique y Dakers, sentados en el cuarto de baño secreto, planeaban la muerte del abad. «Morirá, pero no seré yo quien lo mate», había dicho. Y no se había equivocado.

—Las trampas son repugnantes. Nunca las uso —dijo Enrique—. Salvo para los

cazadores furtivos de ciervos —agregó, e hizo una pausa—. Que se lo merecen. Y solo uso con ellos trampas que llegan a las piernas...

Ella nunca lo sabría.

—Regresaré a Salerno —dijo otra vez, con claridad.

Más allá de su juramento, la marcha le causaría a Rowley un profundo dolor.

También a ella, pero se marcharía de todos modos.

—Os quedaréis —gritó el rey, con ímpetu. El remero que ocupaba el lugar más próximo a él giró la cabeza al oírlo—. Ya he tenido suficientes rebeliones.

Él era el rey. La ruta a Salerno atravesaba extensos territorios que nadie podía recorrer sin su autorización.

—¿Es por su juramento, verdad? —preguntó, tratando de engatusarla otra vez—. Yo no lo habría hecho, pero no debo observar la castidad, gracias a Dios y a todos los santos. Veremos qué se puede hacer al respecto. Nadie admira a Dios tanto como yo, pero Él no es bueno en la cama.

El viaje fue rápido. El caudal del Támesis crecía a causa del deshielo y la barca se movía velozmente. Enrique pasó el resto del tiempo haciendo anotaciones en su pizarra. Adelia tomó asiento y miró el horizonte, dado que no había otra cosa que ver.

Pero el rey tenía razón. Mientras se acercaban a Godstow, se levantó una leve brisa. El puente era apenas visible. Aparentemente, algo sucedía allí. El tramo central estaba vacío, pero en cada extremo se distinguían sendos grupos de gente que se arremolinaban para mirar una silueta inmóvil.

Cuando la barca pasó por la aldea, fue posible distinguir con claridad qué hacía la muchedumbre agrupada en ese extremo del puente: celebraba una ejecución. En el centro sobresalía la alta figura de Wolvercote, con un lazo alrededor del cuello. Un hombre amarraba el otro extremo de la cuerda a uno de los pilares. Junto a él se veía la figura mucho más diminuta del padre Egbert, que susurraba una oración.

Desde el lugar más lejano de la abadía una joven observaba la escena. La muchedumbre contenía sus emociones, pero la señora Bloat —Adelia reconoció su silueta de matrona— agarraba la mano de su hija en actitud de súplica. Emma no le prestaba atención. Sus ojos no se apartaban de la escena que se desarrollaba al otro lado del puente.

Al ver la barca, un joven se inclinó sobre el parapeto.

—Saludos, Majestad. Doy gracias a Dios por haberos protegido —dijo con voz clara y alegre. Y sonriendo, añadió—: Sabía que lo haría.

Los remeros hicieron girar las palas en sentido contrario a la corriente. De ese modo el bote pudo permanecer en el mismo lugar para que el rey y su hijo siguieran conversando. Wolvercote miraba el cielo. El sol asomaba. Una garza surgió entre los arbustos y, aleteando torpemente, voló río abajo.

Enrique dejó su pizarra.

—Bien hecho, Geoffrey. ¿Todo está en orden?

—Sí, Majestad. Y, señor, los hombres a quienes encargué que buscaran a la reina han enviado un mensaje. Dicen que la han atrapado y que regresan con ella.

El rey asintió. Luego señaló a Wolvercote.

—¿Ha confesado sus pecados?

—Todos, excepto que os ha traicionado, señor. Se niega a ser absuelto por haberse rebelado.

—De todos modos, no habría perdonado a ese cerdo —dijo Enrique a Adelia—. Incluso el Señor tendrá que pensárselo dos veces. —Luego se dirigió nuevamente a Geoffrey—. Colgadlo, Geoffrey, y que Dios se apiade de su alma —sentenció el rey, y con un gesto indicó a los remeros que siguieran adelante.

Mientras la barca pasaba junto al puente, dos hombres subieron a Wolvercote hasta el parapeto y lo sujetaron para que conservara el equilibrio.

El padre Egbert alzó su voz para darle la absolución.

—*Dominus noster Jesus Christus...*

Adelia desvió la mirada hacia Emma. Estaba lo suficientemente cerca para distinguir su rostro, completamente inexpresivo.

—*Deinde. Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amén.*

Se oyó el ruido sordo de la cuerda que se apretó súbitamente. Desde los extremos del puente surgieron abucheos y gritos jubilosos.

Adelia no pudo mirarlo, pero supo en qué momento cesaron los estertores de Wolvercote, porque fue entonces cuando Emma dio media vuelta y se alejó.

Una multitud formada por soldados, monjas y sirvientes —prácticamente todos los pobladores de la abadía— se había reunido en el prado vecino al convento para vitorear al rey Enrique.

Para Adelia solo había allí tres personas: un árabe alto, una mujer mayor y una niña, a quien ayudaban a agitar su mano pequeña en señal de bienvenida.

Al verlos, inclinó la cabeza, llena de gratitud.

«Al fin y al cabo, ellos son todo lo que necesito».

Aparentemente Allie había aprendido otra palabra, porque Gyltha trataba de que la pronunciara, alentándola y señalando a Adelia, que en medio del alboroto no podía oírla.

Desde la otra orilla se oyó un grito que atravesó el ruido.

—Señor, hemos traído a la reina.

A la orden de Enrique, la barca viró en dirección a un grupo de jinetes que salía del bosque. Un hombre con la insignia de capitán de la guardia Plantagenet estaba desmontando mientras uno de sus soldados, que había llevado a la reina en su caballo, la ayudaba a bajar.

En la barandilla del barco se abrió una portezuela y los remeros tendieron una pasarela hasta la orilla. El capitán, un hombre de aspecto preocupado, subió a bordo.

—¿Cómo cruzó el río? —preguntó Enrique.

—Encontramos una vieja barca de vela río abajo. Suponemos que lord Montignard la impulsó con una pértiga a través del río, señor. Trató de impedir que la capturásemos, señor, luchó como un lobo...

—Ellos lo mataron —gritó la reina desde la orilla, mientras se libraba de la mano del soldado que sujetaba su brazo como si fuera una mota de polvo.

El rey se adelantó para ayudarla a subir a la barca.

—Leonor.

—Enrique.

—Me agrada vuestro disfraz. Os favorece.

La reina estaba vestida como un muchacho y, en verdad, se veía muy bien con esa ropa, aunque el disfraz no habría podido engañar a nadie. Llevaba una capa corta, muy embarrada, botas y el sombrero bajo el cual había ocultado su cabello con una gracia poco habitual.

Los saludos que llegaban desde la abadía habían cesado. En silencio, desde la orilla opuesta la multitud observaba un encuentro entre guerreros del Olimpo y esperaba ver rayos y centellas.

No los hubo. Adelia, acurrucada en la popa, vio a dos personas que se conocían muy bien desde hacía mucho tiempo. Estaban más allá del asombro. Habían engendrado ocho hijos y habían visto morir a uno de ellos. Juntos habían gobernado grandes territorios, habían legislado, habían sofocado rebeliones, habían peleado, reído y amado, y todo aquello se percibía en sus ojos y flotaba en el aire que los rodeaba. Lo sucedido había sido apenas un simbólico intento de destruirse mutuamente.

Incluso en ese momento, Leonor quiso estar femenina ante su esposo: se quitó el sombrero y lo arrojó graciosamente al río. Fue un error. El disfraz de muchacho adquirió un aspecto grotesco cuando el cabello largo y entrecano cayó sobre los hombros de aquella mujer de cincuenta años.

Con un gesto tierno y compasivo, él se quitó la capa y la abrigó, antes de ayudarla a subir a la embarcación.

—Por aquí, querida.

—Y bien, Enrique, ¿adónde me enviaréis esta vez? ¿De regreso a Anjou, a Chinon? —preguntó Leonor.

El rey movió la cabeza.

—Pensé que sería mejor Sarum.

—Oh, no, Enrique. Sarum está en Inglaterra —se quejó la reina.

—Lo sé, mi amor, pero Chinon tiene un inconveniente: os empecináis en huir de

allí.

—Pero Sarum —insistió Leonor— es tan aburrido...

—Si os portáis como una buena niña, os dejaré salir para Pascua y Navidad —dijo Enrique, y con un gesto indicó a sus hombres que sujetaran los remos—. Por el momento, iremos a Oxford. Algunos rebeldes me esperan junto a la horca.

Aterrorizada, Adelia despertó de su ensoñación. Un río la separaba de su hija.

—Majestad, dejadme bajar antes de continuar vuestro camino.

Enrique se había olvidado de ella.

—Oh, muy bien —exclamó—. Iremos hacia la otra orilla —indicó a los remeros.

El recorrido fue lento, debido a que remaban en contra de la corriente. El rey, disgustado, chasqueó la lengua durante todo el trayecto. Adelia desembarcó por fin en la orilla opuesta, en un prado desierto y fangoso. La abadía había quedado muy lejos y sus botas se hundieron en el lodo.

El rey se sintió satisfecho. Recuperó el buen humor y se inclinó hacia ella, sobre la barandilla.

—Tendréis que chapotear —dijo.

—Sí, Majestad, gracias.

Mientras la barca se alejaba, los remos que subían y bajaban dejaban caer gotas brillantes en la superficie del agua.

De pronto, el rey fue desde la proa hasta la popa para decirle algo más.

—En cuanto al juramento del obispo —gritó—, no debéis preocuparos. «Si la protegéis y la mantenéis a salvo», decía la promesa. Una frase muy bien elegida.

—¿Eso creéis? —gritó a su vez Adelia.

—Sí —respondió Enrique. La distancia, cada vez mayor entre ambos, lo obligaba a gritar—. Adelia, aunque no os guste, sois mi investigadora cuando de muertos se trata.

La barca se adentró en una curva del río flanqueada de árboles. Ella apenas podía ver los tres leopardos del pendón de los Plantagenet, pero la voz del rey se elevó sobre el bosque y llegó hasta sus oídos.

—Nunca estaréis a salvo.

— FIN —

Notas de la autora

La bella Rosamunda Clifford ocupa un lugar más importante en la leyenda que en los registros históricos, donde solo se hace breve referencia a su persona. Espero que su fantasma no comience a acecharme a causa del modo en que la he retratado en la ficción.

The English Register of Godstow Nunnery, editado por Andrey Clarke y publicado por la Early English Text Society, da cuenta de que en aquella época la abadía de Godstow era un lugar respetado y administrado con eficiencia. Las religiosas que la dirigían poseían la amplitud de criterio suficiente para sepultar el cuerpo de la amante de Enrique II, Rosamunda Clifford, frente al altar, donde la tumba se convirtió en un famoso santuario. No obstante, aunque el gran obispo Hugh de Lincoln había sido amigo de Enrique, se sorprendió al encontrarla allí cuando visitó el convento en 1191, dos años después de la muerte del rey, y ordenó que Rosamunda fuera desenterrada y sepultada en un lugar menos sagrado del mismo convento.

La mayor parte de la rebelión encabezada por la familia de Enrique II tuvo lugar en el continente, pero considerando que el escritor de novelas puede beneficiarse con los espacios vacíos en los registros históricos del Medievo, me he atrevido a proponer una rebelión similar en Inglaterra, donde es sabido que al menos algunos nobles descontentos estaban dispuestos a aliarse con el joven Enrique y con Leonor.

Leonor de Aquitania sobrevivió a su esposo y al encarcelamiento que él le había impuesto. En realidad, sobrevivió también a todos sus hijos, excepto al rey Juan. Cuando tenía ya más de setenta años, cruzó los Pirineos para concertar el matrimonio de una nieta, fue secuestrada y más tarde resistió un sitio. Murió a los ochenta y dos años y fue sepultada junto a su esposo y a Ricardo I, su hijo, en la abadía de Fontevrault. En la magnífica iglesia de la abadía aún pueden verse las efigies de los tres monarcas.

No me disculparé por el modo en que mis personajes viajan a través del río entre Godstow y distintos parajes. A lo largo de un tramo importante, desde la ribera de la isla donde se conservan las ruinas del convento hacia su nacimiento, el Támesis es navegable, incluso hoy. Es altamente probable que el curso de sus afluentes haya variado con el paso del tiempo, y que navegar por el Cherwel —ya desaparecido— fuera una opción más ventajosa que viajar por tierra en regiones donde no existían grandes vías.

Tal como lo explica el profesor W. G. Hoskins —el padre de la arqueología del paisaje—, en *Fieldwork to Local History* (Faber & Faber): «En el Medievo y en épocas posteriores, una gran proporción —mucho mayor de lo que en general se ha estimado— del comercio interior se realizaba a través del río». También existe

información acerca de que el Támesis se congelaba durante los crudos inviernos del siglo XII.

En aquella época los castores eran comunes en los ríos ingleses. Más tarde, en el siglo XVIII, la caza destinada a vender sus pieles fue la causa de su extinción.

Y aunque parezca poco probable, en los pantanos de East Anglia se producía opio, no solo en el siglo XII, sino también en los siglos siguientes. Se cree que, entre muchas otras cosas, los romanos introdujeron en Inglaterra la adormidera. La solución que la gente de los pantanos denominaba Cordial de Godfrey —una mezcla de opio y melaza— aún se utilizaba en el siglo XX.

Uno tras otro, todos los hijos de Enrique se rebelaron contra él. El rey murió en 1189 en Chinon, probablemente a causa de un cáncer intestinal, sabiendo que Juan —el menor de sus hijos, y su preferido— se había unido a la rebelión encabezada por Ricardo, su hermano mayor.

Hacia el final de este relato, el señor del feudo de Wolvercote es un personaje ficticio. En aquella época el verdadero propietario era Roger d'Ivry, y no tengo pruebas de que haya participado en alguna sublevación contra Enrique II. No obstante, es interesante que —si bien no queda claro que lo hiciera por su propia voluntad— cediera su feudo al rey, quien a su vez lo donó a la abadía de Godstow.

En el capítulo 4 se alude al papel como material utilizado para escribir. En general se considera que el papel no llegó a Europa, y en especial al norte de Europa, antes del siglo XIV. Sin duda, no era muy utilizado en el siglo XII —los escribas y los monjes copistas no eran esnobs y preferían el pergamino—, pero era posible conseguirlo, aunque tal vez fuera de mala calidad. Así lo explica el interesante artículo, que puede hallarse en Internet, *Medieval Ink*, escrito por David Carvalho.

Le debo a Geoffrey Ashe, el maravilloso autor de *Labyrinths and Mazes*, publicado por Wessex Books, el recurso del laberinto con caminos que se bifurcan.

El auténtico abad de Eynsham, quienquiera que haya sido, debe ser absuelto de la maldad que le atribuyo a su homólogo en la ficción. De acuerdo con la información de que dispongo, llevó una vida impecable y tenía en alta estima a las mujeres. En ese caso, habría sido un raro espécimen entre los miembros del clero medieval.

La mística Julian de Norwich esbozó en el siglo XIV la idea de un Dios que es simultáneamente padre y madre. Sin embargo, el concepto se encontraba en las raíces del pensamiento cristiano mucho antes. En consecuencia, el diálogo que en el capítulo 11 mantienen la abadesa de Godstow y Adelia no es necesariamente anacrónico.

En la Edad Media se otorgaba el título de «doctor» a los estudiosos de la filosofía. Los médicos no recibían esa denominación, pero la he utilizado en el sentido moderno con la finalidad de simplificar el texto, tanto para los lectores como para mí misma.



Diana Norman, de soltera Mary Diana Narracott, (25 de agosto 1933 - 27 de enero de 2011) fue una escritora y periodista británica especializada en temas históricos, realistas y de ficción. Nació en Devon. Su padre fue también periodista, y ella abandonó la profesión cuando se trasladó a vivir al campo para atender a la educación de sus hijas, estudiar historia medieval, y escribir. Publicó sus últimos libros con el seudónimo de **Ariana Franklin**, protagonizados por la patóloga medieval Adelia Aguilar.

Notas

[1] Wolvercote puede traducirse como «la guarida del cazador de lobos». <<

[2] Frustrada. <<